

AUSTRALIAN CONNECTION

Guillermo Altares, Elia Barceló, Esteban Bedoya,
Jorge Carrión, Nicolás Casariego, Víctor del Árbol,
Luisa Etxenike, Gabi Martínez, Andrés Neuman,
José Ovejero, Dolores Redondo, Emili Rosales,
Juana Salabert, Lorenzo Silva,
Manuel Vázquez Montalbán




Escritores españoles
de paso por
Spanish writers
passing through



Australia

AUSTRALIAN CONNECTION

Escritores españoles
de paso por  Australia
Spanish writers
passing through

Compiled and edited by/compilado y editado por
César Espada and/y Lilit Žekulin Thwaites

Translated by/traducido al inglés por
Lilit Žekulin Thwaites

Catálogo General de Publicaciones Oficiales:
<https://publicacionesoficiales.boe.es>

© De esta edición/This edition: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

© De los textos/Texts: sus autores/their authors

© De las imágenes/Photos: sus propietarios/their owners

© De las traducciones/Translations: Lilit Žekulin Thwaites

Agradecimientos/Acknowledgments:

AC/E, Hispanex, The Wheeler Centre, Writers Festivals (Adelaide, Bendigo, Byron Bay, Melbourne), ANU, Flinders University, La Trobe University, Monash University, RMIT, The University of Auckland, The University of Melbourne, The University of Sydney, The University of Technology Sydney, Instituto Cervantes (Sydney), Embassy of Spain in Canberra/Embajada de España en Canberra, Consulate-General of Spain in Melbourne/Consulado General de España en Melbourne

Diseño gráfico/Graphic design: César Espada

Imprime: Estugraf Impresores, S.L.

NIPO papel: 109-19-063-5

NIPO en línea: 109-19-064-0

D.L.: M-24795-2019

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

AUSTRALIAN CONNECTION

Guillermo Altares
Elia Barceló
Esteban Bedoya
Jorge Carrión
Nicolás Casariego
Víctor del Árbol
Luisa Etxenike
Gabi Martínez
Andrés Neuman
José Ovejero
Dolores Redondo
Emili Rosales
Juana Salabert
Lorenzo Silva
Manuel Vázquez Montalbán

Prólogo

Se podría decir que la fascinación en España por Australia es similar a la de muchos otros países alejados de ella, es decir, inversamente proporcional al conocimiento e interés real por el país. La imagen país es un fenómeno histórico psicosocial difícil de explicar y muchas veces aún más difícil de gestionar. En su ya clásico *Down Under*, Bill Bryson muestra la falta de interés por Australia en otro país anglosajón como Estados Unidos contando las escasas referencias a este país en un periódico americano durante un determinado año elegido al azar. En España, si hiciésemos la misma prueba, seguramente serían aún menos. Quizás uno no recuerde ni cuándo fue la última vez que leyó una noticia sobre Australia en la prensa española, y si lo recuerda, a lo mejor es porque un tiburón mordió a un surfista o algo tan similarmente noticiable.

Australia, a pesar de esta falta de presencia en nuestra realidad cotidiana y medios de comunicación, ocupa sin embargo un lugar especialmente vivo en nuestro imaginario colectivo. Debido posiblemente a su lejanía en el espacio y el tiempo, Australia podría ser el nombre de otro planeta, una especie de colonia intergaláctica, al que uno espera llegar tras varios días de vuelo en una nave aterrizando en un lugar parecido al bar de la Guerra de las Galaxias en el que hay seres humanos igual que nosotros pero mezclados con otros más extraños, algunos que en vez de andar botan como si fueran pelotas de baloncesto, y otros, humanos también, pero que llegaron allí miles de años antes; un planeta que es igual que el planeta tierra pero que no deja de producir la sensación de ser otro planeta.

Por eso cuando le propones a alguien en España la posibilidad de viajar a Australia, se les despierta inmediatamente la imaginación, casi como si les estuvieras ofreciendo la posibilidad de viajar a Marte. La idea de ir y volver para contar lo que vieron en ese otro planeta tierra, suele resultar tremendamente seductora. Lo pude comprobar con Rosendo Mercado, que aunque había salido de España sólo en contadas ocasiones, no pudo resistirse a la tentación de pasarse horas metido en varios aviones sin fumar, para venir a Australia a rodar un surrealista documental sobre el monje tocayo Rosendo Salvado (De Rosendo a Rosendo), que fundó un monasterio benedictino en el siglo XIX cerca de Perth, y dar un par de conciertos.

Y esta misma sensación de inevitable atracción es la que debieron sentir los escritores españoles que año tras año han venido siendo invitados por universidades y por los numerosos festivales de literatura que se celebran en Australia. No sólo somos nosotros los que nos sentimos atraídos por las antípodas sino que además los habitantes de este remoto planeta invertido son sumamente acogedores y desean recibir a los viajeros intergalácticos.

Lo que se nos ocurrió entonces a mí y a mí cómplice, Lilit Thwaites (especialista en literatura contemporánea y frecuente organizadora y participante en este tipo de visitas) fue aprovechar este sentimiento de fascinación que Australia nos produce y proponer a todos estos escritores que habían pasado por Australia en algún momento, que escribieran algo para contar lo que habían visto y experimentado al otro lado del espejo. Los escritores, muy distintos unos de otros, sólo tendrían en común el hecho de haber viajado a Australia y haberlo contado. De ahí el título, *Australian Connection*, una colección de heterogéneos relatos e historias que conectan a los escritores entre ellos y a nosotros con ese otro lado del mundo.

Y creo que no nos equivocamos al valorar ese grado de fascinación, ya que la mayoría de los escritores respondieron positivamente a esta invitación. Algunos incluso ya habían escrito su texto antes de que yo se lo pidiera. A todos ellos, al igual que a la traductora al inglés, Lilit Thwaites, que les sirvió también de anfitriona mientras estuvieron en Australia, querría agradecer su generosa colaboración en esta aventura espacio temporal.

Los lectores que ya han viajado a Australia desde España, podrán seguramente reconocer algunas de las experiencias que hayan vivido en su viaje interestelar; para los que no hayan estado nunca, será como si leyeran los informes de los que han vuelto de Solaris; y para los propios habitantes de ese planeta oceánico, un documento llegado del futuro en el que verse a sí mismos a través de los ojos de otros, tan lejanos y tan cercanos a la vez.

César Espada

Segunda Jefatura de la Embajada de España en Canberra
de 2014 a 2017

Foreword

It could be said that Spain's fascination with Australia is similar to the general fascination that many nations have for countries far removed from them. This is frequently inversely proportional to the actual knowledge of and genuine interest in that country. The notion of nation is a psychosocial and historical phenomenon difficult to explain and often more difficult to manage. Bill Bryson, in his now classic book *Down Under*, demonstrates the lack of interest in Australia of another Anglo-Saxon country, the United States, by counting the few references to Australia in an American newspaper throughout the course of one randomly selected year. If the same experiment were carried out in Spain, there's no question there would be even fewer references. A reader might not even remember the last time he or she read news about Australia in the Spanish press, and if they did, it might well be because a shark had bitten a surfer or something similarly newsworthy.

Australia, despite its lack of presence in Spain's everyday reality and media nevertheless occupies a particularly vivid place in its collective imagination. Perhaps because of its temporal and spatial distance, Australia could almost be the name of another planet, a sort of intergalactic colony Spaniards expect to reach after a flight of several days in a space ship, landing in a place that looks like the bar in Star Wars. There are beings like those in Spain mingling with other weirder ones, some who bounce around like basketballs rather than walking, and others, humans, who arrived thousands of years earlier. It is a planet which is like Planet Earth but which nevertheless produces a sense of being another world.

This is why, when you offer someone in Spain the possibility of travelling to Australia, their imagination immediately engages, almost as if you were offering them the chance of a trip to Mars. The idea of making such a return trip in order to tell what they saw on this other Planet Earth is usually incredibly seductive. This was confirmed for me by Rosendo Mercado who, despite only having travelled outside Spain on a limited number of occasions, could not resist the temptation to spend hours stuck inside several planes without being able to smoke, in order to come to Australia to give two concerts and to shoot a surrea-

listic documentary about his namesake monk Rosendo Salvado (De Rosendo a Rosendo), founder of a Benedictine monastery near Perth in the 19th century.

And that same sense of inescapable attraction must have been felt by the Spanish writers who, year after year, have been invited as guests by universities and the numerous literary festivals held in Australia. Not only do they feel attracted to the Antipodes but, in addition, the inhabitants of this remote, upside-down planet are extremely welcoming and want to receive these intergalactic visitors, often to catch a glimpse of their own planet from the perspective of these aliens.

It occurred to me and to my co-conspirator, Lilit Thwaites—a specialist in contemporary Spanish literature, and frequent organiser of and participant in such visits—to take advantage of this fascination Australia inspires in Spaniards and suggest to all those writers who had, at some stage, passed through Australia that they write something which told of what they had seen and experienced on the other side of the mirror. The only thing these writers, so different from each other, have in common is the fact that they travelled to Australia and wrote about it. Hence the title, *Australian Connection*, a collection of diverse tales and stories which connect these writers to each other and Spaniards to this other side of the world.

And I believe we were right in our assessment of their level of fascination, as the majority of the writers responded positively to the invitation to submit to the collection. Some had even written their text before being asked. I would like to thank all of them for their generous collaboration in this spatial-temporal adventure, and also their translator, Lilit Thwaites, who served as their host in Australia.

Those readers who have travelled from Spain to Australia will undoubtedly recognise some of the experiences they themselves had during their interstellar journey. For those who have never visited, it will be like reading the reports of the travellers who returned from Solaris. And for the actual inhabitants of this planet Oceania, it will be like reading a document from the future in which they see themselves through the eyes of others, so distant and yet so near.

César Espada
Deputy Head of Mission, Embassy of Spain in Canberra,
2014-2017

A word from the translator and co-editor

As an academic, I have spent most of my working life reading, studying, analysing and teaching contemporary Spanish literature, but it is perhaps my more recent endeavours as a literary translator that have given me the greatest joy. Why? It is an opportunity delve into the work of Spanish writers and their writing in an entirely different way, and to make them, their work and the cultures and experiences on which it is based better known in the English-speaking world and in particular, to Australian readers.

This opportunity goes hand in glove with my commitment over the years to bringing Spanish writers to Australia. Their visits have usually involved participation in speaking events linked to the publication of their work in English, whether via writers' festivals or cultural institutions, such as The Wheeler Centre in Melbourne or the Cervantes Institute in Sydney, or university departments in Australia and New Zealand who collaborate in organising tours for these writers. These visits have created and deepened personal friendships, while frequently also allowing me to give the writers exposure to further small pockets of *Terra Australis*.

Australian Connection is a way of combining all of those interests and opportunities into one "space", enabling me – and Australians generally, no matter what their cultural background – to gain a sense of how these writers have interacted with, and seen, Australia, even if only briefly. At the same time, it gives Spaniards yet another insight into their Antipodean fellow-beings.

I was fortunate that César Espada, during his time at the Embassy of Spain in Canberra, shared the idea that an anthology such as this one was not only worth contemplating, but actually actively pursuing. My thanks go to him for his collaboration in this venture, and in particular, to the authors themselves for writing and sharing their fascinating texts, and for trusting me with the translations (and thank you, Wendy-Llyn Zaza, for being the primary translator into English of Emili Rosales' Catalan poem; mine was a modest contribution in this instance).

It is a real pleasure to see all our efforts come to fruition.

Lilit Žekulin Thwaites

La Trobe University, Melbourne, Australia

Unas palabras de parte de la traductora y co-editora

He pasado buena parte de mi vida académica leyendo, estudiando, analizando y enseñando la literatura española contemporánea, pero quizás sean mis trabajos recientes como traductora literaria lo que más alegría me ha proporcionado últimamente. ¿Por qué? Es una oportunidad de hurgar en la obra y la forma de escribir de los escritores españoles de una manera totalmente distinta, y de hacer que ellos, su obra y sus culturas y las experiencias que las forman se conozcan mejor en el mundo angloparlante y en particular, entre los lectores australianos.

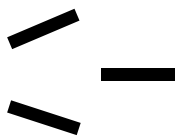
Esta oportunidad encaja perfectamente con mi empeño a lo largo de los años en traer escritores españoles a Australia. Sus visitas suelen estar conectadas con la publicación de alguna obra suya al inglés e implicar su participación en festivales de literatura, eventos en instituciones culturales, tales como The Wheeler Centre en Melbourne o el Instituto Cervantes en Sídney, o charlas en departamentos universitarios en Australia o Nueva Zelanda que colaboran en la organización de giras para los escritores. Estas visitas me han dado la oportunidad de crear y estrechar amistades personales, así como de revelarles a los escritores unos trocitos adicionales de Terra Australis.

Australian Connection es una manera de combinar todos estos intereses y oportunidades dentro de un “espacio” que me permite a mí – y a los australianos en general, sean cuales seas sus raíces culturales – tener una idea de la interacción de dichos escritores con, y su visión de, Australia, incluso si ha sido a través de una breve visita. Al mismo tiempo, les ofrece a los españoles otra perspectiva más sobre sus prójimos en las antípodas.

Tuve la suerte de conocer a César Espada durante su estancia en la Embajada de España en Canberra. César compartió conmigo no sólo la idea de que valía la pena contemplar la posibilidad de una antología como ésta, sino también la necesidad de verla realizada. Le agradezco a él su colaboración en esta aventura, y les agradezco en particular a los escritores haber escrito y compartido sus fascinantes textos, y confiado en mí como traductora (y gracias, Wendy-Llyn, por ser la traductora principal al inglés del poema en catalán de Emili Rosales; mi contribución ha sido mínima en este caso).

Es un verdadero placer ver todos nuestros esfuerzos llegar a buen puerto.

Lilit Žekulin Thwaites
La Trobe University, Melbourne, Australia



El bumerán perdido

Una historia australiana que empieza en 1945

Guillermo Altares
(2010)

1945, *el año cero* como lo llama en un ensayo el periodista e historiador Ian Buruma, fue extraordinariamente violento. La guerra terminó en mayo, pero millones de europeos se despertaron en un continente arrasado, hambriento, horro-rizado, pero también sacudido por venganzas y ejecuciones. Numerosos verdugos nazis trataban de escapar y de esfumarse en medio del caos. Muchos habitantes del Este y el Centro de Europa temían quedarse del otro lado del Telón de Acero y emprendieron la huida hacia Occidente. Millones de alemanes étnicos fueron expulsados, como ocurrió en los Sudetes, o simplemente se escaparon atemorizados ante la llegada de las tropas soviéticas. Mi historia personal con Australia arranca en ese momento trágico de la historia de Europa, cuando el final de la II Guerra Mundial todavía no había dejado paso al futuro, sólo a la lucha por sobrevivir. Muchos civiles ni siquiera tenían claro si la guerra había acabado de verdad. Cada país tenía su propia historia y en Yugoslavia era especialmente compleja y violenta. Además de la invasión alemana, se desató una guerra civil entre los partisanos de Tito y los *chetniks*, nacionalistas monárquicos, y un genocidio del Estado fascista croata, los funestos ustashas, contra serbios, judíos y gitanos. Todo ello en medio de un equilibrio étnico y religioso utilizado políticamente para desatar odios, como ocurriría de nuevo en los años noventa. Así describe Buruma el panorama:

Durante la hermosa primavera de 1945, habría bastado con una mirada más atenta a aquel ameno paisaje de pueblecitos pintorescos e iglesias rurales para percibir algo más extraño: el valle del Drava [en Austria], donde se concentraban los refugiados que provenían de Yugoslavia a través de Eslovenia estaba plagado de campamentos y asentamientos de chabolas, alojamiento improvisado de decenas de miles de personas. Cierta periodista de *The Times* de Londres comparó a

esta multitud de refugiados exhaustos, que en su mayoría huían de los partisanos comunistas de Tito o del Ejército soviético, con un movimiento migratorio masivo como el de los ostrogodos de hace mil quinientos años.

Es una imagen que recuerda a las que actualmente podemos contemplar en los confines de Europa, más o menos en los mismos lugares y fronteras. La guerra se desarrolla esta vez en escenarios más lejanos, o eso creemos, pero la miseria y el miedo de los que huyen es el mismo.

Tres de aquellos refugiados se llamaban Alejandro, Pablo y Slobodan Petrovic. Habían comenzado su odisea en Belgrado antes del final del conflicto, cuando ya pensaban que todo estaba perdido y no querían quedarse atrapados en la Europa dominada por Stalin – aunque, finalmente, Yugoslavia fue uno de los pocos países socialistas que no estuvieron en la órbita soviética. No tenían totalmente claro cuál era su destino final, aunque pensaban sobre todo en América. Se separaron en dos grupos para que aquel que encontrase un refugio mejor pudiese acoger a los demás. Alejandro viajó hacia Alemania y en Múnich conoció a una mujer, viuda, con un hijo. Los otros dos hermanos querían llegar a España y desde allí tratar de saltar a Argentina. En su recorrido, que se prolongó durante meses a través de una Europa arrasada, Slobodan recordaba con un español que nunca dejó de hablar con un fuerte acento eslavo un día en el que se levantó en el campo cerca de Viena donde había dormido en una cabaña y se encontró, de repente, con todo el cielo cubierto de aviones que producían un ruido espeluznante. Iban a bombardear la capital austriaca, machacada una y otra vez desde el aire por los aliados antes de convertirse, al final de la guerra, en la ciudad de *El Tercer Hombre*, la urbe peligrosa y amoral en la que sólo contaba la supervivencia, a través de la que Graham Greene resumió la vida entre las ruinas que se había apoderado de Europa.

Cuando llegaron a España, Slobodan conoció a una joven andaluza, Alfonsi. Se casó y se quedó. Tuvieron cuatro hijos: el tercero, Milutin, Miki, fue mi compañero de pupitre en el Liceo Francés de Madrid con cuatro años y seguimos siendo íntimos amigos, lo que tiene su mérito porque han pasado más de 40 años. Alejandro también renunció a América y se fue a Australia con la nueva familia que había conocido en Alemania. Los hermanos sólo volvieron a reunirse dos veces en todas esas décadas. Para nosotros, la leyenda de un tío australiano resultaba fascinante. Slobodan nunca llegó a ir a ver su hermano, pero

envió a su hijo mayor, Rade, que entonces era un adolescente y nosotros unos niños. Regresó lleno de relatos de canguros y de paisajes fascinantes, de carreteras perdidas hasta el horizonte entre el polvo; pero sobre todo se trajo una historia insuperable: haber estado allí, al otro lado del mundo. Aunque sólo hubiese ido, puesto los pies en Sídney y regresado a las pocas horas, nos parecería el colmo de la aventura y el exotismo. Y, además, nos regaló un bumerán.

Salimos al campo con aquel trozo de madera pintada que resume miles de años de historia y de supervivencia de los habitantes originales de Australia. Nos encontrábamos cerca de mi casa familiar en los alrededores de Segovia, en una amplia extensión de tierra castellana. El horizonte quedaba lejos. Teníamos cierto temor a no ser capaces de controlar la vuelta de aquel aparato: no recuerdo el año y la imaginación se mezcla con la memoria, pero es muy posible que ya hubiésemos visto *Mad Max 2* y, por lo tanto, la escena en la que uno de los vándalos del páramo trata de agarrar un bumerán de acero y le corta todos los dedos de la mano. En cualquier caso, nos mostramos prudentes. Lanzamos el bumerán con todas nuestras fuerzas tratando de no perderlo de vista en su rotundo regreso. Naturalmente, nunca volvió. Nuestro dominio de las técnicas milenarias para manejar aquel sencillo y tremendamente complejo instrumento de caza y defensa era más bien escaso y el trozo de madera se perdió para siempre en los prados segovianos.

Cuando el Instituto Cervantes de Sídney me invitó, como periodista de *El País*, entonces redactor jefe del suplemento *Babelia*, a dar una serie de charlas sobre el futuro de Europa y el periodismo cultural en varias ciudades australianas en el verano de 2010 –temas inciertos donde los haya–, lo primero que pensé es en la historia del tío Alejandro y en aquel bumerán perdido. La fascinación que despierta viajar al otro lado del mundo – aunque técnicamente para nosotros no sea Australia, sino Nueva Zelanda, donde también estuve en la segunda parte del mismo viaje – es difícil de igualar. Pero la gigantesca isla continente no sólo es fascinante porque está muy lejos, a un número de horas de avión difícil de medir y de recordar, sino precisamente por historias como la de aquel tío Alejandro. En la España de los años setenta, incluso en un colegio de enseñanza francesa, mi amigo Miki era la excepción en la clase, una rareza con un apellido extraño y algunos ritos exóticos como la Eslava, la fiesta que cada familia serbia celebra con motivo de su patrón (aunque entonces no sabíamos lo que era un serbio, Miki era el yugoslavo, un país que dejaría de existir unos años más tarde).

Sin embargo, la sociedad de Australia está formada por extranjeros de todo el mundo que decidieron viajar allí, o fueron obligados, desde finales del siglo XVIII. Esta migración masiva provocó un desastre similar al que había ocurrido unos siglos antes en América, porque la llegada de los blancos desencadenó una mortandad masiva entre los habitantes originales, tanto por enfermedades como por persecuciones violentas. A veces también parece que la sociedad actual australiana ha olvidado su origen inmigrante si se tienen en cuenta las medidas contra los refugiados que tratan de llegar a sus costas, que son recluidos en islas-prisión. Pero también es indudable que Australia simboliza la posibilidad de crear una sociedad desde la esperanza, un lugar donde empezar de cero para millones de seres humanos, que arrancó además con cautivos enviados desde el otro lado del mundo hasta lo que era entonces una tierra incógnita, como describe magistralmente Robert Hughes en *La costa fatídica (The Fatal Shore)*. Creo que, cuando vivimos la mayor oleada de refugiados que haya conocido el mundo contemporáneo desde el final de la II Guerra Mundial, Australia nos invita a reflexionar sobre lo que somos, sobre la idea de la humanidad como el pueblo que viaja.

El periodista Manu Leguineche, el gran reportero español que cubrió casi todos los conflictos de la segunda mitad del siglo XX hasta que una enfermedad lo dejó varado en su casa de La Alcarria, resume aquella mezcla de culturas y nacionalidades con su habitual eficacia narrativa en el libro que escribió sobre las antípodas, *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sídney*. Así describe los preparativos para cruzar en coche el Outback, el centro indómito de Australia, desde el norte tropical hasta la costa sur:

Encontrarán la próxima gasolinera a cientos de kilómetros. No pierdan de vista el mapa y las estaciones de servicio', nos aconsejó un italiano, un 'nuevo australiano' nacido en Palermo. Un croata nos vendió provisiones, un chino la fruta, un griego las garrafas de vino, un holandés los frascos de sales de cloruro de sodio contra el sudor excesivo, un maltés las novelas de acción necesarias para espantar el tedio de una interminable travesía del desierto y un garajista serbio el parachoques, el roo-bar contra los canguros. Sólo nos faltó la bendición de algún monje benedictino español del monasterio de Nueva Nursia, cerca de Perth, para acometer con todas las garantías, incluidas las sobrenaturales, el largo viaje hacia lo desconocido.

Manu también dedica bastantes páginas a los inmigrantes vascos y sus historias, las dificultades que tuvieron al principio, no sólo para adaptarse a una tierra lejana y dura, sino para ser aceptados como ciudadanos de pleno derecho, para quitarse de encima la etiqueta de australianos de segunda clase. Monjes, madereros, agricultores, pastores, cocineros, guardabosques... Los españoles comenzaron a llegar desde el siglo XIX para desarrollar muchos oficios, con tal de que estuviesen pagados y permitiesen comenzar una nueva vida.

Cualquiera que haya viajado por Australia se encuentra constantemente con situaciones similares a las que describe Manu. La sensación es mucho más acentuada que en otros países de inmigrantes, como Estados Unidos, Canadá, Argentina o, incluso, Francia. No te cruzas con los hijos o nietos de los primeros colonos o con personas cuya identidad familiar ha sido diluida por el nuevo país. En las antípodas es todo mucho más reciente y te encuentras muchas veces directamente con los primeros en llegar. Recuerdo que, en Adelaida, una de las profesoras españolas que me había invitado pidió a su marido, Steve, que se ocupase de mí para hacer un poco de turismo. Hacía un tiempo para el que el adjetivo desapacible se quedaría muy corto: una lluvia torrencial – de hecho, el plan era visitar los pueblos alemanes y los viñedos de los alrededores de la ciudad, pero hubo que cancelarlo porque era peligroso salir a la carretera bajo esa tormenta – y un viento del sur, helador y fortísimo. Aún así, fuimos a comer algo al puerto: es impresionante mirar hacia el sur y sentir que más allá no hay nada hasta la Antártida, sólo océano y viento. Cuando nos encontramos frente al mar en Europa siempre podemos imaginar que existe un otro lado, que más allá se encuentra una orilla habitada. Allí no. Luego tomamos una cerveza en su jardín, contemplando los pájaros. Primero comenzamos hablando de las mortíferas arañas de espalda roja. Leer *En las antípodas (Down Under)*, de Bill Bryson, debería ser obligatorio para cualquiera que visite Australia. Es una obra que garantiza constantes carcajadas a la vez que aporta toneladas de información, aunque deja al viajero completamente obsesionado con la cantidad de animales venenosos y letales que pueblan la isla continente, entre otras esas minúsculas arañas que están un poco por todos lados, incluso en las zonas urbanizadas. Pero luego me contó su historia: era policía en el Reino Unido y, en los sesenta, emprendió un viaje en coche desde Londres hasta Afganistán, el famoso *hippy trail* que Manu Leguineche también describe en su obra maestra, *El camino más corto*. Allí vendió el vehículo y se pagó el pasaje a

Australia, donde llegó con diez dólares en el bolsillo. Me contó cómo era la vida de los inmigrantes, me explico historias del país en el que miles de europeos como él comenzaban una nueva vida, muchas veces sin nada y aceptando trabajos durísimos. También conocí en Adelaida a una pareja de profesores: ella era española y él estadounidense, pero criado en Sevilla y hablaba un divertido español cheli que parecía congelado en los tiempos de la movida. No sólo eran encantadores y me invitaron a uno de los mejores vinos que he probado en mi vida – como las personas, las cepas también han viajado desde todo el mundo para crecer en las antípodas. Contaban historias del desierto y de animales venenosos, del mar y de los canguros, de cómo bañarse pese al peligro de toparse con tiburones – si hay muchas focas, no es una buena idea meterse en el agua, porque casi seguro que sus depredadores andan cerca. Aquel matrimonio de americano y española hablaba con pasión de su país, como también Steve que había recorrido el mundo en coche antes de casarse con una española e instalarse en un lugar cuyo océano se asoma hacia la Antártida.

Pero también en Adelaida contemplé la escena más triste de todo el viaje. Me topé con un grupo de aborígenes completamente alcoholizados, vagando por el centro de la ciudad, donde vivían como indigentes. Llovía torrencialmente y el contundente viento del sur barría la noche al final del invierno austral. Las calles estaban desiertas, salvo ellos. Unas horas antes había visitado un centro cultural dedicado a las culturas primigenias, donde me compré un bumerán pintado a mano (con el que no pienso hacer ensayos en Segovia y que se encuentra a salvo en un lugar de honor en mis estanterías). Por primera vez, había visto en directo en aquel museo la unión entre el pasado y el presente que define a la que es la cultura viva más antigua del mundo. Al toparme poco después con el grupo comprendí también hasta qué punto su destino había sido aciago desde la llegada de los blancos, un periodo que corresponde a menos del 1% del tiempo que llevan en Australia. Los aborígenes son un ejemplo de resistencia, de supervivencia y de adaptación, son la cultura que se ha mantenido de forma continuada durante más tiempo sobre la tierra – y que Bruce Chatwin relata magníficamente en *Los trazos de la canción (The Songlines)*. Pese al genocidio que padecieron desde la llegada de los primeros colonos a Botany Bay en 1788, sólo 18 años después de que el capitán Cook hubiese desembarcado por primera vez en este nuevo continente, a pesar de sus gigantescos problemas de alcoholismo y marginación, siguen ahí. Pero, sobre todo, los abo-

rígines australianos representan como ninguna otra raza lo que define a los seres humanos desde que nuestra especie nació en África: su voluntad de avanzar, de seguir adelante, de viajar, de abrir nuevos caminos. Porque la presencia de humanos en Australia desde la más profunda Prehistoria es un gran misterio: en la isla continente no hay primates, con lo que es imposible que evolucionasen. Tuvieron que llegar de algún lado. Pero ¿cómo? Porque incluso cuando era un megacontinente unido a Papúa Nueva Guinea llamado Sahul, Australia siempre estuvo rodeada por agua.

En su libro de viajes, Bill Bryson resume así el principio de este fascinante relato: “Uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad tuvo lugar en una época que probablemente no se conocerá nunca, por razones que sólo podemos imaginar y con medios que son difíciles de creer. Me refiero a la aparición del hombre en Australia.” El gran escritor de viajes explica que, a principios del siglo XX, se creía que llevaban unos 400 años en el continente y en los cincuenta se pensaba que unos 8.000. Hasta que, en 1969, un geólogo se topó en el lago Mungo con los restos de una mujer que databan de hace 23.000 años. Actualmente la mayoría de los científicos cree que la colonización humana de la isla empezó hace 50.000 años, incluso 60.000 (los bisontes de Altamira se pintaron hace unos 15.000). Algunas teorías indican que los pobladores humanos pudieron llegar a través de lenguas de tierra, en algún momento de aguas bajas durante periodos glaciales. Pero lo más probable es que tuviesen que navegar en un momento en que la humanidad, en teoría, no dominaba este arte. También se han hecho cálculos para demostrar que, con sólo cinco o seis parejas que hubiesen llegado allí por casualidad, se podría haber poblado el continente a lo largo de los siglos. Lo que es cierto es que desarrollaron una cultura sin tradición escrita, que ha llegado hasta nosotros a través de la palabra oral y el arte, que aparece desde en los dibujos de sus bumeranes hasta en cuevas o lienzos. Es una cultura que ha sobrevivido durante miles de años, que mantiene vivas sus tradiciones, sus sueños, sus caminos... La epopeya de los aborígenes lleva a Bryson a apuntar en su libro más conocido, *Una breve historia de casi todo* (*A Short History of Nearly Everything*), que, en el fondo, lo que nos define como seres humanos es nuestra voluntad de movernos, de viajar, de buscar nuevos horizontes. Entrevisté al escritor en Londres en 2014 para *El País Semanal* y le pregunté sobre eso, si emigrar nos hace humanos y nos define como especie. Esto fue lo que respondió:

No lo sé, nadie lo sabe, pero tiene que haber algo. La humanidad se expandió por la tierra muy rápidamente y se tomó muchas molestias para llegar a lugares como Australia o Indonesia. Los primeros humanos se movieron mucho y no creo que sea sólo porque necesitasen nuevas fuentes de alimentación, creo que es un instinto, ir más allá, buscar nuevos lugares, es algo natural. Sospecho que no avanzaron movidos solamente por la presión demográfica o para buscar nuevos territorios de caza. Me parece muy interesante, creo que por encima de todo está la curiosidad.

La historia de aquellos primeros viajeros de la Prehistoria no es, en su esencia, demasiado diferente de la del tío Alejandro, o la de Steve o la del barrio italiano de Melbourne, donde tomé un café y una cassata imposibles de distinguir de los que se pueden encontrar en Palermo. Es cierto que existe una diferencia fundamental entre Australia y otros territorios que se repoblaron con inmigrantes: durante décadas no llegaron de forma voluntaria, sino que eran convictos trasladados a Nueva Gales del Sur, lo que el escritor australiano Thomas Keneally definió como “el equivalente georgiano del espacio exterior.” La primera flota compuesta por 11 barcos llegó a Botany Bay, en la actual Sídney, en enero de 1788, en pleno verano austral, después de una travesía de 8 meses. La última alcanzó las costas australianas en 1868, e incluía a 60 prisioneros irlandeses. Australia fue durante casi un siglo el país de nunca jamás para los desheredados de la sociedad que Charles Dickens retrató en toda su crudeza e injusticia, porque no sólo fueron enviados al otro lado del mundo criminales y salteadores de caminos, sino todos aquellos que eran considerados indeseables en la despiadada Inglaterra de finales del siglo XVIII y gran parte del XIX. Bastantes deportados eran niños. En su épico relato de esta tragedia, Robert Hughes escribe que “el pasado convicto hace a los australianos cínicos ante la autoridad, pero también les convierte en conformistas. El hecho de que muchos australianos son conformistas escépticos es una prueba de la permeabilidad del legado convicto.” Sin embargo, la esencia no cambia: fue un lugar donde generaciones de seres humanos comenzaron una nueva vida, incluso a pesar de haber sido expulsados al espacio exterior. En este caso, tal vez no los primeros llegados que vivieron en condiciones penosas, pero sí sus descendientes. Australia nos enseña más que ningún otro lugar sobre la tierra que la humanidad es la historia de un viaje, hace 50.000

años cuando nuestra especie acababa de salir de África, en los años sesenta y ahora. Y también nos muestra cómo tendemos a olvidarlo cuando hemos convertido en nuestro el territorio al que llegamos sin nada. A veces la memoria es como aquel bumerán perdido en las llanuras segovianas.

Viajé a Australia y Nueva Zelanda en agosto y septiembre de 2010 invitado por el Instituto Cervantes de Sídney y la Embajada de España. Visité Sídney, Camberra, Adelaida, Brisbane, Melbourne y Wellington (NZ). Quisiera dar las gracias a José Luis Perales, a su marido Igor y a todos los que me crucé durante uno de los mejores viajes de mi vida. Espero volver y recorrer los caminos del sueño en el Outback.

LIBROS CITADOS:

Bryson, Bill. *En las antípodas*. Traducción de Esther Roig i Formosa. Barcelona: RBA, 2010.

Una breve historia de casi todo. Traducción de José Manuel Álvarez Flórez. Barcelona, RBA Libros, 2005.

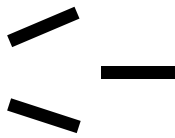
Buruma, Ian. *Año cero. Historia de 1945*. Traducción de David León Gómez. Barcelona: Pasado y Presente, 2014.

Chatwin, Bruce. *Los trazos de la canción*. Traducción de Eduardo Goligorsky. Barcelona: Muchnik Editores, 1987.

Hughes, Robert. *La costa fatídica. La epopeya de la fundación de Australia*. Traducción de Ángela Pérez y José Manuel Álvarez. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2002.

Leguineche, Manuel. *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sídney*. Madrid: Aguilar, 2000.

El camino más corto. 1978. Madrid & Barcelona: Ediciones B, 2017.



The Lost Boomerang. An Australian Story That Begins in 1945

**Guillermo Altares
(2010)**

1945 – “Year Zero” as it is referred to in a book by the journalist and historian Ian Buruma – was extraordinarily violent. World War II ended in May, but millions of Europeans awoke not only to a devastated, starving and terrified continent, but also to one rocked by revenge and killings. Numerous Nazi executioners tried to escape and vanish in the midst of the chaos. Many inhabitants of Eastern and Central Europe were afraid to remain on the “wrong” side of the Iron Curtain and fled to the West. Millions of ethnic Germans were expelled from their homelands – as happened in the Sudetenland of Czechoslovakia – or simply fled in fear of the advancing Soviet troops.

My personal connection with Australia originates from that tragic moment in history, when Europe was not yet looking towards the future, but rather fighting for survival. Many civilians were not even sure the war was really over. Each nation had its own history, and in Yugoslavia it was particularly complex and violent. As well as the German invasion, civil war broke out between Tito’s partisans and the *chetniks*, the royalist nationalists. In addition, there was the genocide of Serbians, Jews and gypsies by Croatian fascists, the terrible *Ustaša*. All this in the midst of an ethnic and religious balance that was put to political use to unleash hatred, as would happen again in the 90s. This is how Buruma describes the panorama:

A closer look, in the beautiful spring of 1945, at this blessed landscape of picturesque villages and country churches, would have revealed something stranger and more disturbing. The Drau Valley in Austria—where the refugees from Yugoslavia, via Slovenia, were concentrated—was filled with camps and shantytowns, the makeshift quarters of tens of thousands of people... A reporter from *The Times* of London compared this crowd of exhausted refugees, mostly fleeing from Tito’s

communist Partisans or from the Soviet Red Army to 'a mass migration like that of the Ostrogoths 1500 years earlier'. It's an image that calls to mind those we contemplate currently on the outer edges of Europe, more or less in the same places and at the same borders. The war this time is taking place in more distant places, or so we believe, but the misery and fear of those who are fleeing are no different.

Three of those refugees were called Alexander, Paul and Slobodan Petrovic. Their odyssey began in Belgrade before the end of the War, when they already believed that all was lost, and had no wish to remain behind, trapped in a Europe dominated by Stalin – even if, in the end, Yugoslavia was one of the few socialist countries not within the Soviet zone. They were not entirely clear what their final destination would be, although they were mainly thinking of America. They separated into two groups so that whichever group found better refuge would be able to take in the others. Alexander travelled to Germany, and in Munich he met a woman, a widow with one child. The other two brothers wanted to reach Spain, and to jump from there to Argentina. Their journey lasted months as they crossed a devastated Europe. Speaking in Spanish with the heavy Slavic accent he would never lose, Slobodan recalled one day when he awoke from sleep in a hut in the countryside near Vienna and suddenly found the entire sky covered in planes which were making a terrifying noise. They were on their way to bomb the Austrian capital, battered again and again from the air by the Allies before it became the city of Graham Greene's *The Third Man* at the end of the war, that dangerous and amoral metropolis in which the only thing that mattered was survival. Greene's book encapsulated the life among the ruins that Europe had become.

When Slobodan's group reached Spain, he met a young Andalusian girl, Alfonsi. He stayed and they were married. They had four children; the third one, Milutin, Miki, shared a desk with me in the Liceo Francés in Madrid from the time we were four. And we're still close friends, which is quite an achievement given that that was more than forty years ago. Alexander also gave up on America and went to Australia with the new family he'd met in Germany. The brothers only came together twice in all those years. We were fascinated by the legend of an Australian uncle. Slobodan never managed to get to Australia to see his brother, but he sent his oldest son, Rade, who was an adolescent at the time, when we were still boys. Rade returned full of tales of kan-

garoos and fascinating scenery, of remote roads stretching to the dusty horizon. But more than anything, he brought back an unsurpassable story – the fact that he'd been there, on the other side of the world. Even if he had only gone, touched down in Sydney and returned in a matter of hours, it would have seemed the height of adventure and exoticism to us. And on top of that, he gave us a present, a boomerang.

We headed out into the countryside with that piece of painted wood which summarises tens of thousands of years of history and survival of the original inhabitants of Australia. We used to get together on a wide expanse of Castilian land near my family's home close to Segovia. The horizon was distant. We were slightly concerned that we wouldn't be able to control the flight of the boomerang: I don't remember what year it was, and imagination mixes with memory, but it's entirely possible we'd already seen *Mad Max 2*, with that scene in which one of the desert vandals tries to grab hold of a flying steel boomerang, which chops off all the fingers of his hand. In any event, we were careful. We threw the boomerang with all our might, trying not to lose sight of it during its circular flight. Needless to say, it never came back. Our understanding of the millennia-old techniques necessary to handle that small and incredibly complex hunting and self-defence tool was fairly limited, and that piece of wood was lost forever in the fields of Segovia.

In the summer of 2010, while I was working for the daily newspaper, *El País*, as editor-in-chief of the supplement *Babelia*, the Cervantes Institute in Sydney invited me to give a series of talks in several Australian cities about the future of Europe and about cultural journalism – vague topics at the best of times. The first thing that occurred to me was the story of Uncle Alejandro and that lost boomerang. The allure of a trip to the other side of the world – technically, for us Spaniards, not Australia but New Zealand, which I also visited in the second stage of that journey – is hard to match. But that gigantic island continent is fascinating not just because it is so far away – too many hours of flying time to measure and recall – but because of stories like the one of uncle Alejandro. In Spain in the 70s, even in a French school, my friend Miki was an exception in the classroom, a rarity with a strange surname and some exotic rites, such as Slava, the celebration in honour of a family's patron saint enjoyed by each Serbian family – although back then, Miki was a Yugoslav, from a country which would cease to exist a few years later. We didn't know what a Serbian was.

Since the end of the 18th century, however, Australian society has been shaped by foreigners from all over the world who either decided, or were forced, to travel there. This large-scale migration provoked a disaster similar to the one that had occurred centuries earlier in the Americas, when the arrival of white men triggered a massive death toll among the native inhabitants through disease and violent persecution. It would also appear that the current Australian population at times forgets its immigrant origins, when one considers the measures it has taken against refugees who try to reach its shores by boat, and who are locked up on island-prisons. But it is also undeniable that Australia symbolises the possibility of creating a society based on hope, a place to start from scratch for millions of human beings. It is, moreover, a place which took off thanks to convicts sent from the other side of the world to what was then an unknown land – *terra incognita* – as is described so masterfully by Robert Hughes in *The Fatal Shore*. I believe that at a time when we are living through the biggest wave of refugees since the end of World War II, Australia invites us to reflect upon who we are, and upon the notion of humankind as people who travel.

Manu Leguineche – the renowned Spanish reporter who covered almost all the conflicts in the second half of the 20th century until illness left him stranded in his house in La Alcarria, east of Madrid – summarises this mixture of cultures and nationalities in his customary narrative way in the book he wrote about the Antipodes, *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sídney (The Land of Oz. Australia from Darwin to Sydney)*. This is how he describes preparations for crossing the Outback, the indomitable centre of Australia, from the tropical north to the southern coast:

You'll find the next petrol station hundreds of kilometres away. Keep a close eye on the map and the petrol stations," advised an Italian, a 'new Australian' born in Palermo. A Croatian sold us provisions, a Chinese man, the flagons of wine, a Dutchman, the bottles of salt to counteract excessive sweating, a man from Malta, the adventure novels necessary to drive off the tedium of the interminable desert crossing, and a Serbian garage owner, the roo-bar to ward off kangaroos. The only thing missing was the blessing of a Spanish Benedictine monk from the monastery of New Norcia, near Perth, to start the long journey into the unknown with every possible safeguard, supernatural ones included.

Manu also devotes a fair few pages to the immigrant Basques and their stories – the difficulties they had at first, not just in adapting to a hard and distant land but in being accepted as citizens with full rights, so as rid themselves of the tag of second-class Australians. Monks, tree fellers, farmers, shepherds, cooks, foresters... Spaniards started to arrive in Australia in the 19th century to help develop many trades, as long as they were paid and allowed to begin a new life.

Anyone who has travelled in Australia constantly encounters situations similar to the ones Manu describes. The feeling is much stronger than in other immigrant countries, such as the United States, Canada, Argentina, or even France. There, you don't cross paths with the children or grandchildren of the first colonists or with people whose family identity has been watered down by a new country. In the Antipodes, everything is much more recent, and you frequently come across the first arrivals. I remember how, in Adelaide, one of the Spanish academics who had invited me asked her husband Steve to accompany me while I did some sightseeing. The weather was such that the word 'inclement' was totally inadequate: a torrential downpour and an icy-cold, gale-force wind blowing from the south. Indeed, the plan had been to visit the German settlements and vineyards on the outskirts of the city, but that had been cancelled because it was dangerous to be on the roads in those conditions. Despite that, we went to have a bite to eat in the port – it's awe-inspiring to look southwards and sense that there's nothing out there until you reach Antarctica, just ocean and wind. When we find ourselves facing the sea in Europe we can always imagine there's an "other side", that out there we'll find an inhabited shoreline. Not in Adelaide. Later, we had a beer in his garden and contemplated the birds. First, we started to talk about the deadly red back spiders. It should be obligatory for anyone who visits Australia to read Bill Bryson's *Down Under*. It's a book that guarantees constant roars of laughter mixed with tons of information, although it does leave the traveller completely obsessed with the number of venomous and lethal animals that inhabit this island continent, among them, those minuscule spiders that are more or less everywhere, including urban areas. Steve then told me his own story. He was a policeman in the UK and, in the 60s, he embarked on a road trip from London to Afghanistan, the famous *hippy trail* which Manu Leguineche also describes in his magnificent work *El camino más corto (The Shortest Route)*. Steve sold his car in Afghanistan and paid for his passage to Australia where he arrived with ten dollars in his pocket. He told me about

the life of immigrants, he provided me with stories about the country in which thousands of Europeans like him started a new life, often with nothing, and accepting very tough jobs. In Adelaide, I also met a couple who were teachers – she was Spanish and he was an American who was subsequently raised in Sevilla and who spoke a really entertaining Madrid slang (*cheli*) that sounded as if it had been frozen in Madrid's *movida* era of the late 70s. They were not only delightful, but they offered me one of the best wines I've ever tasted – grapevines, like people, have also travelled from all over the world to grow in Australia. They told stories about the desert and venomous animals, about the sea and kangaroos, about swimming despite the danger of encountering sharks – for instance, if there are lots of seals, it's not a good idea to get into the water because it's a virtual certainty that their predators are lurking nearby. That American-Spanish couple spoke about their country with passion, as did Steve, who had travelled around the world in a car before marrying a Spaniard and settling in a spot where the ocean looks towards the Antarctic.

But in Adelaide, I also saw one of the saddest sights of my entire trip. I encountered a group of totally intoxicated Aboriginals wandering around the city centre, where they lived as homeless people. It was night-time, the end of the Australian winter, the rain was pouring down and a cold wind was blowing. The streets were deserted, apart from them. A few hours earlier, I had visited a centre dedicated to indigenous cultures where I had bought myself a hand-painted boomerang which I have no intention of trying out in Segovia, and which safely occupies pride of place on my bookshelf. In that museum, I had seen for the first time that coming together of past and present which defines what is the world's most ancient living culture. When I bumped into that group of Aboriginals a short time later, I also understood the extent to which their destiny had been doomed since the arrival of the white man, a period which corresponds to less than 1% of the time they have been in Australia. The Aboriginal Australians are an example of resistance, of survival and adaptation; they are the culture that has had the longest continuous existence of any on Earth – as Bruce Chatwin narrates so magnificently in *The Songlines*. Despite the genocide they have suffered since the arrival of the first colonists in Botany Bay in 1788, only 18 years after Captain James Cook had disembarked for the first time on this “new” continent, despite their enormous problems with alcoholism and marginalisation, they are still here. Above all, more than any other race, the Australian Aboriginals

represent that which has defined human beings ever since our species evolved in Africa: a desire to advance, to push forward, to travel, to open new routes. For the presence of humans in Australia since earliest Prehistory is a great mystery: there are no other primates on the island continent, so it's impossible for them to have evolved there. They must have arrived from somewhere. But how? Because even when it was a mega-continent called Sahul, joined to Papua New Guinea, Australia was always surrounded by water.

In *Down Under*, Bill Bryson summarises this fascinating tale as follows: "One of the most momentous events in human history took place at a time that will probably never be known for reasons that can only be guessed at, by means that seem barely credible. I refer, of course, to the peopling of Australia." The famous travel writer explains that at the beginning of the 20th century, it was thought that Aboriginals had been on the continent for about 400 years, and by the 1950s for some 8000 years. And then, in 1969, a geologist came across the remains of a woman at Lake Mungo in south-west New South Wales which were dated as 23,000 years old. Currently, based on the dating of rock paintings, most scientists believe that human colonisation of the island continent began some 50,000, maybe even 60,000 years ago – by comparison, the bison in the Altamira caves in northern Spain were painted about 15,000 years ago. Some theories suggest that human settlers might have arrived in Australia by crossing spits of land at some point during a glacial Ice Age, when the water levels were low. But it's more probable that they would have arrived by boat at a time when, in theory, humanity hadn't yet mastered the art of seafaring. Calculations have also been made to demonstrate that if only four or five couples had arrived by chance, the continent could have been populated over the centuries. What is undeniable is that they developed a culture without the written word, which has come down to us through an oral tradition and through their art, the latter evident from the paintings on their boomerangs and those on caves and canvases. It is a culture which has survived for tens of thousands of years, and keeps alive its traditions, its dreaming, its songlines, its paths... The epic story of the Aboriginals led Bryson to note in his best-known book, *A Short History of Nearly Everything* that, at heart, what defines us as humans is our desire to move, to travel, to search for new horizons. I interviewed Bryson in London in 2014 for *El País Semanal* and asked him about this, about whether migrating makes us human and defines us as a species. This is how he replied:

I don't know, nobody knows, but there has to be something in it. Humanity spread over the earth very quickly and went to a great deal of trouble to reach places like Australia and Indonesia. The first humans moved around a great deal and I don't think it was simply because they needed new sources of food; I think it's a basic instinct, to go beyond, to search for new places; it's natural. I suspect they didn't move around simply because of demographic pressure or to find new hunting grounds. I find it very interesting; I think that, more than anything else, it was curiosity.

The story of those first prehistoric travellers is not, in its essence, all that different from the story of Uncle Alejandro, or Steve, or Melbourne's Italian quarter where I had a coffee and cassata exactly like the ones you find in Palermo. It's true that there's a fundamental difference between Australia and other territories that were populated by immigrants. For decades in Australia, many didn't arrive voluntarily; rather, they were convicts transported to New South Wales, a place the Australian author Thomas Keneally described as "the Georgian equivalent of Outer Space." After a voyage of eight months, the First Fleet, consisting of eleven ships, reached Botany Bay – part of present-day Sydney – in January 1788, at the height of the Australian summer. The last fleet containing convicts reached Australian shores in 1868 and included 60 Irish people. For almost a century Australia was the never-never land for the dispossessed of the society which Charles Dickens portrayed in all its harshness and injustice, for not only were criminals and highwaymen sent to the other side of the world, but all those who were considered undesirables in that cruel England of the end of the 18th century and for a good portion of the 19th century. Quite a few of those deported were children. In his epic tale of this tragedy, Robert Hughes writes that "[Australia's] convict past ... made Australians cynical about Authority; or else it made them conformists. As so many Australians are conformist skeptics, 'the convict legacy' is seen to be all the more pervasive." That said, the essence doesn't change: it was a place where generations of human beings began a new life, despite the fact that they had been expelled to Outer Space. Not the case, perhaps, for the first arrivals who lived under harsh conditions, but definitely for their descendants. Australia, more than any other place on Earth, teaches us that humanity is the story of a voyage, undertaken 50,000 years ago when our species had just left Africa, in

the 1960s, and now. And it also shows us how we tend to forget this when we have made when we have made the territory in which we arrived with nothing our own. Sometimes memory is like that boomerang lost in the plains outside Segovia.

I travelled to Australia and New Zealand in August and September of 2010 as a guest of the Instituto Cervantes in Sydney and the Embassy of Spain, Canberra. I visited Sydney, Canberra, Adelaide, Brisbane, Melbourne and Wellington, New Zealand. I would like to thank José Luis Perales, his husband Igor, and all those I met during one of the best trips of my life. I hope to return and travel the Dreamtime paths in the Outback.

WORKS CONSULTED:

Bryson, Bill. *Down Under*, 2000, Transworld Publishers, p. 245.
A Short History of Nearly Everything, London: Doubleday, 2003.

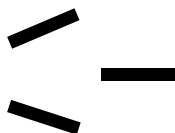
Buruma, Ian. *Year Zero: A History of 1945*, New York: The Penguin Press, 2013, p. 206.

Chatwin, Bruce. *The Songlines*, London: Vintage Classics, 1988.

Hughes, Robert. *The Fatal Shore*, London: Collins Harvill, 1987, p. 596.

Leguineche, Manuel. *La tierra de Oz. Australia vista desde Darwin hasta Sídney* [*The Land of Oz. Australia from Darwin to Sydney*]. Madrid: Aguilar, 2000.

El camino más corto [*The Shortest Route*]. 1978. Madrid & Barcelona: Ediciones B, 2017.



Regreso a Hanging Rock

Elia Barceló
(2015)

Ni ella misma sabía por qué había aceptado hacer aquella excursión. Una auténtica temeridad porque, considerando que a las siete de la tarde se enfrentaría al público de Melbourne, debería haberse quedado en el hotel haciéndole compañía a Isabel y procurando que se le pasara cuanto antes la jaqueca con la que se había despertado.

En un concierto todo el mundo está pendiente de la cantante. Sólo los amantes de la música se dan cuenta de la importancia del acompañamiento, y los que entienden de verdad saben que el resultado final depende por completo de la penetración entre pianista y soprano. Y ellas estaban tan penetradas... El piano, cuando tocaba Isabel, era un colchón de plumas sobre el que podía dejarse caer como quisiera, un colchón que siempre la recogía, que le ofrecía todo lo necesario para saltar hasta lo más alto. La pianista sabía, incluso antes que ella misma, lo que iba a necesitar en el siguiente compás.

Aparte de que, para Liliana, la presencia de Isabel era un chaleco salvavidas contra el que se estrellaban las preguntas, los comentarios, las cuestiones que hubiera que resolver. Era tan sociable, tan dicharachera, tan resoluta... todo lo que a ella le faltaba, y tenía tanta costumbre de viajar siempre acompañada por Isabel, en todos los sentidos, que incluso en una excursión de un par de horas con gente que hablaba su mismo idioma se sentía un poco perdida sin ella.

–¡Qué pena que Isabel no haya podido venir! – dijo Carlos, el poeta que estaba también de gira por Australia y se les había unido al saber que iban de excursión, como si hubiera oído sus pensamientos. Se habían conocido en Adelaide la semana anterior en una cena, después de la conferencia que él había dictado en la universidad y del concierto de ellas.

–Es lo más sensato –concluyó Martha, la prestigiosa traductora de español que los estaba llevando a Hanging Rock en su coche. Teniendo que actuar esta noche, lo mejor es quedarse en cama y dejar que la jaqueca se vaya retirando a lo largo del día.

Lucas no dijo nada porque se había quedado dormido nada más salir de la ciudad. Liliana no tenía muy claro quién era; sólo sabía que acababa de llegar a Australia y trabajaba en el consulado. De becario o algo así, supuso, considerando lo joven que parecía.

Tratando de evitar la conversación, se concentró en el paisaje que atravesaban. Nunca hubiera dicho que estaban tan lejos de Europa. Nada resultaba demasiado exótico: ni las grandes extensiones de terreno pardo bajo un cielo azul grisáceo, ni los bosquecillos de eucaliptus – *gum trees* como los llamaban allí – ni las carreteras o los pueblecillos por los que pasaban. Incluso, poco a poco, se iban internando en una región más frondosa y más elevada que le recordaba a centroeuropa no sólo por la vegetación sino por los elegantes chalés que se adivinaban al fondo de unos jardines perfectamente cuidados.

Mientras sus ojos iban bebiendo todo lo que aparecía a su alrededor, su mente no dejaba de dar vueltas y vueltas a una canción: “Sally Gardens”, la versión antigua, la que ya se cantaba en la campiña inglesa antes de que Yeats la versificara de nuevo:

It was down by Sally Gardens one evening late I took
my way.
‘Twas there I spied this pretty little girl, and those words
to me sure she did say.
She advised me to take love easy, as the leaves grew
on the tree.
But I was young and foolish, with my darling could not
agree.

Siempre le había gustado mucho, y ahora, sin saber por qué, tanto las palabras como la música se ajustaban perfectamente a los verdes y pardos del paisaje que poco a poco se despertaba a la primavera. Esa canción le dejaba siempre un regusto agridulce de amor y ternura, de lástima y nostalgia por lo que pudo haber sido. En sus casi cuarenta años de vida no había conseguido encontrar un amor estable, quizá por lo que decía la canción, porque siempre había tenido prisa, porque el deseo por llegar a lo más alto en su carrera le había cerrado todas las posibilidades de construir una relación hermosa y tranquila, de tener hijos, de madurar como persona y como mujer. Lo único que había conseguido era cantar y poder vivir de ello. Otras tenían menos.

–Ahí está –dijo Martha. –“Mount Diogenes”. O “Hanging Rock”, como lo llamamos todos.

–¿Se llama así porque era donde ahorcaban a los condenados? –preguntó Lucas frotándose un ojo con entusiasmo.

–¡No, hombre! ¡Qué ocurrencia!

–Pues “hanging tree” suele traducirse por “el árbol del ahorcado”, ¿no? O “el árbol de la horca”.

–No lo había pensado nunca –dijo Martha, sacudiendo la cabeza con perplejidad. –No. Se llama así por una gran roca que está como sostenida en equilibrio por otras dos mucho más grandes. Ahora la veréis. Forma una especie de puerta, de umbral.

–¿De puerta hacia dónde? –preguntó Carlos.

–Bueno... hacia nada. Hacia otros lugares del monte. Pero es de suponer que cuando llegaban los hombres para los rituales, esas rocas les parecieran una especie de entrada al recinto sagrado, al lugar donde iban a tener lugar los misterios de la iniciación.

–¿Qué iniciación?

–Por lo que sabemos, una de las tribus aborígenes, los Wurundjeri, realizaba aquí sus ritos de iniciación masculina. El lugar era tabú salvo para los hombres adultos y los muchachos que iban a pasar la prueba. Pero todo eso acabó sobre mediados del siglo XIX. Los blancos se apropiaron de todo y expulsaron a las tribus que vivían aquí.

–Los blancos no tienen sentido de lo numinoso –dijo Liliana casi para sí misma sin apartar la vista de las rocas peladas que cerraban el horizonte, con una franja verde de vegetación por debajo y un penacho por arriba. Había algo en aquella colina que la atraía poderosamente.

–Hermosa palabra –Carlos se giró hacia ella desde el asiento del copiloto y le sonrió. –Hacía mucho que no la oía.

Lucas se echó a reír bajito. Liliana no contestó. Le habían dicho muchas veces que hablaba como un libro, y siempre le molestaba; porque no lo hacía a propósito, no elegía palabras antiguas y poco habituales ni para mostrar su cultura ni para llamar la atención. Era simplemente que había palabras que expresaban con plenitud, con precisión, lo que quería decir, igual que había melodías que permitían expresar lo inefable, lo que las palabras no podían decir.

Carlos debió de darse cuenta porque añadió:

–No me estoy burlando, Liliana. Soy poeta. Mi herramienta es la palabra, como la tuya es la voz.

Ella cabeceó su asentimiento, en silencio.

Dejaron el coche en un aparcamiento enorme y vacío. O era demasiado temprano o a nadie se le había ocurrido ir a

Hanging Rock un martes por la mañana. Hacía fresco a pesar de que, según el calendario, era primavera, mediados de noviembre.

Fueron a ver si había canguros o wallabies por la zona de la hípica, porque Lucas quería mandar unas fotos a casa, pero todo estaba desierto, de modo que echaron a andar hacia arriba, entre altos eucaliptos de troncos blancos, por un sendero bordeado de helechos que los acercaba a las rocas que se iban haciendo más y más grandes, cubriéndolos con sus sombras. No había koalas a la vista. Un cartel les indicaba que las serpientes “ocurrían” en la zona. Carlos lo fotografió.

Conforme subían, pero ya desde el mismo momento de bajar del coche, Liliana iba sintiendo una trepidación extraña, como un nerviosismo impreciso, como si hubiera algo en el lugar que vibrara sutilmente y estuviera empezando a entrar en resonancia con su interior. Pensó comentarlo pero estaba segura de que si pronunciaba una palabra como “trepidación” Lucas se reiría abiertamente, de modo que decidió callar.

No conseguía ponerle nombre a lo que se rebullía dentro de ella. Por un lado era similar a la sensación que se apoderaba de ella con frecuencia, esa sensación que había dado en llamar *can't forget*, a partir de una canción de Leonard Cohen, ese “can't forget that I don't remember what; can't forget that I don't remember who”, y que la asaltaba tantas veces desde aquella noche en Viena, como si hubiera un coágulo de ausencia donde debería haber un recuerdo, como si su mente estuviera a punto de entregarle algo muy importante, hasta ese momento olvidado, a partir de lo cual todo cobraría sentido.

Por otro lado, y eso era nuevo, se trataba de una sensación parecida a la que se tiene cuando está uno deseando llegar por fin a un lugar muy amado del que ha estado ausente durante mucho tiempo, una alegre impaciencia, un ahogo dulce que da ganas de acelerar el paso y gritar de júbilo.

Allí. La roca. La roca colgada entre las otras dos. La entrada.

He vuelto, se dijo.

Tú nunca has estado en Australia, la contradijo en su interior la voz de la razón.

Ya. Pero igual he vuelto, ¿no lo notas?

La otra voz guardó silencio.

Recordó de pronto que era casi como aquella otra vez, tantos años atrás, cuando ella apenas había salido de la adolescencia, cuando sucedió... lo que fuera que hubiese sucedido... aquella ausencia, aquellos cinco días que se borraron de su vida

sin que nadie, y menos ella misma, llegara a saber nunca qué había pasado en ese tiempo.

Lo único que recordaba de aquello y que formaba parte de su existencia un día tras otro fue que al salir de clase en Viena una tarde oscura y helada de noviembre, por alguna razón decidió acortar por el Stadt Park y, nada más trasponer sus puertas empezó a sentir esa vibración interna, como si alguien le hubiera colocado un diapasón en la cabeza, en la caja torácica... como cuando se pone sobre el mástil de una guitarra para afinarla y todas las cuerdas empiezan a cantar; todo su cuerpo vibrando como una campana de bronce, repicando de alegría con cada paso que daba internándose en el mundo azul de la tarde que se iba volviendo añil por encima de las ramas peladas de los árboles. Y luego..., de un momento a otro, nada.

El despertar bajo un cielo violentamente azul con un médico haciendo brillar una linterna sobre sus pupilas, las conversaciones susurradas a su alrededor, el frío agarrotando su cuerpo.

¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Nadie llegó a enterarse. Tenía sólo diecinueve años pero estaba viviendo sola en un pequeño estudio que le había pasado un cellista que se marchaba a Berlín. Cuando terminó de examinarla, el médico le dijo que se había tratado de una especie de fuerte lipotimia, que procurase comer bien, mantener constantes los niveles de azúcar en sangre, no exagerar con el ejercicio físico.

Ella no le contó que, si había sido una lipotimia, había durado más de doce horas porque su reloj marcaba las diez y diez de la mañana, y la tarde anterior, al entrar en el parque, venía directamente de su clase de las seis. Sólo quería marcharse de allí, llegar a casa, hacerse un cola-cajo, darse una ducha. No quería tener que tratar de explicarle en su poco alemán algo que ella tampoco comprendía.

No se dio cuenta hasta el día siguiente, cuando llamó a su profesora de canto para decirle que no se encontraba bien y que tenía que anular la clase.

Carla estaba de muy mal humor y antes de que ella pudiera decirle nada se limitó a gritarle:

—¡Has perdido cinco clases y ahora se te ocurre llamar!
La única excusa que acepto es que estuvieras muriéndote.

Recordaba con toda claridad el momento en que su vista cayó sobre las cifras del reloj a la derecha de la barra en la pantalla. Si su ordenador no se había vuelto loco, hacía efec-

tivamente cinco días de la última clase con Carla. *Cinco días*. Había perdido cinco días. No podía dejar de pensarlo mientras su maestra seguía hablando acelerada.

–¿Se puede saber dónde narices has estado todo este tiempo? –terminó por fin con un bufido.

–En la clínica –improvisó. –Pulmonía. Tenía mucha fiebre. No pude ni llamar. Lo siento.

Cinco días. No tenía el menor recuerdo de lo que había podido pasar en todo ese tiempo. Tampoco había ninguna marca en su cuerpo, salvo un hematoma en la pierna y unos arañazos en la mano derecha que podían haber estado allí antes de ese vacío.

Desde entonces, desde hacía casi veinte años, no había logrado recordar nada de aquellos cinco días. Había leído todos los libros que narraban casos similares, empezando por el famoso de Agatha Christie que nunca llegó a esclarecerse. No le había servido de nada. Aquellos días seguían siendo un paréntesis en su vida aunque, poco a poco, iban perdiendo su capacidad de asustarla.

Durante mucho tiempo, lo que más miedo le daba era que pudiera volver a suceder, que aquellas ausencias empezaran a formar parte de su existencia, que en cualquier momento algo pudiera robarle unos días de su vida sin dejar el menor recuerdo. Luego, poco a poco, había empezado a convencerse de que aquello, fuera lo que fuera, no se volvería a repetir y el miedo había ido difuminándose, cediendo terreno al “can’t forget”, a la continua investigación sobre aquellos días de ausencia. Había conservado incluso la ropa que llevaba puesta entonces y la miraba de vez en cuando con la esperanza de que le dijera algo que hasta ese momento no le había dicho. Una vez, dos o tres años después de lo sucedido, sacó de la cajita donde la había guardado un pedacito de planta seca, de las que se pegan a los pantalones al caminar por un parque o un bosque, y se lo dio a su novio de entonces, un chico que hacía el doctorado en botánica, para que lo analizara.

–Australia –le contestó.

Es una hierba muy común en Australia, pero también crece en otros lugares. ¿Es importante?

–No, –le dijo ella– no tiene importancia; era sólo curiosidad.

Ahora estaba en Australia por primera vez y, también por primera vez desde entonces, algo había empezado a ponerse en marcha en su interior. Sintió un escalofrío y apretó el paso para no perder a la gente que llevaba ya un rato haciéndose fotos con las famosas rocas.

Cuando los alcanzó, estaban hablando de una película que se había rodado allí en los años setenta y que a ella no le sonaba de nada: *Picnic at Hanging Rock*. Al parecer se basaba en una historia real, tres alumnas de un colegio cercano que, en 1900 habían estado de excursión allí mismo, con su profesora, y habían desaparecido sin dejar rastro.

–No es por asustaros –estaba diciendo Martha, –pero tampoco fue la primera vez. Cincuenta años antes desapareció la esposa de un granjero de los alrededores dejando a su marido y dos hijos. El marido salió a buscarla y desapareció también. Los niños fueron medio adoptados por la tribu aborigen que vivía entonces en la región y consta que participaron en la última iniciación que tuvo lugar aquí. Curioso, ¿no?

–Que la gente desapareciera por aquí en aquella época no debía de ser nada raro –dijo Lucas echando una mirada circular. –Aquí debía de haber animales peligrosos y tribus que no verían con buenos ojos la invasión de los blancos.

–Y mucho menos si se metían sin el menor respeto en sus lugares sagrados –añadió Carlos.

Siguieron caminando hacia arriba, hasta alcanzar la cima desde donde se tenía una vista de trescientos sesenta grados sobre el paisaje ligeramente difuminado por la niebla: colinas grises cerrando el horizonte, grandes extensiones a lo lejos de lo que podrían ser viñedos, las copas de los eucaliptos quietas, como pintadas, un pequeño lago a los pies de las rocas sobre las que ellos se encontraban, los troncos blancos, pelados, de varios árboles muertos, un arco de piedra con una pequeña roca atrapada en medio, como el colgante de un collar... Belleza natural en estado puro.

El silencio era perfecto. Hasta ellos habían dejado de hablar para poder escucharlo. La vibración en el pecho de Liliانا se había convertido en un latido sordo. Casi no comprendía que los demás no pudieran oírlo.

–Liliana –empezó Carlos después de un carraspeo, –me gustaría pedirte algo... ¿Nos cantarías una canción? Ella se giró hacia el hombre, sorprendida.

–¿Aquí? ¿Ahora?

Él asintió sonriendo.

–¿A pelo?

–Claro. ¿Sabes en cuál estaba pensando? “Amazing Grace”.

Liliana cerró los ojos unos instantes. Era una buena elección. Buscó en su interior, hasta descubrir la canción que quería sacar fuera, recordando la nota inicial y la más aguda

para ajustar el paladar. Los que la miraban sólo la vieron cerrar los ojos, hacer una inspiración profunda, y mover los brazos para abrir el pecho. Un segundo después, allí, en mitad de Hanging Rock, Liliana estaba en un escenario, frente a su público, y los primeros sonidos llenaban el silencio de roca:

Amazing grace, how sweet the sound,
That saved a wretch like me!
I once was lost, but now I am found,
Was blind, but now I see.

Su voz de cristal líquido resbalando por el lugar que para un pueblo fue sagrado y ahora, por el misterio de la música y la palabra, iba recuperando una dimensión distinta, como cuando una figura que parecía plana se despliega al abrir una cartulina y se convierte en un objeto tridimensional.

Cantó hasta la tercera estrofa y cuando llegó a la última frase, “and grace will lead me home”, dejó perderse el sonido por encima de los eucaliptos hasta que no fue más que un recuerdo en el silencio, y cerró los ojos, que se le habían llenado de lágrimas.

–¡Joder, tía, qué voz! –dijo Lucas, sinceramente impresionado, rompiendo con eso la magia.

A Liliana se le escapó una pequeña sonrisa.

–Gracias –dijo Carlos, inclinándose para besarle la mano.

Martha se acercó a ella y la abrazó.

–¡Qué lujo, preciosa! Se me ha puesto la piel de gallina. No lo olvidaré mientras viva. –Tragó saliva y, con un último apretón, la soltó sonriendo. –¡Venga, vamos a explorar un poco por aquí!

Se separaron con la excusa de explorar los alrededores pero era evidente que, después de la canción, todos necesitaban estar solos unos momentos.

Liliana se alejó a pasos lentos, abrazándose a sí misma. Se sentía a punto de algo que no era capaz de concretar. El latido sordo que la había acompañado toda la mañana seguía allí pero había cambiado de calidad. La música lo había liberado y estaba cerca de traerle... algo. Algo que tenía que recibir en soledad.

De pronto, una oquedad entre dos rocas surgió a su derecha invitándola a entrar en la oscuridad. Era una especie de hornacina, poco profunda, como una cabina individual que podía proteger del viento y de la lluvia. Entró y se sentó en una

piedra, con la vista perdida en el paisaje que iba siendo recorrido por ráfagas de luz cuando las nubes dejaban de ocultar el sol por un instante. Algo en aquel paisaje le resultaba absolutamente familiar, como si lo conociera desde siempre, como si hubiese vuelto a casa.

Jake, dijo una voz en su interior, su propia voz, la de las locuras, la de lo irracional. Y con el nombre apareció un rostro en su mente: un hombre joven, de barba castaña clara y risueños ojos de ámbar, un rostro que dolía. ¿Cómo podía haber olvidado a Jake? ¿Quién era Jake?

–¡Liliana! ¡Liliana! –Oyó el nerviosismo en las voces y, sin pensarlo, salió de la grieta de piedra.

–¡Ahí estabas! ¡Qué susto nos habías dado! Tanto hablar de desapariciones en Hanging Rock y de pronto decidimos volver al coche y no te encontramos por ninguna parte.

–Si sólo ha sido un momento...

–¿Un momento? –dijo Lucas. –Hace más de media hora que te estamos buscando en serio. ¿No nos habías oído? Liliana sacudió la cabeza.

–Pues hemos gritado de lo lindo. Menos mal que no tenemos que cantar esta noche, como tú.

–¿Cantar? –Por un instante no sabía de qué le estaban hablando. Por un instante ni siquiera había sabido quiénes eran esas personas que la buscaban. –¡Ah, claro!

–Vamos, *angel voice*, ya va siendo hora de ir a comer algo y luego de vuelta a la ciudad; yo ya he tenido bastante naturaleza.

–Estos jóvenes... –bromeó Carlos meneando la cabeza en dirección a Martha, que se encogió de hombros.

–De acuerdo, vamos a comer aquí cerca. Hay un pueblo con un pequeño restaurante, tienda de souvenirs y un poco de todo.

Sólo la mitad de las mesas estaban ocupadas pero el local era acogedor y olía a comida auténtica. Se instalaron al fondo, junto a la pared de madera abarrotada de fotos antiguas, de la época en que la zona estaba siendo colonizada.

–A mediados del siglo diecinueve –dijo Martha, cuando hubieron pedido la quiche de la casa y unas ensaladas, –se descubrió oro cerca de aquí, en la zona de Bendigo, y Woodend se llenó de familias que acudían con la ilusión de enriquecerse en un par de años. Luego se fueron marchando y los que se quedaron decidieron probar fortuna con el vino porque la tierra alrededor de Lancefield es fértil y apropiada para los viñedos,

los habréis visto por el camino. Podéis aprovechar para comprar un par de botellas aquí mismo. Yo os aconsejaría un Syrah o un Pinot Noir.

Liliana se levantó a lavarse las manos dejando a los demás hablando de vinos, una conversación que ya no le interesaba. Toda su juventud había estado llena de planes y proyectos para vinos. Se quedó clavada en el pasillo que llevaba a los aseos. ¿Cómo que su juventud había estado llena de vinos? ¿De dónde había sacado eso? Sus padres eran profesores de instituto, los dos, y ni siquiera bebían vino salvo en las grandes ocasiones.

Se apretó las sienes con las dos manos tratando de conjurar un recuerdo que no le pertenecía y que acababa de ocupar su mente con toda naturalidad: *Jake & Lily's Vineyard*.

Sacudió la cabeza, se echó agua a la cara, se soltó el pelo y trató de arreglárselo un poco frente al espejo. Había un brillo extraño en sus ojos, como si tuviera fiebre, pero su frente estaba fría. La canción que se había instalado en su cabeza desde las afueras de Melbourne se repetía una y otra vez en una cinta sin fin, "Sally Gardens", la versión antigua:

It was down by Sally Gardens one evening late I took
my way.

'Twas there I spied this pretty little girl, and those words
to me sure she did say.

She advised me to take love easy, as the leaves grew
on the tree.

But I was young and foolish, with my darling could not
agree.

Ahora la melancolía de la canción traía imágenes que no podían pertenecerle pero que, poco a poco, iban abriendo las compuertas del recuerdo, iban llenando aquella ausencia de tantos años con algo imposible de aceptar: los ojos dulces de Jake mirándola con curiosidad al descubrirla perdida en Hanging Rock, su mano firme ayudándola a levantarse, la boda en la pequeña capilla que había levantado el párroco alemán, los sueños de dejar la carpintería y dedicarse a los viñedos, a cultivar el mejor Syrah de Australia...

Al salir del baño, en la pared de enfrente, una foto antigua enmarcada parecía mirarla fijamente. Una pareja joven con dos niños pequeños. Pobres, pero con la ambición de mejorar algún día a fuerza de trabajo; orgullosos de poder fotografiarse para la posteridad. Él de pie, con chaqueta y sombrero, detrás

de ella que, sentada, miraba muy seria a la cámara abrazando a sus hijos, uno a cada lado. Iba vestida con una blusa blanca de cuello alto que pinchaba un poco y una falda amplia oscura, de percal, con una cintura inverosímilmente estrecha a fuerza de corsé, que apenas si la dejaba respirar.

La ternura y la tristeza la inundaron de golpe, pero antes de que pudiera decir nada, una mujer de su edad se le acercó desde la cocina.

–Guapos, ¿verdad? Jake y Lily Chivers.

En su interior, Liliana completó sin sorpresa: *Y sus hijos, Willie y Tom.*

–Con sus hijos, Tom y Willie, no sé bien quién era quién.

–¿Antepasados suyos? –se forzó a decir, aunque se le había enronquecido la voz por la emoción.

–Tatarabuelos, si no me equivoco. Él era carpintero en Inglaterra, pero al llegar aquí decidió plantar viñedos y dedicarse al vino.

–¿Y lo consiguió?

–No pudo llegar muy lejos porque en 1850 o '51 su mujer, Granny Lily, desapareció un buen día igual que había aparecido diez años atrás.

–¿Cómo que había aparecido?

–Según las historias familiares, Jake la encontró perdida en Hanging Rock, sin recuerdo de cómo había llegado allí ni de dónde venía. Se enamoraron, se casaron y tuvieron a los dos chicos. Luego, un buen día, ella se esfumó. Desapareció como había llegado, de un día para otro. Él estuvo a punto de volverse loco. Dicen que se querían mucho. Salió a buscarla muchas veces, sin éxito, y un día ya no regresó.

–¡Pobres niños!

–Sí, debió de ser terrible para ellos quedarse sin padres en unos meses. Pero, por lo que se ve, consiguieron seguir adelante y aquí estamos todos nosotros...

Liliana se acercó al retrato. Debajo, en una chapita metálica se leía: Jacob “Jake” Chivers y su esposa Lily “*Angel Voice*” Chivers. 1849.

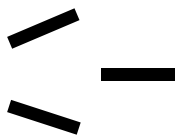
–¿“*Angel Voice*”? –preguntó Liliana con un hilo de voz.

–Dicen que tenía una voz preciosa, que cuando cantaba en la iglesia parecía que iban a bajar los ángeles del cielo. Es una pena que ninguna de nosotras la haya heredado. Si me disculpa... –con un gesto volvió a entrar en la cocina.

Liliana se quedó mirando el rostro de Jake mientras las lágrimas le corrían por la cara. Pasó la yema del dedo por los niños, por sus mejillas aún redondeadas, por sus cejas, tan picudas como las de ella.

Mirándose a sí misma en aquella foto de 1849, mientras el *can't forget* se diluía en su interior como un terrón de azúcar, entendió que cinco días pueden ser una vida.

Y, en el mismo momento, con un escalofrío de esperanza, comprendió que, igual que ella había regresado, quizá Jake aún estaría buscándola, en algún lugar.



Return to Hanging Rock

**Elia Barceló
(2015)**

Even Liliana didn't know why she'd agreed to join the excursion. A genuine act of recklessness because, given that she'd be facing a Melbourne audience at seven o'clock that evening, she ought to have stayed in the hotel keeping Isabel company, trying to help her get rid of the migraine with which she'd awoken.

During a concert, everyone is focused on the singer. Only true lovers of music are aware of the importance of the accompaniment; those who really understand music know that the end result depends entirely on the rapport between pianist and singer. And she and Isabel had just such an understanding... When Isabel was playing, the piano was like a feather bed onto which Liliana could allow herself to fall any which way, a bed which always enfolded her, which always offered her everything she needed to rise to great heights. Isabel knew, even before Liliana did, what she would need in the next bar of music.

Apart from which, for Liliana, Isabel's presence was a life-jacket which kept at bay the questions, the commentaries, the issues that would have to be resolved. She was so sociable, so witty, so determined – all those things that Liliana wasn't. And she was so accustomed to travelling everywhere accompanied by Isabel, in every sense of the word, that she felt a little lost without her, even on an excursion of a few hours duration in the company of people who spoke her own language.

"What a pity Isabel couldn't come!" said Carlos the poet, who was also on tour around Australia and had joined them when he heard about the excursion. It was as if he knew what she was thinking. They had got to know each other during a dinner in Adelaide the previous week, after he had given his presentation at the university and she and Isabel had given their concert.

"She's made the right decision," said Martha, the renowned Spanish translator who was taking them to Hanging Rock in her car. "Given that she has to perform this evening,

the best thing she can do is stay in bed for the day and let the migraine gradually go away.”

Lucas didn't say a word; he'd fallen asleep as soon as they left the city. Liliana wasn't entirely clear who he was; all she knew was that he'd recently arrived in Australia and worked at the consulate. As an intern, she presumed, given how young he looked.

She tried to avoid further conversation by focusing on the countryside through which they were driving. She would never have thought they were so far from Europe. Nothing seemed overly exotic, neither the vast expanses of brown earth under a greyish-blue sky nor the little stands of eucalypts – or gum trees, as they referred to them here – nor the roads and small towns. In fact, they were gradually making their way through a more elevated and lush region that reminded her of central Europe, not just because of the vegetation but because of the elegant houses that were barely visible at the back of beautifully maintained gardens.

While she drank in everything around her, her thoughts returned again and again to a song – “Sally Gardens”, in its original version – the one they used to sing in the countryside before Yeats put it into verse:

It was down by Sally Gardens one evening late I took
my way.
'Twas there I spied this pretty little girl, and those
words to me sure she did say.
She advised me to take love easy, as the leaves grew
on the tree.
But I was young and foolish, with my darling could not
agree.

She'd always liked the song very much and now, without knowing why, both the words and the music lent themselves perfectly to the greens and browns of the countryside which was fully in its spring awakening. The song always left her with a bitter-sweet aftertaste, a mixture of love and tenderness, sadness and nostalgia. She'd never managed to find lasting love in her almost-forty years of life, perhaps because, as the song put it, she'd always been in a hurry, because her ambition to reach the top in her career had closed off any possibility of building a beautiful, serene relationship, of having children, of maturing as a person and as a woman. The only thing she had achieved was to sing and to be able to make a living from it. Other women had less.

“There it is,” said Martha. “Mount Diogenes. Or Hanging Rock, as we all call it.”

“Is that because it was the place where they hanged condemned people?” asked Lucas, vigorously rubbing an eye.

“Not at all! What a weird idea!”

“Well, ‘hanging tree’ is the usual translation for *el árbol del ahorcado* (‘the tree of the hanged man’) or *el árbol de la horca* (‘the gallows tree’), isn’t it?”

“That had never occurred to me,” said Martha, shaking her head in puzzlement. “No. It’s called Hanging Rock because of a large rock which is balanced on top of two much bigger ones. You’ll see it soon. It forms a sort of gateway or threshold.”

“A gateway to where?” asked Carlos.

“Well... to nowhere. To other parts of the Rock. But I guess that when Aboriginal men came to carry out their rituals, those rocks looked like a sort of entrance to their sacred precinct, the place where the mysteries of their initiation ceremonies were going to take place.”

“What initiation?”

“As far as we know, various Aboriginal tribes, including the Wurundjeri, used to carry out their male initiation rites here. The place was taboo to all but adult men, and those boys who were going to be initiated. But that all ended around the middle of the 19th century. White men appropriated everything and kicked out the indigenous people who were living here.”

“Whites have no sense of the numinous,” murmured Liliana almost to herself without taking her eyes off the bare rocks dominating the horizon, with a green strip of vegetation at their base and a rocky crest on top. There was something about that mound that powerfully beckoned her.

Carlos swivelled to face her from the front passenger seat. “A beautiful word. It’s been a while since I heard it.”

Lucas started to laugh quietly. Liliana didn’t answer. They often told her that she spoke like a book and it always bothered her, because she didn’t do it on purpose; she didn’t choose old-fashioned and rarely used words to show off or to draw attention to herself. It was just that these were the words that expressed what she wanted to say fully and precisely, just as there were melodies that enabled the expression of the ineffable, of those things that words could not express.

Carlos must have realised this because he added: “I’m not making fun of you, Liliana. I’m a poet. Words are my tools, just as the voice is yours.”

She nodded silently in agreement.

They left the car in a huge, empty carpark. It was either too early, or it hadn't occurred to anyone else to come to Hanging Rock on this particular Tuesday morning. The air was cool despite the fact that, according to the calendar, it was the middle of November, late spring.

They went to see if there were any kangaroos or wallabies on the racecourse, since Lucas wanted to send home some photos, but it was deserted, so they started to head up among the tall eucalypts with their white trunks, along a path edged with ferns that brought them closer and closer to the rocks, which cast more of their shadows over them as they became ever more imposing. There were no koalas to be seen. A sign warned that snakes occurred in the area. Carlos took a photo of it.

As they climbed, but even from the moment she had emerged from the car, Liliana experienced a strange sense of trepidation, like an elusive nervousness, as if there were something in the place that was delicately vibrating and starting to resonate inside her. She thought about saying something but she was sure that if she used a word like "trepidation" Lucas would laugh out loud, so she decided to keep quiet.

She couldn't give a name to what was stirring inside her. In one sense, it was similar to a feeling that frequently came over her, a feeling she'd christened *can't forget*, after a song by Leonard Cohen, the one that went "can't forget that I don't remember what... can't forget that I don't remember who", a feeling that had accosted her so many times since that night in Vienna. It was as if there were an absence where there ought to be a memory; as if her mind were on the verge of revealing something very important, forgotten until this moment, but thanks to which everything would fall into place.

In another sense, and this was new, it was a feeling similar to the one you have when you're finally close to arriving at a much-loved place from which you've been absent for a long time – a happy impatience, a gentle breathlessness which makes you want to walk more quickly and shout with joy.

There it was. The rock. The rock hanging between two others. The gateway.

I'm back, she thought to herself.

You've never been in Australia, her inner voice of reason contradicted.

Right. But I'm still back, don't you feel it?

The other voice kept silent.

Suddenly she recalled that it felt almost like that other

time so many years ago, when she was barely out of her adolescence, when it had happened... whatever it was that had happened... that absence, those five days that were rubbed out of her life without anyone – she least of all – ever working out what had occurred.

The only thing she remembered of that episode, and it now formed part of her day-to-day existence, was that when she left her lesson in Vienna late one sombre and icy November afternoon, she decided for some reason to take a shortcut through Stadt Park and, no sooner had she passed through the gates then she began to feel that inner vibration. It was as if someone had put a tuning fork inside her head, inside her ribcage... like the one you put on the neck of a guitar to tune it, and all the strings start to hum; her entire body was vibrating like a bronze bell, chiming with joy with each step she took into the blue world of that late afternoon which was turning indigo above the stripped tree branches. And then... from one second to the next... nothing.

She woke up under a violently blue sky with a doctor shining a light into her pupils, whispered conversations around her, the coldness stiffening her body.

What happened? Where am I?

Nobody ever found out. She was just nineteen and living alone in a small studio apartment that had been passed on to her by a cellist who was moving to Berlin. When the doctor finished examining her, he told her she'd suffered some sort of profound lipotimia – a fainting fit – and that she should try to eat better, keep her blood sugar level constant and not overdo physical exercise.

She didn't tell him that if it was lipotimia, it had lasted more than twelve hours because her watch showed that it was 10:10 in the morning, and when she had entered the park the previous day, she was coming straight from her four o'clock lesson. She just wanted to get away from there, go home, make herself a cup of hot chocolate and have a shower. She didn't want to try to explain in her limited German something that she herself didn't understand.

And she still didn't understand the next day, when she rang her voice teacher to tell her that she wasn't feeling well and had to cancel her lesson.

Carla was in a very bad mood, and before Liliana could say a word, she simply yelled at her: "You've missed five classes and it only occurs to you now to give me a call! The only excuse I'll accept is that you were dying."

Liliana recalled with absolute clarity that moment when her eyes fell on the clock numbers on the right of the toolbar of her computer screen. If her computer hadn't gone mad, it really was five days since her last class with Carla. *Five days*. She had lost five days. She couldn't stop thinking about that as her teacher continued to speak quickly.

"Would it be possible to know where on Earth you've been all this time?" Carla finally finished with a snort.

"In hospital," she'd ad-libbed. "Pneumonia. I had a very high fever. I couldn't even call. I'm sorry."

Five days. She had absolutely no recollection of what could have happened during that time. There was no mark on her body apart from a bruise on her leg and some scratches on her right hand which might have been there before that void.

Since that time, almost twenty years ago, she hadn't succeeded in remembering anything of those five days. She'd read all the books that dealt with similar cases, starting with the famous one involving Agatha Christie, which was never explained. It had proved useless. Those missing days continued to be a parenthesis in her life, although gradually they were losing their capacity to frighten her.

For a long time, what frightened her most was that it might happen again, that such absences would begin to become a part of her life, that at any moment something might steal a few days from her without leaving the slightest memory. Then, bit by bit, she had started to convince herself that there wouldn't be a repetition of whatever it was, and her fear had started to fade, giving way to *can't forget*, her ongoing research into those missing days. She'd even kept the clothes she wore that day, and looked at them now and again in the hope that they might say something to her which they hadn't told her to date. Once, two or three years after it had happened, she took a tiny piece of a dried plant out of the little box where she kept it – one of those burrs that stick to your trousers when you walk through a park or woods. She gave it to her then-boyfriend who was doing a doctorate in Botany so he could analyse it.

"Australia," he said.

"It's a very common plant in Australia, but it also grows in other places. Is it important?"

"No," she'd replied, "It's not important; I was just curious."

And now she was in Australia for the first time, and also for the first time since then, something had been activated inside her. She shivered and walked more quickly so she wouldn't lose

the rest of the group who, for some time now, had been taking photos of each other with the famous rocks.

When she caught up to them, they were talking about a movie that had been filmed there in the 70s, but it didn't ring any bells with her – *Picnic at Hanging Rock*. It was apparently based on a true story about three girls from a nearby school who had been on an excursion to the Rock with their teacher in 1900, and had disappeared without a trace.

"I don't mean to scare you," Martha was saying, "but it wasn't the first time either. Fifty years before that, the wife of a farmer from these parts disappeared, leaving her husband and two children behind. The husband went in search of her and disappeared as well. The children were half-adopted by the Aboriginal tribe that lived in these parts, and there's evidence they took part in the last initiation here. Curious, isn't it?"

"People disappearing from these parts back then wouldn't have been so strange," said Lucas as he looked around him. "There must have been dangerous animals, and tribes who wouldn't have looked too favourably on the white man's invasion."

"And even less so if they invaded with no respect for sacred sites," added Carlos.

They continued to climb until they reached the summit, which provided a 360 degree view of the countryside, visible somewhat hazily through the mist: grey hills on the horizon, huge expanses of what could be vineyards in the distance, the still crowns of the eucalypts, looking almost like a painting, a small lake at the foot of the rocks they were standing on, the stripped, white trunks of various dead trees, a stone arch with a small rock trapped in the centre of it like the pendant on a necklace... Natural beauty in its purest form.

The silence was absolute. Even the others had stopped talking so they could listen to it. The vibration in Liliana's chest had turned into a muffled throb. She found it hard to understand that the others were unable to hear it.

"Liliana," said Carlos after clearing his throat, "I'd like to ask a favour. Would you sing something for us?"

Surprised, she turned towards him.

"Here? Now?"

Smiling, he nodded.

"Unaccompanied?"

"Of course. And you know what I have in mind? 'Amazing Grace'."

Liliana closed her eyes for a moment. It was a good choice. She searched within her until she found the song, recalling the first note and the highest one so she could adjust her resonators. Those who were watching only saw her close her eyes, take a deep breath and move her arms to expand her chest. A second later, there, in the middle of Hanging Rock, Liliana was on stage, facing her audience, as the first sounds filled the Rock's silence.

Amazing grace, how sweet the sound,
That saved a wretch like me!
I once was lost, but now am found,
Was blind, but now I see.

Her voice, like liquid crystal, flowed throughout a place that was sacred to a people and now, thanks to the mystery of music and words, began to regain another dimension, in the same way that a figure that appears flat unfolds when a card is opened, and becomes a three-dimensional object.

She sang to the end of the third verse and when she reached the last line, 'And grace will lead me home', she allowed the sound to die off over the tops of the eucalypts until it was nothing more than a memory in the silence, and closed her eyes, which had filled with tears.

"My God, woman, what a voice!" said Lucas, genuinely moved, breaking the magic of the moment. Liliana gave a little smile.

"Thank you," said Carlos, bending over to kiss her hand. Martha came up to her and gave her a hug.

"What a privilege, Liliana! I've got goose bumps. I'll remember this for as long as I live." She swallowed, and with a final squeeze, released her with a smile. "Come on, let's explore a bit over here!"

The group separated on the pretext of exploring their surroundings, but it was obvious that, after the song, all of them needed to be on their own for a short while.

Liliana moved off a few paces, hugging her body. She felt on the brink of something that she couldn't pin down. The muffled throb that had accompanied her all morning was still there, but the quality had changed. The music had liberated it and it was close to giving her... something. Something she had to receive on her own.

Suddenly, a cavity between two rocks appeared to her right inviting her to enter its darkness. It was a sort of alcove, not

very deep, like a private booth that could provide shelter from the wind and the rain. She entered and sat on a rock, her gaze lost in the countryside, which was traversed by flashes of light whenever the sun emerged briefly from behind the clouds. There was something about the countryside that she found absolutely familiar, as if she'd always known it, as if she'd returned home.

Jake, said a voice inside her, her own voice, the voice of madness, of the irrational. And as she said the name, a face popped into her head: a young man with a light-brown beard and smiling, amber eyes – a face that caused an ache. How could she have forgotten Jake? Who was Jake?

“Liliana! Liliana!” She could hear a nervousness in the voices calling her and, just like that, she emerged from the fissure in the rock.

“That’s where you were! What a fright you gave us! So much talk about disappearances at Hanging Rock, and then we decided to go back to the car and we couldn’t find you anywhere.”

“It was just for a moment...”

“A moment?” said Lucas. “We’ve been looking for you in earnest for more than half an hour. Didn’t you hear us?” Liliana shook her head.

“Well we’ve been shouting a lot. Lucky we don’t have to sing tonight like you!”

“Sing?” For a second, she didn’t know what they were talking about. For a second she didn’t even know who these people looking for her were. “Oh, of course!”

“Come on, angel voice, it’s about time we went and ate something and then headed back to the city; I’ve had enough Nature already.”

“The youth of today,” joked Carlos, shaking his head as he looked in Martha’s direction. She shrugged.

“Okay, let’s eat. There’s a town close to here with a small restaurant, a souvenir shop and a general store.”

Only half the tables were occupied, but the place was cosy and the food smelled home-made. They sat down at a table at the back, next to a wooden wall covered with old photographs from the era when the area was being settled.

“In the mid-19th century,” Martha told them after they’d ordered the house quiche and some salads, “gold was found nearby, in the Bendigo region, and Woodend filled with families who came in the hope of getting rich within a few years. Later, they started moving on, and those who remained decided to try

their fortune with wine, because the soil around Lancefield is fertile and well-suited to vineyards; you'll have seen them during our drive. You can benefit from this by buying a few bottles right here. I'd advise a Shiraz or a Pinot Noir."

Liliana got up to go to the toilet, leaving the rest of them talking about wines, which she no longer found interesting. Her entire youth had been full of plans and projects to do with wine. She stopped dead in the corridor that led to the washrooms. *Her entire youth had been full of wines? Where had that come from?* Her parents were high school teachers, both of them, and they only drank wine on special occasions.

She squeezed her temples with both hands trying to conjure up a memory that didn't belong to her, but that had just lodged itself spontaneously in her mind: *Jake and Lily's Vineyard*.

She shook her head, threw some cold water on her face, took down her hair and tried to rearrange it somewhat in front of the mirror. There was a strange light in her eyes, as if she were feverish, but her forehead was cold. The song that had installed itself in her head since the outskirts of Melbourne was repeating itself again and again in an endless loop – the original version of "Sally Gardens":

It was down by Sally Gardens one evening late I took
my way.
'Twas there I spied this pretty little girl, and those
words to me sure she did say.
She advised me to take love easy, as the leaves grew
on the tree.
But I was young and foolish, with my darling could not
agree.

The melancholy of the song brought with it images that couldn't possibly belong to her, but gradually, they opened up the gates to her memory, filling the emptiness of so many years with something impossible to accept: Jake's sweet eyes looking at her curiously on finding her lost at Hanging Rock, his strong hand helping her to get up, their wedding in the small chapel built by the German parish priest, their dreams of giving up carpentry and dedicating themselves to a vineyard, to the cultivation of the best Shiraz in Australia...

As she came out of the toilet, the subjects of an old framed photograph on the wall opposite seemed to be staring at her. A young couple with two small children. Poor, but with

the ambition of improving their lot some day through hard work; proud to be able to have themselves photographed for posterity. He, in a jacket and hat, was standing behind her; she was seated and gazing seriously at the camera, with an arm around the two children, one on either side of her. She was dressed in a white blouse with a high collar which was pinching her neck a little, and a wide dark-coloured calico skirt with a waist made impossibly narrow thanks to the corset that barely allowed her to breathe.

Tenderness and sadness suddenly overwhelmed her, but before she could say a word, a woman of about her own age came towards her from the kitchen.

“Handsome, aren’t they? Jake and Lily Chivers.”

Not at all surprised, Liliana completed the sentence to herself: *And their sons, Willie and Tom.*

“And their sons, Tom and Willie, though I’m not sure which is which.”

“Your forebears?” Liliana forced herself to ask, though her voice had become hoarse with emotion.

“Great-great-grandparents, if I’m not mistaken. He was a carpenter from England, but when he got here, he decided to plant vines and devote himself to wine.”

“And was he successful?”

“He wasn’t able to get too far because one fine day, in 1850 or 1851, his wife, Granny Lily, disappeared in the same way that she had appeared ten years earlier.”

“What do you mean, ‘appeared’?”

“According to the family stories, Jake found her lost on Hanging Rock, with no memory of how she’d got there or of where she’d come from. They fell in love, got married and had two sons. Then she vanished. She disappeared just as she’d arrived, from one day to the next. He was on the verge of madness. They say they were deeply in love. He went out to look for her many times without any luck, and one day, he didn’t come back.”

“The poor boys!”

“Yes, it must have been terrible for them to be left with no parents in the space of a few months. But it’s clear that they managed to keep going, and now here we all are...”

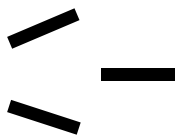
Liliana walked over to the photograph. On a small metallic plaque below it, she read: “Jacob ‘Jake’ Chivers and his wife Lily ‘Angel Voice’ Chivers. 1849”.

“‘Angel Voice’?” asked Liliana in a whisper.

“They say she had a lovely voice, and when she sang in the church, it sounded as if angels were about to descend from heaven. It’s a pity none of us has inherited it. Please excuse me...”, and with a gesture, she went back inside the kitchen.

Liliana stood looking at Jake’s features as tears ran down her face. She ran her fingertips over the children, over their still-chubby cheeks, their eyebrows, as pointed as her own. Gazing at herself in that photo from 1849 as *can’t forget* dissolved inside her like a lump of sugar, she understood that five days can be a lifetime.

And in that same moment, with a shiver of hope, she understood that, just as she had returned, so too, Jake might still be searching for her somewhere.



Los artesanos y otras curiosidades

Diario de un viaje a Braidwood

Esteban Bedoya
(2013)

El fin del 2012 llegaba con la renovación de los ánimos, y con las mejores expectativas para el disfrute de los meses de verano. Nos alimentaba el recuerdo de un corto viaje hecho en septiembre hasta la playa más cercana a la capital de Australia.

Habíamos viajado con mucha curiosidad hacia Batemans Bay, fueron dos horas y media de entusiasmo, tan concentrados en nuestro destino final, que nos olvidamos de observar el paisaje por donde transitábamos. De no ser por una parada para desayunar, jamás nos hubiésemos enterado de la existencia de Braidwood. Ese pequeño pueblo no parecía ser mucho más que un caserío atravesado por una ruta, pero esa “penosa” circunstancia no le restó deleite al desayuno que nos sirvieron en el bar de la entrada del pueblo. Fue cuidadosamente presentado en tazones de cerámica gastados, en medio de un jardín repleto de enanos de cemento y de hadas ocultas entre macetas. El café con leche y los huevos revueltos estuvieron a punto, y más aún, la cordialidad de los dueños, quienes nos atendieron como si fuésemos los primeros clientes del mes. Reconozco que tanto Ibelise como yo decidimos intentar una nueva visita a ese pueblo perdido en la ruta, atraídos por la grata impresión que nos dejaron los dueños del Café Kitsch, así lo bautizamos.

Enero se presentó caluroso, como corresponde, no como el año anterior cuando el verano fue el calco de un otoño británico. El mes arrancaba con la modorra que imponen las importantes ingestas de alcohol, cuyas huellas lucían indelebles en los rostros de los habitantes de la ciudad aletargada. Nosotros no adherimos a esa tradición etílica, no estábamos dispuestos a seguirle el juego a quienes consideraban que veranear en Canberra era el equivalente a una condena social.

Habíamos terminado de almorzar cuando salimos de casa, el sol resplandecía y la brisa calentaba como el aliento de un horno que insiste en dorar un muslo de cerdo. Terrible pers-

pectiva para quienes sufren el calor, aunque en nuestro caso, no había sol ni ser vivo que nos desanimase de realizar el viaje a la playa, en el espléndido Impala del 59 que nos acabábamos de comprar.

Aprovechando el vacío de Canberra en vacaciones, atravesamos sin demoras la ciudad, los centros comerciales de los suburbios, las últimas edificaciones fabriles que marcaron diferencias entre lo urbano y lo rural, límite que se puso en evidencia cuando divisamos el primer canguro atropellado al costado de la ruta. Atentos al paisaje, llegamos a Queanbeyan, pequeña ciudad satélite o barrio suburbano, en cuya avenida principal se pueden ver construcciones art déco, son solo unas pocas cuerdas hasta cruzar un puente metálico que salva un río de poco caudal, algo así como la orina de un gigante. Después de pasar en vuelo rasante, escuchando el soundtrack de “Don Juan Tenorio”, se nos fue revelando el paisaje que descuidamos en el viaje anterior a Batemans Bay. Colinas salpicadas con grandes rocas grises y pequeños bosques de eucaliptos que se repiten como si fuesen una serie interminable de grabados enmohecidos. Aún así, la diferencia de esa naturaleza agreste con mi recuerdo de los agotados bosques paraguayos, llamaba mi atención.

Había terminado el disco cuando entramos en Bungendore un pequeño pueblo turístico, de calma exasperante y precios absurdos... Inverosímil quizá, que una silla de diseño “vanguardista”, de brillante madera, lustrada con el flujo de la virgen más bella de New South Wales, tuviese un costo de treinta y tres mil dólares (me he soñado acariciando sus patas). La primera vez que la contemplé, lo hice extasiado como si estuviese escuchando cantos de sirenas.

Demás está decir que pasamos de largo el pueblito, como si fuésemos dos reclusos en fuga. El brioso rugido del Impala nos arrastró fuera del caserío, que a la distancia se fue volviendo diminuto e intrascendente. En ese momento empecé a salir de la rutina y vi como desfilaban ante mí sauces llorones que daban sombra a las bestias, molinos, tanques australianos, ranchos ganaderos con antenas parabólicas similares a las orejas de Micky Mouse, muchas orejas, muchos molinos, incontables buzones ubicados a los costados de la ruta, eucaliptos y más eucaliptos, y el olor mentolado del campo que invadió la cabina y nuestras emociones. Fue casi en trance cuando vimos por primera vez un peluche atado al tronco de un árbol. Íbamos suficientemente rápido como para detenernos, pero no pudimos evitar un comentario.

—¿Lo viste?

–¡Sí! –respondió Ibelise con una euforia parecida a borrachera.

–¿Cuál será el mensaje? –dije, pretendiendo encontrar respuesta a esa rareza.

Habíamos recorrido menos de un kilómetro cuando vimos el segundo peluche sujeto a un tronco.

–¿Lo viste?

–¡Sí!... ¿Quién será el delirante que se ocupa de crucificar peluches?

–¡Tienen una mancha roja a la altura del corazón! –notó Ibelise.



Peluche de la carretera

Hasta el momento en que vimos el segundo peluche, se me había ocurrido pensar que se trataba de un juguete extraviado, colgado en ese sitio por si alguien lo quisiese recuperar. Pero el segundo muñeco modificó mi presunción, y me trajo una indescriptible sensación de malestar, tal vez por verse desfigurado a causa de una larga exposición a la intemperie - pura especulación. Ibelise no quería más sorpresas y tomó su cámara, atenta a una nueva “aparición”. Todavía recuerdo la absurda situación de estrés que me llevó a aferrarme al enorme volante del Impala. Ese día, el modesto viaje de exploración parecía querer depararnos novedades, y así ocurrió, cuando pasados diez minutos observamos y gritamos al unísono.

–¡Otro!

–¡Qué asco! –dije en lugar de decir ¡qué macabro!

–¡Detente, detente! –insistió Ibelise y fue corriendo hasta el eucalipto donde se hallaba crucificado el peluche.

–¡Es macabro!... se parece al Papá Noel crucificado por los japoneses.

Hasta llegar a Braidwood nos cruzamos con varios peluches crucificados, colgados, ajusticiados, uno que otro, con la mancha roja en el corazón... Intentamos encontrar explicación, no recuerdo qué sugirió mi esposa. A mí se me ocurrió pensar que sería una especie de homenaje a niños atropellados en la ruta, o una bienvenida (muy rebuscada) a un parque infantil. Nada parecía tener sentido, aunque tal vez no fuese más que la ocurrencia de un delirante dispuesto a llamar la atención... ¡Pero qué esfuerzo!

Una vez en el pueblo, nos dirigimos directamente al Café Kitsch. Cuando atravesamos las cintas de plásticos multicolores eran apenas las dos de la tarde. No se parecía al sitio que habíamos conocido; de no ser por el ronquido del refrigerador de bebidas y el sonido distante y persistente de los insectos campestres, el local parecería la imagen congelada de una película muda. Era una siesta profunda, de esas que capturan el tiempo y lo manejan a su antojo. Esperamos algún momento hasta entender que nadie nos atendería, y decidimos salir rápidamente en la búsqueda de mejor suerte.

Recorrimos la calle principal, repitiéndonos en voz alta y con tono burlón: “¡Esta gente respeta la siesta!”

No decaímos por causa del pobre recibimiento que tuvimos en el Café Kitsch y decidimos sacar provecho a la visita. Ibelise fotografió cada uno de los edificios de la avenida Kings: Dos panaderías de fines del siglo XIX, el Banco, el correo, el periódico del pueblo y un hotel. Toda la edificación correspondía a mediados o a fines del mil ochocientos; respetuosamente conservada en sus mínimos detalles, particularmente en las vidrieras de los negocios que parecían de museo, dos de ellas nos llamaron la atención, una tienda de ropa “vintage” y el interior del periódico *Braidwood News*, donde viejas máquinas de escribir relucían sobre escritorios cuidadosamente alineados. Fuimos curioseando las intimidades del pueblo, distraídos de tanto en tanto por el paso raudo de un vehículo circulando hasta perderse en la curva que conduce a Batemans Bay. Mientras, nosotros seguíamos el recorrido con la terquedad de quien sabe que encontrará un secreto bien guardado... Y así ocurrió.

Lo encontramos cuando la sed y los pies hinchados nos exigían un descanso, instante en el que un gaitero nos lanzó un salvavidas, resoplando con fuerza su gaita para indicarnos el camino tan buscado. Como si fuésemos las ratas de Hamelin, seguimos la melodía y nos internamos en una callecita secundaria bañada en sombras y aromas de flores que crecían en la penumbra. Aceleramos la marcha y la respiración del gaitero se

hizo audible, caminamos sobre grandes lajas de piedra hasta llegar al pie de un viejo roble, que ocultaba tras su follaje la fachada de una pequeña iglesia abandonada. Nos detuvimos ante ella, descubrimos su año de construcción grabado en el tímpano, “1885”, era un neogótico naïf, en sus proporciones y en su pretensión, un jardín salvaje parecía querer poseerla... La miramos embelesados, no por la belleza ingenua de su construcción sino por la música de gaita que en ese momento sonaba con la dulzura de la ambrosía.



La casa de Barry y Peggy

Se abrió la puerta de tonos blancos y azulados, sobre cuya hoja de maderamen gastado se inscribía una leyenda es-cueta: “I am the door”. Inmediatamente se presentó una mujer muy amarilla con aspecto de pulcra campesina.

–¿Les gusta?

Nos miramos con Ibelise, sin entender la pregunta.

–¿Les gusta la música de gaita?

–¡Sí! -respondimos al unísono. –¡Es maravillosa! Inmediatamente salió el músico, sosteniendo una pequeña gaita.

Los dueños de la “iglesia” parecían hermanos mellizos, muy rubios, de la misma altura, de mirada celeste y de la misma edad. No hizo falta explicarles que éramos extranjeros, bastó con abrir la boca.

–¡Pasen, pasen!

Invitaron amablemente, aunque tanto a mi esposa como a mí nos dio la impresión de tratarse de una orden gentil. Pero a eso íbamos, a la aventura, a darnos el gusto de romper la rutina y las formas que impone mi profesión.

Barry y Peggy eran artesanos que vivían en Braidwood, ambos eran jubilados, ella trabajaba haciendo muy bellas piezas de *bijouterie*, mientras el escribía un libro de memorias sobre las peripecias de su vida. Cuando le comenté que además de mi profesión, era escritor, me dijo.

–¡Oh!... ¡Deberías pasar una temporada en un faro, un año sabático! Los faros son sitios ideales para la inspiración.

–¡Me encantaría! –fue mi respuesta.

La generosidad de esa pareja (no eran hermanos) nos halagaba, en todo momento se esforzaron por hacernos sentir como en casa. Peggy nos ofreció una torta de fresas y Barry abrió un Shiraz del McLaren Valley... delicioso. La conversación se volvió tan fluida que sin percatarnos, les habíamos contado detalles solo reservados a los viejos amigos. Así, en estado de gracia, la siesta pasó a la media tarde, y la media tarde comenzó a ocultarse tras nubarrones grises. Los artesanos parecían felices, como si Ibelise y yo fuésemos una visita largamente esperada. Barry extendió los cumplidos, agasajándonos con un mini-concierto de gaita. Nos explicó que era una gaita típica del Norte de Francia, aunque dejó en claro que prefería la escocesa.

Luego del concierto nos invitaron a seguir los tragos bajo un parral ubicado en el patio posterior de la vivienda.

–¡Acá el vino sabe mejor! –dijo Peggy, mientras Barry volvía a tomar posición marcial y repetía las melodías guerreras. Sopló durante media hora, sonrojando sus mejillas de herencia escocesa.

Como si tuviésemos algo pendiente, súbitamente recordé los muñecos sujetos a los árboles de la ruta.

–¡Tenemos una curiosidad!

–¿Cuál? –preguntó Peggy mirando de reojo a Barry.

–En el viaje hasta Braidwood nos llamó la atención ver tantos muñecos, peluches, sujetos de manera grotesca a troncos de árboles...

–¡Ahh!, ¡Si, es bastante grotesco! –dijo Barry. –Aparentemente es un loco que hace un par de años trajo el terror a la zona. No hay pruebas que relacionen los asesinatos de dos niños hijos de turistas, con la aparición de los muñecos en los árboles.



Barry

–¡Es un rompecabezas para la policía! –dijo Peggy con tono jocoso.

–¡Locos nunca faltan! –dijo Ibelise.

La tarde se había despejado hasta volverse noche estrellada. Me levanté para ir al baño y sentí los efectos causados por mi entusiasmo con el Shiraz.

¡Wow! –dije espontáneamente. Ibelise me dijo –Así no puedes manejar... Hay un hotel que parece muy lindo en la Kings Highway, –sugirió.

–¡De ninguna manera! – interrumpió Barry.

–¡Se quedan en casa!... hay una habitación de huéspedes, –agregó Peggy.

–¡Pero!

–¡No hay peros! Se quedan a descansar hasta que tengan ganas. Sin apuro. Nosotros debemos ir temprano hasta la feria artesanal de Mogo, y si por si acaso no nos encontramos, no sean ingratos y regresen.

–¡Sin dudas! –respondimos a coro. –Pero la próxima vez, ustedes serán nuestros invitados en Canberra.

Dando tumbos fui a buscar una chaqueta que había quedado en el automóvil, y de paso, aproveché para estacionarlo justo en frente a la casa de los artesanos, desde allí pude escuchar la entusiasta conversación, alimentada con carne de canguro macerada en vino tinto.

Había sonado las once en las campanas de un viejo reloj de pared, cuando la dueña de casa nos condujo a la habitación que se ubicaba solitaria en la planta alta del viejo edificio. Era un ambiente estrecho que ocupaba todo lo largo de la cumbre del techo, lo que en un tiempo sería la nave central de la iglesia. Sus vigas o tirantes se repartían como si fuesen las costillas de una vieja nave marina. Nos encantó ese ambiente “secreto”, aunque algo lúgubre y con olor a humedad.

–Si por la noche sienten fresco, acá les dejo esta manta, –dijo depositando una *quilt* sobre una mecedora. Fuimos muy expresivos al agradecer tanta hospitalidad, al punto de animarnos a despedirnos “hasta mañana” besándola en las mejillas.

Había sido una larga jornada y estábamos exhaustos, aún así, decidimos hurgar en los rincones oscuros de la habitación. *¡El alcohol nos hace perder el recato!* me disculpé conmigo mismo. Mientras Ibelise curioseaba viejos retratos colgados por encima de la cabecera de la cama, yo me dirigí al otro extremo de la habitación, curioso por la forma ojival de una pequeña puerta. La abrí con algo de esfuerzo debido a la hinchazón de la madera. No vi gran cosa, solo sentí olor a trapos viejos. Rendido a mi curiosidad, extendí un brazo para “tantear” dentro del *walk-in closet*, me detuvo una repisa con estantes, aparentemente repletas de almohadones forrados en tela arpillera y en algodones rústicos. Detrás de mí, en el marco de la puerta estaba Ibelise.

–¿Qué encontraste?

–¡No sé!... no se ve. ¿Tenés el encendedor?

–¡Sí!, espera que lo busco.

Ibelise volvió con la llama por delante, y se metió en el pequeño espacio, dirigiendo la luz hacia la estantería. En ese instante algo inesperado nos enmudeció. Una gran cantidad de peluches observándonos impertérritos, nos castigaban con la fría mirada de sus ojos bordados con nylon.

–¡Qué horror!

–¡Fíjate en aquel! ¡Es como que sangrase su corazón de trapo!

–¡Igual al de la ruta!

–¡Deben ser al menos cincuenta! –calculé.

–¡Sí!... Y están ordenados como si fuesen muñecos de colección.

–¡Dios mío, Ibelise!... ¿Dónde nos metimos?

Nuestras reflexiones fueron interrumpidas por las doce campanadas del reloj cucú, cuyas vibraciones metálicas nos anunciaron, no sólo la llegada de la media noche, sino el inicio

de un drama. Con la respiración entrecortada y desprovistos de todo valor, se volvió una proeza disimular el espanto que nos embargaba. Agarrados fuertemente el uno del otro fuimos hasta la cama y nos acurrucamos bajo la sábana. Hablamos en voz baja y temblorosa, evitando mencionar los peluches. Nos limitamos a planificar el escape de esa casa, tan pronto como fuese posible. Nos sabíamos a expensas de la madrugada. Esperaríamos a que los dueños de casa saliesen hacia la feria y nos retiraríamos sin la menor demora.

–¡Esto es una estupidez; pura casualidad! –dije sin convicción.

No hace falta mencionar que no pudimos dormir... El temor causado por nuestro descubrimiento, fue incrementado por toda clase de ruidos: Viejas maderas crujiendo, pasos perdidos en algún sector de la planta baja, murmullos burlones, ladridos lejanos... Fue una tortura, nos lamentamos de haber sido curiosos y de haber aceptado la invitación de personas desconocidas. Estuve a punto de sollozar pero opté por mordirme rabiosamente un dedo. Ya vencidos, recibimos una dosis de alivio cuando el amanecer se coló tras los postigos de la única y pequeña ventana. Una brisa fresca refrescó las sabanas empapadas de transpiración.

Eran las siete y cuarto cuando chirrió la puerta de entrada, nos pareció escuchar que se iban y la trancaban con llave. Aguardamos unos instantes hasta que la camioneta de los artesanos se alejó. Bajamos la escalera a las apuradas, salteando escalones, impacientes y temerosos de estar encerrados en la guarida de estos locos. Ibelise me ganó de mano y giró con fuerza la manija, que abrió la puerta con sonido quejumbroso. La luz de la mañana nos bendijo tibiamente, y nos dirigimos corriendo hacia el auto, olvidándonos de cerrar la puerta de la vieja iglesia. Saltamos dentro del vehículo haciendo gran esfuerzo por embocar la llave. Cuando doblamos la esquina, aceleramos en la todavía vacía avenida. Conduje en silencio, con vergüenza, no hablamos hasta que recorrimos cincuenta kilómetros y llegamos a Bungendore, recién allí se me ocurrió reflexionar:

–¿Y si hubiese sido una coincidencia?

–¡No!... No creo en esta coincidencia.

Cuando llegamos a nuestra casa, decidimos bajar los pocos bultos del auto. Para nuestra sorpresa, a los pies del asiento trasero había un paquete envuelto en papel de regalo, el presente traía una tarjeta que decía: “A nuestros queridos huéspedes, con nuestro agradecimiento”.

–¡Qué es esta porquería! –grité con temor renovado.

–¡Tal vez sea un vino!

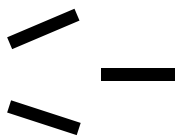
Lo levanté, calculando “a ojo” el peso. –¡No! Esto no es vino, ¡Qué carajo nos habrán puesto esos locos! –me quejé.

–¡No será un peluche! –se lamentó mi esposa.

Decidimos no volver a pecar de curiosos, y lo envolvimos en unas bolsas de supermercado, con un cartel: “peligroso”, para que a nadie se le ocurriese sacarlo del contenedor de la basura. Intentamos distraernos y olvidar la traumática anécdota, que con el tiempo seguramente se volvería simpática. Durante los días siguientes me asomé a la puerta de calle para ver si el *container* había sido vaciado... Seguía intacto. *La modorra de las fiestas*, me quejé, evitando tocar el tema a Ibelise quien había empezado a sufrir de insomnio.

¡Por fin! El viernes de mañana muy temprano, escuché las maniobras del camión recolector de residuos. Sus poderosas pinzas de acero manipulaban ruidosamente nuestro contenedor, volcando sus desechos dentro del abdomen del vehículo. Sentí con regocijo el accionar de la prensa hambrienta que habría aplastado sin misericordia el paquete. Fue un alivio pasajero, ya que cuando la máquina dejó de operar, se volvió audible la radio de la cabina, que a gran volumen esparcía música de gaita. Me acerqué a prudente distancia con la intención de reclamar el fin del escándalo, pero frené el ímpetu de mi andar, al percatarme de que el conductor me estaba observando sonriente, con las mejillas rojas y con la misma mirada celeste de Barry.

No bastó que el camión se perdiese tras la pendiente de la calle Empire, ya que el recuerdo empalagoso de los artesanos fue aumentando, al mismo tiempo que nosotros perdíamos la cordura.



The Artisans and Other Curiosities (Chronicle of a Trip to Braidwood)

**Esteban Bedoya
(2013)**

The latter part of 2012 promised renovation of our spirits, and expectations of the enjoyment of the summer months. The memory of a short trip the previous September to the closest beach to Australia's capital had whetted our appetite.

Full of curiosity, we had travelled to Batemans Bay. During the two-and-a-half-hour journey we had been bursting with enthusiasm, and had concentrated so hard on our final destination that we didn't pay any attention to the passing scenery. If we had not stopped for breakfast during that first trip, we would never have found out about the existence of Braidwood. The little township didn't seem to amount to more than a cluster of houses with a road down the middle, but this unappealing detail didn't detract from the enjoyment of the delicious breakfast we were served in the café at the entrance to the town. Carefully arranged in large ceramic bowls the worse for wear, it was brought to our table in the middle of a garden packed with cement gnomes and fairies hidden among pot plants. The latte and scrambled eggs were spot on, but even more gratifying was the warmth of the owners, who looked after us as if we were their first customers for that month. I must admit that both Ibelise and I were determined to try to visit that isolated little town again, so pleasant was the impression the owners of the "Kitsch Café" – the name we had given it – had made upon us.

January had lived up to its reputation: extremely hot, not like the previous year, when the summer was the replica of a British autumn. The month began with the usual lethargy brought on by ingesting significant quantities of alcohol. The tell-tale signs of overindulgence shone indelibly in the faces of the city's drowsy denizens. However, we didn't adhere to this alcoholic tradition. We refused to embrace the belief of some people that to spend a summer in Canberra was like being condemned to social Coventry.

We left home immediately after lunch. Under a blazing sun, the breeze felt like the breath of an oven inexorably roasting a leg of pork to a golden brown – a terrible prospect for those who suffer in the heat. In our case, though, neither the sun nor any living person would deter us from undertaking our trip to the beach in the splendid 1959 Chevrolet Impala we had just purchased.

Since Canberra is virtually deserted during the holidays, we drove through the city without any delays, travelling from its shopping centres to the industrial buildings that mark the boundary between the urban and rural sectors. We knew we had crossed this line when we saw the first “roadkill” on the side of the road, a kangaroo that had been brought down by a vehicle.

Paying attention to the passing landscape this time, we reached Queanbeyan, a small satellite city or outlying suburb of Canberra, with art deco structures lining its main street. From there we drove only a few blocks before crossing a metallic bridge over a small river which looked somewhat like the last dribble of a giant’s pee. As we raced along, listening to the soundtrack of “Don Giovanni”, the scenery we had ignored on our previous trip to Batemans Bay was gradually revealed to us: hills dotted with huge grey rocks and small groves of gum-trees that kept appearing like an interminable series of mouldy engravings. Even so, I was struck by the contrast between the rugged Australian Bush and my memory of the depleted forests of Paraguay.

The CD had finished by the time we entered Bungendore, a small tourist town of maddening tranquillity and absurd prices... Implausible perhaps, that a chair of avant-garde design – made of shiny wood and looking like it had been polished with the juices of the most beautiful virgin in the state of New South Wales – would have a price tag of \$33,000. (I have dreamt of caressing its legs.) The first time I saw that chair I was ecstatic, as if I had just heard the sirens’ call.

It goes without saying that we rushed out of that little township like a couple of fugitives. The spirited roar of the Impala carried us away from the little settlement, becoming ever-smaller and more insignificant as we left it behind. That was the moment when I began to break away from my usual routine. Weeping willows provided shade for cattle as we passed by. And there were windmills, typical Australian water tanks, and farm houses decorated with parabolic dishes resembling Mickey Mouse ears – lots of ears, many windmills, countless mail boxes hugging both sides of the road, gum trees and more gum

trees, and the eucalyptus smell from the Bush which invaded the interior of the car and overwhelmed our emotions. We were almost in a trance when we first saw a stuffed animal tied to the trunk of a tree. We were travelling too fast to stop, but we couldn't avoid comment.

“Did you see that?”

“Yes,” replied Ibelise in a state of euphoria, as if she were drunk on eucalyptus.

“What does it mean?” I asked, seeking an explanation of this weird phenomenon.

We had ventured no further than another kilometre when we saw the second stuffed animal bound to another tree trunk.

“Did you see it?”

“Yes!... Who's the lunatic who delights in torturing stuffed animals?”

“They have red stains where their hearts would be,” observed Ibelise.



Stuffed animal by the road

Until we encountered the second stuffed animal, I had entertained the thought that it might have been a case of a lost toy, tied to the tree on the off-chance that someone might want to reclaim it. The second “doll”, however, made me change my mind, and filled me with an indescribable sense of unease, perhaps because the animal was disfigured from being left exposed to the elements for so long – pure speculation on my part. Since Ibelise didn't want to be caught unawares again, she took hold of her camera and waited for the next “apparition”. I still remem-

ber that absurdly stressful situation which caused me to grip the Impala's huge steering wheel so tightly.

What had started as an unremarkable trip on an ordinary day was destined to have more surprises in store for us, for hardly ten minutes had passed when we shouted in unison at the sight that greeted us:

“Another one!”

“How repulsive!” I said, when I probably meant, “How macabre!”

“Stop, stop,” ordered Ibelise and ran towards the gum tree with the crucified animal hanging from it.

“It's macabre! ...It looks like a small Santa crucified by the Japanese.”

All the way to Braidwood we kept coming across stuffed animals that had been crucified, hanged, executed, every one of them with a red stain on its heart. We strove to find a logical explanation. What my wife thought escapes me now, but what came to my mind was that they might be tributes to children killed on that road, or perhaps a rather bizarre way of welcoming visitors to a children's fun park. Nothing made any sense, but maybe it was just a case of a madman seeking attention. If so, he had certainly gone to a lot of trouble!

Once we reached Braidwood, we went directly to the “Kitsch Café”. When we strode in, brushing against the multicoloured plastic strips, it was barely two in the afternoon. The place looked nothing like we remembered it. But for the grumbling of the drinks fridge, and the distant, persistent buzzing of insects in the fields, it could have been the frozen scene from a silent film. The town was taking a siesta: of the sort that commandeers time and manipulates it at will. We waited until it dawned on us that nobody would serve us, so we decided to make a quick exit and try our luck elsewhere.

We went up and down the main street, repeating out loud in a sardonic tone: “People here sure observe the siesta!”

Undeterred by the poor reception we'd had at the “Kitsch Café”, we decided to make the most of our visit to Braidwood. Ibelise took photographs of every building in Kings Avenue: two bakeries, the bank, the post office, the newspaper office and a hotel. The architecture dated from the mid- to late 1800s, respectfully preserved down to the smallest detail, especially the shop windows, which reminded us of museum pieces. Two places in particular caught our attention: a “vintage” clothes shop and the interior of the *Braidwood News*, where old typewriters gleamed on neatly aligned desks. We wandered around

the little town, sniffing out its intimate secrets, distracted only by the occasional sound of a vehicle rushing past and disappearing round the bend that led to Batemans Bay. But we continued our tour with the doggedness of people who are sure they will discover a well-kept secret... and that's precisely what happened.

This discovery occurred just when our parched throats and weary feet were crying out for a rest. At that precise moment, a piper came to our rescue, blowing his bagpipes heartily to show us the way. Like the rats of Hamelin, we followed the melody, which led us deep into a small side street bathed in shadows and the aroma of flowers growing in the half-light. We quickened our pace and could soon hear the piper's deep breaths. After walking on huge stone slabs, we finally reached the foot of an old oak tree, whose foliage concealed the façade of an abandoned little church. Stopping to inspect it, we discovered the date of its construction on the tympanum: "1885". In dimensions and spirit, the church was built in a naïve Gothic style; and surrounded by a wild garden threatening to devour it. We gazed at it, captivated not so much by the beauty of its construction as by the music of the bagpipes, which at that moment were playing with the sweetness of ambrosia.



Barry and Peggy's home

The door, white with bluish hues, opened. On its weathered wooden panel we could read a short inscription: "I am the

door". A woman with very yellow skin, attired in neat rural fashion, suddenly appeared.

"Do you like it?"

Ibelise and I looked at each other, puzzled by the question.

"Do you like the bagpipe music?"

"Yes!" we answered in unison. "It's marvellous," whereupon the musician emerged, holding a small bagpipe.

The owners of the "church" looked like twins, very blonde, with light blue eyes, and of the same height and age. There was no need to explain that we were foreigners; they knew as soon as we opened our mouths.

"Come in, come in."

It was a friendly enough invitation, although both my wife and I were left with the impression that it was more of a gentle order. But that's why we were there: to have an adventure, the pleasure of breaking the norms and the routine demanded by my profession.

Barry and Peggy were artisans who lived in Braidwood. Both were retired; she spent her time making beautiful *bijouterie*, while he was writing the memoirs of his adventurous life. When I confessed to him that I was a writer, apart from my professional career as a diplomat, he retorted: "Oh...! You should spend some time in a lighthouse, maybe a sabbatical year. Lighthouses are great for inspiration."

"I'd love to," was my reply.

It turned out that they weren't brother and sister but a married couple. Their generosity knew no bounds, and they went out of their way to make us feel at home. Peggy offered us a strawberry tart and Barry opened a bottle of McLaren Vale Shiraz...superb! The conversation flowed so easily that before we knew it, we were telling them things meant only for old friends. And so, as if in a state of bliss, we continued to chat from our usual siesta time through the late afternoon and then into evening, with dark clouds looming overhead. The two artisans seemed delighted, as if they had been expecting our visit for a long time. Barry went overboard, regaling us with a wee bagpipe concert. He explained that he was playing an instrument typical of the north of France, although he made it clear that he preferred the Scottish bagpipes. After the concert they invited us to have a few more drinks under a vine arbour in their back patio.

"The wine tastes better out here!" Peggy commented, while Barry took up his earlier martial posture and resumed playing military melodies. He blew for half an hour, his cheeks turning ruddy, a sign of his Scottish ancestry.

Suddenly, as if we had something pending, I remembered the stuffed animals tied to the trees on the roadside.



Barry

“We’re curious about something.”

“What?” asked Peggy, casting a sideways glance at Barry.

“On the road to Braidwood we noticed a lot of dolls — stuffed animals — tied grotesquely to tree trunks.”

“Ah! Yes, it is quite grotesque,” said Barry. “Apparently it’s the work of a madman who terrorised the area a couple of years ago. But there’s no proof linking the murder of two children, the sons of some tourists, to the appearance of the animals on the trees.”

“It’s proved a real puzzle for the police,” Peggy remarked in a jocular tone.

“There are mad people everywhere,” said Ibelise.

The weather had cleared up and the evening had turned into a starry night. When I stood up to go to the bathroom, I felt the effects of my enthusiasm for the Shiraz.

“Wow!” I cried out spontaneously, whereupon Ibelise suggested: “You can’t drive in that condition. There’s a hotel that seems very nice on the King’s Highway.”

“No way, my friends!” Barry interjected:

“You’re staying here! We have a guest room,” added Peggy.

“But, but...”

“No, it’s settled. You can stay here as long as you like. There’s no rush. We have to leave early tomorrow for the Mogo

arts-and-craft fair. If, by any chance, we don't see each other in the morning, don't forget us and be sure to come back and visit."

"You can count on it," we replied in unison. "But next time, you'll be our guests in Canberra."

Stumbling, I went to look for the jacket I'd left in the car, and used the opportunity to park right in front of the artisans' house. From there, I could hear an enthusiastic conversation about kangaroo meat marinated in red wine.

As an old clock mounted on the wall struck eleven, the lady of the house led us to a solitary bedroom located on the top floor of the old building. It was a very narrow space occupying the entire attic floor over the former central nave of the church. Its beams were distributed like the ribs of an antiquated sea vessel. We were very taken by the charm of this "secret" chamber, even if it was rather lugubrious and smelt somewhat musty.

"I'm leaving you this blanket in case it gets chilly during the night," said Peggy, depositing a quilt on a rocking chair. We thanked her effusively for such hospitality, to the extent that we kissed her on both cheeks as we said, "See you tomorrow."

Although it had been a long day and we were exhausted, we decided to rummage around in the dark corners of the room. *The alcohol has made us lose all sense of propriety*, I justified to myself. While Ibelise inspected some old portraits hanging over the bedhead, I headed to the other end of the room, curious about the arched shape of a small door. Because the wood had swollen, it took some effort to open it. I couldn't see a great deal; I could only smell some old rags. Yielding to curiosity, I stretched out an arm to feel around the inside of the walk-in closet. My hand struck a mantelpiece with shelves, seemingly full of cushions covered with hessian or some kind of rough cotton. Ibelise was standing behind me in the doorway.

"Did you find anything?"

"I'm not sure. I can't see very clearly. Do you have a lighter?"

"Yes, I'll go and get it."

Ibelise returned, holding the flame in front of her. She got into the narrow space, directing the light towards the shelves. In that very moment something unexpected made us go deadly quiet: we were being observed impassively by a large number of stuffed animals castigating us with their cold, nylon-fringed eyes.

"How awful!"

"Look at that one! Its stuffed heart looks like it's bleeding!"

“Just like the one on the road!”

“There must be at least fifty!” I calculated.

“Yes. And they’re lined up in rows like a doll collection.”

“My God, Ibelise, what have we got ourselves into?”

Twelves strokes from the cuckoo clock interrupted our ruminations. The metallic vibrations announced not only the arrival of midnight, but the start of a drama. Breathless and stripped of any remaining vestige of valour, we struggled mightily to stifle our terrified cries. Holding tightly onto each other, we headed for the bed and huddled under the sheet. We spoke in low, trembling voices, trying not to utter a word about the stuffed animals. We concentrated on planning our escape from that house. We knew we had to get away as soon as possible. We were counting the hours until sunrise. Our intention was to wait for the owners to leave the house for the arts-and-craft fair and then make a quick getaway.

“Look, this is nonsense...it’s sheer coincidence,” I said, not very convincingly

It goes without saying that we didn’t sleep a wink. All manner of noises exacerbated the fear aroused by our discovery: old wood creaking, faint footsteps somewhere downstairs, mocking whispers, distant barking... It was torture! We regretted our curiosity and our acceptance of an invitation from strangers. I was on the verge of tears, but opted instead to bite one of my fingers like a rabid dog. Totally worn out, we greeted the rays of the sun seeping through the shutters of the single small window with relief. A fresh breeze cooled the sheets, which were soaking wet with our perspiration.

It was quarter past seven when we heard the front door creak. We thought we could hear them lock it as they were leaving. We waited a few moments for the artisan couple’s van to drive away. We rushed down the staircase impatiently, two or three steps at a time, terrified to remain imprisoned in the attic of those two lunatics. Ibelise raced ahead of me and turned the handle forcefully. The door opened with a plaintive sound. The warm morning light felt like a blessing. Forgetting to shut the door of the old church behind us, we ran towards the car. We jumped in and I struggled to insert the ignition key. When the car turned the corner, I hit the accelerator along the main street, which was still deserted at that hour. We drove in silence, feeling deeply embarrassed. We didn’t utter a word for some fifty kilometres. It wasn’t until we reached Bungendore that I had recovered sufficiently to think out loud:

“What if it really was just a coincidence?”

“No way! That was no coincidence.”

When we arrived home, we brought in our few pieces of luggage. Imagine our surprise when we found a gift-wrapped package on the floor behind the front seat. It came with a card that said: “To our dear guests, in appreciation.”

“What’s this garbage!” I shouted with renewed fear.

“Maybe it’s a bottle of wine.”

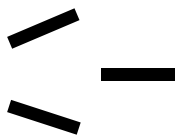
Lifting it to hazard a guess at its weight, I exclaimed: “No, this isn’t a bottle of wine. Damn it! What have those lunatics left in our car!”

“It can’t possibly be one of those stuffed animals!” moaned my wife.

This time we weren’t going to make the mistake of succumbing to curiosity, so we decided to wrap the package in some plastic bags, with a sign saying “DANGEROUS” so nobody would be foolish enough to remove it from the rubbish bin. We busied ourselves with other activities, endeavouring to forget the traumatic experience which would undoubtedly strike us as amusing with the passage of time. During the days that followed, I stuck my head outside to check if the bin had been emptied. It hadn’t been touched. *The rubbish collectors are still on holiday*, I fretted. I made sure not to say anything to Ibelise, who had begun to suffer from insomnia.

Finally! Friday morning, very early, I heard the rubbish truck making its customary manoeuvres outside our house. Its powerful steel jaws noisily manipulated our bin and tipped the waste into its belly. I experienced with joyous relief the movement of the machine which, in my imagination, had voraciously and mercilessly crushed the package. But my sense of relief was short-lived, because when the machine stopped, I could hear very loud bagpipe music blaring from the truck’s radio. I took a few steps forward with a view to asking the driver — from a discreet distance — to put an end to the racket. But I was stopped in my tracks by the realisation that the driver, with the ruddy cheeks and sky-blue eyes of Barry, was smiling at me.

It wasn’t enough that the truck disappeared over the hill on Empire Street, since the cloying memory of the two artisans was growing in tandem with our loss of sanity.



Los monjes perdidos de Australia

Jorge Carrión
(2018)

I

Ahora todos están muertos, muy muertos, pero hace quince años, cuando visité el monasterio australiano de New Norcia, estaban todos vivos, tan vivos.

El hermano Mauro y el hermano Paulino, con más de noventa años, los últimos monjes españoles de una comunidad ya completamente anglosajona, paseaban por los jardines y bebían vino en las comidas y hablaban en una graciosa y no obstante inquietante mezcla de español e inglés, tras haber pasado la mayor parte del siglo XX en la otra punta del mundo:

–A los catorce vino un fraile al pueblo, Villaespasa de Lara, provincia de Burgos, ni más ni menos, y so nos convenció a unos cuantos.... Después del seminario, *you know*, pues había dos opciones para el noviciado, o Filipinas o Australia –me dijo Paulino, que nunca aprendió bien el idioma local porque se pasó cincuenta años encerrado en el molino, produciendo el pan más famoso de todo el Oeste con la ayuda de nativos.

En su currículum también figuraban setenta años de campanero del ángelus, treinta y cinco de enfermero y algunos más de aceitero y hasta de zapatero remendón. Tenía el pelo cano y usaba andador, pero se podía percibir bajo la sotana una musculatura maciza. Mauro, a su lado, con las gafas a la sombra de una boina aragonesa, ligeramente encorvado, un tanto enclenque, se revelaba como su contrapeso intelectual. Profesor de latín, español, italiano e historia de la Iglesia, fue uno de los rectores del orfanato de niños aborígenes que durante décadas formó parte de la misión de Nueva Nursia.

Nueva Nursia, después New Norcia, nació como misión en los años 40 del siglo XIX, cuando dos jóvenes religiosos españoles, el gallego Rosendo Salvado y el catalán Benet Serra, a causa de la desamortización de Mendizábal –ese fenómeno de expropiación de tierras comunales y de propiedades en manos de la Iglesia Católica, es decir, de las *manos muertas*–, decidie-

ron labrarse un futuro en las Antípodas, donde los aborígenes australianos podrían interpretar el papel que ya no era posible adjudicar a los americanos. Cerca de Perth fundaron la iglesia de Nueva Subiaco, en una parcela desangelada que ahora es un barrio más de la ciudad; y aquí, en medio de una nada que se ha ido llenando de urbanismo y paisaje, este inesperado conjunto monástico.

Aunque desde hace medio siglo los nuevos miembros de la comunidad ya sólo provengan de la propia Australia o de otros países del viejo Imperio Británico, durante al menos cien años ese reducto católico se nutrió de vocaciones españolas. Primero Salvado y Serra, después sus herederos Torres y Catalán, hacían giras periódicas por la Península Ibérica y las islas a la caza y captura de jóvenes que seducir con la promesa de exotismo y de misión. Fue el abad Anselmo Catalán quien, en los años de la República, reclutó a los tres monjes que hace quince años estaban vivos y ahora están muertos. El tercero, a quien no pude conocer porque acababa de ser hospitalizado, era el navarro Serafín Sanz de Galdeano. Su hermano Ramiro fue ejecutado por la Columna Roja y Negra.

El día que Franco ganó la guerra – evocaron ante mí, con brillo en los ojos Mauro y Paulino – lo celebraron con vino y con petardos. Sesenta años más tarde, leían cada día – aunque con algún retraso – el *ABC* y *El Mundo* en la biblioteca del monasterio. Esos ejemplares contrastaban con un ambiente claramente inspirado en Montserrat. New Norcia es el único rincón de Australia donde cada día se duerme religiosamente la siesta: está contemplada en el horario cotidiano de los monjes y en el de los huéspedes que, como yo hace quince años, se alojan con ellos. Hay en la iglesia, de hecho, una virgen morena, Our Lady of Montserrat, con un lema que reza: “*I am black but beautiful*”. Y se producen todavía hoy unos licores muy ricos, idénticos a los *aromes*. Montserrat es un monasterio benedictino. Como lo es también la Abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos.

II

Aquello es el Far West.

Hay ciudades aisladas con toda la tecnología y todas las comodidades de nuestra época, pero entre una y otra las carreteras polvorientas, en conflicto permanente con el desierto, se extienden durante horas y horas de monotonía, conectando el siglo XXI con la época de los pioneros, de las caravanas, de los convictos, de los pistoleros huidos de la ley, cuando Gibralt-

tar y Australia eran colonias penales de Gran Bretaña. Incluso en los tramos que bordean playas kilométricas, bellísimas, los fotogramas que al principio te habían hipnotizado, a copia de repetición se van volviendo anodinos, al estirarse y estirarse y estirarse durante demasiado tiempo. Recorrí miles de millas en autocares Greyhound para cuya conducción se turnaban parejas de hombres ataviados con uniformes de camisas de manga corta y pantalones también cortos, calcetines hasta las rodillas, botas de montaña. En la rectitud infinita nos cruzábamos de vez en cuando con un todoterreno que, en sentido contrario, mostraba antenas impresionantes de conexión vía satélite, bidones negros de gasolina y blancos de agua. Es mejor que vayas bien equipado ante la posibilidad de un fallo mecánico en esa topografía salvaje, remota, todavía hoy peligrosa.

Fui hasta el Oeste de Australia buscando en la memoria de los últimos monjes españoles y en los archivos de Nueva Nursia alguna pista sobre por qué dejaron de ser amigos Benet Serra y Rosendo Salvado. Había leído todos los libros y todos los artículos que había encontrado en las bibliotecas de Barcelona y de Mataró sobre esos dos personajes. Las memorias de Salvado, hombre llano y trabajador, con gusto musical, que se veía a sí mismo como un explorador y como un científico, heredero de Buffon. Las biografías de Serra, más sofisticado, más material, que gustaba de codearse con los poderosos y que venía siempre que podía a la basílica de Santa María del Mar, en la pequeña ciudad donde crecí, para bautizar y confirmar y no perder ni el vínculo con su lugar de nacimiento ni la influencia. Pero en ningún texto se describían los motivos de su ruptura, tras tantos años trabajando juntos por construir una institución sólida, educativa, católica, en el Lejano Oeste. Viajamos porque no todas las respuestas están en las bibliotecas. Hace quince años no existía Google. De modo que recorrí quince mil kilómetros para preguntarle al hermano Mauro por Serra y Salvado, Salvado y Serra, y me respondió:

–Serra, sí, Serra. Has visto que aquí, ¿no es cierto?, no se habla casi de él.

En efecto. En el museo de New Norcia se explicaba la historia del monasterio a partir de un mito de origen sin sombras: Rosendo Salvado, contra viento y marea, tan lejos de su casa y del Vaticano, conseguía civilizar esa porción de territorio adverso. Serra aparecía apenas como escudero del héroe. En una vitrina se mostraban, entre otros muchos objetos personales del Fundador, nueve dientes de oro. La ruina de una carcajada. La historia no siempre la cuentan los vencedores, pero sí

que a menudo es imposible reconstruir lo que ha sido borrado. Y aquella historia había sido casi borrada. Sólo conseguí escuchar el eco de un eco de un eco:

–Fue un conflicto económico, de intereses, entre los protestantes y los católicos, una lucha política, de poder –prosiguió el historiador de la Iglesia y de sus iglesias, los ojos entrecerrados, como si se concentrara o conspirase. –Serra hizo un gran trabajo en Subiaco, en Perth, donde hay un pequeño parque que lleva su nombre. So yo creo que fue la rivalidad entre Nueva Subiaco y Nueva Nursia la que rompió la amistad, porque era como el proyecto personal de cada uno... Pero la razón real de la ruptura es un *mystery*; sí, señor, un gran *mystery*.

Otros miembros de la comunidad me hablaron de Serra en voz baja, como si no hubiera pasado un siglo entero desde su pecado, su traición, su infamia o lo que fuera. En cambio fueron muchos los monjes que, fascinados, me hablaron en voz alta de uno de los obispos que lo sucedieron en la catedral de Perth, de origen catalán, Martí Griver, a quien allí llaman Martin, considerado un santo porque tras su muerte encontraron en su espalda, clavada, cicatrizada, una cruz con púas que había llevado a modo de penitencia, durante años, años de montar a caballo, años de subir escaleras, años de inclinarse para rezar, años de hundir la rodilla en el peldaño del confesionario, un mordisco perpetuo para no olvidar ni durante un segundo su condición de pecador.

Leo, quince años más tarde, que hace poco se realizó una investigación independiente sobre el abuso sexual a menores por parte de religiosos australianos durante el siglo XX. La media es del 8%; en New Norcia se pasaba del 20%.

Salvado consagró toda su existencia a Nueva Nursia y, aunque murió en Roma tras conseguir que su monasterio fuera integrado administrativamente a la región española de los monjes benedictinos, quiso ser enterrado allí y allí descansan sus restos. Serra, tras la ruptura entre ambos, se reinventó como fundador de la orden de la Hermanas Oblatas, falleció en 1886 y está enterrado aquí, en Las Palmas de Benicasim. El destino de ambos era reposar rodeados de desierto.

A veces me acuerdo de que Mauro y Paulino, después del café y de la copita de *aromes*, discutían sobre si en el Cielo se hablaría en inglés o en español. Al parecer existe una extensa bibliografía al respecto. A veces me los imagino en su estratosfera metafísica, donde siguen discutiendo y discutiendo, entre aspavientos y muecas, pero en voz baja, muy baja, tan baja que se confunde con el silencio.

III

Cuando las chozas y las cabañas de los primeros tiempos se convirtieron con el paso de las décadas en un monasterio, con su iglesia, su molino, sus huertos y árboles frutales, su granja de animales, su orfanato y sus colegios (para niños blancos, para niñas blancas y para aborígenes), al tiempo que Perth – la ciudad más cercana – se iba transformando en la gran metrópolis del hemisferio occidental de la isla continente – a cuatro mil kilómetros de Sidney – la progresiva ausencia de aborígenes que evangelizar, escolarizar, civilizar, provocó que los monjes de Nueva Nursia decidieran abrir una sucursal en las Kimberley Mountains, al norte, en una de las regiones más difíciles de Australia.

La bautizaron Drysdale River Mission. Pasaron por ella todos los monjes españoles.

Allí estaba, todavía, hace quince años, sor Escolástica – la cuarta superviviente de la emigración religiosa española a las Antípodas.

Allí me dirigí en la avioneta del cartero, que daba servicio dos veces por semana a los criaderos de cocodrilos, a las haciendas dejadas de la mano de ese Dios que llevó a tantos jóvenes novicios a la otra punta del planeta, de camino hacia la antigua misión, cuyo nombre aborigen es Kalumburu, ahora una reserva gestionada por los propios aborígenes, dueños del territorio que durante tanto tiempo habían tomado en préstamo la Orden Benedictina.

La tierra agrietada, allí abajo, como un mapa arterial de cursos de agua bebidos vorazmente por el desierto: conservo una fotografía que todavía consigue erizarme la piel, como si no hubieran pasado quince años y no fuera yo otro del que entonces era.

La sensación de estar lejos de todo.

Una hélice.

La otra.

Cómo rugían.

Las pistas de aterrizaje, entre las plantaciones o las arboledas o los ríos donde los cocodrilos de cuatro o cinco metros, más de media tonelada de peso, eran engordados pacientemente durante años, hasta el momento de recogerlos con una red y un helicóptero para la matanza.

La carne de cocodrilo, sabor entre el pollo y el pescado.

La piel de cocodrilo para los bolsos de lujo.

El piloto cartero fue dejando en cada granja los paquetes, los repuestos, los medicamentos, las cartas.

Y llegamos a Kalumburu.

Y pude entrevistar a la hermana Escolástica, un volcán en erupción permanente, pese a sus ochenta y cinco años y sus problemas de movilidad, siempre vestida de blanco, de aquí para allá, la mirada socarrona, de allá para aquí, puro desparpajo en las antípodas de San Sebastián. Tras pasar por Acción Católica, desde allí llegó a Nueva Nursia en 1948, a los 31 años. Fue destinada a este rincón, pero tuvo problemas con sus superiores y durante casi once años no pudo volver. Trabajó en el orfanato de la orden en Perth hasta que, tras lo que ella sintió como un destierro, pudo volver con sus aborígenes.

–Nos acusan de paternalismo, pero yo lo entiendo como un servicio. Cociné para ellos, fui su enfermera, me levanté durante décadas cada día a las cuatro y media, *very, very early*, para preparar la masa –me contó en la vieja panadería, estantes y mobiliario y moldes y horno embadurnados por el polvo y las telarañas.

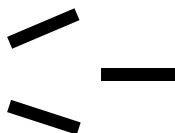
Recuerdo otra conversación, en una gran mesa de madera: había en la mosquitera de la ventana una mariposa blanca, grande como la mano de un gigante pequeño. Y sus carcajadas, que competían en volumen con las voces de los chicos que jugaban a baloncesto y con la música de quienes ensayaban para la misa.

Su obituario dice que, tras sufrir una caída, fue hospitalizada a finales de 2007 en el hospital de Wyndham, la población más cercana. Pero convenció a los médicos para que la dejaran volver a su casa por Navidad. Murió el 19 de diciembre en su cama, mientras rezaba el rosario para combatir el dolor.

Con el tiempo los días de aquel viaje se han ido volviendo vaporosos, pero las caras y las voces de sor Escolástica y del hermano Mauro y del hermano Paulino siguen siendo concretas en su rincón de mi memoria. Sé que estuve en Cervantes, un pueblo que nació gracias al naufragio de un ballenero en 1844: su capitán español rindió un extrañísimo homenaje al *Quijote*, en aquellas tierras de canguros y convictos y taparrabos. Sé que caminé por Aragon Street, por Catalonia Street, por Barcelona Street, pero nada recuerdo de aquellas calles. En cambio, las caras y las voces de cada uno de aquellos religiosos improbables conservan la alta definición que sólo te entregan los encuentros más intensos de los viajes realmente memorables.

Han pasado quince años, pero lo recuerdo como si hubiera ocurrido esta mañana a las nueve menos cuarto, justo después del primer café: la hermana Escolástica me dice la última noche, antes de despedirnos para siempre: “La verdadera

historia de Serra y Salvado nadie la sabrá *never, never, never.*”
Y apaga la luz.



Spanish Monks, Lost in Australia

**Jorge Carrión
(2018)**

I

They are all dead now, very dead, but fifteen years ago, when I visited their Australian monastery at New Norcia, they were all alive, so alive.

Brother Mauro and Brother Paulino – both over ninety, the last Spanish monks in an otherwise completely Anglo-Saxon community – were strolling in the gardens, drinking wine with their meals and speaking an amusing, but nevertheless unsettling, mix of Spanish and English, having spent the greater part of the 20th century on this side of the world.

“When I was fourteen, a monk came to my town, Villaespasa de Lara, in the province of Burgos, no more, no less, and *entonces* he convinced a few of us... After the seminary, *sabes*, well, there were two options for the novitiate, the Philippines or Australia,” Paulino told me. He’d never learnt the local language properly, because he spent fifty years shut up in the mill, producing the most famous bread in the West with the help of the local Aborigines.

His CV also included seventy years as the bell-ringer for the Angelus, thirty-five years as a nurse, and more than that as the oil maker and even as the cobbler. His hair was grey and he used a walking frame, but there was the outline of robust muscles under his cassock. Mauro, standing beside him, his glasses shaded by his Aragonese beret, slightly hunched over and somewhat puny, revealed himself as Paulino’s intellectual counterweight. Professor of Latin, Spanish, Italian and Church History, he was one of the rectors of the orphanage for Aboriginal children which, for decades, formed part of the mission of New Nursia.

New Nursia, later New Norcia, originated as a mission in the 1840s. Two young Spanish monks, the Galician, Rosendo Salvado and the Catalan, Josep Benet Serra decided that, thanks to Mendizábal’s disentanglement – that phenomenon known

as *dead hands* through which communal lands and property held by the Catholic Church in Spain were expropriated – they would forge their future in the Antipodes, where the Australian Aboriginals could assume the role that could no longer be allotted to native Americans. They founded the church of New Subiaco close to Perth, on a soulless block of land which is now just another inner suburb of that city. And here, in the middle of a nowhere, where rural scenery is now filling up with urban development, an unexpected collection of monastic buildings.

Although in the past fifty years, new members of the monastic community have come solely from Australia or from other countries of the former British Empire, for at least a century this Catholic stronghold fed off Spanish vocations. First Salvado and Serra, and then their heirs Torres and Catalán, would undertake periodic tours of the Iberian Peninsula on the hunt for young men to seduce with the promise of exoticism and a mission. It was Abbot Anselmo Catalán who, during the years of the Spanish Republic (1931-39), recruited the three monks who were still alive fifteen years ago, and who are now dead. The third one, whom I was unable to meet because he had just been hospitalised, was the Navarrese, Serafín Sanz de Galdeano. His brother Ramiro was executed by the Republican Black and Red Column.

The day Franco won the Civil War – as Mauro and Paulino recalled for me, with a twinkle in their eyes – they celebrated with wine and firecrackers. Sixty years later, in the Monastery's library, they were still reading the Spanish newspapers *ABC* and *El Mundo* on a daily basis – though with a slight delay. Those papers were in stark contrast to an atmosphere clearly inspired by the historic monastery of Montserrat. New Norcia is the only part of Australia where a siesta is taken religiously: it's built into the daily timetable of the monks and guests who, like me fifteen years ago, are lodged with them. In fact, in the church there is even a statue of the Black Virgin, Our Lady of Montserrat. It bears the slogan "I am black but beautiful". And to this day, they produce some fine liqueurs, identical to the Catalan *aromes*. Both Montserrat and the Abbey of Santa Cruz in the Valley of the Fallen – Spain's Francoist civil war monument – are Benedictine monasteries.

II

It's the Far West. There are isolated cities with all the present-day technology and comforts, but between them extend hour after monotonous hour of dusty roads in permanent conflict with the desert. They connect the 21st century with the time when Australia and Gibraltar were penal colonies of Great Britain, the era of pioneers, caravans, convicts, bushrangers fleeing from the law. Even the sections running beside kilometre after kilometre of incredibly beautiful beaches, images which initially hypnotised you but which, through endless repetition, are becoming humdrum as they stretch out in front of you for far too long. I covered thousands of kilometres on board Greyhound buses driven turn and turn about by pairs of men dressed in uniforms consisting of short-sleeved shirts and shorts, knee socks and boots. Along the infinite straightness, we occasionally came across a 4-wheel drive heading in the opposite direction with an impressive display of antennas for satellite communication, black jerrycans full of petrol and white ones full of water. It's better to be well-prepared given the possibility of mechanical failure in this untamed, remote topography which is still dangerous today.

I had headed to Australia's West in search of any clue in the memories of the last Spanish monks or the archives of New Norcia as to the end of the friendship between Benet Serra and Rosendo Salvado. I'd read all the books and articles I could find in the libraries of Barcelona and Mataró about these two significant men. They included the memoirs of Salvado, a plain, hard-working man with a taste for music, who saw himself as an explorer and scientist, heir to the French naturalist and *encyclopédiste* Georges-Louis Leclerc, Comte de Buffon. There were also the biographies of the more sophisticated and materialistic Serra who liked to hobnob with the powerful and who, whenever he was able, attended the Basilica of Santa María del Mar in the small town of Mataró where I grew up, in order to baptise and confirm the locals and maintain both his influence and his link with his birthplace. But not one of those texts described the causes of the rift after so many years working together to build a strong, educational and Catholic institution in the Far West. We travel because not all the answers are to be found in libraries. Fifteen years ago, Google didn't exist. So I covered fifteen thousand kilometres to ask Brother Mauro about Serra and Salvado, Salvado and Serra, and he gave me this reply:

"Serra, yes, Serra. Have you noticed that here, there's almost nothing about him, right?"

It was true. The museum in New Norcia explained the history of the monastery on the basis of a myth whose beginning left no room for doubt: Rosendo Salvado, against all the odds, far from both his home and the Vatican, was able to civilise that piece of inauspicious territory. Serra barely made an appearance as the hero's squire. Among many other personal objects on display in one of the glass cabinets were nine gold teeth. The remains of a guffaw. History isn't always told by the victors, and there's no question it's often impossible to reconstruct what has been purged. But Serra's part in that history had been almost erased. I could only hear the echo of an echo of an echo:

"It was an economic conflict, a conflict of interests, between the Protestants and the Catholics, a political battle, a power struggle," continued the historian of the Church and its churches, his eyes half-closed as if he were concentrating or conspiring. Serra did marvellous work in Subiaco, in Perth, where there's a small park that bears his name. *Entonces*, I think it was the rivalry between New Subiaco and New Norcia which ended their friendship, because it was like a personal project for each of them... But the real reason for the rupture is a *misterio*, yes sir, a huge *misterio*."

Other members of the community spoke to me in hushed tones about Serra, as if an entire century had not passed since his sin, his betrayal, his infamy, or whatever. On the other hand, many were the monks who, fascinated, spoke to me out loud about one of the bishops who succeeded him in the cathedral of Perth, a Catalan, Martí Griver, whom they call Martin over there. He's considered a saint because, after his death, they found a cross of thorns driven into his scarred back, a cross he'd carried in penitence for years – years of horseback riding, years of climbing stairs, years of bowing down in prayer, years of sinking to his knees on the step of the confessional – a lifelong "bite" so as not to forget, even for a second, that he was a sinner.

Fifteen years later, I read that an independent investigation was recently carried out into the sexual abuse of minors by members of Australian religious orders throughout the 20th century. The average is 8%; in New Norcia it was more than 20%.

Salvado dedicated his entire life to New Norcia and, even though he died in Rome after achieving the administrative integration of his monastery into the Spanish region of Benedictine monks, he wanted to be buried in New Norcia and that's where his remains were laid to rest. Serra, after the rift between the two men, reinvented himself as the founder of the order of nuns known as the Oblates of the Most Holy Redeemer. He died

in 1886, and is buried in Spain in Las Palmas de Benicasim. The destiny of both men was to rest surrounded by desert.

Occasionally I remember how, after a coffee and a small glass of *aromes*, Mauro and Paulino would argue whether English or Spanish is spoken in Heaven. It seems there's an extensive bibliography dealing with this matter. Sometimes I picture them in their metaphysical stratosphere where, in between grimaces and wild gesticulations, they continue to argue endlessly but quietly, very quietly, so quietly that the sound becomes confused with the silence.

III

While the huts and cabins of the earliest days were converted over the decades into a monastery, with its own church, mill, vegetable gardens and fruit orchards, farm, orphanage and schools (for white boys, for white girls, and for Aborigines), at the same time Perth – the closest city – was transforming itself into the great metropolis of the western half of the island continent, four thousand kilometres from Sydney. The increasing lack of Aborigines to convert, educate, and civilise, led the monks of New Norcia to decide to open a chapter further north, in the Kimberley Mountains, one of the most rugged regions of Australia.

They christened it the Drysdale River Mission. All the Spanish monks passed through there.

Fifteen years ago, Sister Escolástica was still there – the fourth surviving member of the Spanish religious emigration to the Antipodes.

I headed there on board the postie's plane. He provided a mail service twice a week to the crocodile farmers, and the cattle stations abandoned by the hand of God. That same God brought so many young Spanish novices to the other side of the planet, to the old mission whose indigenous name is Kalunburu. It is now a reserve managed by the Aborigines themselves, traditional owners of the land which the Benedictine Order had borrowed for such a long time.

The cracked land down below looked like an aerial map of waterways voraciously drunk by the desert: I keep a photograph which still makes my hair stand on end, as if fifteen years hadn't passed and I weren't a different person to the one back then.

The feeling of being far from anywhere.

One propeller.

The other.

How they roared.

The landing strips, between plantations or groves or rivers where four-to-five-metre long crocodiles weighing over half a tonne were being patiently fattened for years until it was time for them to be caught with a net and helicopter and then killed.

Crocodile meat – a taste somewhere between chicken and fish.

Crocodile skin for luxury bags.

The postman-pilot dropped off packages, spare parts, medication and letters at each property.

Then we arrived at Kalumburu.

And I was able to interview Sister Escolástica, a permanently active volcano despite her eighty-five years and her problems with mobility: always dressed in white, bustling to and fro, a cunning look in her eye, back and forth, total self-confidence on the other side of the world from San Sebastián. After some time in *Acción Católica* (Catholic Action), she arrived in New Norcia in 1948, aged thirty-one. She was sent to this remote little corner, but had problems with her superiors and wasn't allowed to come back to this place for eleven years. She worked in the orphanage in Perth run by her Order until she succeeded in returning to her Aboriginal people after what she felt was banishment.

“They accuse us of paternalism, but I see it as a service. I cooked for them, I was their nurse, I got up every day at four-thirty for decades, *muy, muy temprano*, to prepare the bread dough,” she told me in the old bakery: shelves, furniture, moulds and oven all covered with dust and cobwebs.

I remember another conversation at a huge wooden table: there was a white butterfly as big as a small giant's hand caught in the window's flyscreen. And her guffaws, which competed in volume with the voices of the children playing basketball and the music being rehearsed for Mass.

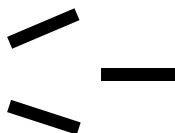
Her obituary says that, after suffering a fall towards the end of 2007, she was hospitalised in Wyndham, the closest town. But she persuaded the doctors to let her go home for Christmas. She died in her bed on the 19th of December as she was saying her rosary to combat the pain.

As time passes, the days of that trip have become hazy, but the faces and voices of Sister Escolástica, Brother Mauro and Brother Paulino continue to be fixed in a corner of my mind.

I know I visited Cervantes, a town which arose because a whaling ship was wrecked there in 1844. Her Spanish captain paid a very strange homage to the *Quijote* in that land of kangaroos, convicts and loincloths.

I know I walked along Aragon Street, Catalonia Street and Barcelona Street, but I remember nothing of them. By contrast, the faces and voices of each one of those unlikely monks and nuns remain in the high-definition which only the most intense encounters of truly memorable trips deliver.

Fifteen years have gone by, but I remember that moment as if it had happened at quarter to nine this morning, just after that first coffee. That last night, before saying goodbye forever, Sister Escolástica says to me: “The true story of Serra and Salvado will never be known by anyone, *nunca, nunca, nunca.*” And she turns out the light.



El mapa en blanco

**Nicolás Casariego
(2014)**

Era el uno de septiembre de dos mil catorce. Al llegar a su apartamento de Madrid, C. se metió directamente en la cama. No se levantó - aparte de para ir al baño o para beber agua alguna vez - hasta treinta y seis horas después. Un día y medio. Su nuevo récord. Estaba muy satisfecho porque consideraba que dormir era la actividad más placentera y rentable de la vida. Su exagerada dormida se explica, en parte, porque nada más levantarse expulsó un cálculo de riñón que le debió de estar minando durante tiempo sin que se diera cuenta.

Las primeras veces que contó su viaje a Australia a familiares o amigos sus palabras eran escuchadas con cierto interés, al menos inicial. El país oceánico, cerca de los antípodas de España, es un destino poco habitual por lejano y caro. Además, toda la iconografía *aussie* resulta simpática y atractiva, y ya me dirán si conocen a alguien que no sonríe cuando oye las palabras “canguro” o “koala”.

Estos fueron los temas de los que habló. Como es natural, no siempre los sacó todos ni se extendió lo mismo en cada uno de ellos.

- Era un país rico y muy caro. Un café — la bebida nacional — costaba unos 7 dólares, 6 euros al cambio, un disparate. Un paquete de Marlboro, 22 dólares. El alcohol también era prohibitivo; vinos mediocres se vendían como sangre de príncipe y la cerveza era oro líquido. El cine era otro lujo. Había restaurantes asiáticos baratos y magníficos, pero el dinero volaba sin que te dieras cuenta.

- Sídney y Melbourne, las dos grandes ciudades australianas, eternas rivales, eran maravillosas, cada una a su estilo. No era extraño que estuvieran entre las diez ciudades más agradables para vivir en diferentes listas. Las playas y las chanclas y el buen vivir de Sídney y el ambiente multicultural, los cafés y los restaurantes de Melbourne. Surfers contra hipsters, por decirlo de algún modo.

Para ilustrarlo, C. relataba su primer paseo por el barrio de Dee Why, en Sídney. Una gasolinera, un centro comercial, restaurantes, cafés y una playa enorme, de unos cuatro kilómetros de longitud. Chavales descalzos haciendo skate. Tipos volviendo a casa con la tabla de surf a cuestas. La brisa cálida, el océano azul. Mamás rubias y altas y bronceadas con niños rubios y altos y bronceados. Le habían dicho que, si miraba a lo lejos, podría ver ballenas. C. no las vio, pero aquello era un anuncio veraniego de algún refresco sin alcohol y tuvo que pellizcarse el brazo para sentir dolor y acordarse de que la vida acaba en un ataúd y con los gusanos saliendo de tu propio cuerpo.

C. confesaba que le gustaría vivir unos cuantos años en cualquiera de las dos ciudades y precisaba que, si fuera con su hijo - que hacía surf -, en Sídney. La cuarta industria del país era la educación - no solo había ganaderos y mineros -, así que debían de tener muy buenos colegios.

Le divertía mucho como hablaban los vecinos de cada una sobre la otra. Mal, naturalmente. Los melburnianos consideraban a los sídneyeses fatuos y descerebrados; estos, a cambio, los consideraban a ellos aburridos y pretenciosos. La misma historia que ocurre con Nueva York y Los Ángeles, Quito y Guayaquil, Madrid y Barcelona, Villaburro de Arriba y Villaburro de Abajo. La eterna manía de compararse con el vecino de parecido tamaño. En realidad, Canberra, la insulsa capital, se inventó para que no se pegaran entre ellas.

- Estaban obsesionados con el tabaco. Para empezar sólo se podía entrar en el país - sin pagar impuestos suplementarios de importación - con cincuenta cigarrillos, además de los que llevaras en una cajetilla ya abierta. Nuestro viajero se aturrulló, no compró nada en las tiendas *duty free* y aterrizó en Melbourne con sólo cinco cigarrillos.

Las circunstancias - que juegan tantas veces en contra de nuestros deseos - le llevaron a comprar la primera cajetilla unas treinta horas después de haber terminado los LM españoles. Durante el poco tiempo libre del que había disfrutado no había sido capaz de localizar un estanco. ¿Estaban bajo tierra? ¿En las comisarías de policía? Se encontraba en un estado agudo de ansiedad. Conectar con la gente o aquello que veía, por muy interesante que le resultara, era imposible.

El alivio que sintió al tener en sus manos una cajetilla de Marlboro Light obtenida en una máquina de una bar de carretera no le impidió fijarse en un detalle que le irritó. No se mostraba el logo de la marca, sólo fotos, tan horribles que podían calificarse

de pornográficas, de enfermedades supuestamente causadas por el tabaquismo, acompañadas de mensajes exagerados y deprimentes. El precio, además, era una verdadera extorsión. Semanas después, al menguar sus fondos, se vio obligado a comprar cigarrillos baratos – quizá chinos – de la marca Long-beach, cuyo código era el A208 y se vendían en cajetillas de cuarenta. Eran tan repugnantes que probablemente provocaban en cuestión de minutos aquellas enfermedades que ilustraban las cajetillas. Los tiró.

Encontrar un lugar donde poder fumar tampoco era fácil. Aquella persecución le convirtió en un neurótico que fumaba compulsivamente y casi no hablaba de otra cosa con los pobres australianos que charlaban con él. Peroraba sobre Orwell, sobre las sociedades paternalistas, sobre el derecho al suicidio lento, sobre la creciente falta de libertad del individuo, sobre Hacienda y Tráfico en España – otras sucursales del Infierno – sobre los borrachos en Finlandia y los lugares que les asignaban para poder gritar... El horror organizado contemporáneo, insípido e inodoro, buenista, autocomplaciente y condescendiente, le ponía los pelos de punta. Si en Australia no querían fumadores ni borrachos, iban por buen camino. Aunque debían preguntarse si al perderlos se esfumaba algo más con lo que no contaban.

- Allí, por mucho que hubieras viajado, eras un seta. Los australianos eran muy viajeros y era habitual que hubieran vivido en varios países diferentes y que dominaran varias lenguas. Por si acaso se equivocaba, C. precisó en algunas conversaciones que había tratado con gente de nivel cultural alto.

En realidad creía a pies juntillas que los australianos eran así, una generalización, por grosera que sea, habitual en los viajeros y en toda índole de personas y situaciones, que elevan la experiencia personal y particular a rango de ley para, entre otras cosas, ahorrar energía del cerebro. Una costumbre hermana de los tan necesarios – incomprensidos y en ocasiones injustos y molestos – prejuicios.

Según él, el carácter trotamundos podía explicarse por ser un país de inmigrantes y por su situación geográfica. El aislamiento físico – tan lejos de todos – y cultural y espiritual – tan lejos de sus primos occidentales – les impelía a subirse al primer avión que despegaba. Admirables, estos australianos.

- El tema anterior lo ligó a veces con el de la identidad. Los australianos de cierta edad que había conocido lo eran por su pasaporte, pero no en su alma o yo profundo interior. Su identidad era equívoca. Eran nómadas que habían acabado en Australia. Estaban agradecidos, pero sus primeros recuerdos

estaban lejos, en Croacia, Ucrania, Sudáfrica o Grecia. Le dio la sensación de que eran una suerte de apátridas. La historia de sus hijos y nietos sería diferente.

Si hablaba de la identidad, solía recordar una anécdota sobre la inmigración. Conoció en un restaurante de comida pseudoespañola de Melbourne a J., un hijo de emigrantes españoles cuyo rostro delataba su origen. Moreno, pelo fuerte, ojos separados y pequeños pero vivos, sombra de barba cerrada. Era un tipo muy agradable y charlaron mientras comían, por ejemplo, una tostada con una correosa anchoa que en España, si la sirvieran en un bar cualquiera de barrio, habría tortazos.

J. le relató una anécdota maravillosa sobre la dureza de la inmigración. Su padre llegó a Australia con lo puesto. Era albañil. Los ingleses le metieron en una pensión, le dieron lo necesario y le pusieron a trabajar de sol a sol. Todo decente, pero son anglicanos, así que nada de sonrisas ni de gestos cariñosos o cálidos. Que se sepa, el Dios anglicano no ha sonreído jamás, y menos aún a los ignorantes. El padre de J. se sentía muy solo, muy perdido en aquel país inmenso y despoblado. No hablaba inglés. Era un peón, un don nadie sin estudios y sólo contaba con su arrojo y esfuerzo.

Antes, cuando vivía en España, tenía la costumbre de beber vino en las comidas. Tintos jóvenes, baratos, casi siempre de garrafa. Fue a un supermercado. Vio una botella de vino y la compró, aunque era muy cara. Al llegar a casa la abrió algo nervioso. Aquel lujo le hacía ilusión. Se sirvió un vaso y dio un buen trago. No era vino. Era zumo de grosella concentrado. Se echó a llorar. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué era tan ignorante, tan inútil?

La inmigración era un tema controvertido y doloroso. Australia había pasado de acoger a millones de europeos tras la Segunda Guerra Mundial a cerrar cada vez más sus fronteras mediante una política crecientemente agresiva. Ahora los emigrantes asiáticos – provenientes en su mayoría de Indonesia, pero de muchas nacionalidades diferentes – eran detenidos en Christmas Island. Era una isla australiana cuyo estatuto en temas de inmigración era especial: allí los derechos de los refugiados no existían. El centro de detención de inmigrantes podía acoger hasta dos mil seiscientas personas, y de allí eran enviadas a otros países de la zona – Papúa Guinea, Nauru – con los que el gobierno *aussie* mantenía acuerdos al respecto. Los inmigrantes jamás pisaban suelo “australiano” ni adquirían el estatuto de refugiados. Aquella triquiñuela legal resultaba triste, siendo suaves. Y que el nombre de la isla de contención

fuera Navidad, una broma macabra. El asunto de la inmigración siempre traía discusiones, y C. y sus amigos o familiares debatían sobre España y la Unión Europea, protagonistas también de problemas de muy difícil solución, tragedias y abusos.

- La educación cívica era envidiable. Los ciudadanos – y allí eran realmente ciudadanos, no súbditos disfrazados de ciudadanos, como en tantos otros países sin una tradición democrática profunda – disponían de mesas y de barbacoas comunitarias para almorzar en diferentes puntos de la ciudad, y no las vandalizaban. Estaban educados para compartir y cuidar los espacios comunes. Eran respetuosos y seguían las reglas. Nadie cruzaba una calle de cualquier manera, por ejemplo. Solían desmandarse, eso sí, con la ingesta de alcohol, porque muchos bebían a toda velocidad y sin medida para emborracharse, no por el placer de beber.

- Su entregado respeto por las reglas tenía un lado oscuro. Era una sociedad muy conservadora, sin demasiada mano izquierda. Había carteles prohibiendo o amenazando con multas exorbitantes por todos sitios. ¿Tendría que ver con haber sido un país fundado por carceleros y convictos? Para ser un poco gamberro o despistado había que ser millonario.

Su cartel preferido lo descubrió un día caluroso, en Sídney. Antes se había metido en el Pacífico y las fuertes corrientes, la ausencia de otros bañistas y cierto respeto por los tiburones habían acortado la duración del baño convirtiéndolo en un tímido chapuzón. Decidió pasear para secar un bañador barato y negro que se había comprado en un centro comercial de Warrambee y cuya tela imitaba la piel resbaladiza y brillante de las babosas asturianas de su infancia.

El cartel estaba sobre una roca que miraba hacia un acantilado, con el mar debajo. Rezaba: “DO NOT JUMP”. Hasta que lo leyó no había pensado en suicidarse, pero el cartel le hizo planteárselo. Encendió un cigarrillo, observó el vuelo de las gaviotas, sintió vértigo y estuvo a punto de tirarse al vacío y acabar con su vida absurda. No lo hizo – quizá por suerte para él, aunque eso se verá con el tiempo – porque se acordó de su hijo e inmediatamente después un exabrupto cruzó su mente y le sacó del embrollo. *¡Serán gilipollas! ¡A quién se le ocurre dar ideas sin venir a cuento...!* Se rio a mandíbula batiente, feliz de estar vivo, acabó de fumarse el cigarrillo, guardó la colilla en un bolsillo del bañador y continuó el paseo ligeramente inquieto, con la sensación de haber estado a punto de realizar una buena travesura.

Volviendo al tema de la rigidez, si te saltabas una norma – cruzar una calle por donde te daba la gana, por ejemplo – te miraban como si fueras un asesino en serie, y más de una vez le habían reprendido y hasta gritado por ello. Eran admirables, pero también demasiado estrictos, casi inhumanos.

Este tema lo solía ligar al de ser latino, al de ser pillo, al de pertenecer a una cultura donde las segundas intenciones son mucho más importantes que las primeras. Para varios de los latinos que había conocido allí, los australianos – los de pura cepa, los sonrosados – eran aburridísimos. Consideraban que el país era un verdadero coñazo y soñaban con largarse cuanto antes. Pero se vivía tan bien...

Los latinos, ¿preferimos vivir en un país más justo, donde casi todo funciona bien aunque sea algo aburrido, o nos atrae la corrupta imperfección propia de nosotros, que ofrece, eso sí, más pasión, diversión y alegría? ¿Preferimos un lugar en el que la vida se presenta magnífica, la mayoría de la gente ofrece un aspecto sano, tienen pinta de hacer deporte y es razonablemente amable en el trato, o nos estamos dejando llevar por las apariencias y se trata de una distopía tipo *Que se mueran los feos*, de Boris Vian? Teniendo en cuenta que la felicidad sólo se puede medir subjetivamente, ¿quiénes son más felices, los habitantes de los países más ricos y democráticos o los de los ruidosos latinos? ¿Creemos en el progreso o no? ¿Nos importa realmente, o sólo nos preocupa?

Sospechaba que, aunque nos pasáramos la vida despotricando, los latinos – sobre todo los días de frío y lluvia – preferíamos la laxitud y la mano izquierda de nuestros insoportables, insufribles y relativamente injustos países. Aquí siempre arrancaba risas de los oyentes, y eso que sus amigos y familiares se pasaban la vida – como él – criticando España y comprando casas imaginarias y nacionalidades extranjeras en lugares muy lejanos. Si estaba achispado y con tiempo, C. olvidaba Australia y saltaba a su teoría de que era preferible la hipocresía católica que la rectitud protestante, porque las fiestas son indudablemente mejores.

Con respecto al tema de la mano izquierda, C. olvidaba – quizá a propósito – una anécdota que hablaba bien de los australianos, o al menos de uno. Y no demasiado bien de él mismo. El olvido intencionado, la desmemoria, la manipulación de las experiencias, la autocensura y la creación de recuerdos son fundamentales en nuestra vida y es probable que lo sean aún en mayor grado en el caso de los escritores, esos presuntos creadores de verdad a partir de mentiras a quienes se les llena

la boca con la palabra “memoria” sin darse cuenta de que no es más que una hipótesis particular, como la de nuestro modo de percibir la realidad mediante la mente. Ya veremos más adelante hasta qué punto la creación y la manipulación de la información tienen importancia en el relato que hizo C. años después sobre su viaje.

La anécdota que jamás relató tuvo lugar en el Ku-ring-gai National Park. Lo visitó al amanecer, con S., una amiga. Tras una caminata bajo una lluvia mansa y persistente, bajaron una pendiente pronunciada hacia el mar. Había una gran pradera verde eléctrico salpicada de árboles, un merendero cubierto y una playa.

Allí, por fin, tras más de diez días en Australia vio el primer animal clásico. O no. Porque se trataba de ualabíes, unos marsupiales que parecen canguros en miniatura pero que, científicamente, no lo son. Quién lo diría, porque su descripción es exacta: color marrón oscuro, grandes orejas, morro afilado perruno, largas extremidades, colas fuertes, saltan como si tuvieran muelles en las piernas... Lo cierto es que, canguros o no, le hicieron sonreír y él los observó como si lo fueran. Es difícil que un animal tan absurdo no te caiga simpático. Mucho mejor, por ejemplo, que unos histéricos pavos negros de cresta y cara roja y papada amarilla que se movían por la pradera como viuditas amargadas. El escritor odiaba a los pavos y recordó - sin sentimiento de culpa alguna - como en Viña de los Matos, el cortijo extremeño al que le invitaban sus primos de pequeño, disparaba perdigones a sus culos pelados para verlos dar saltitos y ulular muy ofendidos.

C. ofreció gajos de mandarina a los marsupiales, aunque había un cartel bien a la vista en el que se prohibía dar de comer a los animales. Los ualabíes fueron tomando confianza y acabaron comiendo de la palma de su mano. Le vigilaban de reojo mientras masticaban, y el crujido de sus mandíbulas rompía el silencio de la primera mañana.

De pronto apareció un todoterreno como por ensalmo y de él se apeó el guarda forestal. Era regordete y bajito. Tenía la piel rosa, los ojos pequeños, la nariz chata y un mostacho descolorido. Su aspecto poco atractivo no impide que sea el héroe bonachón de esta historia. Venía a cobrar la entrada al parque y saludó educadamente tocando con la yema de los dedos su sombrero caqui.

Los visitantes le dijeron que no hacía falta, que ya se iban, porque querían ahorrarse la entrada. El guarda, paciente y cachazudo, les informó de la prohibición de alimentar a los

animales y del precio de la multa. Era, como es natural en ese país, un precio exorbitante que el escritor no hubiera podido satisfacer ni con sus ahorros y que le habría obligado a recoger cacas de ualabí durante años a las órdenes del guarda. Los visitantes aseguraron que conocían la prohibición y que jamás se les hubiera ocurrido alimentarlos. En realidad, sospechaban que el cachazudo agente les había observado haciéndolo.

Tras ellos, a pocos metros, sobre el verde eléctrico, brillaban las peladuras naranjas de mandarina.

La prueba innegable de la mentira.

El hombre asintió tranquilo y miró con sus ojillos a un lado y al otro, sopesando el siguiente paso que iba a dar. Juguetó con el sombrero verde caqui entre las manos. Es probable que viera a la pareja mentirosa, más que como seres humanos, como animalillos a los que habría que domesticar. Pero era pronto, no había más visitantes, quizá le esperaba un café caliente en su oficina y, al fin y al cabo, los farsantes esos se habían deshecho en sonrisas y no parecían muy mala gente.

El guarda forestal se caló el sombrero, se despidió amablemente, subió al todoterreno y se fue. No cobró la entrada ni la multa que merecían. ¿No era eso mano izquierda? ¿No demostraba el Orwell australiano algo de compasión por las almas latinas corruptas? ¿No servía la anécdota como contrapeso de las acusaciones de rigidez que había vertido el escritor? En defensa del escritor y de su amiga cabe decir que, tras reírse un rato, dieron gracias por haberse encontrado con un guarda tan bien intencionado.

• Con respecto al motivo principal del viaje, asistir a un congreso de escritores en Melbourne para presentar una de sus novelas, no tenía queja. Salvo los exiguos honorarios – dados los precios de los bienes y servicios australianos – claro. La organización y el hotel eran perfectos, quizá demasiado buenos. La gente con la que trató, interesante, como CS, el periodista colombiano. Coincidió, encima, con JM., un poeta australiano de origen sudafricano del que se había hecho amigo en Ledig House, una residencia de escritores neoyorquina. El festival en sí era muy animado. A sus actos acudieron bastantes lectores, sobre todo mujeres, y compraron su novela.

Un verdadero lujo. C. aprovechaba, entonces, para arremeter contra el erial cultural español, el desinterés del gobierno, la piratería de películas y libros que beneficiaba a las grandes empresas de telecomunicaciones y todos los temas ya archiconocidos que soliviantan a los amigos de la cultura. Pero esto nos saca del objetivo de esta crónica, que es la de describir cómo C. relató su viaje y cómo evolucionó dicho relato con el paso del tiempo.

- Los australianos tenían algo de pueblerino y se notaba que Australia era un país joven y poco refinado. Aquello se observaba en la gastronomía, en las construcciones – de antes de ayer – y en que, en determinados lugares, se saludaban al cruzarse y se paraban a charlar breve y educadamente. Esos ejemplos le bastaban y sobraban para calificar a los *aussies* de pueblerinos y quedarse tan ancho. Matizar, ya se sabe, resulta engorroso, requiere esfuerzo e información detallada y suele ser menos divertido en reuniones con alcohol y risas.

Contaba que dio un agradable paseo por el litoral de la bahía de Dee Why, un suburbio situado al norte de Sídney. Caminó entre plantas extrañas, con el mar azul debajo y el sonido de los pájaros envolviéndole. Todo era maravilloso, pero tuvo que saludar a las quince personas con las que se cruzó y se vio obligado a hablar del tiempo con cuatro de ellas. Acabó con ganas de encerrarse en casa y de no volver a salir a la calle en un par de días. Esa afabilidad sólo se daba en sociedades jóvenes y poco sofisticadas, según él. Resultaba tan refrescante como molesto.

- Eran de trato natural, simpático y llano. Salvo en las contadas ocasiones en las que C. se había saltado flagrantemente las normas de convivencia, los australianos habían sido educados, agradables, positivos y sonrientes. Al conocerles daban ganas de portarse bien, de no criticar, ni insultar, ni ironizar, ni despotricar, ni resoplar, ni escupir, ni tirarse pedos, vaya. Gracias a ellos descubrí que dentro de ti había más bondad insulsa, cháchara inconsistente y conformismo banal del que jamás sospechaste. Pero, ¡qué demonios!, eran mejores personas que tú, había que reconocerlo. Lo eran. Punto. *Déjate de pensamientos malsanos e injustos*, se decía. *Eres un verdadero cascarrabias. Salvo que sus sótanos y jardines estuvieran llenos de cadáveres al estilo belga, ¿no? Porque toda sociedad organizada esconde el alcohol en bolsas de papel y los cadáveres en los jardines con parterres de flores...*

- Vivían en contacto casi continuo con la Naturaleza, y la suya lo era con mayúsculas. Al ser un país poco poblado – veintitrés millones de personas para siete millones y medio de kilómetros cuadrados – nunca hacía falta irse muy lejos para estar en el campo y a solas.

La primera vez que salió de Melbourne fue para hacer una excursión en un Subaru azul eléctrico con L., una amable y enérgica profesora universitaria y traductora de español de origen checo de la que se hizo amigo. Salieron de la ciudad en dirección noroeste y el paisaje se abrió. Praderas de un verde

brillante, algunas vacas, algunas ovejas. Colinas. Los eucaliptos, cipreses y araucarias, la hierba ahora rala de color grisáceo, las casas bajas marrones, el cielo nublado... Lo primero que le cautivó fue darse cuenta de lo diferentes que eran las especies vegetales. Las fincas estaban bien cuidadas y en los jardines se elevaban árboles orgullosos, con troncos enormes.

Emocionado, no tardó en sentir la segunda revelación del viaje, no por sabida menos impactante o placentera: estaba en un país muy grande, con horizonte y épica. Como Estados Unidos, Rusia o Argentina. Países en los que el hombre no es siempre la medida de las cosas. Lugares donde la naturaleza es cosa seria y se paladea en silencio y con cierta reverencia y humildad, como si estuviéramos contemplando el mar abierto.

Subieron por Mount Macedon. Había bosques cerrados de eucaliptos de varias especies, mimosas, arces... *Qué verde, qué riqueza*, pensó el escritor, emulando al arquitecto holandés Koolhaas en su viaje por España cuando descubrió que disponíamos de tanta piedra, a diferencia de los holandeses. Había mansiones de origen inglés de la época de la fiebre del oro tras muros de piedra o de boj que albergaban exóticos jardines. Muchas se quemaron en el gran incendio de 1983. Una mujer murió al ir a rescatar a su gato. Otros murieron sin tratar de salvar a nadie.

L. y C. bajaron del coche y se internaron en un parque. En aquella excursión C. vislumbró el paisaje dramático australiano y pudo hacerse una idea de su fuerza, de su presencia. Aunque apenas tuvo tiempo de ver nada de ese país inmenso, disfrutó muchísimo de la naturaleza y de lo accesible que era. Sus habitantes la vivían, aunque habitaran en ciudades. Al final de su periplo recorrió varios parques de Tasmania, una isla que, quizá por la sonoridad del nombre, por la lejanía, por el salvaje Taz – el personaje de los dibujos animados – y por la promesa de grandes paisajes, siempre quiso visitar.

Tasmania no le decepcionó. Podía hablar largo y tendido de la calidad de la luz, de aquella playa paradisíaca de Mount Williams en la que encontró huevos de tiburón, de la austera y perfecta cabaña de madera – la “Waldheim cabin” – en la que durmió en el interior del parque de Cradle Mountain, de los paseos nocturnos en los que vio wombats o de la agradable sensación de recorrer kilómetros y kilómetros en coche y a poca velocidad por carreteras en las que no te cruzabas con nadie. Thoreau, Hamsun, Pecascor y Walser deberían haber viajado a Tasmania.

A C. el campo le atraía de un modo particular, y no se dio cuenta de que aquello se transmitía en sus escritos hasta que se lo comentó L. En sus notas de viaje apuntó cada especie de árbol o animal que pudo identificar. Le obsesionaba ser capaz de describir un paisaje en la época en la que ya casi ningún escritor se toma la molestia de describir, quizá porque se considera, erróneamente, una pérdida de tiempo y muy aburrido. Para él, si no éramos capaces de describir algo, fuera lo que fuese, de nombrarlo, ninguna experiencia tenía sentido.

Tasmania fue el lugar del que más le gustaba hablar y, de un modo quizá algo infantil, estaba orgulloso de haber estado allí. Como si colgara de su pecho una medalla. Pasear por sus bosques era un lujo que se había podido dar, algo que, pensaba, jamás olvidaría. La isla australiana se unió a la lista de viajes joya, que incluía Madagascar, Creta o la costa turca.

Hasta aquí el resumen de los temas fundamentales que trató C. sobre la visita durante los últimos meses del año dos mil catorce. No es una lista exhaustiva porque no nos queremos meter en temas de índole personal. Esos temas a nosotros no nos interesan, ¿verdad?

Lo que si nos interesa son los aborígenes. ¿Por qué no hemos hablado de ellos? Tengamos en cuenta que el estudio y la protección de las culturas y el legado “nativos” está de moda desde hace años en occidente. En realidad algunas personas le preguntaron a C. sobre el asunto, pero fue algo vago en las respuestas. O no le había interesado o prefería no hablar de ello. Tampoco se había documentado antes del viaje. Había dedicado el poco tiempo que tuvo para prepararlo a leer a Peter Carey y David Malouf y ver películas como *Animal Kingdom*, *Mary and Max*, *Shine* y *Romper Stomper*.

C. contaba que había estado en Hanging Rock, una colina con formaciones rocosas en forma de dolmen que fue sagrada para los aborígenes. Pero no se extendía sobre ello pese a que el paseo le había impresionado. Había algo inquietante en esas rocas que se elevaban como rascacielos pretéritos a punto de derrumbarse. En muchas de ellas había un rostro brutal y triste. Ojos, bocas, coronas de reyes derrocados. Torrenteras pulidas, árboles que sobrevivían agarrados en posiciones inverosímiles.

Hanging Rock, batida por el viento, no era un lugar agradable para vivir. Pero allí había canguros y *blue wrens*, unos pajaritos del tamaño de gorriones, panzudos, nerviosos, con una larga cola que se elevaba de un modo entre insultante y cómico. Ellos eran azules eléctricos y ellas marrones y blancas.

C. apuntó el nombre de esa especie y también que Peter Weir rodó *Picnic at Hanging Rock*, relatando el caso de unas jóvenes e inocentes excursionistas que se perdieron misteriosamente entre las rocas cuando uno todavía se podía perder en lugares como este y las trochas no se habían convertido en caminos asfaltados.

C. apuntó todo eso pero apenas habló de ello.

Tampoco comentó a su vuelta lo que le contó su amiga S. Al norte, en la zona tropical, había baobabs ahuecados que sirvieron a los colonos como celdas provisionales para encerrar a los aborígenes. Y que actualmente representaban el 2,4 % de la población y el 20% de los reclusos. Seguían viviendo apartados de la sociedad, con dificultades de integración, caían en el alcoholismo y en la violencia y eran la moneda de cambio que utilizaban los políticos en sus luchas de poder. S. también le comentó que, de los quince mil indígenas que había antes de la colonización de Tasmania – cuyo nombre proviene de un gobernador holandés, Tasman – el último aborigen “puro”, una mujer, murió a principios del siglo XX. Los últimos trescientos que sobrevivieron a las matanzas y a las enfermedades fueron confinados en Flinders Island, una isla situada al noreste.

El contacto de C. con el universo aborigen fue, en resumidas cuentas, escaso. De arte nativo sólo vio unos grabados sobre piedra en el parque de Sídney del que hemos hablado. Le parecieron infantiles. Siluetas humanas y de peces y de animales de un solo trazo, blancas, muy sencillas.

El único aborigen que vio fue en el barrio de The Rocks, donde se establecieron los primeros colonos hace doscientos años. Iba desnudo salvo por un taparrabos, llevaba dibujos blancos sobre la piel oscura y se movía al son de la música de un diyeridú que sonaba en un radiocasete. Era la representación para los turistas, es decir, para C. y los demás, de un nativo “de verdad”.

Ya en Madrid, en una parrillada familiar, su hermana M. le comentó que en un libro de texto de los años 60 los aborígenes eran, al igual que los pigmeos africanos, subespecies humanas. C. le habló de su viaje a Tanzania y de lo triste que le pareció ver en qué se habían convertido los masais, aquella tribu indómita de guerreros. Ahora eran unos tipos que daban saltos por unos cochinos dólares. Hablaron un rato sobre los pueblos y culturas que no se adaptaban a la invasión de otras más poderosas y de cómo languidecían hasta desaparecer, perdida la dignidad. Hablaron de que al individuo de una de esas culturas le importa un bledo si la que llega es más “avanzada” o “progresista” o “humana”. Su tragedia era igual de horrible. Su destino,

el desprecio y el olvido. La conversación acabó cuando un sobrino les interrumpió, y es probable que se sintieran aliviados de abandonarla y servirse más vino.

Pasó un año. Los recuerdos de Australia se fueron haciendo jirones. Muchos perdieron color, nitidez y sentido. Tampoco lo tenía regresar una y otra vez a ese viaje que ya estaba en la misma estantería polvorienta que los demás. Pero a C. le divertía hablar de aquellas cosas que deberías haber visto y por lo que fuera, culpa tuya o de las circunstancias, no lo hacías. Por ejemplo, estuvo una semana en Chamonix y, por culpa de la niebla y la nieve no llegó a ver el Mont Blanc, el mayor reclamo de aquel viaje alpino. Y eso le encantaba.

C. aseguraba que en Australia no había visto la Cruz del Sur. Aquello no era cierto, la vio un par de veces. Pero él, sólo un año después, creía no haberlo hecho. También mantenía que no había visto a ningún aborigen. Era una mentira relativa: recordaba al “artista” callejero, pero era una imitación burda y ofensiva. Hubiera sido mucho más real ver a un tipo paseando. Australia comenzaba a formar parte de una recreación cada vez menos apegada a la primera realidad de sus experiencias.

Pasó otro año. Una noche a C. le despertó una pesadilla. Estaba relacionada con la pérdida de un ser querido. Recordó fugazmente a su hijo pidiéndole ayuda, histérico. Le acompañaba, en silencio su abuelo, el padre de C., muerto hacía muchos años. Le echaba de menos. En su cabeza había más imágenes confusas y oscuras. Volvió a dormirse y, cuando despertó por la mañana, sólo quedaba esa sensación de angustia informe.

Había olvidado el contenido de la pesadilla.

Un par de días después el escritor recordó fugazmente haberse despertado, pero nada del sueño en sí. Se preguntó cuál era el origen de aquel sueño vacío – porque creyó que había sido eso, un sueño completamente vacío – pero no indagó demasiado. Prefería olvidar los sueños y rara vez hablaba de ellos.

En aquella época le encargaron un relato sobre su visita a Australia y dedicó tiempo a leer y ver documentales sobre los aborígenes y Tasmania. No vamos a hablar de quién fue Truganini ni de la guerra ni de cómo fueron los indígenas brutalmente borrados de la isla. Eso lo puede leer cualquiera en la red. Lo que nos interesa es cómo influyó en el relato del viaje de C. toda aquella información. Tasmania ya no era la Tasmania que él visitó.

Algo faltaba en el paisaje.

Le habló a su hijo en varias ocasiones de los aborígenes y vio con él *The Men of the Fifth World*, un documental de la BBC. Le contó algo precioso: medían las distancias cantando a la vez que caminaban. Jugó con su hijo a medir el apartamento cantando y lo pasaron en grande. Aunque luego el armario que compró para el dormitorio de su hijo no encajó.

También se informó sobre la estrecha relación entre creación, espiritualidad, realidad y ensoñación. Los aborígenes no estaban en el paisaje, lo creaban. Sin ellos el mundo no existiría. Esa fue otra pieza del puzzle con la que, años más tarde, inventó una historia sobre su relación con Tasmania.

Habían pasado más de diez años. Los recuerdos del viaje se encontraban en baldas oscuras y apartadas de la mente de C. Los que estaban más a mano eran más bien sensaciones de placer o disgusto, imágenes, olores. Ya no estaban ordenados mediante un discurso, verbalmente. Para recuperar esos discursos y los detalles se necesitaría un esfuerzo de recuperación de la memoria, pero eso a C. no le interesaba. C. no buscaba ser preciso con respecto a los hechos, sino dar forma a una historia que necesitaba narrar.

C. tenía cincuenta y cinco años la primera vez que la relató. Fue en 2026, en una cena con amigos. Comenzó diciendo que viajó a la isla de Tasmania años atrás. Lo que más le había impresionado, decía, fue que no vio ningún aborígen. Aquello fue una casualidad extraña, porque había estado por allí un mes y en varios lugares.

Entonces, continuaba, años después le ocurrió algo inquietante. Varias noches seguidas se había despertado en medio de la noche tras soñar con nada. Se despertaba con una terrible angustia que le impedía volverse a dormir. Soñaba, por decirlo de algún modo, con un agujero, con un continente sin contenido, con una caja vacía.

Tenía claro que aquello con lo que soñaba era un lugar, y que ese lugar había existido. Lo sabía aunque no pudiera explicarlo. Cada noche, al acostarse, tenía miedo de dormirse. Tomó pastillas para dormir, pero no sirvió de nada. La pesadilla del agujero regresaba.

Una mañana, de pronto, supo cuál era el lugar del sueño vacío. Comprendió que estaba soñando con Tasmania. Y no había nada porque quienes la recreaban cada día con sus sueños y sus canciones, los aborígenes, sus antiguos habitantes, sus creadores, ya no estaban allí. Por eso no había ríos, ni bosques, ni playas ni praderas.

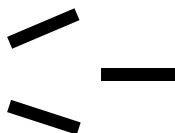
En el sueño él había visto Tasmania con los ojos de los aborígenes.

Ese mapa en blanco que era desde su partida.

Desde entonces, cuando se hablaba de Australia, contaba aquella historia como si hablara solo o en duermevela. A los oyentes solía gustarles. Les resultaba sugerente, interesante, quizá poética. La repitió varias veces durante los años que siguieron hasta su muerte, ajustándola, limándola. Un relato oral nunca se está quieto. Ya anciano, acabó por creerse la historia a pies juntillas.

Creía no haber visto a ningún aborigen y creyó haber tenido esa pesadilla y creyó haberse dado cuenta de que el sueño representaba Tasmania. La historia de ese mapa transparente tasmano acabó por ser el único recuerdo que dejó grabado en él el viaje australiano.

La única huella real.



The Blank Map

**Nicolás Casariego
(2014)**

It was 1 September 2014. When C. reached his apartment in Madrid, he went straight to bed. Apart from going to the toilet and having the odd drink of water, he didn't get up for thirty-six hours. A day and a half. A new record. He was very pleased because he considered sleeping to be the most enjoyable and worthwhile activity in life. His excessive sleeping could be explained in part because, as soon as he got up, he passed a kidney stone which must have been sapping his energy for some time without his realising it.

The first few times he told stories about his trip to Australia to family members and friends, they listened with a certain amount of interest, at least initially. That country in Oceania, almost on the other side of the world, is a rare destination for Spaniards, since it is so far away and expensive to get to. And all the Aussie iconography is amusing and appealing – you tell me if you know anyone who doesn't smile when they hear the words 'kangaroo' or 'koala'.

The following were the topics he spoke about. Naturally, he didn't trot all of them out every time, nor did he always go into the same details with each of them.

- Australia was a rich and expensive country. A single coffee, the national drink, could cost some A\$7, over €4 – ridiculous! A packet of Marlboro cigarettes, \$22. Alcohol was also prohibitively expensive: mediocre wines were sold as if they were made with the blood of princes, and beer was liquid gold. Movies were another luxury. There were wonderful cheap Asian restaurants, but money disappeared without you even noticing.

- Sydney and Melbourne, the two largest Australian cities and eternal rivals, were wonderful, each in its own way. It was no surprise both were among the ten most liveable cities in the world on various lists. The beaches and thongs and good living in Sydney; the multicultural ambience, cafés and restaurants of Melbourne. Surfers vs hipsters, if you like.

To illustrate this point, C. would talk about his first stroll through the northern Sydney suburb of Dee Why. A petrol station, a shopping centre, restaurants, cafés, and an extensive beach about four kilometres long. Barefoot kids skateboarding. People heading home carrying surfboards. The warm breeze, the blue ocean. Tall, tanned, blond mothers with tall, tanned, blond children. They'd told him that if he looked out to sea, he'd be able to see whales. C. didn't see any whales, but the view was like a summer ad for some sort of alcohol-free soft-drink and he had to pinch himself on the arm to feel pain and remember that life ends in a coffin with worms emerging from your body.

C. would confess that he'd like to spend a few years in either one of the two cities, and specified that, if he went with his son – his son was a surfer – it would be Sydney. Australia's fourth largest industry was education – the country wasn't only about mining and livestock – so they ought to have very good schools.

He was really amused by the way the inhabitants of these two cities talked about each other. Melburnians described Sydneysiders as fatuous and brain dead; in return, Sydneysiders considered Melburnians boring and pretentious. It's the same with New York and Los Angeles, Quito and Guayaquil, Madrid and Barcelona, Upper Dead End and Lower Dead End. That eternal obsession of comparing yourself with a neighbour of equivalent size. In fact, Canberra, the nation's bland capital, was invented to prevent fights between those two cities.

- Australians were obsessed with tobacco. For starters, apart from the cigarettes you had in an already opened pack, you could bring only fifty cigarettes into the country without paying an importation tax. Our traveller became flustered, didn't buy anything in the duty-free shop, and landed in Melbourne with only five cigarettes.

Circumstances – which often conflict with our desires – led him to buy his first pack some thirty hours after he had finished his five Spanish Marlboro Lights. During what little free time he had enjoyed, he had been incapable of locating a tobacconist. Were they underground? Inside police stations? He was starting to enter a state of acute anxiety. It was becoming impossible to connect with people or his surroundings, no matter how interesting he found them.

The relief he felt when he finally held in his hands a pack of Marlboro Lights – purchased from a machine in a roadside café – didn't prevent him from noticing a detail he found irritat-

ing. There was no branding on the pack, just photos of illnesses caused by tobacco – so horrible they could have been classified as pornographic – accompanied by exaggerated and depressing messages. Moreover, they cost a fortune. Weeks later, as his resources diminished, he was obliged to buy cheap cigarettes – perhaps Chinese – brand-name Longreach, and sold in packs of 40. They were so repugnant they probably caused the diseases illustrated on the packs in a matter of minutes. He threw them away.

Finding a place where you were permitted to smoke wasn't easy either. Such persecution turned him into a neurotic who smoked compulsively and spoke about little else with the poor Australians who chatted with him. He ranted about Orwell, about paternalistic societies, about the right to a slow suicide, about the individual's growing lack of freedom, about Spain's Ministries of Finance and Traffic – also branches of hell – about drunks in Finland and the places designated for them to go and yell... Contemporary organised horror, odourless and insipid, politically correct, self-serving and condescending, grated on his nerves. If they didn't want smokers or drunkards in Australia, they were on the right track. Although they ought to ask themselves if in losing them, they were also losing something else they hadn't bargained for.

- In Australia, no matter how much you had travelled, you were still considered a stay-at-home. Australians were great travellers and it was normal to have lived in several countries and to speak several languages. Just in case he was wrong, C. made it clear in some conversations that he had dealt mainly with highly cultured people.

In reality, C. firmly believed that Australians were like that – a generalisation, no matter how crude, typical of travellers and all sorts of people and situations who elevate their personal and particular experiences to the status of law, so as to save themselves from using their brains. A sister-habit to prejudices, so necessary, misunderstood and, on occasion, so troublesome and unfair.

According to C., this globetrotting nature could be explained by Australia's geographical location and the fact that it was a country of immigrants. Its isolation, physically – so far from the rest of the world – and culturally and spiritually – so far from their Western cousins – motivated them to board the first departing plane. Admirable, those Australians

- C. occasionally linked the preceding subject with that of identity. The older Australians he had met were often Aus-

traliens-by-passport, but not in their soul or their profound inner being. Their identity was equivocal. They were nomads who had ended up in Australia. They were grateful, but their earliest memories were far away, in Croatia, the Ukraine, South Africa or Greece. He had the feeling they were sort of stateless. The history of their children and grandchildren would be different.

If he was speaking of identity, he would usually recall an anecdote about immigration. In a pseudo-Spanish restaurant in Melbourne, he met J., the son of Spanish immigrants, whose features betrayed his origins: Olive-skinned, thick hair, small wide-set but bright eyes, the hint of a bushy beard. He was a very pleasant guy and they chatted as they ate a piece of toast with a rubbery anchovy which would have caused an uproar had it been served in any neighbourhood bar in Spain.

J. told him a wonderful story about the difficulties of immigration. His father arrived in Australia with only the clothes on his back. He was a bricklayer. The Anglos put him up in a hostel, gave him the basic necessities and put him to work from dawn till dusk. It was all very decent, but they were Anglicans, so there were no smiles or warm, affectionate gestures. As is well-known, the Anglican God has never smiled, and definitely not at the ignorant. J.'s father felt very alone, very lost in that immense, unpopulated country. He didn't speak English. He was a labourer, a nobody with no education, and he could only count on his own courage and effort.

Earlier, when he was living in Spain, he used drink wine with his meals. Cheap, young red wines, almost always poor quality. He went to a supermarket. He saw a bottle of wine and he bought it, even though it was very expensive. When he got home, he opened it somewhat nervously. Such luxury made him feel excited. He poured himself a glass and drank deeply. It wasn't wine; it was concentrated blackcurrant juice. He burst into tears. What was he doing here? Why was he so ignorant, so useless?

Immigration was a controversial and painful topic. Australia had gone from welcoming millions of Europeans after World War II to closing its borders ever-more-tightly thanks to increasingly aggressive politics. Now, Asian immigrants – of many different nationalities, but arriving mainly via Indonesia – were detained on Christmas Island, an Australian island with a special status when it came to matters of immigration: refugees had no rights there. The detention centre could hold as many as 2,600 people, and from there, they were sent to other countries in the region – Papua-New Guinea, Nauru – with which the

Aussie government had Agreements about such matters. The immigrants never set foot on “Australian” soil or acquired the status of refugees. If one were being generous, that piece of legal trickery would be considered sad. And the fact that the name of the containment island was Christmas, could only be seen as a macabre joke. Immigration always led to arguments, and C. and his friends and family debated endlessly about Spain and the EU, key players, too, in such hard-to-solve problems, tragedies and abuses.

- Australia’s civic education was enviable. Citizens – and there they really were citizens, not subjects disguised as citizens, as in so many other countries without a strong democratic tradition – had at their disposal community BBQs and picnic tables in various public places and nobody vandalised them. They were respectful and law-abiding. No-one jay-walked, for example. They certainly did tend to get out of hand when they drank, which many of them did at breakneck speed and to excess in order to get drunk, rather than for the pleasure of drinking.

- Their dedicated respect for rules had its dark side. It was a very conservative society without much tact. There were signs everywhere banning things or threatening exorbitant fines. Could it have something to do with the country being founded by convicts and their guards? If you were a bit wild or absent-minded, you had to be a millionaire.

C. came across his favourite notice one hot day in Sydney. Earlier, he’d swum in the Pacific, but the strong currents, the lack of other people and a certain respect for sharks had reduced the length of his swim, turning it into a timorous dip. He decided to go for a stroll to dry the cheap, black bathers he’d bought in a shopping centre in Warrambee; the shiny, slippery material reminded him of the Asturian slugs of his childhood.

The sign was on top of a rock which overlooked a cliff, with the sea down below. It said, DO NOT JUMP. Until he read it, it hadn’t occurred to him to commit suicide, but the sign made him consider it. He lit a cigarette, watched the flight of the seagulls, felt vertigo, and was on the verge of throwing himself into the void and putting an end to his absurd life. He didn’t do it – luckily for him, maybe, although time will tell – because he remembered his son and right after that, a furious thought flashed across his mind and snatched him from his confusion: *They’re idiots! You’d have to be an idiot to make such an inappropriate suggestion!* He roared with laughter, happy to be alive, finished his cigarette, put the butt in a pocket of his bathers, and, slightly uneasy, continued his walk, feeling that he’d been on the verge of carrying out a really good prank.

Coming back to the topic of inflexibility, if you broke a rule – crossing the street wherever you felt like it, for instance – people looked at you as if you were a serial killer, and he had been told off or even yelled at for doing so more than once. Australians were admirable, but they were also strict, almost inhuman.

He usually linked this topic to his Latin nature. He was a rogue, belonging to a culture where ulterior motives are more important than initial intentions. Various Latinos he met there found Australians – the native-born, pink-skinned ones – extremely boring. They thought the country was a real pain and dreamt of leaving it as soon as possible. But the lifestyle was so good...

Do we Latinos prefer to live in a more just country, where almost everything works well although it might be a bit boring, or are we attracted by our own imperfect corruption which offers more passion, fun and happiness? Do we prefer a place where life seems wonderful, and most of the inhabitants appear healthy, look as if they play sport, and have a reasonably friendly manner, or are we allowing ourselves to be deceived by appearances. Are we, in fact, dealing with something like the dystopic world of Boris Vian's *To Hell with the Ugly*? Keeping in mind that happiness is a subjective measure, who is happier: the inhabitants of the richest and most democratic nations or those of the boisterous Latino ones? Do we or don't we believe in progress? Does it really matter to us or does it only concern us?

C. suspected that even if we Latinos spent our lives ranting and raving – especially on cold, rainy days – we still preferred the laxness and sensitivity of our unbearable, intolerable and relatively unjust countries. At this point, he always drew laughter from his listeners, and this despite the fact that his friends and family – just like him – spent all their time criticising Spain and buying imaginary houses and foreign citizenships in places far away. If he was tipsy and had enough time, C. forgot Australia and moved on to his theory that Catholic hypocrisy was preferable to Protestant rectitude, because their celebrations were unquestionably better.

On the matter of sensitivity, C. – perhaps deliberately – forgot an anecdote which spoke well of Australians, or at least of one of them, and not terribly well of himself. Deliberate forgetfulness, a poor memory, the manipulation of life experiences, self-censorship and the creation of memories are fundamental to our lives, and it's likely that this is present to an even greater extent in the case of writers, those alleged creators of

truth based on lies. Their mouths overflow with the word “memory” without even realising that it’s nothing more than their own particular hypothesis, just like the one about perceiving reality through their minds. We’ll shortly see to what extent the creation and manipulation of information is significant in the tale C. told about his trip years later.

The story he never told took place in Ku-ring-gai National Park, north of Sydney. He visited it at dawn with S., a friend. After a walk in the light, but persistent, rain, they strolled down a slope towards the sea. There was a large, bright-green field dotted with trees, a covered picnic area and then a beach.

There, finally, after more than ten days in Australia he saw his first classic Australian animal. Or didn’t. Because they were wallabies, marsupials that look like miniature kangaroos but that aren’t kangaroos, scientifically speaking. You wouldn’t know it, they look exactly the same, only smaller: dark brown in colour, huge ears, a pointed dog-like nose, long hind limbs, strong tails, and they jump as if they had springs in their legs... What is certain is that kangaroos or not, they made him smile and he watched them as if they were. It’s hard for such an absurd animal not to be appealing. Much more so, for example, than some hysterical black turkeys with red faces, crests and yellow jowls which moved about the field like embittered little widows. The writer hated turkeys, and remembered – without any feeling of remorse – how in Viña de los Matos, the farm house in Extremadura to which his cousins used to invite him when he was little, he used to pepper their bare tails with buck-shot and watch them jump about and wail, mightily offended.

C. offered segments of mandarin oranges to the marsupials despite the fact that there was a clearly visible sign stating that it was forbidden to feed the animals. The wallabies grew in confidence and ended up eating out of his hand. They watched him out of the corners of their eyes as they were chewing. And the noise of their jaws broke the early morning silence.

Suddenly, a 4-wheel drive appeared as if by magic, and a park ranger got out. He was short and chubby. He had pink skin, small eyes, a snub nose and a pale moustache. His unattractive appearance didn’t prevent him from being the good-natured hero of this story. He was there to collect the park entrance fee, and politely greeted them with a touch of his fingertips to his khaki hat.

The visitors told him there was no need as they were leaving; they wanted to save themselves the entry fee. The ranger, patient and easy-going, told them about the ban on

feeding the animals and the amount of the fine. As was customary in that country, it was an exorbitant sum which the writer wouldn't have been able to pay even if he'd used his savings, and would have forced him to pick up wallaby poo for years under the supervision of the ranger. The visitors assured him that they knew about the ban and that it would never have occurred to them to feed the wallabies. They, in fact, suspected that the ranger had seen them doing so.

A few metres behind them, orange-coloured mandarin segments were clearly visible on top of the electric-green grass – irrefutable proof of their lie.

The man calmly nodded, and glanced left and right with his little eyes, weighing up his next step. His hands played with his khaki hat. It's likely he judged the pair of liars as more like small animals that needed to be domesticated than humans. But it was early, there were no other visitors, maybe there was a hot coffee waiting for him in his office, and when all was said and done, these jokers had lavished him with smiles and didn't seem to be such bad people.

The park ranger put his hat back on, gave them a friendly goodbye, got into his 4-wheel drive and left. He charged them neither the entry fee nor the fine they deserved. Wasn't that being diplomatic? Didn't that Orwellian Australian show some compassion towards corrupt Latino souls? Didn't that anecdote serve as a counterweight to the accusations of rigidity expressed by the writer? In defence of the writer and his female friend, after a good laugh, they acknowledged their gratitude at having encountered such a well-meaning ranger.

• As far as the main reason behind his trip to Australia – attending a writers' festival in Melbourne to present one of his novels – he had no complaints, apart from the honorarium, meagre, of course, given the price of Australian goods and services. The organisation and the hotel were perfect, maybe too good, as were the people he dealt with – like CS, the Chilean journalist. Moreover, he coincided with J.M., an Australian poet originally from South Africa with whom he'd become friends in Ledig House, a residency for writers in New York State. The festival itself was very lively. Quite a few readers, especially women, attended his events and bought his novel.

A real luxury. So C. took advantage of it to get stuck into Spain's cultural wasteland, the government's lack of interest in the Arts, the pirating of books and films that benefited large telecommunications companies, and all those extremely well-known topics that stir up friends of culture. But this takes us

away from the objective of this chronicle, which is to describe how C. talked about his trip and how that tale evolved over time.

- There was something small-town about Australians and you could tell that Australia was a young and not-very-refined country. It was noticeable in the gastronomy, the buildings – historically recent – and the fact that in certain places, people always greeted each other when they met, and stopped for a brief, polite chat. These examples were sufficient, and were more than enough for him to classify Aussies as provincial, and feel very pleased with himself. It's well-known that to put something in context is tedious, requires effort and detailed information, and tends to be less entertaining at gatherings that involve alcohol and laughter.

He used to talk about the pleasant walk he had along the shore at Dee Why. He walked among exotic plants, surrounded by the sounds of birds, with the blue sea down below him. It was all marvellous, but he had to greet the fifteen people he came across, and was obliged to talk about the weather with four of them. He ended up wanting to shut himself indoors and not go outdoors again for a few days. According to him, that sort of affability was only found in young, not very sophisticated, societies. It was as refreshing as it was irritating.

- Australians have a friendly, natural and open manner. Except on those few occasions when C. had flagrantly breached social conventions, Australians had been polite, pleasant, positive and full of smiles. Once you got to know them, you felt like behaving yourself, and not being critical, insulting, or ironic; not rant or rave, grunt, spit, or fart, even. Thanks to them, you discovered that there was more insipid goodness, absurd chitchat and banal conformity inside you than you had ever suspected. But, what the hell, you had to admit that they were better people than you! They were. Full stop. *Give over with the unhealthy, unfair thoughts*, he told himself. *You're a real grouch. Unless their basements and gardens are full of bodies, like the Belgians, right? Because every tidy society hides its alcohol in paper bags and its bodies in gardens with flowerbeds...*

- Australians lived in almost constant contact with Nature, and there, Nature was definitely spelt with a capital N. Since their country was so sparsely populated – twenty-three million people across more than seven and a half million square kilometres – you never had to go far to be in the “bush” and on your own.

The first time he left Melbourne, it was for an excursion in an electric-blue Subaru with L., a warm-hearted and energet-

ic university academic and Spanish translator of Czech background, with whom he became good friends. They left the city heading northwest and were soon in open country. Lush green fields, some cows, some sheep. Hills. Eucalypts, cypresses and wattles, the grass then becoming sparse and greyish, low-lying brown houses, overcast sky... The first thing that captivated him was the realisation of how different the vegetation was. The country properties were well-maintained, and trees with enormous trunks stood tall and proud.

Moved, it didn't take C. long to encounter the second revelation of this trip, and it was no less stunning or delightful for knowing it: he was in a very old country of limitless proportions. Like the US, Russia or Argentina. Countries in which man isn't the standard reference point. Places where Nature is serious business and you savour it in silence and with a certain reverence and humility, as if you were contemplating the open ocean.

They drove up Mt Macedon. There were dense forests with various species of eucalypts, acacias, maples... *How green, how rich*, thought the writer, emulating Rem Koolhaas, the Dutch architect during his trip around Spain when he discovered that, unlike the Dutch, Spaniards have so much stone. There were English-style mansions from the Gold Rush era behind stone or boxwood walls which harboured, exotic gardens. Many of the houses burnt down in the massive 1983 "Ash Wednesday" bushfires. One woman died when she went back into her house to rescue her cat; others died not trying to save anybody.

L. and C. got out of the car and headed into a national park. On that outing, C. got a glimpse of the dramatic Australian landscape, and was able to form an idea of its strength and presence. Although he barely had time to see much of that immense country, he really enjoyed its Nature and how accessible it was. Australians experienced it, even when they lived in cities. At the end of his journey he visited various national parks in Tasmania, an island he had always wanted to visit, perhaps because of the sonority of its name – or its distance from Spain, or the ferocious devil Taz, the cartoon character – and the promise of expansive landscapes.

Tasmania didn't disappoint him. He could talk at great length about the quality of the light; about that heavenly Mt Williams beach where he found shark eggs; about the austere perfect wooden cabin in which he slept, inside Cradle Mountain National Park – the "Waldheim cabin"; about the nocturnal walks where he saw wombats; and the pleasant sensation of slowly travelling many kilometres in a car and not coming across another

er soul. Thoreau, Knut Hamsun, PeCasCor and Robert Walser should have travelled to Tasmania.

C. was particularly attracted to landscape, and he didn't realise that he transmitted this to his writing until L. mentioned it. In his travel notes he jotted down each species of tree or animal he was able to identify. He was obsessed with being able to describe landscapes in an era when very few other writers could be bothered, maybe because, erroneously, it is considered really boring and a waste of time. As far as C. was concerned, if people weren't capable of describing something, of naming it – no matter what it might be – the experience made no sense.

Tasmania was the place he liked to talk about most often and, though it might seem somewhat infantile, he was proud to have been there. As if there were a medal on his chest. Walking through the forests was a luxury he had been able to give himself, something he thought he would never forget. That Australian island was added to his list of magical trips, which included Madagascar, Crete and the coast of Turkey.

Up to this point you have a summary of the basic themes C. talked about that had to do with his trip during the last months of the year 2014. It's not an exhaustive list because we don't want to get into topics of a personal nature. Those topics don't interest us, right?

What does interest us are Aboriginals. Why haven't we talked about them? Let us bear in mind that the study and protection of "native" legacies and cultures has been fashionable for years in the Western world. Some people did ask C. about this topic, but he was somewhat vague in his responses. Either it hadn't caught his interest or he preferred not to talk about it. Nor had he read up on the subject before his trip. He had spent what little time he had available to prepare for it by reading Peter Carey and David Malouf, and watching films like *Animal Kingdom*, *Mary and Max*, *Shine* and *Romper Stomper*.

C. used to talk about having been at Hanging Rock, a hill with rocky dolmen outcrops that was sacred to the Aboriginals. But he didn't go into details, despite the fact that the walk had made an impression on him. There was something disquieting about those rocks that rose like skyscrapers of the past on the point of toppling over. There was a brutal, yet sad, face to many of them. Eyes, mouths, crowns of deposed monarchs. Burnished gullies, trees that survived by putting down roots in impossible places.

Hanging Rock, battered by the wind, was not a pleasant place to inhabit. But there were kangaroos and blue wrens

- small birds the size of sparrows, plump, fidgety, with a long tail that stood up in a manner somewhere between insulting and comic. The males were electric blue, while the females were brown and white.

C. jotted down the name of this species, and also that Peter Weir had shot *Picnic at Hanging Rock* there, the story of some innocent young girls on a school outing who became mysteriously lost among those rocks when one could still disappear in such places, and the narrow paths hadn't been sealed yet.

C. jotted all this down, but barely spoke about it to anyone.

When he got back home, he didn't talk about what his friend S. had told him, either. Up in the tropical north, there were hollowed-out baobab trees which the colonials had used as temporary lock-ups for Aboriginals. And that when he was there, Aboriginals represented 2.4% of the population and 20% of all prisoners. They continued to live isolated from society, had difficulty integrating, succumbed to alcoholism and violence, and were a bargaining chip used by politicians in their fight for power. S. also mentioned that, of the fifteen thousand indigenous people who inhabited Tasmania – named after the Dutch explorer, Abel Tasman – before white man's arrival, the last remaining full-blooded Tasmanian Aboriginal, a woman called Truganini, had died at the start of the 20th century. And the last three hundred who survived the killings and diseases were confined to Flinders Island, off the north-east coast.

In short, C.'s contact with the Aboriginal world was scant. In terms of Aboriginal art, he saw only a few rock engravings in the northern Sydney national park we've already mentioned. He found them child-like. Human, fish and animal silhouettes done in a single, simple white stroke.

The only Aboriginal he saw was in Sydney's The Rocks area where the first white colonists settled two hundred years ago. This man wore only a loin cloth, his dark skin was painted with white designs, and he moved to the sound of a didgeridoo playing on a cassette recorder. It was a performance by a "genuine" indigenous person for tourists such as C.

Back in Madrid, at a family gathering, C.'s sister M. commented that in a schoolbook from the 60s, Aboriginals were defined as a human subspecies, like the African pigmies. C. told her about his trip to Tanzania, and the sadness he felt when he saw what the Masai, that indomitable tribe of East African warriors, had become. Nowadays, they were characters who jumped for a few miserable dollars. The siblings spoke briefly about peoples and cultures that didn't adapt to invasion by

other more powerful ones, and how they languished until, their dignity gone, they disappeared. They spoke about the fact that it made no difference to a single one of these lost peoples if the invasive culture was more “advanced” or “progressive” or “human”; their tragedy was equally terrible. Their conversation ended when they were interrupted by the arrival of a cousin, and they probably felt relieved to abandon it and help themselves to more wine.

A year went by. The memories of Australia were starting to shred. Many of them lost their colour, clarity and meaning. And C. wasn't into returning again and again to that particular trip, which was already on the same dusty shelf as his other trips. But C. enjoyed talking about those things that you should have seen and which, for whatever reason – your fault or circumstances – you hadn't. For instance, he was in Chamonix for a week, and thanks to the fog and snow, he never managed to see Mont Blanc, the main attraction of that alpine visit. And that delighted him.

C. claimed he'd never seen the Southern Cross in Australia. It wasn't true, he saw it a couple of times. But just a year later, he believed that he hadn't. He also maintained that he hadn't seen a single Aboriginal. That was a relatively trivial lie: he remembered the street “performer”, but that was a crude and offensive imitation. It would have been much more real if he'd seen one passing by. Australia was starting to be a re-creation that was less and less associated with the actual reality of his experiences.

Another year went by. One night, C. was awoken by a nightmare. It had to do with the loss of someone dear to him. He vaguely recalled his son, hysterical, asking him for help. His grandfather, C.'s father, who had been dead for many years, kept him company, in silence. C. missed his father. His head was full of dark, confused images. He fell asleep again, and when he woke up the next morning, all that remained was a feeling of shapeless anxiety.

He'd forgotten the content of his nightmare.

A few days later, the writer fleetingly recalled having woken up, but nothing about the content of the nightmare itself. He wondered what was the origin of that blank dream – because he thought that was what it was, a completely vacant dream – but he didn't delve much further. He preferred to forget his dreams and rarely talked about them.

At that time, he was asked to write a story about his Australian visit and so he spent some time reading and watching doc-

umentaries about the Aboriginals and Tasmania. We won't talk about who Truganini was, nor about the wars with the settlers, nor about how the indigenous people were brutally eliminated from the island. Anyone can read about that online. What is of interest to us is how all that information influenced C.'s stories about his trip. Tasmania was no longer the Tasmania he had visited.

Something was missing from that section.

He spoke with his son about the Aboriginals several times, and together, they watched *The Men of the Fifth World*, a BBC documentary. It told him something beautiful: Aboriginals measured distances by singing as they walked. He played a game with his son where they measured their apartment by singing. They had a fantastic time, although the cupboard he later bought for his son's bedroom didn't fit.

He also found out about their belief in the intimate relationship between creation, spirituality, reality and dreaming. The Aboriginals weren't simply in the landscape, they created it. Without them, the world would not exist. That was another piece of the puzzle with which, years later, he invented a story about his relationship with Tasmania.

More than 10 years went by. The memories of his trip were to be found on dark, remote shelves in C.'s mind. Those that were more readily available tended to be feelings of pleasure or disgust, images, smells. They were no longer verbally organised into a speech. Recovering those talks and details from his memory would require an effort, and that was of no interest to C. He was not interested in being accurate as far as facts were concerned; rather, he wanted to give form to a story that needed to be told.

C. was fifty-five the first time he told that story. It was in 2026, during a dinner with friends. He began by saying that years ago, he had travelled to the island of Tasmania. What had most impressed him, he said, was that he didn't see a single Aboriginal. That was strange, because he'd spent a month there and visited various places.

Then, he went on, years later, something disturbing happened to him. Several nights in a row, he had woken up in the middle of the night after dreaming about nothing. He would wake up with a dreadful anxiety which prevented him from going back to sleep. To put it into words, he dreamt about a black hole, about a continent with no content, an empty box.

He was certain that he was dreaming about a place, and that this place had existed. He knew it, even if he couldn't explain it. Every night, when he went to bed, he was afraid to fall

asleep. He took sleeping pills, but they were useless. The black-hole nightmare returned.

One morning, out of the blue, he knew the location of his empty dream. He realised that he was dreaming about Tasmania. And there was nothing there, because the people who had recreated it every day with their dreaming and their songs, the Aboriginals, the ancient inhabitants, the creators, were no longer there. That was why there were no rivers, no forests, no beaches, no fields.

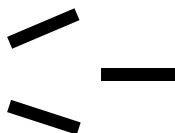
In his dream, he saw Tasmania with Aboriginal eyes.

It was a map that was blank since their departure.

As of that moment, whenever there was talk of Australia, C. told that story as if he were telling it to himself, or half-awake. His audience usually liked it. It was suggestive, interesting, even poetic. He told it several times over the years that followed until his death, making adjustments, polishing it. An oral story is always on the move. In his old age, he ended up believing his story unquestioningly.

He believed he had never seen an Aboriginal, he believed he had had that nightmare, and he believed he had realised that his dream represented Tasmania. The story about that transparent Tasmanian map ended up being the only memory his Australian trip left etched in him.

The only genuine footprint.



Nunc et Semper

**Víctor del Árbol
(2016)**

(en agradecimiento a César Espada)

Suena la música de ese lugar al que nunca iré porque nunca existió. Sonidos ya lejanos, ahora, en una calle de París. Y sin embargo quisiera estar de nuevo en el imposible, con los ojos cerrados y las rodillas y las manos hundidas en las playas del Índico, y el viento soplando, y más allá, en los límites de lo no vivido, de la Historia, el padre Rosendo y su piano, y junto a él el *didgeridoo*, invocando todos esos sonidos la presencia de ángeles blancos nacidos en la tierra roja.

La Australia que yo he pisado, casi de puntillas, no es aquella. Nunca más lo será, acaso nunca lo fue. No crucé las calles de Moore ni pisé los silencios dolorosos de las infancias perdidas allí, no atrapé los puñados de polvo que cierran el paso a la memoria y abren la puerta a los olvidos. Ni siquiera pude tocar los muros de la silenciosa isla de piedra de Nueva Nursia, donde Rosendo Salvado quiso empezar a cambiar el mundo para que nada cambiase. Pero mis pasos de escritor, menos ambiciosos que aquellas sandalias que hoyaron Australia Occidental en 1846, y menos trillados que las zapatillas rockeras del otro Rosendo madrileño, el inconformista con sentido, me llevaron a Tuy. Quería ver de cerca algo de lo que ya no existe, algo del hombre del que me hablaron a mi paso por Canberra, el idealista pragmático, el benedictino con aspecto de personaje salido de una novela de Jack London. Caminé por las calles gallegas buscando sus vestigios y encontré un pedazo de piedra con una palabras grabadas y una escultura que acaso no sea más cierta que todas las ensoñaciones. Porque los héroes sólo lo son cuando ya no son y yo busco al hombre. Me senté allí a fumar un cigarrillo y busqué en esos ojos de piedra alguna verdad, alguna imagen atrapada en las pupilas pétreas. Debí ser duro aquel viaje en 1845 desde Roma, recorrer los océanos que siempre me han asustado, armado con buena voluntad, acaso con mucho miedo, unas pocas biblias, algunos rosarios, azúcar,

aceite, sal. ¿Para qué todo esto? le pregunto a este australiano español y gallego. Y Rosendo calla, no me habla mientras yo enciendo otro pitillo y trato de imaginar aquella travesía de meses, aquella mañana de arriba a una tierra desconocida para tantos europeos. ¿Qué sentirías? ¿Goce o desamparo? Desamparo no, eso nunca. Más bien te imagino con el pecho oprimido por el anhelo, las costas de Perth, el Índico infinito y todo el mundo por delante, el deseo casi imposible de contener de un pura sangre que quiere lanzarse hacia adelante, alejarse de las costas y de los poblados de los colonos, adentrarse en pos de ese murmullo que ya intuías, la música fonética de los aborígenes, las pinturas de hace 40.000 años, sus siluetas moviéndose bajo el sol y siguiendo brújulas inexistentes para los europeos.

He buscado tu música, alegre a veces y otras con tonos de una melancolía que me pregunto si tiene algo de ti. Qué absurda pregunta; todo lo que hacemos, todo lo que creamos nace de nosotros ¿no es cierto? Me extraña que no te hayan hecho santo, cuando el mundo está tan necesitado de símbolos. Pero por lo que yo sé el único símbolo que tú elegiste fue el hospedaje, la granja, la escuela y el monasterio de Nueva Nursia con la pequeña comunidad de benedictinos que persiste en lo que tú soñaste. Trabajar codo a codo con la realidad debió volverte realista y sin embargo no perdiste la esperanza. Eso me asombra, me interpela, Rosendo. ¿Sabes? A menudo me pregunto qué sentido tiene esto que hacemos, componer música, escribir libros, pintar cuadros. Estuve en Canberra, y en Sídney y en Melbourne, tuve encuentros y entrevistas, dije muchas cosas y hablé todo el tiempo, pero a cada momento me asaltaba ese pensamiento. ¿*En qué hacemos cambiar las cosas?* Luego se me pasa, olvido esa carga de evidencia y sigo, sigo porque no sé hacer más que lo que hago, cazar utopías, inventar paraísos e infiernos, esperar y desear que todo esto no se lo lleve el viento.

Busco esos árboles australianos que trajiste en una bolsita de semillas y que quisiste plantar en tu tierra de origen para recordar la tierra de tu vida. Ambas juntas en las raíces y el tronco de un eucalipto. Bonita metáfora, propia de un poeta: la tierra australiana creciendo en la tierra gallega, la fusión de antípodas irreconciliables. Irreconciliables como ese dilema tuyo, el de tantos en tu tiempo. Cómo cambiar a los otros sin destruirlos. Cómo darles algo que ellos no te han pedido. “Cambiar a los aborígenes a pesar de ellos.” Ese era el lema que alentó la mayor tragedia de Australia, esa herida que no se cierra. Tengo ganas de preguntarle a esa escultura un poco olvidada porqué

querer ofrecer a los demás algo que ellos no necesitan. Acaso, en el fondo, solo buscabas lo que ellos podían ofrecerte a ti, un sentido a tu vida, una misión. La ciencia, el progreso, la fe... He visto las fotografías antiguas, esos peinados en los niños, esos vestidos en las mujeres, los instrumentos de música europeos, las aulas donde les enseñabas música, y álgebra, y lengua. Querías salvarlos del olvido, ellos que no tienen conciencia del paso del tiempo, los seres más ancestrales de la tierra. Quizá porque ya veías lo que se aproximaba, la tragedia repetida tantas y tantas veces de la destrucción del diferente.

Hace frío en Tuy a pesar del verano y de los turistas y todavía arrastro el resfriado que me he traído del invierno australiano. Cuando estuve en Melbourne asistí a un concierto de música clásica. Ahora pienso que quizá el otro Rosendo, el Mercado, tiene razón. En la música hay algo atemporal, algo que vibra a través del tiempo y del espacio, que atraviesa las épocas y los siglos. Tú llegaste a una tierra de promisión y yo vi rasca-cielos, parques domesticados, tranvías y ciudades cosmopolitas, memoriales guerreros, exposiciones de arte moderno en las que las pinturas aborígenes cuelgan en paredes de museos visitados por grupos de escolares. He oído decir que una mujer aborigen ya ha alcanzado el Parlamento. Supongo que habrás sonreído.

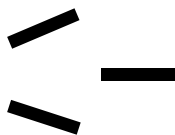
Me marcho de Tuy y es como si me marchase de Australia Occidental, esa tierra a la que mis padres estuvieron a punto de emigrar antes de que yo naciera. El barco de mi historia personal eligió otro puerto. Pero creo que ahora te entiendo mejor. La libertad de los hombres no es un regalo, no se consigue sólo con oraciones y buenos sentimientos. Hay que arremangarse, hay que cavar la tierra, y defender lo justo contra tu tiempo y la evidencia. Hay que dar lo mejor de uno mismo siempre, incluso a pesar de uno mismo y su escepticismo. Cada semilla es una posibilidad.

Algún día visitaré tu sueño. Dejaré las playas de Byron Bay, los festivales literarios, los encuentros profesionales. Quiero sentarme cerca del Índico, quiero escuchar el *didgeridoo* y una partitura que nazca de tu piano, de tus utopías de hombre moderno fuera de tu tiempo. Tal vez aprenda a ver que las cosas están cambiando en esta tierra lejana que hiciste tuya. Porque los hombres como tú no tienen principio ni fin. Están ahora y siempre en el espíritu del alma humana.

Ya casi hacia el final, te imagino a tus 86 años, en ese monasterio de Roma, escribiendo hasta el final tus memorias para seguir viviendo de algún modo en Australia, con los tuyos,

los que siempre sentiste más cercanos. Te veo mirando por la ventana de tu pequeña celda y me acuerdo de una puesta de sol en Bendigo. Llovía y la lluvia me hizo sentir lejos, muy lejos de casa.

Quiero creer que fuiste feliz cuando ya no eras cuerpo y tus restos regresaron en calma a Nueva Nursia. Como esos árboles que se mecen en Tuy, hijos también robados, mestizos que cuando sopla el viento mecen sus copas como si quisieran volver a casa, al otro lado del océano y de la Historia.



Nunc et Semper

**Víctor del Árbol
(2016)**

(with thanks to César Espada)

The music of that place I'll never go to -- because it never existed -- rings out. Distant sounds now, standing in a street in Paris. And yet I'd like to be in that impossible place again, my eyes closed, my hands and knees buried in the sands by the Indian Ocean, a breeze blowing; and further away, at the edges of the never experienced, of History, Father Rosendo and his piano, accompanied by a didgeridoo, invoking all the sounds of the presence of white angels born in the red soil.

The Australia I have trodden – almost on tiptoes – isn't that Australia. It never will be; perhaps it never was. I didn't cross the streets of Moore, north of Perth. I didn't tread on the painful silences of the childhoods lost there, nor did I trap the handfuls of dust which block memory and open doors to oblivion. I couldn't even touch the walls of that silent island of stone that is New Norcia, where Rosendo Salvado intended to change the world so that nothing would change. But my writer's footsteps, far less ambitious than those sandals which made an imprint on Western Australia in 1846 – and less well-known than the runners of that other Rosendo, the rock singer from Madrid, the non-conformist with meaning – took me to Galicia, to Tuy. I wanted to see something of what no longer exists, something of the man they told me about as I was passing through Canberra – that pragmatic Benedictine idealist with the air of a character from a book by Jack London. I walked along those Galician streets looking for traces of him and found a lump of stone with some words engraved on it and a sculpture which is perhaps no truer than all his dreams. For heroes only become heroes when they are no more, and I search for the man. I sat down in Tuy to smoke a cigarette and sought some truth in those stone eyes, some image trapped in their stony pupils. It must have been hard, that voyage from Rome in 1845, crossing oceans that have always frightened me, armed with good will, perhaps with con-

siderable fear, a few bibles, some rosaries, sugar, oil, salt. All this for what? I ask this Spanish-Galician Australian. And Rosendo remains silent, doesn't speak to me while I light another cigarette and try to imagine that months-long crossing, that morning arrival at a land unknown to so many Europeans. What might you have felt? Pleasure or abandonment? Not abandonment; never that. Rather, I picture you with your chest constricted by yearning, the coastline around Perth, the endless Indian Ocean and the entire world ahead of you, the desire - almost impossible to contain - of a purebred who wants to press forward, distance himself from the coast and the colonial settlements, head inland in pursuit of that murmur you already intuited, the phonetical music of the Aboriginal people, their 40,000-year-old paintings, their silhouettes moving under the sun and following compasses unknown to Europeans.

I've searched out your music, sometimes cheerful, at other times with melancholy undertones that make me wonder if they contain something of you. What a ridiculous question; everything we create is born of us, isn't it? I'm surprised they haven't made you a saint, when the world is in such need of symbols. But based on what I know, the only symbol you chose was the guest house, the farm, the school and the monastery in New Norcia with its small community of Benedictines which persists with your dream. Working side by side with reality must have turned you into a realist, and yet you never lost hope. That astonishes me, Rosendo, speaks to me. You know, I often ask myself what's the point in what we do - composing music, writing books, painting pictures. I was in Canberra, in Sydney and in Melbourne, at gatherings and interviews. I said many things and I spoke all the time, but I was constantly assaulted by this thought: *How do we make things change?* And then I get over it. I forget that weight of evidence, and I carry on. I carry on because I only know how to do what I am doing - chasing utopias, inventing paradises and hells, hoping and wishing that none of it is carried off by the wind.

I search for those Australian trees you brought with you in a little bag of seeds you wanted to plant in your homeland in order to remember the land of your life. Both were united in the roots and trunk of a eucalypt. A beautiful metaphor, worthy of a poet: the Australian land growing in Galician soil, the fusion of irreconcilable antipodes. Irreconcilable, just like your dilemma, the dilemma of so many in your time. How to change others without destroying them. How to give them something they haven't asked you for. "Change the Aboriginals despite them-

selves”, that was the catchphrase that encouraged Australia’s greatest tragedy, the wound that doesn’t heal. I feel like asking that somewhat forgotten sculpture, why the desire to offer others something they don’t need? Maybe at heart you were only searching for what they could offer you, a meaning to your life, a mission. Science, progress, faith... I’ve seen the old photographs, the children’s hairstyles, the women’s dresses, the European musical instruments, the rooms where you taught them music, and algebra, and language. You wanted to save them from oblivion, they who have no sense of passing time, the most ancient human beings on Earth. Perhaps because you could already see what was coming, that so-oft repeated tragedy of the destruction of the ‘other’.

It’s cold in Tui despite the summer and the tourists, and I’m still carrying the cold I brought with me from the Australian winter. When I was in Melbourne, I went to a classical concert. Now, I think that maybe the other Rosendo, El Mercado, is right. There’s something atemporal in music, something that pulsates across epochs and centuries. You reached a promised land, while I saw skyscrapers, domesticated parks, trams and cosmopolitan cities, war memorials, exhibitions of modern art where Aboriginal paintings hang on the walls of museums visited by school groups. I heard tell that an Aboriginal woman has been elected to Parliament. I assume you smiled.

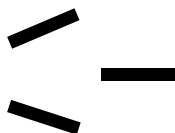
I leave Tui and it’s like leaving Western Australia, that land to which my parents were on the point of emigrating before I was born. The ship of my personal history chose a different port. But I think I understand you better now. Man’s freedom is not a gift, it isn’t achieved solely with prayers and good feelings. You have to roll up your sleeves, dig over the land, and defend what is just, even if it goes against the evidence and your moment in time. You must always give your best, despite yourself and your scepticism. Every seed is a possibility.

I’ll visit your dream someday. I’ll leave the beaches of Byron Bay, the literary festivals, the professional encounters. I want to sit near the Indian Ocean. I want to hear a didgeridoo and a musical score born of your piano, of your ‘modern-man-out-of-your-time’ utopias. Maybe I’ll learn to see that things are changing in that distant land you made your own. Because men like you have no beginning or end. They are now and forever contained within the spirit of the human soul.

And then I imagine you nearing the end, aged eighty-six, in that monastery in Rome writing your memoirs right to the last moment in order to somehow continue living in Australia with

your people, those you always felt to be closest to you. I see you looking out of the window of your small cell and I recall a sunset in Bendigo. It was raining, and the rain made me feel very far from home.

I want to believe that you were happy when you were no longer a body and your remains were returned on calm seas to New Norcia. Like those trees that sway in Tuy, stolen children too, *mestizos* who, when the wind blows, sway their crowns as if they wanted to return home, to the other side of the ocean and of History.



Pinot Noir

Luisa Etxenike (2011)

A Lilit Thwaites, José Luis Perales y Paula Ajuria

1.- Volar

En la ciudad en la que vive, que es atlántica, hay quien recomienda para los catarros invernales los baños en el mar: “o te mueres o te curas” dicen. No sabe si quienes esto aconsejan lo hacen por experiencia propia o por esa intrepidez que le entra a la gente cuando quien tiene que someterse a la prueba es otro. En cualquier caso, el/la protagonista de esta historia - le llamaremos a partir de ahora A. - lo ha recordado al embarcar en el aeropuerto de Bilbao para un viaje que va a durar hasta Sídney, con escalas en Fráncfort y Singapur, más de treinta horas. Y ha pensado que, para quien teme volar, un viaje a Australia es como un baño de agua fría para un cuerpo febril: o te mata o te cura de ese miedo para siempre.

Pero A. no teme volar, al contrario, andar por los aires, totalmente a la merced de otro – piloto humano o electrónico – siempre le resulta más que una actividad apetecible, un tratamiento saludable. Porque A. sufre de los pies demasiado asentados en el suelo y de las manos en exceso aferradas a los mandos de su vida. Así que Australia es, también en este sentido, un destino “de sueño”.

2.- Samarcanda

El hombre que viaja a su lado enciende a cada rato la pantalla frente a su asiento para comprobar la progresión del avión. Debe de tener prisa por llegar. A. no, por las razones ya apuntadas. Todos los viajes en avión que realiza, independientemente de cuál sea su destino final y el propósito que los provoca, representan en sí mismos unas verdaderas vacaciones. Cuanto más dure el viaje, entonces, mejor.

Pero el vecino vuelve a encender la pantallita y A. no puede evitar ver allí cómo el minúsculo avión que marca la ruta sobrevuela ahora Samarcanda. *Samarcanda, Samarcanda* repite A. en su cabeza para arrullarse – también le gustaría dormir un poco – con la resonancia de ese nombre que más que a una geografía real merece pertenecer a la de un cuento maravilloso.

Pero A. no va a dormir, la verdad es que se ha desvelado al imaginar, mientras se repetía “Samarcanda Samarcanda”, cómo suenan los nombres de las ciudades lejanas, extranjeras, en las mentes de los que allí se dirigen no a pasar unos días de encuentros y conferencias, como en su caso, sino a iniciar una nueva vida. Cómo sonarían, suenan, con qué mezcla de vértigo y esperanza, Munich, Sídney, París, Melbourne, en la cabeza de los emigrantes de entonces y de los de ahora. Qué sentido tienen todos esos nombres cuando son cuestión de vida o muerte.

Está claro que A. no va a dormir en todo el viaje y eso está bien. Esta historia necesita una nueva energía. Porque querer alejarse de una vida sabida y controlada es un impulso suficiente para hacerla despegar, pero resulta demasiado enclenque para sostener el relato de un viaje tan largo. Un cuento australiano necesita más motor: la turbina poderosa de una segunda motivación en el personaje; de un empuje capaz de construir un desenlace transformador y llevar a A. hasta él.

Y Samarcanda ha sembrado en su interior el germen de esa fuerza. Porque A., aunque aún no se lo enuncia de ese modo, ya está poniendo una nueva ambición – imprevista, incontrolada – en su viaje. Ya quiere ir a Australia a intentar un cambio de vida radical. Ir a Australia, aunque no se lo diga aún con estas palabras, a nacer.

3.- El cuerpo

Australia le pertenece al cuerpo piensa A. mientras se toma una cerveza (vino no ha querido pedir) en un bar de Kattumba – qué felicidad. Porque si pretendía perder el control, ya lo ha perdido. Ni manos aferradas a nada ni pies bien asentados en el suelo, sencillamente porque no los siente o los siente como desconectados del circuito habitual. También se lo habían advertido: “Cuatro días de jet lag no te los quita nadie”. Y aunque sabía que la gente suele regodearse en el pesimismo cuando se trata de las vidas ajenas, tomó la precaución de llegar una semana antes de que empezara su gira de conferencias.

Y aquí está en las Blue Mountains, disfrutando de la agonía de un jet lag de caballo (si al narrador se le permite la familiaridad), porque interpreta este no reconocerse el cuerpo como un buen augurio, un excelente aliado para sus planes de transformación.

Que Australia se siente en el cuerpo, que se lleva literalmente en la piel, A. lo comprobará también dentro de unos días, cuando llegue a Sídney y se ponga a contar el impresionante número de clínicas dermatológicas que se ven por la calle. El sol aquí no es ninguna broma, y esa seriedad también complacerá a A.; intuirá que esa alerta, esa conciencia del cuerpo, es una forma de faro que le conviene atender.

Pero de momento sigue en las Blue Mountains contemplando un paisaje imponente, sin frenos, y viendo en esa desmesura, que revela la pequeñez y la vulnerabilidad de su propia escala, como se ha dicho, un aliado.

4.- Contra el cliché

Todo va estupendamente. Ha conocido a unos jóvenes granjeros con los que ha tenido unas larguísimas conversaciones sobre ecología que han hecho que se sienta verdaderamente en las antípodas, en un estimulante mundo al revés. Porque estos jóvenes practican un ecologismo que podría llamarse exhaustivo (o borgianamente “unánime”), que orienta de un modo palpable, explícito, hasta los gestos más básicos de su vida cotidiana. A. no había visto jamás un ecologismo tan de “obra” (el de “palabra” le resulta mucho más familiar). Y sin embargo estos jóvenes son cazadores (al parecer los canguros están pasados de la raya natural). A. recoge, pues, de la primera parte de su viaje el reto de concebir juntas, bien acopladas, esas dos piezas – coherencia ecológica y caza – y su disposición a asumirlo.

Ya lleva mucho camino andado: la revolución del cuerpo y del cliché. Que ahora, que ya está en Sídney en su primera charla en la Universidad de Nueva Gales del Sur, le sirve para responderle a una alumna que le ha preguntado cómo representaría en su obra la transexualidad. Y A. les dice a estos jóvenes que la literatura debe ser como unas antípodas constantes, como una contestación permanente al cliché y al prejuicio. Y que los de género son, sin duda, los más duros de roer y claramente los más tóxicos. Que ha tratado de combatirlos en su obra, desde hace muchos años, de muchos modos; a través,

por ejemplo, de la técnica del género no revelado que impide a quien lee saber si el personaje es un hombre o una mujer y por lo tanto cargarle con el peso de una identidad decidida de antemano, prefabricada. Que intenta en cada libro presentar personajes libres, ágiles, abiertos a la transformación.

Parecería que todo va sobre ruedas, que A. ha alcanzado una textura porosa, antipódica, que le va a permitir avanzar a grandes zancadas hacia su conversión o renacimiento. Pero ni en la vida humana ni en la de los relatos las cosas son tan sencillas. Ni la existencia ni la intriga pueden prescindir de los obstáculos. Y el obstáculo aquí es el vino.

–¿Le sirvo una copa? –le pregunta el Director del Instituto Cervantes en una de las cenas.

– Sí, por favor –contesta A., sólo por cortesía.

Porque no puede con los vinos australianos. Y éste no le apetece. ¿Qué puede esperarse de unas botellas de tapón de rosca? ¿Qué, de estas etiquetas donde no aparecen precisiones de crianza, sólo el nombre de la uva, a palo seco, merlot, grenache, syrah?

–¿Otra copita?

–Bueno.

Pero sólo lo ha dicho por no hacerle al anfitrión un feo. Y se bebe el vino precipitadamente, con un descuido que es casi un desprecio. Y es que A. tiene un paladar altivo o, por decirlo de otro modo, sufre de una de esas suficiencias del gusto que son bastante habituales en quienes viven en un país donde “se come muy pero que muy bien”, y que les hace mirar a las gastronomías ajenas un poco o un mucho por encima del hombro.

El vino, como se descuide, va a ser la perdición de A., la esclusa que va a cerrarle la corriente hacia un final feliz. Parece un obstáculo menor, un impedimento superficial fácilmente salvable. Pero no hay que engañarse, este tema del vino tiene raíces profundas, es uno de esos asuntos culturales, aunque a lo mejor es más propio decir aquí dado que a las viñas les complace lo agreste, uno de esos enrocamientos culturales que no se resuelven sin una buena dosis de argumentación política. A. tendrá que hacerse con ella si quiere renacer.

Pero de momento lo que sucede es que llega al hotel con mal sabor de boca. Lo atribuye, naturalmente al vino, pero ya sabemos que es un sabor más antiguo; el gusto antipático, a rancio (a “ruin” hubiera dicho Aldecoa), del prejuicio.

5.- Fundido en público

A. ha dormido mal y no ha disfrutado del vuelo hasta Melbourne. Pero la ciudad – con su arquitectura grandiosa y discreta a un tiempo, como esas inteligencias que saben expresarse sin exhibirse – le está encantando y su humor mejora. Cuando llega al Museo Italiano para la conferencia de esa tarde, se siente ya en plena forma. Ha aceptado la invitación a visitar, antes de la charla, las distintas salas. Se trata, esencialmente, de un museo de la emigración; sus vitrinas acogen objetos y testimonios pertenecientes a la comunidad italiana. Piezas, en algunos casos muy íntimas y valiosas – un collar entregado por los padres antes de la partida; un anillo de bodas... – que esas personas han donado para que crezca y se embellezca el museo, y con él la historia común.

A. siente un estremecimiento, tiene lo que técnicamente llamamos (desde Joyce) una epifanía. Ve lo privado fundido en lo público; lo público sustentado, justificado, en lo más profundo de lo íntimo. Lo privado es político lo ha dicho muchas veces y se lo repite ahora mientras admira estas joyas, enseres, muebles, carteles, fotografías del Museo Italiano. Lo privado es político, lo cree, lo sabe; y que sus novelas exploran esencialmente eso: la dimensión política de la intimidad; lo privado saliendo a la calle, abriéndose paso en la calle, para convertirse en asunto de todos.

Y había preparado otro tema, pero al público de Melbourne prefiere hablarle ahora de la literatura como atención, como arte de la mirada comprometida, de la réplica contra la indiferencia. Arte de los ojos abiertos, que no se apartan, al contrario, de lo incómodo o lo perturbador. Que no se cierran tampoco ante lo nuevo.

La botella del vino de la cena tiene tapón, no de corcho sino de esos materiales sintéticos, pero algo es algo. En cualquier caso, aunque hubiera venido en tetrabrik A. lo habría bebido, y además – se lo ha prometido en el Museo Italiano – prestándole por lo menos atención; dándole, como si dijéramos, una oportunidad. Y así hace con este syrah que no está para morirse, es cierto, pero al que hay que reconocerle como mínimo el mérito (privado y narrativo) de estar enderezando los pasos de A., reorientándolos en el buen sentido. Porque lo está bebiendo despacio, sin indiferencia ni altivez, y le está entrando bien con la cena. Y eso es ya mucho cambio. *Lo estoy bebiendo a gusto* piensa de verdad, sinceramente, desde dentro.

6.- Pinot noir

Pero aún es pronto para certificar el nuevo nacimiento de A. Para renacer hay que morir antes, ya lo dijo (con palabras mucho más efervescentes) Oscar Wilde. A. necesita, pues, una escena de muerte y el relato tiene que preparársela. Y va a hacerlo con un crescendo de emociones hasta el clímax final.

Primero – ya ha llegado a Adelaida – la de meterse (sólo hasta la rodilla porque no olvidemos que estamos en invierno) en el Océano Índico.

Luego, antes de que empiece su conferencia en la Universidad de Flinders, la evocación del pueblo Kaurna. “Los habitantes originales de esta región –dice su anfitriona–, los recordamos al comienzo de cada uno de los actos que organizamos”. Y A., a quien ha emocionado esa memoria, hablará con emoción también de la literatura contra el olvido y contra el silencio y contra las páginas de Historia que se quieren pasar sin leer. De la literatura para no dejar de hacer ni de tener presente.

Y por último la del menú de la cena: filetes de canguro con salsa de membrillo y vino de Adelaida: un pinot noir de las colinas de Ashton. Lo mira, lo huele, se lo lleva a la boca.

–¿Había comido alguna vez canguro?

–No.

–¿Y qué le parece?

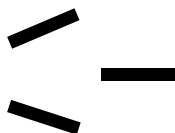
–Sorprendente. Muy rico.

–¿Y el vino?

–Delicioso. El mejor que he tomado en mucho, muchísimo tiempo.

Y no miente. Ni exagera. De un rojo profundo, carmesí. Intenso pero delicado en la nariz: aroma complejo a rosa, violetas, fresas dulces, especias anisadas. Amplio y bien estructurado en la boca; taninos muy maduros, suaves, envolventes. Una larga y auténtica maravilla.

Y A. sabe que lo ha conseguido, que ya lleva a Australia en su interior, definitivamente, para ser otro u otra.



Pinot Noir

Luisa Etxenike (2011)

To Lilit Thwaites, José Luis Perales and Paula Ajuria

1. Flying

In the city on the Atlantic where A. - the male or female protagonist of this tale - lives, there are people who recommend swimming in the sea to combat winter colds: "It will either kill you or cure you," they say. A. doesn't know if those who offer this advice do so based on personal experience or out of the daring that overtakes them when it is others who have to put themselves at risk. In any event, A. recalls this while boarding a flight at Bilbao airport to begin a trip to Sydney that will last more than thirty hours and includes stopovers in Frankfurt and Singapore. And it occurs to A. that for those who fear flying, such a trip to Australia is like a swim in cold water for a feverish body: it will either kill you or cure you of your fear forever.

But A. is not afraid of flying, quite the opposite. Flying through the sky while completely at the mercy of another – be that a human or electronic pilot – is always an appealing activity, healthy therapy. Because A. suffers from having feet too firmly planted on the ground, and hands which hold far too tightly onto the things that control one's life. So, even in this sense, Australia is a dream destiny.

2. Samarkand

The man sitting beside A. keeps turning on the screen in front of him to check the plane's progress. He must be keen to get there. A. isn't, for the reasons already noted. All A.'s plane trips, no matter their destination or motivation, are in themselves genuine holidays. The longer the journey the better.

But A.'s neighbour turns on the little screen again, and A. can't help noticing that the tiny plane which marks their route, is

now flying over Samarkand. *Samarkand, Samarkand*, A. repeats mentally in the hope that sleep will be induced by the resonance of that name – a short nap would be perfect – a name that belongs more to a marvellous story than to an actual geographical location.

But A. won't fall asleep. If truth be told, repeating "Samarkand, Samarkand", has kept A. awake imagining how the names of distant, foreign cities sound to the people who are heading to them not, as in A.'s case, to spend a few days giving lectures and meeting people, but rather to begin a new life. How would Munich, Sydney, Paris, Melbourne have sounded, how do they sound – with what mix of vertigo and hope – in the minds of emigrants back then and now? What meaning do those names contain when it's a matter of life and death? It's clear that A. isn't going to sleep during the entire trip, and that's fine.

This story needs new energy. Because wanting to distance yourself from a known and controlled life is enough stimulus to get it off the ground, but it's too weak to maintain the story of such a long trip. An Australian story needs a bigger engine: the powerful turbine of a second incentive; a thrust capable of building a transformative outcome and of carrying A. towards it.

And Samarkand has sown the seed of such a force within A. Because A., although not yet formulating it in this way, is already generating a new ambition for this trip – unforeseen, unrestrained. A. now wants to go to Australia in quest of a radical life change; to go to Australia to be reborn, even if those are not yet the words A. is using.

3. The body

Australia belongs to the body, thinks A. while drinking a beer – not wanting to order a wine in a bar in Katoomba – what joy. Because if the intention was to lose control, A. has already lost it. Hands not gripping anything, feet not firmly planted on the ground, simply because A. can't feel them, or feels they are disconnected from their habitual circuit. They'd warned A. about that too: "Four days of jetlag, no matter what." And although A. knows that people usually take delight in pessimism when it's a matter of other people's lives, A. took the precaution of arriving a week before the lecture tour was due to begin.

And so, here is A., in the Blue Mountains making the best of one hell of a dose of jet lag (if the narrator can be permitted such familiarity), because A. interprets this not-recognis-

ing-your-body as a good sign, an excellent ally in those transformation plans.

Upon reaching Sydney and starting to count the impressive number of dermatological clinics lining the streets, A. will also verify that you feel Australia in your body, that you literally carry it on your skin. The sun here is no joke, and such a level of seriousness will also please A., who will intuit that this warning, this awareness of body, is a type of beacon worth heeding.

But for now, A. remains in the Blue Mountains contemplating an overwhelmingly imposing landscape, and in that excess, which reveals the scale of A.'s own smallness and vulnerability, once again finds an ally.

4. Counter-cliché

Everything's going amazingly well. A. has got to know some young farmers and shared long conversations with them about the environment, conversations which have made A. feel well and truly in the Antipodes, in a stimulating upside-down world. For these young people practise what could be called exhaustive – or as Borges might put it, unanimous – environmentalism which guides even the most basic elements of their daily lives in a palpable, explicit way. A. had never come across such environmentalism “by deed”; “by word” was a much more familiar concept. And yet these young people are hunters (it seems the kangaroos have overstepped their natural limits). So, from the first part of the trip, A. picks up the challenge of understanding those two elements – coherent environmentalism and hunting – as a single, totally linked unit; and being willing to take it on.

A. has already come a long way: the body, and the cliché revolution. Which, in Sydney at last, at the first talk scheduled at the University of New South Wales, serves A. in good stead in giving an answer to a student who asks how transsexuality would be presented in A.'s work. And A. tells these young people that literature should be like a constant Antipodes, a permanent answer to clichés and prejudice. And that those pertaining to gender are undoubtedly the toughest nuts to crack, and clearly the most toxic. That A. has tried to combat them for many years now, and in many different ways. Through the technique of not revealing a character's gender, for example, thereby preventing the reader from knowing if the character is male or female, and in this way preventing the character from being

weighed down with a predetermined, prefabricated identity. In each book A. tries to present liberated, agile characters open to transformation.

Everything appears to be going smoothly, and A. seems to have attained a porous, Antipodean texture which will make it possible to take great strides towards a conversion or a renaissance. But things are never that simple, either in life or in short stories. Neither existence nor intrigue can dispense with obstacles. And in this instance, the obstacle is wine.

“May I offer you a glass of wine?” asks the Director of the Cervantes Institute during one of the dinners.

“Yes, please,” A. replies, out of courtesy.

For A. can't cope with Australian wines. And this one isn't appealing. What can you expect from bottles with screw tops? Or from these labels on which there are no details about the vintage, merely the name of the grape – merlot, grenache, shiraz.

“Another glass?”

“Fine.”

But A. has only said this so as not to slight the evening's host. And drinks the wine hurriedly, with a disregard that is almost a snub. The problem is that A. has a snobbish palate or, to put it another way, A. suffers from the sort of superior sense of taste quite commonly found in those people who live in a country where “one eats well, extremely well”, and which makes them look down a little – or a great deal – on other gastronomies.

Without due care, wine will be A.'s downfall, the flood-gate that will block the flow towards a happy ending. It appears to be a minor obstacle, a superficial impediment easily salvageable. But let's not deceive ourselves, wine is a topic with deep roots, it's one of those cultural matters – although it might be more appropriate, given that vines like less arable soil, to say it's one of those thorny cultural outcrops – that cannot be resolved without a good dose of political reasoning. A. will have to get a handle on this in order to be reborn.

What happens right now, however, is that A. arrives at the hotel with a bad taste in the mouth. A. attributes it to the wine, of course, but we already know that it is a much more ancient taste: the obnoxious taste, the rancid taste – or as the Spanish writer Ignacio Aldecoa would have put it, the contemptible taste – of prejudice.

5. Fused with the Public

A. slept badly and has not enjoyed the flight to Melbourne. But the city is appealing – with its grandiose yet discreet architecture, like those intelligent people who know how to express themselves without showing off – and A.'s mood improves. A. arrives at the Museo Italiano for that afternoon's talk feeling in top form. An invitation to visit the various exhibition spaces before the talk is accepted. The Museum is essentially about immigration; the display cases contain objects and testimonies belonging to the Italian community. In some instances, the pieces are valuable and personal – a necklace handed over by parents just before departure; a wedding ring... – and have been donated to embellish and expand the museum's collection, and with it, the history of ordinary people.

A. feels a shiver – experiences what (since Joyce) is technically referred to as an epiphany. Sees the private fused with the public; the public sustained, justified in the deepest part of the intimate. The private is political. A. has said this many times, and repeats it once more while admiring those jewels, basic belongings, furniture, posters and photographs in the Museo Italiano. The private is political: A. believes this, A. knows this. And also the fact that this is essentially what is explored in the novels A. writes: the political dimension of private life; the personal going out into the street, forging a path for itself out there in order to turn itself into everyone's business.

A. had prepared a different topic for the talk, but now prefers to speak to the Melbourne audience about literature as service, as the art of the compromised gaze, as the response to indifference, as the art of eyes-wide-open, eyes that don't look away from the uncomfortable or the disturbing, but rather, do the opposite, eyes that don't close when confronted by the new, either.

The bottle of wine at dinner has one of those synthetic stoppers rather than a cork, but that's better than a screw top. In any event, A. would have drunk it even if it had come in a carton and would at last have paid attention to it while drinking it, given it a chance, so to speak – thereby keeping a promise made in the Museo Italiano. And A. does exactly that with this shiraz, which certainly isn't to die for, but which at least deserves recognition (privately and fictionally) for directing A.'s steps, re-focusing them towards good sense. For A. is drinking the wine slowly, without indifference or arrogance, and it's going down well with the meal. And that's already a big change. *I'm enjoying the wine*, thinks A. seriously, honestly, from deep within.

6. Pinot Noir

But it's still too soon to be attesting to the rebirth of A. In order to be reborn, one must die first, as Oscar Wilde already said – and in much more effervescent words. So A. needs a death scene which must be prepared by the story. And this will be done with a crescendo of sensations leading to the final climax.

First – already in Adelaide – by entering the Southern Ocean, but only up to the knees, because we mustn't forget that it is winter.

Then – before A. begins the lecture at Flinders University – through the invocation of the Kurna people: “The original inhabitants of this region, whom we recall at the start of every event we organise,” A.'s host explains. A., moved by this memory, will also speak with emotion about literature against oblivion, against silence, and against the pages of History which are passed over without being read. Will speak of literature so that it will not cease to be created or to be present.

And finally, with the menu at the dinner: kangaroo fillets in a quince sauce and a wine from the Adelaide region – a pinot noir from the Ashton Hills. A. looks at it, smells it, tastes it.

“Have you ever eaten kangaroo?”

“No.”

“How do you find it?”

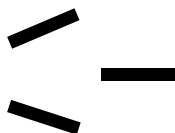
“Surprising. Very tasty.”

“And the wine?”

“Delightful. The best I've had for a very long time.”

And A. isn't lying. Or exaggerating. It is deep red, crimson. The nose is intense, but delicate; a complex aroma of roses, violets, sweet strawberries, anise-flavoured spices. Full-bodied and well-structured in the mouth; well-matured, smooth, with all-enveloping tannins. A lengthy finish. A genuine wonder.

And A. knows that it has been attained, that A. now permanently carries Australia deep within, and has become another.



En la barrera¹

Gabi Martínez
(2017)

Brisbane

Al menos treinta personas aguardan en pelotón a que el semáforo cambie para cruzar Elizabeth Street. Nadie se toca. Son las cinco y diez minutos, la jornada laboral acaba de terminar. La escena evoca a los *rushes* de Manhattan, pero la impresión engaña porque Brisbane focaliza las avalanchas solo en estos minutos y en los de la entrada al trabajo matinal. Además, todo ocurre en cuatro manzanas. El resto son grandes avenidas en las que se puede sentir la brisa cuando sopla, y calles o parques donde andarines solitarios ven lagartos como caniches o escuchan a cantautores o a grullas. En los ochenta había koalas, pero ya no. La ciudad se amplía, las grúas se multiplican y es complicado cruzar tres calles sin que una aparezca en obras. Brisbane es una de las cinco grandes ciudades de Australia, el país más urbanizado del mundo. Esto quiere decir que la mayoría de los australianos viven en estas cinco ciudades, ninguna de ellas muy alejada de la costa, y que el interior es un desierto cada vez más total, despoblándose por momentos sin tener en cuenta a Ibn Jaldún: «Los hombres decaen moral y físicamente a medida que gravitan hacia las ciudades».

Perth, Sídney, Melbourne, Adelaida y Brisbane se aíslan del continente tendiendo sus redes afuera, atentísimas a Londres y Nueva York, negociando a fondo con Asia, pero sin imitar sus costumbres, así que, a primera vista y al margen de animales y plantas, lo más llamativo de Brisbane para el ojo occidental es la fiebre por consumir *fresh* y la magnitud de los espacios.

El término *fresh* es una constante casi obsesiva que trasciende el etiquetaje de alimentos y se cuelga en los noticieros, los periódicos, las charlas. Más o menos en cualquier esquina se puede beber un zumo de naranja o de mango natural o comer un sándwich recién hecho, y se practica mucho deporte. Abundan los ciclistas con casco y los corredores, hay quienes

1 Fragmento de *En la barrera*. (Altaïr, 2012)

surcan el río Brisbane en piragua y niños que escalan paredes verticales junto al Kangaroo Point mientras sus madres toman té observándolos desde una sillita plegable, otro símbolo de esta vida al aire *fresh*... aunque a los australianos les basta un pedazo de hierba para montarse un *picnic*, al margen de si hay sillas o no.

La inclinación campista nacional ha animado al Gobierno a construir una red de barbacoas gratuitas que en los jardines de South Bank se reparten familias y grupos de amigos de raíces asiáticas, occidentales y aborígenes, cada uno en su parrilla, mezclándose poco pero compartiendo las vistas del *skyline* del Brisbane financiero al otro lado del río y la mirada acechante de los pájaros que carroñean. También en South Bank hay una larga y zigzagueante piscina diseñada como si fuera un río con rocas auténticas, rodeada de árboles, y donde como casi no cubre los padres juegan tranquilos con sus niños y los adolescentes coquetean a temperatura moderada.

El verano está por venir pero este principio de octubre ha batido el récord histórico de calor a estas alturas del año en Brisbane, que se plantea aumentar al nivel 6 la alarma por sequía. Menudo sol. Hay gorros de mil clases. Los de ala ancha al estilo vaquero anuncian, como los remolques, el mundo hacia el que voy. Los niños y los peones usan mucho saharianas. En el cuarto de baño de mi hotel hay un reloj de arena que mide cuatro minutos, tiempo a partir del cual el gasto de agua comienza a ser denunciado. También recomiendan usar varias veces las mismas toallas, no desperdiciar agua del retrete ni el lavamanos, y cosas por el estilo. Hace unos diez mil años que la Tierra no sufre una glaciación, y parece que continúa en el carril que la aleja de aquellos fríos.

Los periódicos incluyen la sección Cambio Climático, ofrecen la meteorología planetaria y se preocupan por el creciente flujo de asiáticos. Los columnistas hablan de «intrusos potenciales», de «proteger la costa», y el senador Bill Heffernan declara que «si quieres proteger tu soberanía, debes tener un plan: hay que ocupar el cabo York. Es más grande que Victoria, pero sólo unos miles lo habitan».

El Cabo York es la enorme península que marca el tope nordeste australiano y casi el fin de la Gran Barrera de Coral. Mi destino. Los escasos «miles» a los que alude el senador Heffernan son una mayoría aborigen que resiste en un entorno casi intocado sin entender todavía muy bien qué ha pasado desde 1770, cuando ese James Cook desembarcó, los blancos tomaron el mando y al cabo de dos siglos les vendían cerveza Fos-

ter's, boletos en los casinos, y colgaban letreros que prohibían entrar con sandalias en lugares públicos.

Caminar descalzo no es raro, sobre todo en las temporadas de mayor sofoco. Los aborígenes se descalzan más que nadie; varios de ellos están jugando al *rugby* así en los jardines de South Bank. Tienen los pies duros, llenos de grietas. Cuando se calzan, suelen preferir sandalias a cualquier deportiva o zapato, un hábito que se extiende entre blancos y asiáticos, que también caminan descalzos; y acabo de ver en la biblioteca a un chaval rubio con sus pies sucios rutilando contra los baldosines crema.

Sea bebiendo zumos de mango o prescindiendo de suelas, la gente tiende al contacto más natural posible, y el resultado son cuerpos grandes. Fuertes o gruesos, pero grandes, y en consonancia con las medidas de un entorno que exige poderosas tracciones. Los gemelos recorridos por venas protuberantes y los cuatro por cuatro con remolque resumen la exigencia de este territorio marcado por «la tiranía de la distancia», como los locales denominan al efecto físico y psicológico que les causan los interminables espacios que separan unos lugares de otros y aísla las ciudades del *outback*.

En una de esas vastedades desérticas se registró en 1993 un movimiento sísmico. No se ha identificado el origen, pero parece probable que se debiera a una explosión nuclear provocada por miembros del culto japonés del Día del Juicio Final Aum Shinrikyo, los mismos que atentaron en el metro de Tokio con gas sarín en 1995. Años más tarde se descubrió que Aum poseía una extensión de desierto de doscientas mil hectáreas muy cerca del lugar que disparó los sismógrafos.

Se sospecha que ensayaban la volatilización de la propia ciudad de Tokio antes de consumir su objetivo declarado de destruir el mundo.

La costa que acompaña en paralelo a la Gran Barrera de Coral también posee tramos, en especial al norte, de una desolación extrema.

—Amo el desierto, es mi auténtico país, el país Luritja. No quiero vivir en ningún otro lugar. Esta pintura refleja lo viejo y lo nuevo. Es el impacto del mundo en nosotros hoy —dice Lisa Wilyuka sobre su obra expuesta en la galería Titjikala: una serie de círculos interseccionados que transmiten una fuerte impresión mecánica, de engranajes en movimiento. El dibujo, como el fondo, sigue la técnica puntillista aborigen tan influida por las hormigas, muy presentes en las composiciones. Las hormigas meleras forman parte de su dieta.

Hoy se inaugura la exposición a la que el otro día me invitó Stephen Hogart, un artista hijo de inglés y aborigen que trabaja en este centro de arte aborigen contemporáneo. Sólo exponen pintoras, y todas las presentes son obesas vestidas con ropa holgada. Hablan poco o en luriñja mientras se reparten manoseadas porciones de *pizza*.

La pintora Regina Briscoe intenta darme conversación, pero se la ve insegura, fuera de lugar. Tartamudea y ni siquiera se calma al hablar de cómo sus abuelos la enseñaron a desenterrar *maku* de las raíces de los árboles.

— También pintamos sobre los viajes. Viajando ves cómo cambian los árboles, la tierra. Luego vuelves a casa y eres feliz.

— ¿Pintáis corales?

— No. Yo vengo del desierto. Pero habrá gente que sí... Se pinta lo que existe... en los Ensueños.

El puntillismo colorista en la obra de Regina Briscoe, como en la de sus compañeras, es pura abstracción. Algunos de sus cuadros cotizan a 12.000 dólares.

Para clausurar el acto, un hombre toca el *didgeridoo*, esa tuba horadada por termitas cuyo remoto bramido transporta a un tiempo de vikingos, al vagido de la galaxia, a la vida que transcurre bajo el agua.

El río Brisbane desciende oscuro, no sólo a causa de la noche. Lodos y sedimentos de zonas con el subsuelo enrarecido enturbiaron el cauce en los cincuenta, y tardará décadas en aclararse. Un City Cat perteneciente a la flota de lanzaderas que sirven como buses fluviales navega junto al yate donde invitados de etiqueta profieren alaridos granjeros. Berrean con un salvajismo guturalmente admirable. Algunos gritos quedan como titilando y otros aparecen con un rugido tan bestial que intimidan.

Las risas se suceden a lo largo de la orilla financiera. Una línea de pubs y restaurantes con terrazas o cristales diáfanos descubren a su clientela glamurosa... excepto a la hora de reír. Y eso la hace mejor, a la risa, o al menos dista de la impostura británica. Como si tuviera un cariz más auténtico, quizá más elemental y por eso más cercano a algún tipo de honradez.

— Cuando uno vive en el culo del mundo no tiene muchos motivos para fingir —dice un ejecutivo en un alarde de hipocresía.

Se respira un *glamour* que contrasta con el desaharramiento de la orilla de enfrente, donde aún pespuntean barba-coas entre tinieblas.

En la ribera luminosa, los hombres se remangan las camisas que empapan sus sobacos, alguno hasta se atreve a vestir americana, y menudea la gomina entre los que encaran a mujeres proclives al tacón alto y el traje ceñido de satén para planear escapadas al outback o al océano e intercambiar opiniones sobre trajes de neopreno o sobre si el Gobierno sacrificará a esos treinta mil caballos irlandeses que están contagiando la gripe equina a la cabaña nacional. Alguien cuenta la historia de un alemán eremita que vivió solo en Australia durante diecisiete años.

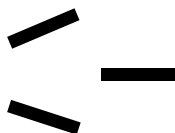
Ciudad adentro, en un *pub* a la intemperie asisto a un concierto *country*. Los músicos se han traído a un grupo de colegas que les jalean borrachos bailando los temas como si se tratara de ska. La mayor parte de los bebedores conversan echando vistazos a la retransmisión de *rugby aussie* en la pantalla gigante y al trasero de las chicas, que también beben.

— Te puedo asegurar que cuando vuelva a casa no me llevaré ningún hábito australiano — asegura César, que celebra con su novia Angélica y con Inirida que esta vuelve a Colombia después de un año —. Bueno... quizás ahora me guste algo más el *rugby*...

— ¿Tan poco te ha dado el país?

— Australia es un pueblo enorme y aburrido. Sídney, bonita para las vacaciones. Melbourne, fría, grande y desordenada. Brisbane, un lugar con dinero y gente amistosa. Ya está.

En la ciudad menudean los colombianos, que suelen venir a estudiar inglés aprovechando la asequibilidad del dólar austral. Algunos, como Sandra, han buscado trabajo. La conocí hace unos días comiendo un sándwich en la hierba frente al General Post Office de Queen Street, antes de que se fuera a limpiar piscinas. Sandra comparte la visión de César, pero sobre todo le perturba «el conformismo del australiano medio, que se queda trabajando en la construcción sin aspirar a más. En los países subdesarrollados, la gente estudia para crecer. Aquí parece que eso da igual».



On the Edge¹

Gabi Martínez
(2017)

Brisbane

At least thirty people are waiting in a bunch for the traffic lights to change so they can cross Elizabeth Street. There's no physical contact between any of them. It's 5.10 pm; the work-day has just finished. The scene evokes Manhattan rush hours, but appearances are deceptive because the human avalanches in Brisbane are concentrated solely into a few minutes at the beginning and end of the working day. What's more, it all takes place within four blocks. The rest of the city consists of broad avenues, where you can feel the breeze when it's blowing, and streets and parks where solitary walkers can see lizards rather than poodles, or listen to singer-songwriters or the whooping of cranes. There used to be koalas in the 80s but not anymore. The city is spreading, construction cranes are multiplying, and it's rare to cross three streets without encountering roadworks in at least one of them.

Brisbane is one of Australia's five big cities. It's the most urbanised country in the world. This means that most Australians live in these five cities, none of them too far from the coast, and that the interior is becoming an ever-expanding desert and losing its population by the minute, with not a thought for the words of Ibn Khaldun: "Humans decay morally and physically when they gravitate towards cities."

Perth, Sydney, Melbourne, Adelaide and Brisbane cut themselves off from the rest of the continent by spreading their networks overseas, paying close attention to London and New York, negotiating fully with Asia, but without imitating their customs, so that at first sight, and apart from plants and animals, the most striking thing about Brisbane to the Western eye is the frenzy to consume anything *fresh* and the scale of the spaces.

The term *fresh* is an almost obsessive constant which transcends the labelling of food and sneaks into the news, the

1 Extract from *On the edge*. (Altaïr, 2012)

newspaper and conversations. You can drink *fresh* orange or mango juice and eat a *freshly*-made sandwich on just about any street corner. Australians also play lots of outdoor sport. Joggers abound, along with cyclists wearing helmets. There are people canoeing on the Brisbane River and children scaling vertical walls next to Kangaroo Point while their mothers drink tea and watch them from little folding chairs – another symbol of life in the *fresh* air...although Australians seem to need nothing more than a piece of grass to organise a picnic, chairs or no chairs.

The national penchant for the outdoors has encouraged the government to construct a network of free BBQs along the South Bank Parklands, which are used by families and groups of Asian, Western and Aboriginal friends. Each group is gathered around a BBQ, not mixing much but sharing views of the Brisbane financial skyline on the other side of the river, under the menacing gaze of birds on the lookout for carrion. There's also a long, wavy swimming pool at South Bank which has been designed to look like a river with genuine rocks in it. It's surrounded by trees, and since it's not very deep and the water is of a moderate temperature, parents happily play in it with their children, and adolescents flirt.

Summer is in the offing, but the start of October has broken all records for heat in Brisbane at this time of the year, and the city is contemplating raising the water restrictions level to 6. Strong sun. Thousands of different hat styles. The ones with broad brims like cowboy hats herald the world for which I'm headed, as do the tow bars. Children and labourers wear legionnaires' hats a lot, with a flap at the back. There's a timer in my hotel bathroom which measures out four minutes; using water for longer than that is deemed indictable. They also recommend using the same towels several times, not over-flushing the toilet or using too much water in the sink, and other such water-saving measures. Earth hasn't had an Ice Age for some ten thousand years and it would appear that it is continuing along a trajectory that takes it away from such cold conditions.

Newspapers include a Climate Change section, provide world weather, and worry about the growing influx of Asians. Columnists talk of "potential intruders", of "protecting our borders", and Queensland Senator Bill Heffernan declares that "if you want to protect your sovereignty, you must have a plan: Cape York needs to be occupied. It's bigger than Victoria, but only has a couple of thousand inhabitants".

Cape York is an enormous peninsula which forms the north-east end of Australia and virtually the end of the Great

Barrier Reef. The “couple of thousand” to whom Senator Hefferman is referring are primarily Aboriginals who survive in almost untouched surroundings without understanding fully what has happened since 1770 when James Cook disembarked. White Man took charge and after two centuries is selling them Foster’s beer and entry to casinos, while posting signs that ban the wearing of sandals in certain public places.

Walking barefoot is common, especially when it’s suffocatingly hot. The Aboriginals go barefoot more than anyone else; several of them are playing rugby in the South Bank Parklands. Their feet are hard and cracked. When they do put something on their feet, they prefer sandals over any sports or ordinary shoes, a habit which has spread to the Whites and Asians, who also walk about barefoot. And I’ve just seen a young kid in the library, his dirty feet a stark contrast to the cream tiles.

Whether it’s mango juice or going without shoes, people gravitate towards what is most natural, and the result is big bodies. Strong or stout, but big, and in keeping with the dimensions of an environment that demands powerful traction. Calf muscles covered with bulging veins and four-wheel drives with tow bars encapsulate the demands of this territory marked by “the tyranny of distance”, a phrase used by the locals to refer to the physical and psychological impact of the interminable spaces which separate one place from the next and isolate Outback towns.

A seismic movement was registered in one of those vast desert expanses, Banjawarn, in 1993. The cause hasn’t been identified, but one explanation is that it was due to the test explosion of a nuclear device by members of the Japanese doomsday cult Aum Shinrikyo, the same group who attacked the Tokyo subway using sarin nerve gas in 1995. Years later, it was discovered that Aum owned about 81,000 hectares of desert very close to the location which registered on the seismographs. There’s a suspicion they were rehearsing for the vaporisation of the city of Tokyo before carrying out their declared objective of the destruction of the world.

The coast which runs parallel to the Great Barrier Reef also has sections of extreme desolation, especially up north.

“I love the desert, it’s my country, Luritja country. I don’t want to live anywhere else. This picture reflects the old and the new. It’s the impact of the world on us today,” Lisa Wilyuka says of her artwork being exhibited in the Titjikala Gallery. It’s a series of intersecting circles which convey a strong mechanical impression of gears in motion. The picture, and its background,

use the aboriginal dot painting technique so influenced by ants, often present in their compositions. Honey ants are part of their diet.

Today is the opening of an exhibition to which I was invited the other day by Stephen Hogart, the artist son of an Englishman and an Aboriginal, who works in this centre for contemporary indigenous art. The gallery exhibits work by women artists. All the artists present are overweight and dressed in loose-fitting clothes. What little they say, they say mainly in Luritja as they share well-handled slices of pizza.

The artist Regina Briscoe tries to talk with me, but you can see she's insecure, out of her element. She stammers, and doesn't calm down even when she talks about how her grandparents taught her to extract the large caterpillars known as *maku* or witchetty grubs from the roots of trees.

"We also paint about journeys. You see how the trees, the land, change as you travel. Then you come back home and you're happy."

"Do you draw coral?"

"No. I'm from the desert. But there will be people who do... you paint what exists... in Dreamtime."

The colourful dot points in Regina Briscoe's work, like that of her fellow-artists, are pure abstraction. Some of her paintings are valued at \$12,000.

To bring the opening to its close a man plays the didgeridoo, a natural wooden instrument, a drone pipe made from a hardwood branch hollowed out by termites. Its remote vibration takes you back to Viking times, to the birth of a galaxy, to the life that goes by underwater.

The Brisbane River runs dark, and not just because it's night. Sludge and sediment from zones with a saturated substratum clouded the riverbed in the 50s and it will take decades to clear. A City Cat belonging to the fleet of shuttles which serve as river buses, sails close to a yacht on which black-tie guests utter farmyard yells. They bellow with a gutturally admirable savagery. Some of their yells seem to hover, while others emerge like howls so bestial they intimidate.

Laughter rings out along the length of the financial district river shore. A row of pubs and restaurants with terraces and diaphanous window panes reveal their clientele... glamorous, except when they burst into laughter. And that improves the mirth, or at least distances it from British artificiality. As if it were more authentic, or maybe more basic, and therefore, closer to some sort of integrity.

“When you live at the arse end of the world, there’s not much point in pretending,” says an executive in a display of hypocrisy.

There’s an air of “glamour” that contrasts with the shabbiness of the opposite river bank, where the BBQs still sizzle in the dark.

On the dazzling, illuminated bank, the men roll up shirt sleeves stained with sweat under the armpits. The odd one is brave enough to wear a sports coat. Hair gel is frequent among those who confront the women, who are given to high heels and tight-fitting satin dresses. They plan short trips to the Outback or the ocean, and exchange views about neoprene, or the likelihood of the Government sacrificing the thirty thousand Irish horses infecting the national livestock with equine flu. Someone tells a story about a German hermit who lived in isolation in Australia for sixteen years.

Downtown, in the courtyard of a pub, I listen to a concert of country music. The musicians have brought along a group of friends who spur them on drunkenly, dancing to the numbers as if they were listening to ska. Most of the men who are drinking talk with one eye on the broadcast of a rugby game on the giant screen, and the other on the backsides of the girls who are also drinking.

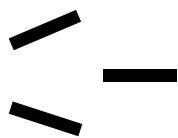
“I can guarantee you that when I go back home, I won’t be taking any Australian habits back with me,” César assures me. He’s out celebrating with his girlfriend Angélica and with Inirida, who’s about to return to Colombia after a year away.

“Well... maybe I like rugby a bit more now.”

“This country has given you so little?”

“Australia is an enormous and boring nation: Sydney, a nice place for a holiday; Melbourne, cold, big and unorganised; Brisbane, a place with money and friendly people. That’s it.”

Colombians abound in this city. They usually come to study English, taking advantage of the affordability of the Australian dollar. Some, like Sandra, have also found work. I met her a few days ago eating a sandwich on the grass in front of the General Post Office in Queen Street before she headed off to clean swimming pools. Sandra shares César’s take on things, but she’s most disturbed by “the conformism of the average Australian, who carries on working in the construction business without aspiring to anything more. In underdeveloped countries, people study in order to improve themselves. Here, it seems that doesn’t really matter”.



Hogar, dulce antípoda

Andrés Neuman
(2013)

1. Antes de viajar a Australia, las referencias más nítidas que tenía sobre el país eran Helen Garner, una de mis narradoras preferidas, y una película de Hitchcock hoy relativamente olvidada, *Under Capricorn*, pese al étlico protagonismo de Ingrid Bergman. Su argumento gira en torno a los orígenes de la nación australiana, en buena parte fundada (un poco al modo de otro confín del mundo: Ushuaia) con los emprendimientos de ex presidiarios y aventureros de oscura reputación. Al toparme con el urbanismo feroz de la capital, que no da la impresión de preocuparse por las costas ni por las proporciones, recordé de inmediato la película de Hitchcock. En el paisaje de contradicciones australianas, los árboles pueden ser más altos que los rascacielos. Su exagerada naturaleza parece siempre en tensión con respecto a las estructuras urbanas que la circundan. Como si los paradigmas de la civilización y la barbarie fueran aquí más vecinos. A decir verdad, en Australia todo es feroz al mismo tiempo. La fauna. La historia. Las distancias. La libertad individual. La inmigración. Y las políticas que la reprimen. La materia babélica de Australia apenas encuentra parangón en cierta época de Estados Unidos, Argentina o Panamá. Con la diferencia de que aquí las olas migratorias (con particular énfasis durante la fiebre del oro y las posguerras mundiales) llevan durando más de dos siglos. Todo comenzó un año antes de la Revolución Francesa, con un transporte de convictos británicos. Cuatro décadas más tarde arribarían los primeros colonos escoceses. Ambos datos resultan lógicos: el canon *aussie* es una suma de periferias anglosajonas. Por eso tampoco es extraño que un escritor como Coetzee haya terminado radicándose en Adelaide, al sur de Australia.

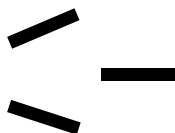
2. El Immigration Museum de Melbourne es el centro de preservación de la memoria. Y un monumento a la paradoja identitaria: transmite una convincente propaganda nacionalista,

basada en el orgullo de ser un país de acogida. El vídeo introductorio parece encaminado a presentar al resto del mundo como un lugar inseguro, lleno de hambre y dictaduras (lo cual no está tan lejos de ser cierto) por oposición a la estabilidad, libertad y prosperidad de Australia. La educación sentimental del país parece apoyarse en un principio de compensación similar al del museo: si para la mayoría del planeta esta es una tierra remota, ha de tratarse de una tierra prometida. En la década y media posterior a la Segunda Guerra, un millón y medio de inmigrantes llegó a Australia. En la actualidad, seis millones de australianos han nacido fuera del país: más de un cuarto de la población total. Pero no hace falta consultar las estadísticas para comprobarlo. Basta con subirse al tranvía de Melbourne. Sus transportes públicos son un espectáculo de mestizaje, con ostensible acento asiático. Se trata, en síntesis, de un país cuya auténtica identidad es la extranjería. Además de multitudinarias bienvenidas, la historia australiana registra masacres y expulsiones de gran calibre, desde las tribus aborígenes hasta los inmigrantes chinos, pasando por la población negra. El discurso oficial en este sentido es una mezcla de autocrítica nacional y corrección política, un tanto a la alemana. El aniversario del asentamiento británico se conmemora, de hecho, como día nacional del duelo aborígen.

3. Los vaivenes en las leyes de inmigración atraviesan la historia del Estado australiano. Tras la crisis económica de 1901, por ejemplo, la corona británica y la Commonwealth decretaron prohibir la entrada a toda persona que se hallase en alguno de estos casos: a) incapacidad para escribir en una lengua europea; b) carencia de recursos para sustentarse; c) retraso mental o locura; d) enfermedad; e) antecedentes penales; f) prostitución; y por si acaso, para bloquear la competencia, g) cierto tipo de obreros. Quizá lo más fascinante del mencionado museo sea un juego interactivo donde el visitante se convierte en entrevistador de aspirantes a ingresar en Australia, debiendo aplicar las normas vigentes en distintas épocas. De este modo se ve obligado a escuchar al inmigrante pero también, más incómodamente, a ponerse en el lugar del funcionario estatal. Estos precedentes adquieren relevancia a la luz (o a la sombra) de los últimos acontecimientos políticos. En la campaña electoral de hace unos meses, los dos principales candidatos manifestaron su rechazo a seguir dando asilo a los refugiados, así como su propósito de endurecer las leyes de inmigración. Esta significativa coincidencia entre laboristas y conservadores indica que buena parte

del electorado, descendiente de extranjeros, estaba deseando escuchar una promesa tan patrióticamente antipatriótica. Agudizando las políticas draconianas de su antecesor laborista, el flamante presidente conservador Tony Abbott presume de haber frenado la llegada de embarcaciones y de haber triunfado en lo que él denomina, como si de una superproducción se tratase, *Operación Fronteras Soberanas*. Su ministro de Inmigración se sumó al festejo anunciando que acaban de alcanzar el período más largo del último quinquenio sin intrusos en sus costas. Los métodos para lograrlo han rozado la hostilidad con los vecinos: barcos interceptados por las fuerzas navales, medidas secretas que vulneran los mandatos de la ONU, comunicaciones intervenidas a políticos indonesios. Indonesia, país en teoría preferente para la diplomacia australiana, reaccionó desplegando su flota defensiva y activando sus radares militares. No será Yakarta donde Abbott pase sus próximas vacaciones.

4. Al aterrizar en el aeropuerto de Sydney, me recibe un conductor cuya extraña manera de entonar el castellano me resulta familiar. Poco después descubro una banderita argentina entre los bártulos del coche. El conductor se llama Sergio y nació en el barrio de Lanús, exactamente como mi madre. Lleva media vida casado con una australiana. Es mi primera vez en Sydney, pero me paso el viaje hablando sobre nuestras familias bonaerenses. Al día siguiente, durante una excursión por la zona residencial de Manly, al noreste de la ciudad, diviso bastantes carteles con la cara de Abbott en las entradas de las viviendas. Generalmente, junto a algún descapotable. Durante todo el viaje tomo notas en las libretas que me han entregado en el Melbourne Writers' Festival. Cada libreta lleva una cita en la tapa. Me han tocado Oscar Wilde: «La verdad rara vez es pura, y jamás simple» (como la identidad); Emily Brontë: «La naturaleza y los libros pertenecen a los ojos que los miran» (algo parecido podría decirse de los países); y Virginia Woolf: «Durante la mayor parte de la historia, Anónimo fue una mujer» (o un inmigrante ilegal). Al concluir mi visita, el balance del paisaje es el siguiente: ningún canguro y muchos extranjeros. En el camino de vuelta al aeropuerto, tengo ocasión de conversar otro rato con Sergio. «Algún día», me confiesa de pronto, «me gustaría escribir una novela. De esas en que yo vuelvo al pasado y trato de evitar una catástrofe, pero nadie me cree». Al detener el coche, rechaza la propina.



Home, Sweet Antipodean Home

**Andrés Neuman
(2013)**

1. Before I travelled to Australia, the clearest accounts I had of the country came from Helen Garner, one of my favourite storytellers, and *Under Capricorn*, a film by Alfred Hitchcock now relatively forgotten despite Ingrid Bergman's inebriated starring role. The plot revolves around the origins of the Australian nation, founded in good part — somewhat like Ushuaia in Tierra del Fuego, another place at the edge of the world — through the enterprise of former convicts and adventurers of dubious reputation. When I came across the ferocious urbanism of NSW's capital, Sydney, which doesn't give the impression that it cares about the harmony between nature and buildings along its coastline, I immediately remembered Hitchcock's film. In Australia's landscape of contradictions, trees can appear taller than skyscrapers. There always seems to be a tension between Australia's extravagant wilderness and the urban structures that encircle it. It's as if here, the paradigms of civilisation and barbarism are neighbours. If truth be told, in Australia everything is concurrently ferocious: fauna; history; distances; individual liberty; immigration — and the policies that suppress it. Australia's Babelic make-up is only barely comparable with certain epochs of the United States, Argentina or Panama, the difference being that in Australia, the migratory waves — notably during the Gold Rush and after the two world wars — have lasted for more than two centuries. It all began a year before the French Revolution with the transportation of British convicts. The first Scottish settlers would arrive four decades later. Both details are notable: the Aussie model is a combination of Anglo-Saxon fringes. That's why it is not unusual for a writer like J.M. Coetzee to have ended up settling in Adelaide, in Australia's south.

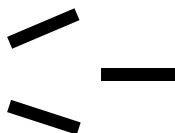
2. Melbourne's Immigration Museum is the centre for the preservation of memory. And a monument to the identity paradox — it conveys convincing nationalistic propaganda based on pride in being a host country. The introductory video seems

headed for a presentation of the rest of the world as an insecure place, full of hunger and dictatorships – which isn't so far from the truth – as opposed to the stability, freedom and prosperity of Australia. The country's emotional education seems to rest on a principle of compensation similar to that of the museum: if, for most people, this is a remote land, it has to be a promised land. In the fifteen years following World War Two, one and a half million immigrants arrived in Australia. Right now, six million Australians were born outside the country, more than a quarter of the total population. But you don't have to consult statistics to verify this. It's enough to board a tram in Melbourne. Melbourne's public transport is a showcase of miscegenation, with an obvious Asian emphasis. In short, we're dealing with a country whose authentic identity is foreignness. Aside from these mass welcomes, Australia's history also records large-scale massacres and expulsions of groups, from Aboriginal tribes to Chinese immigrants and Pacific Islanders. The official line on this is a mix of national self-criticism and political correctness, somewhat in the German style. Australia Day, the anniversary of British settlement, is in fact celebrated by some as a national day of Aboriginal mourning.

3. The fluctuations in immigration laws cut across the history of the Australian nation. After the economic crisis of 1901, for example, the British Crown and the Commonwealth Government decreed that entry be prohibited to a person who fitted into any of the following categories: a) an inability to write a European language; b) a lack of resources to support themselves; c) mental retardation or madness; d) illness; e) a criminal record; f) prostitution; and just in case, in order to block competition, g) certain categories of labourers. Perhaps the most fascinating part of the Immigration Museum is an interactive game where the visitor becomes an interviewer of candidates for entry into Australia, with the obligation to apply the entry norms from different eras. Thus, visitors find themselves obliged to listen to prospective immigrants, but also, much more uncomfortably, to put themselves in the place of the government functionary. Such precedents acquire relevance in the shadow of recent political events. A few months ago, during an election campaign, the leaders of the two main parties made clear that they would no longer grant asylum to refugees and proposed to toughen immigration laws. This significant agreement between the Labor and Liberal Party leaders indicates that a good proportion of the electorate, descendants of foreigners, wanted to

hear such an unpatriotically patriotic promise. In tightening the draconian measures of his Labor predecessor, the brand-new, conservative Prime Minister Tony Abbott bragged about having stopped illegal boat arrivals, succeeding in what he referred to – as if we were dealing with a Hollywood blockbuster – *Operation Sovereign Borders*. His Minister of Immigration joined in, announcing that in the past five years Australia had achieved its longest period without any coastal intruders. The methods used to accomplish this were virtually hostile acts against Australia's neighbours: boats intercepted by naval forces, secret measures which violate UN mandates, intercepted communications between Indonesian politicians. Indonesia, in theory a preferred nation in Australian diplomatic circles, reacted by deploying its fleet and activating its military radars. Abbott won't be spending his next holiday in Jakarta.

4. On arrival at Sydney airport, I'm greeted by a driver whose strange intonations of Spanish are familiar to me. A short time later, I spot a small Argentinian flag among the objects in his car. His name is Sergio and he was born in the Buenos Aires suburb of Lanús, just like my mother. He's been married to an Australian half his life. It's my first time in Sydney, but I spend the whole trip talking about our families in Argentina. The following day, during a jaunt through the residential part of Manly, north-east of the city, I spy quite a few posters with Tony Abbott's face on them at the entrances to residences. Often, they are next to a convertible. Throughout my entire trip, I jot down observations in the notebooks given to me at the Melbourne Writers' Festival. Each notebook has a quotation on the front cover. I've got Oscar Wilde: "Truth is rarely pure, and never simple" (like identity); Emily Brontë: "Nature and books belong to those who look at them" (you could say something similar about nations); and Virginia Woolf: "For the greater part of history, Anonymous was a woman" (or an illegal immigrant). On reaching the end of my visit, my balance sheet of the landscape is the following: no kangaroos and lots of foreigners. During my return trip to the airport, I have a chance to chat again with Sergio. "Someday," he suddenly confesses to me, "I'd like to write a novel. One of those where I go back into the past and try to prevent a catastrophe, but nobody believes me." When he stops the car, he refuses my tip.



Leipoa Ocellata

José Ovejero
(2009)

— ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

El policía se quitó la gorra y la dejó sobre el escritorio, junto a una reproducción en plástico de la torre Eiffel. Se sentó en un borde de la mesa y cruzó una pierna por encima de la otra, apoyando un tobillo sobre la rodilla opuesta. El tacón y la suela del zapato que quedó en alto estaban muy desgastados, sobre todo en la parte exterior, como si el hombre caminara habitualmente con las piernas arqueadas. La chica no levantó la cabeza. Estaba sentada en medio de una fila de cinco asientos pegados a la pared, como las de las salas de espera de algunos hospitales, que no encajaban con ese despacho de muebles oscuros y paredes tapizadas de color melocotón. Un flequillo cortado al bies le tapaba buena parte de la cara.

— De un chico..., de un chico puede esperarse una idiotez así, pero de una chica...

— ¿Eso es una chica?

El hombre vestido de civil, con vaqueros y una camiseta blanca dada de sí por el cuello, sacudió la cabeza. Estaba de pie junto a la puerta, y se volvía con frecuencia hacia ella como si esperase la llegada de alguien.

— No es una chica, Phil. Échale un buen vistazo y dime si te parece que de ahí va a salir alguna vez una mujer.

El policía la miró largo rato como si de verdad estuviese intentando evaluar su feminidad.

— ¿Nos vas a decir por qué lo hiciste?

Ella levantó la cabeza un segundo y la volvió a bajar. Tenía los ojos tan claros que hacían pensar en alguna enfermedad de la córnea.

— ¿Era una apuesta? ¿Te obligó alguien?

— Phil, por Dios.

— ¿Qué?

— ¿Quién va a obligarla a arrancarle las plumas del culo a una gallina?

— No era una gallina.

La chica esta vez sí había levantado la cabeza para hablar. Cuando terminó su respuesta dejó la boca abierta como para decir algo más, pero no lo hizo.

—Un faisán, una codorniz. No lo sé, no entiendo de pájaros —dijo el hombre de civil. —Pero le arrancaste las plumas del culo de un tirón. ¿No pensaste en lo que le dolería, aunque fuese una puta gallina?

—No era una gallina, te lo ha dicho la chica.

La puerta se abrió y un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje gris y con una corbata negra muy estrecha se quedó en el umbral, una mano en el pomo, la otra en el marco.

—La denuncia es firme, dijo. ¿Ha hablado alguien con sus padres?

—No hemos conseguido localizarlos —dijo Phil, levantándose y quedándose de pie en una posición cercana a firmes.

—Tendremos que hablar con el consulado.

—¿Voy a poder irme? —preguntó la chica y también se levantó. Tenía la espalda ligeramente curvada, los hombros caídos, lo que le daba un aire de desgana o de fastidio.

—Va a haber un juicio, hija —dijo el hombre desde la puerta.

—Pero voy a perder el avión. Tengo que volver con mis compañeros.

—¿No sabes cómo podemos localizar a tus padres?

Ella se volvió hacia el policía como esperando que él diese la respuesta. Él frunció los labios y se quedó callado.

—Les he dado el número de móvil de los dos; no tenemos fijo en casa—dijo la chica por fin.

—¿Y el del trabajo?

—En Londres es de madrugada, señor. No pueden estar en el trabajo —dijo el hombre de civil. El recién llegado asintió. Dio un paso hacia atrás pero no llegó a marcharse.

—Ese guía, el que la denunció. ¿No lo conocerán, por casualidad? —Ambos negaron con la cabeza.

—Tendrán que citarle para que comparezca. Acompaña a grupos de turistas en Ayers Rock y los alrededores. Es un ex-militar.

—No entiendo —dijo Phil. —¿Qué tiene que ver que sea un ex militar?

—Nada. No tiene nada que ver. Es una información como cualquier otra. Cítenle. Tendrá que pedir permiso en el trabajo y lo mismo está ahora en medio del desierto con un grupo de turistas.

—¿Vamos a hacerle venir hasta aquí? —preguntó el de civil.

—Claro que no. Pero debe declarar oficialmente en la comisaría. Es el único testigo. Me avisan cuando llegue el del consulado.

El hombre cerró la puerta. Lo último que se vio de él fue la mano apoyada en el marco. En el anular tenía un anillo con sello. Retiró la mano justo en el instante en el que la hoja le iba a machacar los dedos.

—¿Nos vas a contar por qué lo hiciste? —preguntó Phil.

—Si me ponen una multa les prometo que la pago. En serio; les juro que en cuanto llegue hago una transferencia. Pero déjenme tomar el vuelo.

—Haberlo pensado antes de arrancarle las plumas al bicho —dijo el de civil. —Joder, tiene que doler un montón.

—Dinos qué pasó. Se lo vas a tener que contar al juez de todas maneras.

—Me había enfadado con Rickie.

La chica volvió a sentarse y a esconder la cara bajo el flequillo.

—Tu profesor.

Ella negó con la cabeza.

—Tu novio —dijo el de civil.

—Cállate, Giorgos.

La chica levantó la mirada como sorprendida por el nombre y se encontró con la de Giorgos. No había nada de griego en la cabeza redonda y la nariz chata de ese hombre.

—No es mi novio. Salimos.

—Os habíais enfadado —dijo con tono comprensivo Phil. —Y lo pagó el animal.

—No puede ser delito, ¿no? Ya sé que está mal, pero esto no tiene sentido.

La puerta volvió a abrirse y se asomó el mismo hombre de antes. Esta vez sólo asomó la cabeza.

—*Leipoa ocellata*.

Phil se rió. Una risa breve y aguda que parecía salir de algún lugar de lo alto de su cráneo.

—Parece algo en una lengua aborigen —dijo, carraspeó, y limpió con una uña algo que debía de tener en la manga del uniforme.

—Pero no la he matado, ¿no? Cuando la solté se fue corriendo.

El hombre abrió más la puerta hasta que se le pudo ver por completo. Se había quitado la corbata y desabrochado dos

botones de la camisa. Consultó su reloj, uno de esos relojes con varias coronas en la carcasa y tres o cuatro círculos graduados en la esfera. Entró y cerró la puerta tras de sí.

—Es un ave que se había extinguido en la región. La han reintroducido hace poco.

—Pero no la he matado —insistió.

—No; la has dejado coja y sangra por la cloaca. Los tres que le escuchaban alzaron las cejas a la vez y echaron la barbilla hacia adelante.

—Por el culo. La cloaca es el culo de las aves.

—Ah —dijo Giorgos. —Lo que se aprende.

—¿Cómo se dice en griego? —preguntó Phil.

—Y yo qué sé cómo se dice en griego.

El comisario se llevó un dedo al cuello de la camisa y lo separó del gaznate con ese gesto habitual en los hombres que llevan corbata, pero nada podía apretarle ahí.

—A ver, hija, te voy a explicar la situación: has herido a un animal protegido, no puedes marcharte hasta que no se decida tu responsabilidad. ¿Me sigues?

Ella asintió con la cabeza. Lo miraba con mucha más atención de la que había mostrado hasta ese momento.

—Tus compañeros y profesores están ya en el aeropuerto. Y tu maldito cónsul no sé dónde narices se ha metido. Hablar con su secretaria es como hacerlo con un buzón de voz.

—¿Y mis padres?

—Tus padres han salido a celebrar que se han librado de ti unos días —dijo Giorgos.

Su superior chasqueó la lengua e hizo con la mano el gesto que haría un maestro para apaciguar a una clase bulli-ciosa, o un jugador de baloncesto botando con parsimonia un balón.

—A tus padres no los hemos podido localizar. Eso significa que tenemos un tiempo que podemos aprovechar para que nos expliques por qué lo hiciste. Te aseguro que luego será más fácil. No pareces mala chica. Habría algún motivo.

—Señor, no puede haber motivo para desplumar viva a una gallina.

Phil asintió con la cabeza. —Eso es verdad, no puede haberlo.

—Háganme un favor, cállense y dejen a la chica explicarse. Por cierto, ¿cómo te llaman, Louise o Caroline?

—Louise, lo de Caroline solo aparece en el pasaporte y sitios así.

—Ok, Louise, cuéntanos.

Phil tomó la gorra de encima de la mesa y comenzó a hacerla girar sobre un dedo. Giorgos rodeó con una mano el pomo de la puerta y la dejó allí puesta. Era una mano delicada, muy blanca, que no pegaba nada con su cuerpo ancho, macizo, tosco, de campesino o estibador. La chica y el comisario no se movieron.

— Se lo estaba contando a ellos.

— Cuéntamelo a mí.

— Rickie y yo nos habíamos peleado.

— El novio — aclaró Giorgos

— ¿Y?

— Que salía con él — dijo Phil.

— No hablo con vosotros, le pregunto a ella. ¿Y qué más?

— Eso le preguntábamos nosotros, que qué más — dijo Giorgos y guiñó uno ojo a Phil.

— Nada. Nos habíamos separado del grupo. Fuimos a pasear a las afueras de Alice. No me encontraba bien.

— ¿En qué sentido?

El comisario fue junto a Louise y la invitó a sentarse señalando las sillas. Él se sentó en el asiento contiguo. Sus uñas estaban mejor cuidadas que las de ella. La chica concentró la mirada en sus propias rodillas; la piel asomaba en ambas por sus vaqueros rasgados.

— ¿Han estado allí?

El comisario asintió aunque ella no podía verlo. Los otros dos no se manifestaron, como si la pregunta no fuese con ellos.

— Los caminos están llenos de chapas de cerveza.

— ¿De qué marca? — preguntó Giorgos.

— ¿Cómo?

— Ya puesta a contar tonterías nos puedes decir la marca de la cerveza, o lo que habías desayunado esa mañana. O puedes contestar a lo que te ha preguntado el comisario.

Louise hizo un gesto de disgusto. Unos segundos después retomó la historia.

— Y los aborígenes están sentados a la sombra de un árbol, en grupos, borrachos o aletargados. Rickie se reía de ellos. De una caseta salió una mujer bastante mayor, creo, no sé, tenía un aspecto muy estropeado, con un mandil sucio, con manos sucias, con restos de mocos sobre el labio; vino hacia nosotros y dijo algo, pero no la entendimos. Qué pedo lleva, dijo Rickie y yo le dije que se callase.

— ¿Puedes ir al grano? — preguntó Phil y volvió a hacer

girar la gorra sobre el índice. —El comisario ha dicho que tenemos tiempo, pero no tanto.

—¿Y qué pasó? —preguntó el comisario.

—¿Qué pasó?

—Sí, qué pasó luego.

—Nada. La mujer tendió la mano y sonrió. Le faltaban varios dientes. Rickie se agachó, tomó una chapa del suelo y se la puso en la mano abierta. Yo le dije que era un imbécil y que se fuese a la mierda y que no quería saber nada más de él. La mujer me acarició un brazo, así, de arriba abajo, del hombro al codo, canturreó o dijo algo, y se marchó otra vez a su cabaña. Yo me fui aunque Rickie me llamaba y decía que no fuese tonta. —Louise miró uno por uno a los tres hombres. El comisario volvió a asentir.

—No sé, hacía mucho calor, la arena se me metía en las sandalias. Me sentía fatal. A cada pocos metros me encontraba con un grupo de aborígenes adormilados. En cada cruce, debajo de casi cada árbol. Daban una impresión de tristeza, o era por la miseria, o yo qué sé.

—¿Te molestó alguien? —preguntó Giorgos.

—¿Molestarme? ¿Por qué iban a molestarme?

—Dices que estaban borrachos. Una chica sola, con tu aspecto. Puede ocurrir.

—Era como en los zoológicos viejos, que los animales parecen depresivos, sin energías para moverse. ¿No se puede hacer nada?

—Te voy a explicar una cosa, niña. ¿Puedo, comisario?

El comisario se quitó las gafas y las metió en el bolsillo pectoral de la americana. Apoyó la nuca contra la pared y cerró los ojos.

—A cada uno de esos pobrecitos que has visto les dan cientos de dólares al mes por no hacer nada. Sólo porque son aborígenes, porque tuvieron padres y abuelos aborígenes. Como si a mí me pagasen el alquiler y mis vicios porque mi abuelo era griego. Mujeres y bebida a cargo del gobierno. Por ser griego. No estaría mal, ¿no?

—Cállate —dijo el comisario sin abrir los ojos. —Mejor: lárgate. Eres un gilipollas, Giorgos. De verdad que eres un gilipollas.

La piel de Giorgos enrojeció de repente. Solo los nudillos de la mano que empuñaba el pomo continuaron siendo blancos. Phil le sonrió con todos sus dientes y le hizo un gesto de despedida con la mano. Giorgos abrió la puerta de un tirón, salió, cerró despacio.

—Me estoy esforzando— dijo el comisario, y sólo entonces volvió a abrir los ojos. —Me estoy esforzando pero creo que todavía no me has explicado por qué hiciste lo que hiciste. Además, ni siquiera fue allí. Lo hiciste más tarde, durante la excursión con tu clase.

—Les da igual, ¿verdad? —dijo Louise. —A todo el mundo le da igual.

—Estás mezclando las cosas, hija.

—Les da lo mismo. Por ustedes como si se mueren todos.

La puerta se abrió y entró una mujer vestida como si saliese de una película de los años sesenta; sus gafas acababan en punta junto a las sienes y el pelo se abombaba sobre su cabeza sostenido por una película de laca.

—Tenemos a los padres al teléfono —dijo.

—Vaya. Ya era hora. Luego seguimos con esto. Querrás hablar con tus padres.

Ella sacudió la cabeza. Tenía una expresión suplicante. Tardó varios segundos en responder.

—No quiero hablar con ellos.

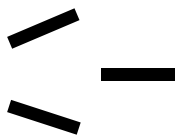
El comisario suspiró, fue a dar una palmada en la rodilla de la chica pero acabó palmeando suavemente una de sus propias rodillas. Se levantó.

—Anda, ven.

Cuando Louise también lo hizo, le puso una mano sobre el hombro sin dejar todo su peso sobre él, rozándolo apenas, y la acompañó fuera de la oficina.

Phil se quedó un momento sentado sobre un borde del escritorio. Después se levantó, tomó la torre Eiffel y la sopesó como un comerciante valorando una mercancía. Después cogió una fotografía que estaba en el otro lado del escritorio, en un marco de pie. La fotografía mostraba al comisario, a una mujer rubia más o menos de su edad y a dos niñas de rasgos orientales. Phil frotó la fotografía despacio, arriba y abajo varias veces, sobre su bragueta. Fue a depositarla en la mesa pero cambió de opinión y también se frotó el culo con la foto. Después sí la dejó, se puso la gorra y cruzó la oficina en dirección a la puerta.

—Arrancarle las plumas del culo a una puta gallina. A quién se le ocurre —dijo. Apagó la luz, que había estado encendida aunque aún era de día.



***Leipoa ocellata*, The Malleefowl**

**José Ovejero
(2009)**

“What on earth were you thinking?”

The policeman removed his cap and put it down on the desk next to a plastic reproduction of the Eiffel Tower. He perched on the edge of the desk, and crossed one leg over the other, resting an ankle on top of his knee. The heel and sole of the exposed shoe were very worn, especially on the outside edge, as if he always walked bandy-legged.

The girl didn't look up. She was seated in the middle of a row of five chairs right up against the wall, the way they are in some hospitals. They didn't fit in with this office, with its dark furniture and apricot-coloured walls. A bias-cut fringe covered a fair portion of her face.

“You can expect this sort of crap from a boy... a boy, but from a girl...”

“That's a girl?” The man dressed in civilian clothes – jeans and a white shirt with a frayed collar – shook his head. He was standing beside the door and frequently turned towards it as if he were expecting someone to arrive.

“That's not a girl, Phil. Take a good look, and tell me if you think that's ever going to turn into a woman.”

The policeman looked at her for a long moment as if he were genuinely trying to evaluate her femininity.

“Aren't you going to tell us why you did it?”

She raised her head briefly and then let it fall again. She had such light-blue eyes, it made you think she had some disease of her corneas.

“Was it a bet? Did someone make you do it?”

“Phil, for God's sake!”

“What?”

“Who's going to make her pull the feathers from a chicken's bum?”

“It wasn't a chicken.” This time, the girl had raised her head to speak. When she had finished her answer, she kept her mouth open as if she had more to say, but she didn't.

“A pheasant, a quail. I have no idea; I don’t know anything about birds,” said the man dressed in civvies. “But you pulled the feathers from its bum in a single handful. Didn’t it occur to you that it might hurt, even if it was a fucking chicken?”

“It wasn’t a chicken; the girl just told you that.”

The door opened and a man of about fifty, dressed in a grey suit and a very narrow black tie, stood there, one hand on the handle and the other on the frame.

“The complaint is official. Has anyone spoken with her parents?”

“We haven’t been able to locate them,” Phil answered, getting up and standing almost at attention.

“We’ll have to talk to the consulate.”

“Will I be able to leave?” asked the girl, and she also stood up. Her back was slightly curved and her shoulders drooped, which gave her an air of apathy or boredom.

“There’s going to be a trial, my girl,” said the man standing in the door.

“But I’ll miss my plane. I have to return with my group.”

“Do you have any idea how we can get in touch with your parents?”

She turned towards the policeman, as if she hoped he’d provide the answer.

“I’ve given you the mobile number for each of them; we don’t have a landline at home,” the girl said finally.

“And a work number?”

“It’s early morning in London, sir. They won’t be at work,” said the man in civvies. The recent arrival nodded in agreement. He took a step backwards but didn’t leave.

“The guide, the one who reported her – you wouldn’t by any chance know him?”

The other two men shook their heads.

“You’ll have to summons him to appear. He’s a tour guide in the Outback. He’s ex-military.”

“I don’t understand,” said Phil. “What does his being ex-military have to do with anything?”

“Nothing. It has nothing to do with it. It’s a piece of information like any other. He’ll have to ask for leave from work, and right now he could be in the middle of the desert with a group of tourists.”

“Are we going to make him come all this way?” asked the civilian.

“Of course not. But he should make an official statement at a police station. He’s the only witness. Let me know when someone arrives from the consulate.”

The man closed the door. The last sign of him was his hand on the doorframe. There was a signet ring on one of his fingers. He withdrew his hand just as the door was about to crush his fingers.

“Aren’t you going to tell us why you did it?” asked Phil.

“If you fine me, I promise I’ll pay it. Honestly. I swear that as soon as I get back, I’ll transfer the money electronically. But let me catch my flight.”

“You should have thought of that before pulling out that bird’s feathers,” said the civilian. “Shit, it must have hurt like hell.”

“Tell us what happened. You’re going to have to tell the judge anyway.”

“I’d got really mad at Rickie.”

The girl sat down again and hid her face behind her fringe.

“Your teacher.”

She shook her head.

“Your boyfriend,” said the man dressed in civvies.

“Shut up, Giorgos.”

The girl looked up as if she were surprised by the name, and found herself looking into Giorgos’ eyes. There was nothing Greek about the man’s round head and snub nose.

“He’s not my boyfriend. We’re just going out together.”

“You were having a fight,” said Phil in an understanding voice, “and the animal paid the price.”

“It can’t be a crime, right? I know it’s bad, but this doesn’t make sense.”

The door opened and the same man appeared again. This time he just poked his head in.

“*Leipoa ocellata*.”

Phil laughed. A short, sharp laugh which seemed to come from somewhere in the top part of his skull.

“It sounds like something in an Aboriginal language,” he said, clearing his throat and cleaning something he must have had on the sleeve of his uniform with his fingernail.

“But I haven’t killed it, right? When I let it go, it ran off.”

The man opened the door until he was entirely visible. He had removed his tie and undone the top two buttons of his shirt. He consulted his watch – one of those watches with several winders and three or four graduated circles on the dial. He came in, and shut the door behind him.

“It’s a bird which had become extinct in this region. They reintroduced it not long ago.”

“But I didn’t kill it,” the young woman insisted.

“No; you left it lame and bleeding from its cloaca.” The three who were listening to him raised their eyebrows in unison and stuck out their chins.

“From its bum; the cloaca is the bum of a bird.”

“Oh,” said Giorgos. “You learn something every day.”

“How do you say it in Greek?” asked Phil.

“How would I know what it is in Greek.”

The inspector raised a finger to his shirt collar and pulled it away from his throat, in that gesture common to men who wear ties; but nothing could be choking him right now.

“Look, kid, I’m going to explain the situation to you: you’ve wounded a protected animal; you can’t leave until your degree of responsibility has been determined. Do you follow me?”

She nodded. She was paying much more attention to him now than she had been so far.

“Your classmates and teachers are already at the airport. And I have no idea where your damn consul has got to. Talking to his secretary is like talking with voicemail.”

“And my parents?”

“Your parents have gone out to celebrate getting rid of you for a few days,” said Giorgos.

His boss tut-tutted and gestured in the way that teachers do when they want to settle a noisy class, or a basketball player does when bouncing the ball slowly.

“We haven’t been able to locate your parents. That means we have some time we can take advantage of – for you to explain why you did it. I assure you it will make things easier later on. You don’t seem like a bad girl. There’ll be some reason.”

“Sir, there can’t be a reason for plucking a live chicken.”

Phil agreed with a nod. “That’s right, there can’t be.”

“Do me a favour, shut up and let the girl give her explanation. By the way, what do they call you, Louise or Caroline?”

“Louise. Caroline only appears in my passport and other documents like that.”

“OK, Louise, talk to us.”

Phil picked up his cap from the desk and started to twirl it around one finger. Giorgos put a hand around the doorknob and left it there. It was a very pale, dainty hand, which didn’t match his body, broad, burly, brutish, like that of a peasant or a wharfie. Neither the girl nor the inspector moved.

“I was telling them.”

“Tell me.”

“Rickie and I had had a fight.”

“The boyfriend,” Giorgos clarified.

“And?”

“She was going out with him,” said Phil.

“I’m not talking to you, I’m asking her. So ...?”

“That’s what we were asking her about – and so...?”
said Giorgos, and winked at Phil.

“Nothing. We’d got separated from the group. We went for a walk in the outskirts of Alice. I wasn’t feeling well.”

“In what way?”

The inspector walked over to Louise and, pointing at the chairs, invited her to sit down. He sat down in the seat next to her. His nails were in a better state than hers. The girl focused her attention on her knees; you could see both of them through her torn jeans.

“Have you been there?”

The inspector nodded, although she didn’t notice. The other two men didn’t react, as if the question wasn’t directed at them.

“The paths are littered with beer bottle tops.”

“What brand?” asked Giorgos.

“What?”

“Since you’re talking nonsense, you can tell us what brand of beer, or what you had for breakfast. Or you can answer the inspector’s question.”

Louise looked irritated. After a few seconds, she went back to her story.

“And the Aboriginals were sitting in the shade of a tree, in groups, drunk or drowsy. Rickie was laughing at them. A woman came out of one of the huts. She was quite old, I think, but I’m not sure; she looked a wreck, her apron was dirty, her hands were dirty, she had snot under her nose. She came towards us and said something, but we didn’t understand her. Rickie said ‘She’s pissed,’ and I told him to shut up.

“Can you get to the point?” asked Phil, and twirled his cap with his index finger again. “The inspector told you we had time, but not that much.”

“And what happened?” asked the inspector.

“Right, what happened next?”

“Nothing. The woman held out her hand and smiled. She was missing a few teeth. Rickie bent down, picked up a bottle top and placed it in her hand. I told him he was a moron, that he should go to hell, and that I didn’t want to have anything more to do with him. The woman stroked my arm, like this, from

my shoulder to my elbow, crooned or said something, and went back inside her hut. I headed off, although Rickie was calling me and telling me not to be an idiot." Louise looked at the three men one by one. The inspector nodded again.

"I don't know, it was really hot, the sand was getting inside my sandals. I was feeling awful. Every few metres I came across a group of drowsy Aboriginals. At every crossroads, under almost every tree. They looked so sad, or maybe it was the squalor, or who knows what."

"Did anyone harass you?" asked Giorgos.

"Harass me? Why would they harass me?"

"You say they were drunk. A girl on her own, with your looks. It could happen."

"It was like those old-style zoos where the animals look depressed, and don't have the energy to move around. Can't something be done about it?"

"Let me explain something to you, kid. If I may, Inspector?" Giorgos asked. The inspector took off his glasses and stuck them in the top pocket of his jacket. He rested the back of his head against the wall and closed his eyes. "Every one of those poor things you saw gets hundreds of dollars a month for doing nothing. Just because they're Aboriginals, because they had Aboriginal parents or grandparents. It's as if the Government were to pay for my rent and vices because my grandfather was a Greek. Women and booze courtesy of the government. For being Greek. That wouldn't be bad, right?"

"Shut up," said the inspector without opening his eyes. "Better yet, get out of here. You're an idiot, Giorgos. You really are a jerk."

Giorgos' skin suddenly turned red. Only the knuckles on the hand holding the doorknob stayed white. Phil grinned at him, showing all his teeth, and gave him a wave. Giorgos opened the door in one movement, went out, and closed it slowly.

"I'm trying really hard," said the inspector, and then opened his eyes. "I'm making a real effort, but I think you still haven't explained why you did what you did. And anyway, it didn't even happen then. You did it later, during the class excursion."

"You don't care, do you," said Louise. "Nobody cares."

"You're confusing things, kid."

The door opened and a woman came in, dressed as if she'd stepped out of a 60s film: the pointed frames of her glasses ended at her temples, and her hair was piled up on top of her head, held in place by a layer of hairspray.

"We've got the parents on the phone," she said.

“Well, well. About time. We’ll continue with this later. You’ll be wanting to talk to your parents.”

She shook her head and looked at him entreatingly. It took her a few seconds to reply.

“I don’t want to talk to them.”

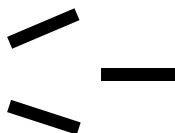
The inspector sighed, made as if to pat her on the knee but ended up patting one of his own knees. He stood up.

“Right, come with me, will you.”

When Louise also stood up, he lightly put a hand on her shoulder, barely touching her, and accompanied her out of the office.

Phil remained seated on the edge of the desk for a moment. Then he stood up, picked up the Eiffel Tower and weighed it in his hand as if he were a dealer evaluating a piece of merchandise. Then he picked up a framed photograph standing on the other side of the desk. The photo was of the inspector, a blonde woman more or less the same age, and two girls with Asian features. Phil slowly rubbed the photo up and down against his crotch a few times. As he was putting it down, he changed his mind and rubbed his backside with it, too. Then he did put it down, put on his cap, and walked across the office to the door.

“Pull the feathers out of a fucking chicken’s bum. Who would think of that?” he said. He turned off the light, which had been on even though it was still light outside.



Australia vista por la escritora donostiarra Dolores Redondo, autora de ‘La Trilogía del Baztán’¹

**Dolores Redondo
(2015)**

Al llegar a Australia me doy cuenta de que me he dejado el alma atrás. A pesar del letargo propio de los que han perdido el espíritu, la primera sensación es térmica: aún llevo las sandalias que me ayudaban a soportar los 38 grados de Madrid y los cuarentaytodos de Dubai durante la escala, y que aquí de pronto resultan incongruentes y, sobre todo, inútiles para los seis grados escasos con los que me recibe la madrugada en Melbourne. Muerta de frío recorro la pasarela de conexión y durante tres horas paso unos exhaustivos controles de seguridad que seguro que muestran hasta las novelas que aún no he escrito. Me devuelven por fin mi maleta de la que rescato un abrigo, botas y calcetines. Me dan la vida.

Australia, 23 millones de habitantes y una gran afición por la lectura, unida al apego histórico por las viejas raíces europeas herencia de los británicos que fundaron el país, “con permiso de los ancianos de antes y ahora y del pueblo aborígen”, y otros europeos que fueron llegando de casi todos los países, y que aún les lleva a reconocer a la reina de Inglaterra, a pesar de ser una nación independiente. Por otra parte, la gran presión económica de inversores asiáticos, tan bienvenidos como sospechosos, llevan a Australia a empeñarse en conservar su unión cultural con Europa invirtiendo en arte, exposiciones, festivales culturales y literarios que pongan énfasis en su unión con el viejo continente.

Es el caso de Melbourne Writers’ Festival, que lleva 30 años celebrándose, y de su actual directora, Lisa Dempster, que ha llevado al festival a su más alto nivel: más de 500 actos y 500 autores a lo largo de 11 días de reflexión, conversación y agitación, en un programa que se mantiene en secreto casi hasta el día en que se inaugura el festival. Federation Square es el

¹ Publicado en *El mundo* 28/2/2015.
www.elmundo.es/cultura/2015/08/28/55df44e522601d391d8b4590.html

emplazamiento ideal para un festival de esta magnitud, un espacio de arte contemporáneo en el centro de la ciudad, a siete minutos a pie desde el hotel. El lugar se presta para tomar algo, escuchar la charla de un nuevo autor, leer o comprar libros. Pero lo mejor sin duda es que el MWF se encuentra en el distrito de los negocios de Melbourne. Un giro inesperado puede llevarte a una estrecha callejuela plagada de grafitis, de sorprendente y variopinta arquitectura, tiendas, instalaciones de pop-art, músicos callejeros. Eso, y el romance perpetuo de la ciudad con el vino y la gastronomía, que ha atraído algunos empresarios españoles a instalar aquí sus negocios hosteleros. Por ejemplo, La Movida. No creáis que soy de las que se empeñan en tomar vino patrio en cualquier lugar, también he hecho los honores al caldo australiano. Pero lejos de casa estas cosas tienen otro significado.

La prensa se interesa por mi visita, y me llama la atención la pregunta común de todos los periodistas: “¿Por qué vienes a Australia en lugar de ir a los países asiáticos?”. Al principio no lo entiendo: “¿Por qué no iba a venir a Australia?”. Creo que a muchos autores españoles les encantaría. Luego comprendo que se sienten honrados, agradecidos de que una autora se desplace hasta allí en lugar de optar por la promoción en el delirante mercado asiático. Les cuento que la temática de mis novelas, la mitología casi druida, con muchos nexos con la celta, es común a la antigua Britannia, que los paisajes del poderoso Baztán, con su lluvia, sus nieblas y sus ovejas tienen mucho en común con la cultura rural de la vieja Europa. Están encantados: todo lo que suene a viejo continente les pirra y no sé por qué. A primera vista este país parece haber corregido buena parte de los errores endémicos de la vieja Europa.

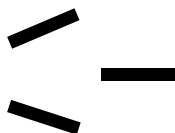
Entre conferencias, aprovecho para descubrir Melbourne. La recorro enamorándome por momentos de esta extraordinaria ciudad, de su arquitectura y de su pulso cultural, presente hasta en los rincones más recónditos. También de su magia, un pasado que obliga a todos los escritores participantes en el festival a comenzar su intervención aceptando y agradeciendo poder estar en tierra aborigen y reconociendo la autoridad de los ancianos, “de antes y de ahora”.

La fascinación por sus tradiciones me lleva hasta Hanging Rock, un cúmulo de piedras que, como su nombre indica, se mantiene colgando en precario equilibrio formando una sorprendente colina pétreo que recuerda un poco a Pascua. La roca es un lugar de culto aborigen que tiene, como mi Baztán, una leyenda de tres niñas perdidas. En esos riscos siento que habita la diosa Mari...

Aves rojas, azules, blancas, de las que no puedo retener el nombre y por fin canguros. Cuando los veo por primera vez me siento un poco rara: el bicho me ignora y pasta a mi lado como una oveja, cortando la hierba a ras con sus dientes casi ovinos. Observo fascinada su envergadura y a la vez hechizada, como si fuese un unicornio o una hidra. Los animales de este mundo casi me parecen criaturas extraterrestres, extraordinariamente confiadas, aunque yo también me sentiría segura con ese par de patatas y con las afiladas garras capaces de rasgar un vientre humano como mantequilla.

De Melbourne viajo a Canberra, auspiciada por Acción Cultural Española. Una intensa lluvia me traslada a la Donostia de mi vida o al Baztán de las peores noches de invierno. Hace frío. La humedad me cala los huesos y los zapatos. Terminaré mi visita a la ciudad con la presentación de *The Invisible Guardian* en la Australian National University. Otro vuelo me llevará a Sydney donde me reuniré con mis editores de Harper Collins y presentaré mis libros en la sede del Cervantes, acto que cerrará el periplo por tierras australianas.

Me faltan los de casa, me falta el calor. Lo que realmente quiero hacer es escribir, en la cabeza bullen las historias que no se han contado, las puntas de mis dedos arden en un cosquilleo constante buscando el teclado en el que volcar lo soñado. Para una mujer como yo es un auténtico sacrificio privarme de un verano que siempre me es corto, para viajar primero al invierno americano y después al australiano, renunciar a la familia, que me reclama, con razón. Un año sin verano, un invierno de 12 meses y estas jornadas en que el día huye en fuga sin haber amanecido del todo. Muero por volver a casa, y muero de sueño literalmente. Desde el 26 de julio que emprendí viaje a México, Colombia y Argentina, he ido encadenando un jet lag con otro. Leí una preciosa teoría: el agotamiento, la desgana y el nosequé del jet lag, se debe a que en la velocidad del vuelo transoceánico, el espíritu, que es más sereno se nos queda rezagado en el éter. Sólo cuando nuestra esencia vital nos alcanza, volvemos a estar completos. Como una turista olvidadiza he ido dejándome el alma en cada ciudad. La consecuencia es que voy incompleta por el mundo; espero que no tarde mucho en reunirse conmigo cuando regrese a casa porque para escribir necesito hacerlo con ella. Pero si ha de rezagarse, que sea en Melbourne.



Australia, as Seen by Dolores Redondo, the Donostian Author of *The Baztán Trilogy*¹

**Dolores Redondo
(2015)**

As I land in Australia, I realise I have left my soul behind. Despite the lethargy typical of those who have lost their spirit, my first impression is thermal. I'm still wearing the sandals that helped me cope with the 38°C in Madrid and the 40+ of the stopover in Dubai; but suddenly, they are incongruous and particularly useless here in the 6°C with which the early Melbourne morning greets me. Deathly cold, I follow the walkway and spend the next three hours going through exhaustive security checks which I'm sure expose even the novels I'm yet to write. They finally return my suitcase from which I rescue my coat, boots and socks. These restore me to life.

Australia, a nation of 23 million inhabitants and a great passion for reading, is historically connected to old European roots thanks to the legacy of the British who founded the country "with the permission of the elders past and present of the Aboriginal people", and Europeans who arrived from so many other countries. That legacy which still leads them to recognise the Queen of England despite being an independent nation. On the other hand, the huge economic pressure from Asian investors – as welcome as they are suspect – leads to an Australian insistence on the preservation of its cultural links with Europe through investing in art, exhibitions, and cultural and literary festivals which emphasise their connection with the old continent.

This is the case with the Melbourne Writers' Festival, currently in its 30th year [2015]. Its present Director, Lisa Dempster, has taken the festival to its highest level yet: more than 500 events and 500 authors across 11 days of reflection, conversation and buzz, in a program kept secret until close to the inaugural day of the festival. The city's Federation Square is the ideal location for a festival this big. It's a contemporary art space in the heart of the city, a seven-minute walk from my hotel. The

¹ Published in Spanish in *El mundo*, 28/2/2015.
www.elmundo.es/cultura/2015/08/28/55df44e522601d391d8b4590.html

space lends itself to having a drink, listening to a talk by a new author, reading and buying books. But best of all, the MWF is in the heart of Melbourne's commercial district. An unexpected turn can take you to a narrow lane covered in graffiti, with astonishing and diverse architecture, shops, pop-art installations and street music. All this, and the city's eternal love affair with wine and gastronomy which has attracted Spanish entrepreneurs to set up catering businesses here. Such is the case with La Movida, for example. Don't think I'm one of those people who insists on drinking wine from home wherever I am; I've also done the honours with Australian wines. But when you're far from home, these things take on a different meaning.

The press is interested in my visit and one question regularly asked by all the journalists stands out: "Why have you come to Australia rather than going to Asian countries?". At first, I don't understand: "Why wouldn't I come to Australia?". I think it would appeal to many Spanish writers. Then I realise that they feel honoured, delighted, that a writer would come all the way over here rather than opting for promotion in the frenzied Asian market. I tell them that the theme of my novels – almost Druid myths with many links to Celtic mythology – is shared with those of ancient Britannia; that the landscape of powerful Baztán, with its rain, its fogs and its sheep, has much in common with the rural culture of old Europe. They're delighted: they're really into anything that harks back to the Old World, and I have no idea why. At first sight, this country seems to have corrected a fair portion of the mistakes endemic to Europe.

In between my events, I take the opportunity to get to know Melbourne. I wander everywhere, falling in love by the minute with this extraordinary city, its architecture and its cultural pulse, evident even in its most hidden corners. And with its magic, a past which compels all the writers participating in the festival to begin their sessions by acknowledging and appreciating that they are on Aboriginal land, and recognising the authority of the indigenous Elders, "past and present".

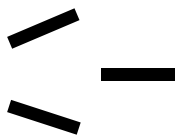
A fascination with Australia's traditions takes me to Hanging Rock, a pile of rocks that, as the name suggests, continues to "hang" with precarious equilibrium, forming an amazing hill which looks a bit like Easter Island. The Rock is a site of Aboriginal rites which, like my Baztán Valley, is associated with a legend of three lost girls. I sense that the goddess Mari lives in those crags.

Red, blue, and white birds whose names I can't recall, and finally, kangaroos. When I see a kangaroo for the first time,

I feel a bit strange. The beast ignores me and grazes beside me like a sheep, trimming the grass right down with its almost ovine teeth. I study its size, fascinated but also bewitched, as if it were a unicorn or a hydra. The animals in this part of the world strike me as almost extra-terrestrial, incredibly trusting, although I'd feel safe too if I had that pair of hind legs, equipped with sharp claws capable of ripping open a human stomach as if it were butter.

From Melbourne, I travelled to Canberra, funded by Acción Cultural Española. A heavy rain takes me back to my beloved Donostia or one of Baztán's worst winter nights. It's cold. The damp seeps into my bones and my shoes. My visit to that city will end with a presentation of *The Invisible Guardian* at the Australian National University. Another flight will take me to Sydney where I'll meet my editors from Harper Collins and present my books at the Cervantes Institute, an event which will bring to an end my Australian journey.

I miss my family; I miss the heat. What I really want to do is write: my head is buzzing with stories that have yet to be told, my fingertips burn with a constant tingling as they search for the keyboard with which to express those dreams. For a woman like me, it's a genuine sacrifice to deprive myself of a summer which always seems too short in order to travel first to the Latin American winter and then the Australian one, abandoning my family who, rightly, complain. A year without a summer, a twelve-month winter, and these days where daylight flies by and disappears before it has fully dawned. I'm dying to get back home, and I'm literally dying from lack of sleep. Since 26 July when I started my trip to Mexico, Colombia and Argentina, I've been piling one jet lag on top of another. I read about a wonderful theory: the exhaustion, apathy and who-knows-what of jet lag owes its existence to the fact that during the speed of flight, the spirit, which is more serene, is left behind in the ether. We only return to being whole when our vital essence catches up with us. I've been leaving my soul in each city, like a forgetful tourist. As a result, I go through the world incomplete. I hope it doesn't take too long for my soul to reunite itself with me when I get back home, because when I write, I need to do it with my soul. But if it does have to be left behind, let it be in Melbourne.



Tot ho esborrarà

Emili Rosales Castellà
(2010)

Als antípodes o als confins m'ha dut un llibre,
per bé que a Austràlia tot resulta inquietament
familiar, i fins els noms són repetits;
també hi hem dut el neguit i la pressa,
i encara sort que ens han obert com una cortesia
la National Gallery of Victoria fora d'hores.
Hem pogut d'aquesta manera comprovar
que la gran tela del mestre venecià,
la perla, les sedes, balustrades, nans,
feréstecs animals, els servents, la reialesa,
habita majestàtica en la primera llum austral.
De nou, l'Antoni i Cleòpatra del Palazzo Labia,
al Canareggio, s'erigeix eloqüent, arrogant,
després d'un periple que el dugué
de la llacuna a Prússia i d'allà a Sant Petersburg,
per navegar a la fi tot l'hemisferi.
Antoni i Cleòpatra, tan poca distància
separava dues civilitzacions,
batalles navals i tempestes de sorra,
la reina del Nil, el general romà,
el gran desplegament de crueltat i luxe,
la victòria asfixiant, l'èpica de la desfeta.
La sala és buida, s'escolen els instants regalats.
Tot ho ha esborrat el temps,
excepte la bellesa del quadre dels amants,
tot ho esborrarà el temps
--alerta que perdrem el vol a Sydney--
llevat dels teus ulls enamorats i els meus,
vora d'aquest prodigi
a disset mil quilòmetres de casa.

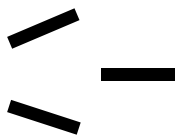
All Will Be Erased by Time¹

Emili Rosales Castellà
(2010)

A book has brought me to the antipodes or to the ends of the earth,
although in Australia everything is disconcertingly familiar, and even the names are the same;
we, for our part, have also brought our anxiety and haste,
and are fortunate that they opened
the National Gallery of Victoria for us, as a courtesy, outside normal hours.

We could thus confirm
that the great canvas of the Venetian master
— the pearl, the silks, balustrades, dwarfs,
wild animals, the servants, the royalty—
resides majestically under the early southern light.
The Anthony and Cleopatra of the Palazzo Labia,
on the Cannaregio Canal, again stands eloquent, arrogant,
after a voyage which took it
from the Venetian Lagoon to Prussia and from there to St. Petersburg,
finally to sail the entire hemisphere.
Anthony and Cleopatra, two civilisations
separated by such a short distance,
naval battles and sandstorms,
the Queen of the Nile, the Roman general,
the grand display of cruelty and luxury,
the suffocating victory, the epic defeat.
The gallery is empty, the moments gifted to us slip by.
Time has erased everything,
except the beauty of the painting of the lovers,
time will erase everything
— careful, we will miss the flight to Sydney—
except your enamoured eyes and mine,
beside this prodigy
seventeen thousand kilometres from home.

¹ Translated primarily by Wendy-Llyn Zaza, University of Auckland



Un sueño dentro del sueño

**Juana Salabert
(2010)**

1

El cielo sobre Manly era de un azul sorprendente ya en las primeras horas de aquella mañana de abril, cuando bajó sin prisas del ferry que tomó treinta minutos antes en el muelle dos del Circular Quay de Sydney. El breve trayecto recomendado por el amable recepcionista nocturno del hotel fue bueno y a pesar de su antiguo temor a los barcos, a cualquier tipo y tamaño de embarcación, disfrutó sobremanera de las excepcionales vistas de la bahía más famosa del mundo gracias, en buena medida, a su Opera House perfilándose sobre el horizonte como el petrificado velamen de una nao futurista. *Así de hermosas debieron de haber sido las construcciones atlantes en el paraíso concéntrico de anillos tragado, muchos siglos atrás, por el maremoto de las leyendas desdeñadas por tantos historiadores*, había pensado al día siguiente de su llegada, mientras apuraba un café en una de las animadas terrazas próximas a la entrada del blanco edificio. Allí se relajó de inmediato, con la camiseta de la Ópera que acababa de comprarle a Samuel bien doblada dentro del bolso. Por vez primera en demasiados meses no se sentía sola y perdida en mitad de ninguna parte o de la hosquedad presurosa de la gente, esos desconocidos en cuya bondad no se podía, no se debía, confiar, pobre Blanche Dubois, su tocaya a merced de todas las trampas. En realidad, y por muy extraño que le resultara, a tenor del espanto de aquellos últimos tiempos de encierro en un apartamento madrileño que había empezado a odiar, sin motivo o por las mil razones más recientes de su vida, tuvo aquella sensación de bienestar nada más salir del aeropuerto de Sydney, aturdida por el larguísimo viaje de tres escalas y el abrumador desfase horario. La ciudad, que de improviso y al doblar ciertas esquinas a la sombra de sus rascacielos, le recordaba un poco a la vibrante Tel Aviv, irradiaba una suerte de contagiosa energía... Había algo en la diafanidad de su atmós-

fera que parecía catalizar el optimismo y las ganas de vivir, se dijo durante su primer paseo por el espléndido Jardín Botánico próximo que alborotaban las pequeñas y blancas cacatúas de penachos amarillos. Ni siquiera sintió verdadero miedo, apenas un leve estremecimiento, al divisar sobre su cabeza, suspendidos del ramaje de arbolado, a los descomunales murciélagos de pelaje rojizo de zorros enfrascados en su sueño diurno... Al descubrirlos, deseó de pronto capturar su vuelo sobre la Ópera, en una imaginada noche de caza con luna menguante, *una noche distinta a todas las otras ya que en su ecuador*, y sacó del bolsillo la libreta de los apuntes. Un gesto maquinal, casi reflejo, cuya importancia tardó en comprender porque llevaba demasiado tiempo presa del bloqueo impidiéndole imaginar historias, angustiada e incapaz de trazar ni el simple esbozo de una escena. La vista se le nubló un instante y al recuperarla percibió la aceleración del pulso, la incitadora y conocida calidez en la yema de los dedos. Entonces tomó el lápiz de mina gruesa y lo deslizó, decidida, sobre la hoja. Los trazos fluían libres y veloces, sin esfuerzo, y a su través contempló, con intensidad de epifanía, el desarrollo por venir. Un cielo oscuro, y la Ópera de una palidez lunar, y a su alrededor, los enormes murciélagos de un rojo de fuego, de repente despertados al reclamo de viejos instintos atávicos... *La escena inquietante de una historieta de terror pergeñada desde la felicidad de quien revive, en unos segundos revive*, pensó después, al cerrar el pequeño bloc con un nudo de emoción y gratitud en la garganta.

Y ahora, mientras abandonaba el Manly Wharf, sospechaba que sus primeras ganas de dibujar, de dibujarlo todo, lo falso y lo real (aunque dónde estaba la frontera, dónde el límite acaso indiscernible y secreto), bien pudieron nacer de la visión temprana de aquella Ópera sobre las aguas. Porque, aunque solía recelar de la soberbia de ciertos mandarines de la arquitectura, ella amaba el singular edificio de Utzon, el danés muerto centenario hacia no mucho, desde niña. Entonces lo tuvo, fotografiado por su padre en alguno de sus primeros viajes profesionales, sobre la cabecera de su cama; una enmarcada ampliación en el rotundo blanco y negro personal que él prefería al color rutilante de sus encargos, reportajes gráficos para catálogos de agencias de viajes ya desaparecidas con que se ganó calladamente la vida hasta perderla. (*¿O no? Siempre, y desde tan atrás en la memoria, los desasosegantes y si no: y si no hubiera muerto, y si fue arrojado inconsciente a alguna orilla sin rastrear, lanzado amnésico sobre el saliente de alguna de aquellas increíbles rocas marinas batidas por los vientos que los*

fascinados viajeros fotografiaban a lo largo de la Ocean Road. Y entonces, en ese caso... Y si hoy, y si en este instante, regresara a una casa, olvidado de otras anteriores, y besara a una mujer y a una niña, otra mujer y otra niña nuevas, al grito feliz del renacido en otros hábitos y otra lengua: "¡Hola, soy yo, estoy de vuelta!". Y estaban, también, esas otras posibilidades, claro: por ejemplo, la de una desaparición voluntaria, por qué no, si él admiraba el misterio hechizante de Traven y el silencio claustral de Salinger y el sino hurtadizo de Ambrose Bierce. Todos aquellos "y si no" llevaban décadas rondándole, acuciadores, por mucho que su madre, enterrada con inmensa pena diez meses atrás, le hubiera estado instando de continuo a dejar de mortificarse y a mirar hacia adelante. "Los accidentes ocurren, por desgracia, y no queda más remedio que aceptarlos. Tu padre iba solo, con sus cámaras y su trípode, a bordo de esa lancha motora de alquiler que luego apareció volcada y a la deriva, cuando lo sorprendió aquella tormenta blanca repentina al otro lado del mundo, de nuestro mundo, quién sabe si no lo derribaría incluso un rayo. Pero sabes, creo que si ahora pudiera verte le disgustaría mucho tu insistencia en no pasar página. Házme caso, anda, y aléjate de los agujeros negros del pasado, no se puede vivir en su vórtice y, además, de ellos no se sale, lo que engullen nunca lo devuelven, se lo quedan eternamente para sí").

Sabía de antemano que le iba a emocionar Australia, por supuesto, y no sólo por la huella y el rastro imprecisos de su padre allí perdido. Tampoco, o al menos no exclusivamente, por los puntillistas motivos artísticos aborígenes cuya colorida geometría llevaba media vida subyugándola.

"Te han diagnosticado síntomas fóbicos, llevas semanas encerrada en tu casa con una depresión del carajo desde la muerte de tu madre, y ¿de pronto nos sales con que acabas de aceptar una invitación a las antípodas para dentro de dos meses?", le gritaron por teléfono sus tíos. Sí, podía imaginárselos con el manos libres, moviéndose estupefactos por el salón de su casa costera de jubilados al enterarse del viaje. Y ella susurró entonces, desconcertada: "bueno, no parece que os alegre mucho la noticia". Una conferencia en el Cervantes de Sydney y otra en una facultad de Melbourne sobre su obra, aclaró, estaba previsto que luego visitase también Nueva Zelanda, estas oportunidades no llegan todos los días, de sobra lo sabéis, pero ellos ya no la escuchaban. Se interrumpían entre sí, enfilaban advertencias, lamentaciones y los consabidos reproches: "valiente locura, si es que no tienes término medio, pasas de un extremo a otro y para colmo ese país... Precisamente ese país, ¿es que

no te das cuenta de que Australia te agudizará los recuerdos?"; "debiste preparar unas oposiciones cuando aún se convocaban plazas de profesorado de dibujo en los institutos, te lo avisé y eso que entonces no tenía ni idea de esta maldita crisis, qué íbamos nadie a saber de Lehman Brothers y demás rapiña, pero tú... Tú sin hacer caso de nadie, qué va, tú siempre a lo tuyo, a tus rocamboles, como si eso de los cómics y las novelitas gráficas, novelas gráficas, ja, fuese de verdad una profesión"; "te dije que Pablo no era de fiar, que había algo taimado en él, yo lo percibí en cuanto nos lo presentaste, un guapo de cara sin escrúpulos, con alma y ahíncos de estafador"; "que ya tienes una edad y mírate, Blanca, los mismos pájaros en la cabeza que tu pobre madre, que también era de las de pan para hoy y hambre para mañana". Colgó, antes de verse obligada a soportar las subsiguientes retahílas, lastimosas y bienintencionadas, acerca de "la mala suerte" y la contumacia de "la historia que se repite". -¿Que iba a repetirse la historia? protestó irritada en voz alta. Pablo no se había evaporado de ninguna parte, no era un fantasma, una punzante ausencia, un signo de interrogación con acantilados vertiginosos al fondo y rocas alzándose cual dólmenes caprichosos en mitad del oleaje. Su ex marido estaba bien presente, por el contrario. Jodidamente presente y activo con sus pretensiones de arrebatarle legalmente la custodia del niño cuyo cuidado ella misma le encomendó como una estúpida durante unos meses, los peores de su depresión, ésa que él esgrimía ahora como argumento de prueba ("considerando que el interés del menor debe prevalecer ante todo, este letrado insiste en dejar constancia de la manifiesta incapacidad actual de la madre") en su ruin demanda jurídica. Qué idiota fue al confiar en ese desconocido repentino que tan poco se implicó en la crianza de Samuel, por Dios, si ni siquiera lograba recordar si alguna vez lo bañó o le leyó un cuento antes de dormir, cuando era aún muy pequeño se las ingeniaba para llegar tardísimo a casa con la excusa de sus múltiples reuniones de directivo, de las cenas empresariales de compromiso. Y ahora, a sus siete años, ¿le habría ayudado alguna tarde con sus deberes, recordaría siquiera que le daban pánico los payasos y animadores de las fiestas infantiles de cumpleaños, que le encantaban el rugby y el baloncesto casi tanto como aborrecía el fútbol? Por fortuna, Clara... Blanca apreciaba mucho a la segunda mujer de su ex, que reprobaba firmemente esa querrela traicionera y le había prometido apoyarla en la vista señalada para mediados de junio, "se ponga Pablo como se ponga, que la vida de vuestro hijo no puede afrontarse como una OPA hostil de las suyas". Clara que-

ría al niño y ambas se habían entendido bien desde el principio, algo sorprendidas por el hecho de haber compartido y de estar compartiendo la vida con un hombre de intereses taxativos y tan dispares a los suyos. Un hombre que le temía a la derrota, a cualquier derrota, como al peor de los fracasos y al anuncio fulminante de ruinas de miseria y, que *a priori (y sin embargo, no latían también otros pavores, otra clase innominada de pavores, tras de la galvanizada ambición y de ese, a fin de cuentas no tan novedoso, último proceder de contrincante paranoico)*, no se les asemejaba en absoluto.

A su vuelta de Oceanía todo sería diferente, se aseguró mientras recorría el bullicioso Corso y se prometía comprarle más tarde, en el camino de vuelta hacia su ferry de regreso, unas chucherías de recuerdo a Samuel, un pintado boomerang, una gorra de surfista, una talla graciosa de kanguro, koala u ornitorrinco, en alguno de los puestos o tiendecitas de regalo que jalonaban las villitas y casas balnearias anteriores a la Primera Gran Guerra, a sus trincheras de lodo nubladas por el gas mostaza en los lejanos campos europeos. En Australia no le aguardaban respuestas, claro que no, y además a quién le importaban a esas alturas las respuestas. Pero también sabía, desde que le formularon la invitación (“una sencilla charla-colquio, mejor con apoyo visual, *Power Point* e incluso podríamos plantearnos la exhibición de una pequeña muestra de su trabajo, quizás una media docena de obras, caso de aceptar, díganos lo más rápido posible qué le parece esta sugerencia”), que sólo en ese país del tamaño de un continente lograría solventar su pánico al mar.

Salir a flote... No llegó a tanto, no alcanzó ni por un segundo a considerar dicha posibilidad. Y sin embargo, de momento y en un sólo raptó misterioso, Australia ya le había devuelto las ganas de dibujar.

El mejor de los principios, se dijo mientras tomaba el camino de aquella playa cuya luz era la de un óleo de otro tiempo.

Niños muy pequeños correteaban por la orilla y se zambullían entre la espuma de las olas leves y mansas, vigilados por madres o jovencísimos cuidadores y el par de socorristas desde las torrecillas de control. Se quitó la ropa y la amontonó sobre el bolso, junto a la toalla con la guía de viaje y el libro a medio leer encima, con el marcapáginas bien visible. Después se untó por piernas, brazos, cara y escote el fragante protector solar, antes de colgarse al cuello la bolsita impermeable con su pasaporte y el manojito de billetes que de todas formas se podían mojar y hasta estrujar sin problemas, eran de un insólito material prácti-

camente indestructible. La arena aún no quemaba bajo los pies y soplabla una brisa mínima y fresca. Una mañana y un lugar perfectos para relajarse el día antes de su conferencia, el joven recepcionista al que consultó la noche anterior a su regreso al hotel había acertado de pleno al recomendarle aquella playa tranquila y “familiar”, de encanto algo decimonónico. “Verá, es que me da un poco de miedo el mar, en fin, las corrientes, los remolinos, el oleaje demasiado fuerte”, le confesó, antes de inquirirle, en voz más baja y con cierto apuro, sobre los “tiburones”. Él no pareció sorprendido, sin duda no era la primera extranjera en irle con tal pregunta. “Bueno, los ataques de tiburón no son tan frecuentes, suceden sobre todo en los meses de verano. Es verdad que algunos surfistas han sufrido accidentes, pero si uno no se aleja mar adentro, si no comete imprudencias y nada cerca de la orilla, resultan más que improbables, se lo aseguro. Nosotros, yo mismo, nos pasamos la vida en el agua y aquí estamos. Manly es perfecta para usted, disfrutará mucho allí, ya me contará a la vuelta”.

Desde luego que se quedaría donde hiciera pie, el agua hasta la cintura, como mucho hasta el cuello... ¿Y habría trabajado su madre, que muchos años atrás ofició de ilustradora cinematográfica, en la cartelera de aquella cinta de Spielberg? En aquella época, que por culpa de la piratería informática parecía tan remota como la de los conflictos coloniales, las películas duraban meses en las grandes salas de estreno de la Gran Vía y a mucha gente debió, también, de durarle bastante el pavor experimentado ante la pantalla inmensa donde aquel brutal escualo blanco la emprendía a dentelladas contra la embarcación de sus perseguidores... *Pero déjate ya de tonterías, se recriminó, de ampararte en vanas excusas de retraso, haz lo que viniste a hacer.* Avanzaba hacia la orilla cuando una blanda pelota roja rebotó contra su tobillo. Su dueña llegaba corriendo en su busca, observándola de reojo. Una niña de unos cinco años, de cabellos rubios bajo el gorrito listado de rayas, que alzaba hacia ella su rostro, de una delicadeza aún redondeada...

Una pequeña Miranda en ciernes, sonrió Blanca para sí al devolverle la pelota. Que pronto aprendería a leer y a sumar y también miraba con la ensoñecida, intensa fijeza de las figuras femeninas de Renoir.

Entró en el agua extrañamente cálida sin titubeos y no se detuvo hasta que las ondas le acariciaron la barbilla. Entonces exhaló el aliento contenido, abrió los puños y abarcó el azul prolongándose sin fin ante sus ojos.

Algo, o quizás alguien, tiraba de ella, obligándola a volver sobre sus pasos (*¿cuáles, qué pasos?*), a desandar la maleza que borrraba los senderos. Pero en algún momento debió de cerrar los ojos, habría estado soñando porque allí no había espesura de matorrales, sólo la arena fina y blanca y enfrente el azul emocionante y movedizo del mar, qué delicia cuando al fin sumergió la cabeza, cómo pudo vivir tantos años alejada incluso de sus orillas, anclada, medrosa, a la tierra firme donde también sucedían cosas y entonces, en un segundo, la extrañeza y los bifurcados caminos que ya no se encuentran, se esfumaron.

–Disculpe que la haya despertado, son casi las doce y no es buena idea quedarse dormida al sol a estas horas, aquí pega muy fuerte y hay que protegerse mucho. En Australia estamos muy cerca del agujero de la capa de ozono, no sé si lo sabe. Porque usted es extranjera, ¿verdad?

La mujer apartó la mano con que acababa de tentarle un hombro y señaló la guía, que apenas si había consultado pues enseguida le irritó su chapucera redacción, propia de manual de intrucciones mal traducido.

Blanca asintió (“sí, sí, española”), le dio las gracias y se incorporó a su lado. Su interlocutora asía agujas de labor, tricotaba muy deprisa una prenda roja de punto intrincado y ceñido a la vez que la observaba sonriente, de soslayo, bajo el gracioso sombrero de paja con ramillete floral de tela prendido a la cinta escarlata. Rondaría los setenta, calculó al verle las manos moteadas de manchas de la edad, aunque no llevase gafas de presbicia. Pero en realidad, su mirada... porque la aguda impavidez de aquellos ojos azules era la de una chica joven, muy joven.

– Vaya, qué bien, me hubiera gustado conocer España... Entiendo un poco de español porque hablo italiano, me casé con un italiano y por parte de padre yo misma provengo de italianos. De hecho, tengo un restaurante italiano aquí muy cerca, lo monté hace años, cuando llegué de Melbourne, mi ciudad natal a la que sigo añorando mucho, casi tanto como el primer día. Ojalá pueda usted visitar Melbourne, que tiene las casas más bonitas de toda Australia, todos los turistas adoran recorrer el centro subidos a ese maravilloso City Tram rojo. Y qué pena que hoy sea martes y esté cerrado mi restaurante, mis muchachos preparan como nadie las recetas florentinas y además no hay mejor salmón de Tasmania en toda esta península que el mío, no exagero, lo que le digo es la pura verdad. En temporada

me lo traen fresquísimo y lo cocino y aderezo de mil maneras. De todos modos, le daré una tarjeta, por si vuelve otro día en que no libremos.

Tenía un habla gorjeante de pájaro, se dijo Blanca divertida al tomar de sus dedos la amarilleada, arrugada tarjeta que extrajo de una bolsa rebosante de ovillos y madejas de todas las tonalidades del rojo. La impresión de las señas resultaba casi ilegible por lo descolorida, pero el nombre del restaurante, *Mare Nostrum*, y el suyo propio, *Bianca Stelle*, con el inferior añadido de *Chef*, aún podían descifrarse sin excesiva dificultad.

Bianca. Qué curiosa coincidencia.

—Oh querida, pero cuánta desconsideración la mía, usted querría sin duda disfrutar de la lectura de su libro y yo se lo estoy impidiendo con mi parloteo incorregible de vieja, verdad...

Y entonces y tras inclinarse sobre la cubierta, lanzó aquella exclamación ahogada, a la que siguió una extraña risita:

—*Picnic at Hanging Rock*, Dios mío, no me lo puedo creer... Por lo que veo, lleva ya muy avanzada la célebre novela de Joan Lindsay. ¿Le está gustando?

Blanca sonrió. —Sí, claro... Aunque este es uno de los pocos casos en que prefiero una película al libro que la originó. Pero es que la cinta de Peter Weir es una obra maestra.

Y según lo decía entrecerraba los ojos y volvía, con todas sus fuerzas e ímpetu volvía a aquella última sesión en el cine Azul de la Gran Vía madrileña, famoso entonces por sus proyecciones en versión original y sus amplias y mullidísimas butacas. Finales de junio del 76: un calor hirviente, las aceras ardían y el país entero ardía, huelgas y *saltos* de los manifestantes por las esquinas al grito de “¡Amnistía, Libertad!”, y a veces tiros policiales “al aire” que dejaban su rastro de muertos sobre el pavimento... Los poderosos del ayer interminable apostaban por su “reforma”, los perseguidos y disconformes por la “ruptura” que no fue, nunca llegó, y no hacía ni un año que el brutal dictador que rubricó a millares los “enterados” de las ejecuciones sumarrísimas, siguió rubricándolos hasta su último otoño de patriarca de mesa camilla, voz atiplada de falsete y progenie codiciosa, agonizó en su cama de hospital supervisado por el yerno marqués.

Ese noviembre próximo ella cumpliría catorce años y aquella fue la última vez que acudió a un cine con su padre, desaparecido tres semanas después en el océano donde se adentró, al timón de su fueraborda, para fotografiar “más de cerca” aquellas rocas de altura totémica elevadas entre las aguas.

Su propia madre había diseñado sin premonición alguna la cartelería filmíca española de la misteriosa y sugerente

Picnic at Hanging Rock, que enseguida marcaría en sus vidas el extraño límite hacia ninguna parte...

Una Miranda dada a citar a Poe (“¿es todo lo que vemos, y parecemos, sólo un sueño dentro de un sueño?”) en primer plano, recordó. Y al fondo, colegialas vestidas de blanco, de excursión por entre las inmensas y cortantes rocas sobre la maraña laberíntica de arbustos, donde también se perdió la pista de la señorita McCraw, su profesora de matemáticas, aquel día de San Valentín del año 1900...

—Por supuesto, la película es inolvidable, con aquella luz tan especial, dicen que Peter Weir la rodó según no sé qué procedimiento...

Era la luz tibia e imprecisa de Renoir, pensó Blanca con un nudo en la garganta (¿y acaso ella misma no acostumbraba de niña a pellizcarse el brazo, para saber, realmente saber, que no soñaba y estaba de veras viva?), eso le comentó entusiasmado su padre a la salida. Eso, y que viajaba de nuevo a Australia días después. “Tengo entre manos un reportaje para una excelente revista de viajes, nada de aburridos catálogos en esta ocasión. Si todo va bien, alguna vez te llevaré conmigo”. Y al decirlo, le apretó, afectuoso, el brazo. “Lástima que tu madre haya tenido que quedarse en casa por culpa de esas décimas de fiebre, pobre, los resfriados de verano son los peores”.

—... De todas formas, la novela también...

Se esforzó en volver a escuchar a la mujer, *Bianca Stelle*, que ahora se inclinaba hacia su regazo y murmuraba con gesto de regocijo:

—En realidad, se trata de una historia que a mí me toca muy particularmente. Ya que mi abuela materna pasó dos cursos en ese pensionado Appleyard para señoritas. Oh, ella era una buena chica de la época, proveniente de una antigua familia británica de comerciantes. Personas asentadas que al cabo de varias generaciones se arruinaron.

—Creía —Blanca enarcó las cejas —que aquellos sucesos no ocurrieron nunca, que Lindsay lo imaginó todo. Pura ficción.

—Bueno, querida, yo no diría tanto... No sería tan literal. Todo lo que alguien imagina alguna vez existe o existirá, empieza a existir en alguna parte, ¿verdad? E incluso si no se trató del verdadero pensionado Appleyard, qué más da, mi abuela estaría interna en cualquier otro similar, del mismo corte. En cualquier caso, *Hanging Rock*, que para los aborígenes debió de ser un enclave sagrado, existe, vaya que sí existe. Desde hace millones de años. Desde muchísimo antes de que surgiese el misterio de esas chicas desaparecidas de la faz de la tierra.

Blanca cruzó las piernas y contempló el mar, su quietud engañosa.

—Y ¿adónde cree usted que fueron a parar las chicas extraviadas y su profesora? Irma Leopold, la única recuperada in extremis, regresó amnésica. Es posible, claro, que en el fondo de sí prefiriera no recordar nada en absoluto.

—Las hipótesis son tantas... En ocasiones creo en la existencia de universos paralelos, de otros mundos invisibles junto al nuestro. Por lo que sé, y así lo he visto en ciertos documentales, varios físicos actuales se acogen también a dicha posibilidad. Como caminos que discurren por separado y no llegan a cruzarse, ya me entiende, al igual que sucede con las vidas de muchas personas. La pequeña y pobre huérfana Sara Waybourne enamorada de sus álbumes de dibujo, por ejemplo, que jamás llega a reunirse con su hermano Albert, por mucho que en la novela pasen constantemente el uno al lado de la otra sin saberlo. Y entonces, si hay otros mundos en medio del nuestro, quién nos asegura que Hanging Rock no es una especie de umbral entre ellos, una especie de puerta temporal que sólo muy de cuando en cuando se entreabre... Claro que Miranda decía que “todo comienza y termina justo en el momento y el lugar precisos”. El problema es que ignoramos cuál es el momento. Y en ese caso, por mucho que conozcamos el lugar...

Lanzó una risita y guardó las agujas y la prenda roja de punto en su bolsa.

—En fin, querida, voy a tener que irme, se me está haciendo tarde. Ha sido un verdadero placer conversar con usted. Espero que disfrute de su estancia en Australia y que coincidamos de nuevo, tal vez en otra ocasión pueda prepararle en mi restaurante alguna de mis exquisiteces.

Se atusó el pelo bajo el sombrerito que enderezó con ademán coqueto y Blanca se levantó a su vez para despedirla.

Tomó la menuda mano extendida, sin anillos y curiosamente suave. *Una mujer muy simpática, de encanto algo excéntrico*, se conmovió viéndola alejarse arena arriba a zancadas, con agilidad más propia de muchacha que de anciana. Pero hasta después de vestirse no cayó en la cuenta de que en el dorso de la mano que estrechó minutos antes habían desaparecido las manchas pardas de la edad.

Un exceso de sol, sin duda, se reconvino después, ya instalada en una mesa de restaurante frente a un plato de gambas y una copa de chablis, o tal vez tuviera que ir a graduarse la vista a su vuelta, aunque nunca antes hubiera padecido miopía. Era un local agradable y luminoso, con enmarcados carteles por

las paredes de diversas ediciones del *Manly Jazz Festival* que se celebraba a primeros de octubre, y ella disfrutó de la comida y del delicado vino blanco que paladeó con lentitud, secretamente orgullosa de su largo baño. *Una íntima y pequeña proeza la tuya, querida Blanca, no te convertirás en una Esther Williams, pero has cumplido con creces*, se burló para sus adentros, sin verdadera malicia, y por Dios, ¿se estaba riendo? ¿Pero cuánto tiempo llevaba sin reírse de verdad?

Antes de pagar preguntó al joven camarero, que cabeceó una negativa y volvió al cabo con la respuesta de que allí nadie, ninguno de los empleados de sala o de cocina, había oído hablar jamás de un restaurante italiano llamado *Mare Nostrum*, y ¿estaba la señora segura de su ubicación en las proximidades? El chico de cabello y perilla llameantes y cara salpicada de pecas ya echaba mano de su smartphone... No tenía importancia, le aseguró Blanca, deteniéndolo con un ademán. No corría prisa ninguna, ya consultaría ella misma el dato esa noche en su hotel. Quizás entendió mal el nombre, zanjó con cierta vehemencia mientras sus dedos palpaban dentro del bolso, bajo la toalla ya seca, la vieja y desastrosa tarjeta que no sacó.

El dueño de aquel fascinador abarrote de “antigüedades” y atemporal mezcolanza de “regalos” donde se metió, exhausta tras varias horas de caminata por el Spit Bridge, ya de oscurecida y de camino al ferry que la devolvería a Sydney, sí que lo conocía, sin embargo. Era un hombre mayor, canoso y de rostro atezado por el salitre, con un lunar azul del tamaño de una lenteja junto a la comisura izquierda inferior de la boca. Tenía un cigarrillo electrónico encajado en la oreja derecha, como el lapicero de un tendero antiguo.

–El *Mare Nostrum*... –y silbó, admirativo, entre los dientes de exagerada, postiza blancura, –qué lugar maravilloso fue, sí señora. Los sábados por la noche y si el ambiente acompañaba, apartaban a un lado las mesas después de las cenas y se bailaba... A fe mía que se bailaba. Mis propios padres se conocieron allí, era el lugar perfecto de reunión para la gente de origen italiano, entonces eran, éramos todavía muy pocos, aquí en Manly. Pocos y exóticos. Solían llevarme de niño para las celebraciones familiares, recuerdo que la dueña cantaba muy bien. Tenía una voz preciosa y un pelo rubio muy bonito, de ese tono un poco cobrizo que llaman toscano, lo sé porque tengo un hijo que estudió Historia del Arte, pasó un año en Siena con una beca. Le gustaban los tocados, por muy pasados de moda que estuvieran ya por esa época, y solía adornárselos con florecillas de tela que recortaba ella misma, contaba que algo de esa

maña le venía de su marido, que fue hijo de modista y de sastre. Por lo visto a esos dos pobres los mataron en un campo nazi de exterminio. Él, don Leone, se salvó de la deportación porque lo escondieron a tiempo unos vecinos bondadosos y emigró a Australia a los pocos años de terminar la guerra. Pero su mujer era de Victoria, ya no sé si de Melbourne o de Bendigo... Tuvieron cuatro hijos nacidos aquí, varones que tocaban varios instrumentos, desde la armónica al violín pasando por el contrabajo. Ah, y había también un piano de pared en el *Mare Nostrum*, lo recuerdo perfectamente. Cómo me acuerdo de doña Bianca cantando allí acodada, con un *affiche* de una representación de *Tosca* a su espalda... No, a mí la memoria no me traiciona, puedo ver todo lo de entonces igual que si fuera ayer y el tiempo no hubiera pasado.

Blanca soltó, como si le abrasase la punta de los dedos, la bola de cristal con su caballito de mar dentro (*un ojito negro del tamaño de una cabeza de alfiler contemplándola desde su más allá de vidrio*), el pisapapeles que acababa de elegir para la mesa de estudio de Samuel. Cayó sobre un viejo y abollado casco de guerra con un sonido de gong que la estremeció. Quizá lo comprase pronto algún coleccionista empedernido, antes de la conmemoración del Anzac Day...

Afortunadamente, el pisapapeles de cristal no se había roto, comprobó aliviada. No obstante, el dueño no parecía siquiera sobresaltado. La observaba con los ojos muy abiertos y una genuina mueca de sorpresa en el frunce de los labios.

—Lo único es que... Quiero decir, usted es demasiado joven para haber conocido el *Mare Nostrum* en su apogeo, antes de la tragedia. Del incendio que lo arrasó hasta sus cimientos en 1957 y mató a todos sus propietarios una madrugada de domingo. Un cortocircuito, seguro, si bien durante años se especuló sin razón acerca de un fuego provocado. Un pirómano o algún envidioso de su éxito, eso se rumoreaba. En fin, fue una auténtica tragedia, ya le digo. La familia al completo dormía en su vivienda del piso superior del restaurante y murió rápido, asfixiada por el humo. Al menos no los abrasaron las llamas, que pocas muertes habrá tan espantosas como ésa. Pero dígame, ¿tiene usted lazos con ellos, es alguna pariente europea de don Leone?

Balbuceó deprisa cualquier incongruencia y salió de allí a escape, ajena a las miradas atónitas del vendedor, que la siguió hasta el umbral (“perdone, ¿se encuentra usted mal? ¿he dicho algo que la haya molestado?”), y aún permaneció un rato contemplándola, mordisqueando nervioso en el quicio su cigarrillo falso.

El corazón le latía de un modo alarmante y al subirse al ferry le tranquilizó descubrirlo medio vacío. Se instaló en un asiento lejos de los ventanales porque de pronto volvía a atemorizarle aquella inmensidad oscura a su alrededor, la miríade de luces, temblorosas como llamas de vela (“Este Weir ha hecho suya la luz tibia e imprecisa de Renoir”, decía su padre, guiándola hacia la salida del cine Azul, por entre las butacas enormes y blandas que invitaban al sueño), que trazaban senderos enseñados esfumados sobre el balanceo del agua.

Tenía miedo (*la tormenta blanca, los agujeros negros que nada devuelven*) y no obstante se sentía bien... Viva y bien. Tanto que pugnaba por mantener los ojos abiertos, en vano se revolvía contra el cansancio de la jornada hipnótica, contra el agotamiento infiltrándose en su interior con premura de bebedizo...

Y de repente, el leve toque en el hombro, ya no se sentía el ruido del motor, *el ferry debía de haber atracado en Sydney*. Abrió los ojos, confusa, y el texto impreso, enviado a su mail por la hispanista Lilit Thwaites, a quien conocería la semana siguiente, se deslizó de sus rodillas. Era un extenso artículo sobre los hermosos enforjados de las antiguas casas de Melbourne. “Se lo mando porque me ha resultado curioso que en su cómic *Vórtice* haya dibujado usted exactamente, hasta el menor de los detalles, este que sale en la primera fotografía y perteneció a una escuela que ya no existe. Ya me contará cuándo supo de él, en qué libro o catálogo arquitectónico lo descubrió y qué la llevó a escogerlo para la casa donde creció su protagonista”.

—Disculpe que la haya despertado, estamos sirviendo las cenas. ¿Tomará pollo de segundo o prefiere pasta con verduras?

Sonrisa cortés y profesional, serenos ojos claros sombreados de máscara de pestañas... Y el carrito y el uniforme de línea aérea, y en las filas posteriores un rebullirse progresivo de butacas.

—... Creo que... bien, pasta, sí, prefiero pasta. ¿Podría decirme cuánto llevamos de... cuánto nos falta?

La azafata disponía con presteza la bandeja, colocaba el vaso.

—Oh, falta todavía mucho para Sydney, sólo hace dos horas que salimos de Singapur.

Y entonces, según recuperaba el artículo y lo embutía en el bolsillo del asiento delantero escuchó a su vecino:

—Oiga, señora, también se le ha caído esto, lo he visto perfectamente, lo llevaba entre las hojas que acaba de guardar ahí delante—. Le tendía una vieja y destrozada tarjeta de visita.

“No es mía, no la he visto nunca”, estuvo a punto de decir, pero calló porque el hombre había vuelto a ponerse los auriculares y tiraba de la anilla de su lata de cerveza con expresión malhumorada.

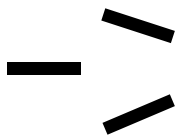
La alisó, cuidadosa, con la palma de la mano.

Restaurante Mare Nostrum, leyó con dificultad.

Y debajo, *Bianca Stelle. Chef.*

No pudo descifrar el resto, las borrosas señas resultaban prácticamente ilegibles, la tinta se había corrido o diluído.

¿Por qué habría aceptado la cena, si no tenía hambre? Tan sólo, y de nuevo, aquel intenso deseo de dormir... De cerrar los ojos como si se hundiera en el agua (*en el océano*) muy, muy despacio, allí, al otro lado de las rocas.



A Dream Within a Dream

**Juana Salabert
(2010)**

1

The sky over Manly was already an astonishing blue at that early hour of the morning when she strolled off the ferry she had caught 30 minutes earlier at Sydney's Circular Quay. The short trip recommended by the friendly night-time receptionist at the hotel had been a delight and, despite her long-standing fear of boats of any size or style, Blanca thoroughly enjoyed the exceptional views of the most famous harbour in the world, thanks in large part to the Opera House, sitting on the waterline like the petrified sails of a futuristic ship. *The buildings of Atlantis – that paradise of concentric islands swallowed up centuries ago by a series of tsunamis, according to legends dismissed by so many historians – must have been this beautiful*, she had thought the day after she landed in Sydney, as she was finishing her coffee on one of the busy terraces near the entrance to that white building. And she immediately felt at home there, the T-shirt of the Opera House she had just bought for Samuel safely tucked away in her bag. For the first time in too many months she didn't feel lost and alone in the middle of some unknown place, surrounded by the brisk rudeness of the people around her, those strangers on whose kindness she couldn't – she mustn't – rely; a sad Blanche Dubois, her namesake, at the mercy of every dirty trick. Even though it struck her as odd – given her fear during that last period of confinement in a gloomy Madrid apartment she had started to hate for no good reason, or for the thousand recent reasons to do with her life – she had felt comfortable the moment she emerged from Sydney airport, befuddled by the incredibly long trip with its three stopovers and overwhelming changes in time zones. It was a city which, as she turned around certain street corners shaded by skyscrapers, unexpectedly reminded her a little of vibrant Tel Aviv, radiating a sort of contagious energy... There was something about the transparency

of its ambience that seemed to act as a catalyst for optimism and the will to live, she thought during her first walk through the magnificent Royal Botanic Gardens nearby, in which the white cockatoos with their yellow crests were making such a racket. She didn't even feel genuine fear – barely a small shiver – when, overhead, dangling from the branches of the trees, she spotted huge fruit bats with their reddish fox-like fur, completely given over to their daytime slumber. As soon as she saw them, she wanted to capture their image flying over the Opera House on an imagined night of foraging, under a waning moon, *a night unlike all others up to this mid-point of my life*, and she pulled her little sketchbook out of her pocket. It was an automatic gesture, almost a reflex action, the significance of which took her some time to comprehend because, for too long, she had been suffering from a mental block which left her incapable of imagining stories, anxious, and unable to draw even the basic outline of a scene. Her sight clouded over momentarily, and when she could see again, she sensed her pulse beating more quickly, and that stimulating and well-known warmth in her fingertips. So she picked up her thick-leaded pencil and ran it decisively over the paper. The lines flowed quickly and freely, effortlessly, and as the moment unfolded with the intensity of an epiphany, she contemplated what would follow. A dark sky, the lunar paleness of the Opera House and, surrounding it, the enormous fiery-red bats, suddenly awoken by the call of atavistic instincts... *The disturbing scene of a brief horror story whipped up by the happiness of a person revived, one who has come back to life in a matter of seconds*, she thought afterwards as she closed her little sketchbook with a knot of gratitude and emotion in her throat.

And now, as she was walking away from Manly Wharf, she suspected that her initial desire to draw, to draw everything, what was false and what was real – where was the barely discernible and secret boundary between them? – might well have been born from her early memories of that Opera House on the water. Because, although she was usually suspicious of the pride of certain architectural mandarins, she had loved that singular building of Utzon, the recently-deceased Danish architect, since she was a child. Back then, she had had a photograph of it hanging above her bedhead, a photo taken by her father during one of his first professional trips. It was a framed blow-up in that distinctive black-and-white style he personally preferred to the glowing colours in his assignments – illustrated reports for the catalogues of long-disappeared travel agencies – which was how he quietly earned his living until it cost him his life. (*Or did*

it? Always, and from so far back in her memory, those disturbing what-if-it-weren't-so thoughts: what if he hadn't died, but rather had been thrown unconscious onto some untraceable seashore; or, suffering from memory loss, had been tossed onto the ledge of one of those incredible rocks battered by winds, which fascinated tourists photographed all along Victoria's Great Ocean Road. And then, if that were the case... If today, at this very moment, he was returning to a house – with no memory of other, earlier houses – and kissing a woman and a young girl – a different woman and a different young girl, new ones – with the happy shout of one reborn to other customs and another language: “Hi, it's me, I'm back!”. And there were other possibilities as well, of course: for example, a voluntary disappearance, why not, given his admiration for the spell-binding mysteries of B. Traven, the claustal silence of Salinger and the mysterious fate of Ambrose Bierce. All these overwhelming what-if-it-weren't-so thoughts had been haunting her for decades, despite the constant urging of her mother – laid to rest with great sorrow ten months earlier – to stop tormenting herself and look towards the future. ‘Accidents unfortunately do happen, and the only solution is to accept them. Your father, with his cameras and tripod, was on his own in that rented motorboat which turned up later capsized and adrift, when that sudden white squall caught him by surprise on the other side of the world, of our Northern Hemisphere world. Who knows, he might even have been hit by lightning. But you know, I think that if he could see you now, he'd be really upset by your persistence in not moving on. Come on, listen to what I'm saying to you, and distance yourself from those black holes in your past. It's impossible to live in their vortex, and on top of that, you can never emerge from them; they never give back what they devour, they hold on to it forever.’)

Of course, she knew before she arrived that Australia would move her, and not just because of the elusive traces and tracks of her father, who had disappeared there. Nor because of those artistic Aboriginal dot point motifs whose colourful geometry had captivated her for half her life.

“You've been diagnosed with symptoms of agoraphobia. You've spent weeks shut up inside your house since your mother's death with one hell of a deep bout of depression. Then, out of the blue, you inform us you've accepted an invitation to go to the Antipodes in a couple of months' time?” her uncle and aunt had yelled at her down the phone. Yes, she could picture them pacing around the living room of their retirement home on the coast, stunned by the news. Taken aback, she had replied

in a whisper: “Well, you don’t seem to be very happy at my news...” A talk about her work at the Cervantes Institute in Sydney, and another at an Arts faculty in Melbourne, she explained, and then, it was anticipated she would also visit New Zealand. “These opportunities don’t present themselves every day, as you know only too well...” But they weren’t listening to her any more. They were interrupting each other, stringing together warnings, lamentations and the same old reproaches: “Courageous madness, there are never half-measures with you, you go from one extreme to the other, and to top things off, that country... Precisely that country. Don’t you realise that Australia will exacerbate those memories for you? ... You should have prepared for that public entrance exam when they still had positions for art teachers in high schools. I warned you. And that was back when I had no idea about this damn crisis. What did any of us know about Lehman Brothers and the rest of those robbers, but you... You never pay any attention to anyone. No sir, you always do your own thing, your bizarre stuff, as if those comic books and graphic novellas – graphic novellas, hah! – were a real job. ... I told you you couldn’t trust Pablo, that there was something shifty about him. I sensed it as soon as you introduced us to him, a good-looker with no scruples and the soul and earnestness of a con man ... You’re getting on, Blanca, and look at you; as scatty as your poor mother, who also believed in the notion of short-term gain, long-term pain.” She hung up before she found herself forced to put up with the well-intentioned but hurtful litany that would follow about ‘bad luck’ and ‘history repeating itself’. “What history repeating itself?” she protested aloud with irritation. Pablo hadn’t disappeared anywhere, he wasn’t a phantom, a sharp absence, a question mark with dizzying cliffs at the bottom and rocks thrusting upwards like capricious dolmens in the middle of the storm surge. On the contrary, her ex-husband was well and truly present. Goddam present and active, with his aim to wrest legal custody of their son from her, the son whose care she had entrusted to him, like an idiot, for a few months when her depression was at its worst, the depression he was now putting forward as evidence – “taking into account that the minor’s best interests must prevail above all else, counsel insists on placing on record the mother’s current incapacity” – in his callous legal action. What a fool she had been to trust that unexpected stranger who was so minimally involved in raising Samuel – for heaven’s sake, she couldn’t even recall when he’d ever given him a bath or read to him before he went to sleep. He was still tiny when Pablo used to arrange things so that he got

home really late on the pretext of multiple director's meetings and obligatory business dinners. And now, with Samuel aged seven, had he helped him any afternoon with his homework? Would he even remember that Samuel panicked at the sight of clowns and entertainers at children's birthday parties? Or that he loved rugby and basketball almost as much as he hated soccer? Luckily, there was Clara... Blanca really appreciated her ex's second wife, who strongly condemned the disloyal custody suit and had promised to support her at the hearing set for the middle of June "no matter how Pablo behaves. Because your son's life can't be dealt with as if it were one of his hostile take-over bids". Clara loved the boy, and she and Clara had got on well from the start, somewhat surprised by the fact that they had shared, and were sharing, their lives with a man of such limited interests, and so dissimilar to their own. He was a man who feared defeat, any defeat, as the worst possible disaster and an immediate sign of ruin and destitution, and who, a priori, was absolutely nothing like them (*and yet, were there not also other fears, another unnamed category of fears, lurking behind his steely ambition, and his most recent – and at the end of the day, not-so-novel – course of action as a paranoid opponent*).

Things would be different when she got back from Oceania, Blanca assured herself as she walked along Manly's bustling Corso, and promised herself that later, on her way back to the return ferry, she would buy Samuel a few souvenirs – a painted boomerang, a surfer's cap, a cute carved kangaroo, koala or platypus. She would get them in one of the stalls or little shops that matched the small holiday houses and bathing boxes built before WWI – muddy trenches obscured by clouds of mustard gas in distant European fields. There were no answers waiting for her in Australia – of course there weren't – and in any case, who cared about answers at this point. But ever since the invitation had been extended to her – "a simple talk, ideally with a PowerPoint presentation, and we might even consider a small exhibition of your work, maybe half a dozen pieces. If you accept our proposal, please let us know as quickly as possible what you think about this suggestion" – she also knew that only in that country-continent would she manage to resolve her terror when confronted by the sea.

To stay afloat... It hadn't reached that point, she hadn't for one second considered that possibility. And yet right now, and in just one mysterious impulse, Australia had already given her back her desire to sketch.

The best of beginnings, she thought as she strolled towards the beach where the light was just like an oil painting from another era.

Small children were chasing each other along the seashore and splashing about in the foam of the low, gentle waves, supervised by their mothers or young carers, and by the two lifesavers perched on their tall chairs. Blanca removed her outer clothes and piled them on top of her bag next to the towel, together with her travel guide and her half-read book, its bookmark clearly visible. Then she covered her legs, arms, face and chest with a scented sunscreen before she hung around her neck the little waterproof bag containing her passport and a small number of banknotes, which could have got wet and been wrung out without any problem because they were made of an incredible, almost indestructible plastic material. The sand under her feet was burning hot, yet a light, fresh breeze was blowing. The perfect morning and place to relax the day before her presentation. The young receptionist she had consulted the previous evening when she got back to her hotel had been spot-on when he recommended this quiet “family” beach with its almost 19th century charm: “You see, I’m a bit afraid of the sea, in short, the currents, the eddies, strong swells,” she had confessed to him before dropping her voice and, with some embarrassment, asking him about “sharks”. He didn’t seem surprised; no doubt she wasn’t the first foreigner to pose such a question. “Well, shark attacks don’t happen very often, and they’re mainly in the summer months. It’s true some surfers have been attacked recently, but if you don’t go out too far and you’re not reckless, I can assure you it’s pretty unlikely. We Sydneysiders spend our lives in the water and we’re still here. Manly is perfect for you. You’ll really enjoy it, and you’ll tell me all about it when you get back.”

Naturally, she’d stay where she could stand, with the water up to her waist, or at most, up to her neck... Could her mother – who had been a film illustrator many years earlier – have worked on the posters for that film of Spielberg’s? In that era which, thanks to technological piracy, now seemed as remote as the era of colonial conflicts, films played for months in the big cinemas on Madrid’s Gran Vía, and the fear many people experienced in front of the huge screen when that brutal white shark took huge chunks out of the boat of its hunters must have lasted for quite some time... *Stop being silly, already, and sheltering behind pointless delaying tactics*, Blanca recriminated herself. *Do what you came to do*. She was heading for the water when a soft red ball bounced off her ankle. Its owner came run-

ning to retrieve it, watching Blanca out of the corner of her eye. The little girl of about five, a striped hat covering her blond hair, looked up at her, her delicate face still chubby...

A budding Miranda, thought Blanca with an inner smile as she gave her back the ball. She would soon learn to read and do sums, but she also had that dreamily intense gaze of Renoir's female figures.

Blanca entered the strangely warm water without hesitation and didn't stop until the waves were caressing her chin. Then she let out the breath she'd been holding, opened her fists and took in the blueness stretching out endlessly before her eyes.

2

Something – or somebody – was tugging at her, forcing her to retrace her steps (which steps?), to go back through the undergrowth that was erasing the paths. But at some point, she must have closed her eyes, been dreaming, because there was no thick scrubland here, just fine white sand, and the tactile and changeable blue of the sea – what a delight when she finally put her head underwater. How could she have lived so many years far from the coast, timidly anchored to *terra firma* where weird things happened too; and then, in a flash, the strangeness and the forked paths which no longer converge, have disappeared.

“My apologies for waking you up, but it's almost noon and it's not a good idea to be sleeping in the sun at this hour. It's very strong and you have to protect yourself really well. I don't know if you are aware of it, but we're very close to the hole in the ozone layer here in Australia – because you're a foreigner, aren't you?”

The woman removed the hand with which she'd just touched Blanca on the shoulder and pointed to the guidebook which Blanca had barely consulted because its slapdash editing, typical of a badly translated instruction manual, had instantly irritated her.

She agreed with a “yes, yes, Spanish”, thanked the woman, and sat up beside her. The woman was holding some knitting needles, and rapidly creating a red garment with a tight, intricate stitch as, smiling, she watched Blanca out of the corner of her eye from under an attractive little straw hat with a bunch of cloth flowers attached to its scarlet headband. Blanca guessed she would have been about seventy, based on the liver

spots on her hands, although she wasn't wearing any glasses. If truth be told, her gaze – the keen fearlessness of those blue eyes – was that of a young, a very young girl.

“Really? That’s wonderful; I would love to have known Spain... I understand a bit of Spanish because I speak Italian. I married an Italian, and I’m also Italian on my father’s side. In fact, I own an Italian restaurant very close to here. I set it up years ago when I came here from Melbourne, the city where I was born and which I still miss a great deal, almost as much as on my first day in Sydney. I wish you could visit Melbourne, which has the most beautiful houses in Australia; all the tourists love to travel around the inner city on a marvellous reddish City Circle Tram. What a pity today is Tuesday and my restaurant is closed. My boys prepare Florentine recipes like no-one else, and on top of that, there’s no better Tasmanian salmon than mine on this entire peninsula – I’m not exaggerating, I swear that’s the absolute truth. When it’s in season, they deliver it utterly fresh and I cook and garnish it in a thousand different ways. I’ll give you a business card in any event, in case you come back here on a day when we’re not closed.”

She chirps like a bird, thought an amused Blanca as she took the yellowish, wrinkled card from her fingers, a card the woman had removed from a bag overflowing with balls and skeins of wool in every shade of red. The writing was so faded it was almost illegible, but the name of the restaurant, *Mare Nostrum*, and of the owner, *Bianca Stelle*, with the word *Chef* beneath it, could still be deciphered without too much difficulty.

Bianca, what a strange coincidence.

“But my dear, how inconsiderate of me. No doubt you wanted to enjoy your book, and I’m preventing you from doing so with my incessant old lady’s chitchat, right?”

And then, after leaning over to look at the book’s cover, she gave a stifled exclamation, followed by an odd little laugh.

“*Picnic at Hanging Rock*, my goodness, I don’t believe it... And I see that you’re quite far into Joan Lindsay’s famous novel. Are you enjoying it?”

Blanca smiled. “Yes, of course... Although this is one of those rare occasions when I prefer the film to the book that inspired it. Because Peter Weir’s film is a masterpiece.”

And as she was saying this, she half-closed her eyes and returned – with all her might and energy, she returned – to that final session in the Cine Azul on Madrid’s Gran Vía, a cinema famous back then for its really soft, wide seats and for screening films in their original version. End of June 1976: stifling heat, the

pavements burning hot, and the entire country on fire – strikes and explosions of anger by demonstrators on every corner, accompanied by shouts of “Amnesty, Liberty!”, and occasionally shots “in the air” by the police which left a trail of dead bodies on the pavements... The powerful figures of the interminable past were committing themselves to their “reform”, while the persecuted and the dissenters were opting for a “rupture”, which never came. And a year had not yet passed since the brutal dictator with the greedy family and the high-pitched falsetto voice – who signed off on thousands of summary executions with the word “sighted”, and who continued to sign off on them until his final narrow-minded, patriarchal autumn – lay dying in his hospital bed supervised by his titled son-in-law, the Marquis.

The following November, Blanca was going to turn fourteen, and that June was the last time she went to the movies with her father, who disappeared three months later at the helm of his motorboat, out at sea to photograph close-up those totemically-tall rocks rising out of the water.

Her own mother, with no sense of premonition, had designed the Spanish billboards for the mysterious and intriguing film *Picnic at Hanging Rock* which would instantly signal that strange cut-off point towards nowhere in their lives.

In the foreground, Blanca recalled, a Miranda given to quoting Poe (“is everything we see, and seem to be, just a dream within a dream?”). And in the background, schoolgirls dressed in white, on an outing among the huge, sharp rocks, above the labyrinthine tangle of shrubs where all traces of Miss McCraw, their maths teacher, were also lost that Valentine’s Day of 1900.

“Of course, the film is unforgettable, with that special light; they say Peter Weir filmed it with some process I can’t recall.”

It was like that warm, imprecise light of Renoir, thought Blanca with a knot in her throat – for that was what her father enthusiastically told her as they left the cinema (and didn’t she herself as a young girl have the habit of pinching herself on the arm in order to know, really know, that she wasn’t dreaming, that she was really alive?). That, and the news that he was travelling to Australia again in a few days’ time. “I’m working on a feature for a first-class travel magazine; no boring catalogues this time. If all goes well, I’ll take you with me some time.” And as he said it, he squeezed her arm affectionately. “Pity your mother had to stay at home today because of that slight fever, poor thing; those summer colds are the worst.”

“Anyway, the novel is also...”

She forced herself to go back to listening to the woman, *Bianca Stelle*, who was now leaning towards her and murmuring with a look of delight:

“As a matter of fact, it’s a story that particularly affects me. My maternal grandmother spent two years at the Appleyard boarding school for young ladies. Oh, she was a good girl of that era, from an old British family of merchants. Established people who were reduced to ruin several generations later.”

Blanca raised her eyebrows. “I thought those events never took place, that Lindsay made it all up. Pure fiction.”

“Well, my dear, I wouldn’t go that far. I wouldn’t be so literal. Everything that somebody imagines exists or will exist some time, begins to exist somewhere, doesn’t it? And even if it wasn’t the actual Appleyard boarding school, what does that matter; my grandmother would have been a boarder in some other school just like it. And anyway, Hanging Rock, which was sacred ground for the Aboriginals, does exist, it certainly does. Since millions of years ago. Since long before the appearance of the mystery of those girls who disappeared off the face of the earth.”

Blanca crossed her legs and contemplated the sea, its deceptive calmness.

“And where do you think those lost girls and their teacher ended up? Irma Leopold, the only one they recovered, at death’s door, returned with amnesia. It’s possible, of course, that deep down she preferred not to remember anything.”

“There are so many hypotheses. There are times when I believe in the existence of parallel worlds, of other invisible worlds beside our own. Based on what I know, and I’ve seen this in certain documentaries, several current physicists embrace this possibility as well. Like paths that run separately and never succeed in crossing – you know what I mean – just as happens with many people’s lives. Poor little orphan Sara Waybourne, for instance, enamoured of her sketching books, who never managed to get together with her brother Albert, no matter how many times they unknowingly crossed paths in the novel. And so, if there are other worlds besides ours, who can assure us that Hanging Rock isn’t a sort of threshold between them, a sort of temporary gateway which only rarely opens a crack. Of course, Miranda used to say that ‘everything begins and ends at just the right moment and place’. The problem is that we don’t know when that moment is. And that being the case, no matter how well we know the place...”

She giggled, and put her knitting needles and the red garment in her bag.

“Anyway, my dear, I must go; it’s getting late. It’s been a real pleasure chatting with you. I hope you enjoy your time in Australia, and that we meet again. Maybe on another occasion I can prepare one of my delicacies for you in my restaurant.”

She rearranged the hair emerging from her little hat, which she then straightened on her head with a flirtatious gesture, and Blanca in turn stood up to say goodbye to her.

Blanca held the small, ring-less and surprisingly smooth hand offered to her. *A really pleasant woman, if somewhat eccentrically charming*, thought Blanca, moved, as she watched Bianca striding up the beach with an agility more typical of a girl than an elderly woman. But it wasn’t until Blanca got dressed that she realised that the liver spots on the back of the hand she had shaken minutes earlier had disappeared.

Too much sun, no doubt, she scolded herself later, when she was already installed at a restaurant table in front of a plate of prawns and a glass of Chablis; or maybe she needed to have her eyesight checked when she got back home, although she’d never suffered from myopia before. The restaurant was pleasant and light-filled, with framed posters on the walls from various Manly Jazz Festivals, which were held in early October. She enjoyed her meal and the delicate white wine, which she sipped slowly; she was secretly proud of her lengthy swim. *A small, intimate achievement, dear Blanca; you won’t turn into an Esther Williams, but you’ve exceeded expectations*, she told herself mockingly, but without malice, *and good God, was she actually laughing? How long had it been since she had had a good laugh?*

Before paying, she asked the young waiter a question, which he answered by shaking his head, and he returned a few minutes later with the reply that nobody there, neither the employees in the kitchen nor in the dining area, had ever heard of an Italian restaurant called *Mare Nostrum*, and was madam certain it was located in the area? The young man with his flaming red hair and goatee and freckled face was already reaching for his smartphone... Blanca stayed his hand with a gesture, as she assured him that it wasn’t important. It wasn’t urgent, and she herself could check the information that night in her hotel. Maybe she had misheard the name, she insisted somewhat forcefully as her fingers felt – but didn’t pull out – the crumpled old business card underneath the already-dry towel in her bag.

The owner of the fascinating “antiques” shop with its timeless mish-mash of “gifts” certainly did know the restaurant, however. She entered the shop as night was falling, exhausted after walking for several hours around the Spit Bridge area and on her way to the ferry which would take her back to the city. He was an elderly, white-haired man with a face tanned by sea air and a dark mole the size of a lentil beside his lower left lip. He had an e-cigarette stuck behind his right ear like the pencil of an old-fashioned shopkeeper.

“The *Mare Nostrum*,” he said, and a whistle of admiration emerged from between his overly white false teeth. “What a wonderful place it was, yes indeed. On Saturday nights, if the atmosphere was right, they pushed the tables to one side when the meals were done, and people danced. My word, they danced. My own parents met there, it was the perfect gathering place for people of Italian background; back then there weren’t many of us here in Manly. Not many, but exotic. When I was a child, they used to take me there for family celebrations, and I remember that the owner sang really well. She had a gorgeous voice, and lovely blond hair, that coppery shade they call Tuscan – I know that because I have a son who studied Art History and spent a year in Siena on a grant. She liked hats, even though they were outmoded by then, and she used to decorate them with cloth flowers she cut out herself. She used to say that she acquired some of that skill from her husband, whose parents were a dressmaker and a tailor. Apparently, his parents were killed in a Nazi extermination camp. He, *don* Leone, escaped deportation because some kindly neighbours hid him in time, and he emigrated to Australia a few years after the war ended. But his wife was from Victoria, though I can’t recall if she was from Melbourne or from Bendigo. They had four children, all born here, boys who played various musical instruments, including the harmonica, violin and double bass. Oh, and there was also an upright piano in the *Mare Nostrum*, I remember that clearly. What memories I have of *donna* Bianca leaning against that piano and singing, with a poster from a performance of Tosca on the wall behind her. No, my memory doesn’t deceive me; I can see it all as if it were yesterday and time had stood still.”

Blanca dropped the little glass paperweight with the seahorse inside it - *a tiny black eye the size of a pinhead looking at her from its glass afterlife* – as if it were burning her fingertips. She’d just chosen it for Samuel’s desk. It fell on top of an old, dented soldier’s helmet and made a noise like a gong, which made her shiver. Maybe some collector would buy the helmet soon, before the next Anzac Day commemoration.

Fortunately, the glass paperweight hadn't broken, she was relieved to see. The shop owner didn't even seem startled. He was watching her wide-eyed, his pursed lips suggesting genuine surprise.

"It's just that... What I mean is that you are too young to have known the *Mare Nostrum* in its heyday, before the tragedy, the fire which burnt it down to its foundations and killed all the owners early one morning in 1957. An electrical short-circuit for sure, even though for years, and for no good reason, people speculated that it was arson. A pyromaniac or somebody envious of their success, or so it was rumoured. In any event, a real tragedy, believe you me. The entire family was asleep in their apartment above the restaurant, and they died quickly, asphyxiated by the smoke. At least they weren't burnt by the flames, there would be few deaths more terrible than that. But tell me, do you have some connection with them? Are you a European relative of *don Leone*?"

She hastily stammered some nonsense and fled, unaware of the astonished look of the shop keeper who had followed her to the doorstep – "Forgive me, are you feeling unwell? Have I said something that annoyed you?" He stood there in the doorway for a while watching her, nervously chewing his fake cigarette.

Her heart was beating in an alarming manner, but she calmed down as she boarded the ferry when she saw it was half-empty. She sat down in a seat well away from the windows, because she suddenly felt terrified again by the immense expanse of darkness surrounding her, the myriad of lights flickering like candles which traced instantly-disappearing paths on top of the rolling water ("That Weir has made the warm, imprecise light of Renoir his own," her father used to say as he guided her towards the exit of the Cine Azul through the big, soft seats which encouraged dreams.)

She was frightened (*the white squall, black holes which give nothing back*) and yet she felt good... alive and well. So much so that she was fighting to keep her eyes open, fighting in vain against the tiredness of her hypnotic day, against the exhaustion seeping into her with the speed of a magic potion...

And suddenly, a soft touch on her shoulder; there was no longer the noise of the motor, *the ferry must have docked in Circular Quay*.

Confused, she opened her eyes, and the printout of the text emailed to her by Lilit Thwaites, the Spanish literary specialist she would meet the following week, slipped off her knees.

It was a lengthy article about the beautiful lacework on the old houses in Melbourne. "I'm sending it to you because I found it curious that in your graphic novel *Vórtice*, you've drawn exactly, down to the last detail, the building you can see in the first photograph of the article, which is of a school that no longer exists. I can't wait to hear when you discovered it, which book or architectural catalogue you found it in, and what made you choose it as the house where your protagonist grew up."

"My apologies for waking you up, but we're serving dinner. Would you prefer chicken or the pasta with vegetables?"

A polite, professional smile, calm blue eyes outlined with mascara. And a trolley, an airline uniform, and the progressive movement of seats.

"I think... uhm, pasta; yes, I prefer the pasta. Could you tell me how long we've been... how much longer before we arrive?"

The flight attendant was quickly getting the tray ready and organising the glass.

"Oh, Sydney is still far away; we only left Singapore two hours ago."

And then, as Blanca picked up the article and stuffed it into the seat pocket in front of her, she heard her neighbour say:

"Excuse me, but you dropped this as well. I saw it clearly; it was in among the pages you've just put away in front of you." He was holding out a crumpled old business card.

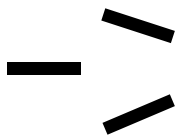
Blanca was about to say, "It's not mine; I've never seen it before," but she kept quiet because the man had put on his earphones again, and was tugging on the ring of his beer can with a bad-tempered expression on his face.

She smoothed it out with the palm of her hand.

She could only just read *Mare Nostrum Restaurant*.

And below that, *Bianca Stelle. Chef*.

She could barely decipher the rest of it, the faded letters were practically illegible, the ink had smudged or run. Why had she accepted the meal if she wasn't hungry? Again, that intense wish to sleep... To close her eyes as if she were sinking into the water (*into the ocean*) very, very slowly, over there, on the other side of the rocks.



Dos estampas australianas

**Lorenzo Silva
(2014)**

RIVALIDADES

Una semana entre Melbourne y Sídney sirve para darse cuenta de que el fenómeno de las rivalidades entre pares no sólo es universal, sino que tiende a establecerse con más intensidad cuanto más próximos están en todos los sentidos ambos términos de la comparación. Por lo demás, esta clase de duelos en todas partes se ajustan a la misma lógica alterada y cómica. Sídney y Melbourne son rivales del mismo modo en que lo son Madrid y Barcelona, o Getafe y Leganés, por mencionar dos ejemplos hispanos que conozco de primera mano. Porque tienen tanto en común, y se miran tanto la una a la otra, que eso impele a sus ciudadanos a exagerar tontamente las diferencias.



Me han contado cantidad de cosas graciosas sobre los de Sídney en Melbourne. Que si una es muy bonita y otra es la

inteligente. Que si se celebra un festival de ideas en Sídney y uno que va allí de Melbourne dice que eso que en Sídney llaman festival es en Melbourne una simple conversación. Que si Sídney es la película y Melbourne el libro... Etcétera.



Pero también en Sídney hablan de Melbourne. Que si se creen europeos cuando de europeos tienen lo mismo que cualquier otro australiano, o sea, cada vez menos. Que si se consideran la ciudad de la cultura cuando en Sídney hay mucha más vida cultural, de largo. Que si se consideran más auténticos porque su ciudad es más fea. *And so on.*





A mí, qué quieren que les diga, me han gustado las dos y de las dos he podido disfrutar sin reparos ni restricciones mentales de ninguna índole. Es lo bueno que tiene ser extranjero, que cada día que pasa me convengo más que es el status que deberíamos reclamar de forma permanente, para librarnos de identidades, patriotismos y sus latosos apóstoles.

No diré que no haya apreciado diferencias entre una y otra, ni negaré que el impacto emocional que en mí han producido es desigual. He estado más tiempo en Melbourne, donde además me he alojado en un barrio de verdad, South Yarra, con mi pequeño apartamento en el que incluso he podido trabajar y hacer un simulacro de vida australiana. Eso hace que quizá me lleve a Melbourne más metida en el corazón que a Sídney, donde sólo estuve dos días. Pero sería injusto con la ciudad y con la calidez que he recibido de su gente, comenzando por el equipo de la universidad de Sídney, que fueron junto al Instituto Cervantes mis anfitriones, y continuando con Michael Duffy, un excelente autor australiano de novela negra con el que tuve ocasión de mantener una interesante conversación pública, si dijera que me llevo de ella algo menos que un estupendo recuerdo.

He ido mezclando fotos hasta aquí y puede el lector jugar a adivinar si son de Sídney o Melbourne (aunque los conocedores tienen ventaja). No aprecio que una seduzca mucho más que la otra. Sídney tiene mejor emplazamiento y una arquitectura más espectacular, pero Melbourne tiene el encanto de su recogimiento y su atmósfera. Sídney es más asiática; Melbourne, en efecto, aunque los de Sídney lo pongan en duda, tiene un aire más europeo, mezclado con rasgos norteamericanos (como la propia Sídney, por otra parte).

En todo caso, Australia es un país que merece la pena, entre otras cosas, por los detalles de civilización y originalidad que ofrece al visitante. Para muestra, unos ejemplos:

Letrero a la entrada del Jardín Botánico de Sídney. Píden por favor al visitante que pise el césped. Y que huela las rosas, hable con los pájaros y se abraze a los árboles...



Antiguo depósito en que se alojaban los penados a su llegada a Sídney (es bien sabido que Australia se formó, en su origen, como colonia penitenciaria y con el aporte de presos enviados desde la metrópoli, a los que se honra como verdaderos padres fundadores). Hoy hay un excelente museo que recuerda su dura vida.



Paseo de los Enamorados en South Yarra, mi eventual suburbio de Melbourne. Es una senda de cemento que transcurre junto a la vía férrea y que sirve para atajar. Pero alguien decidió echarle poesía. Y ahora es algo más. Pasaba todos los días por ahí camino de la estación.



Y otra imagen de South Yarra, con su parquecillo y al fondo la torre de la iglesia de St. Kilda. Han bastado cinco días para tomarle cariño. Un pueblo que se preocupa de abrir esos pequeños espacios inútiles en medio de una ciudad suburbial, sabe de qué va la vida.



En fin, que como soy extranjero, me quedo las dos. Para qué elegir. Eso se lo dejo a quien, pobre, no tenga más remedio que dejarse llevar por el despotismo de la pertenencia.

FOOTY



Cualquier detalle contiene el universo; cualquier realidad aparentemente insignificante, anecdótica o marginal representa un mensaje sobre el todo. Tomemos como ejemplo el *footy*, que es como cariñosamente se conoce al fútbol australiano, uno de cuyos encuentros, el del pasado domingo entre dos equipos de Melbourne, el St Kilda y el Richmond (con paliza humillante para St Kilda por 119-55, dicho sea de paso), recoge la fotografía que abre esta entrada.

Es un deporte que a primera vista resulta algo extravagante, para qué nos vamos a engañar. Para empezar, se juega en un campo de críquet, y aunque se asemeja al rugby difiere de éste en dos aspectos bastante sensibles: 1. La pelota no se puede pasar con las manos (hay que lanzarla al compañero de un golpe o empujón dado con una de las dos manos mientras la otra la sujeta). 2. Los avances se producen básicamente a fuerza de patadas altas, culminadas con la interceptación de la pelota por otro compañero antes de que toque el suelo, lo que habilita a éste para lanzar un chut libre que según lo cerca que se esté de los palos puede acabar en *goal* (pelota que pasa entre los dos palos centrales, 6 puntos) o *behind* (pelota que pasa entre los dos palos de los extremos, sólo un punto).

El juego es bastante físico, con placajes que propician el contacto continuo entre los jugadores, pero es mucho más movido, más caótico y por tanto más divertido que el rugby o el fútbol americano. Todo el rato están pasando cosas, entre los 36 jugadores que se juntan en el campo entre los dos equipos, lo que requiere nada menos que la presencia de siete árbitros sobre el terreno.

La diferencia fundamental con, por ejemplo, nuestro fútbol, es el talante del juego y del público. Aunque los jugadores se están rozando todo el tiempo (y de vez en cuando se arrean con contundencia, e incluso lo hacen repetidamente, con una extraña pasividad por parte de los árbitros que se justifica, o eso



me dijeron, por un curioso sistema de sanciones por conductas antideportivas a posteriori, a partir del vídeo, que nunca engaña), el público observa una exquisita cortesía con los rivales. No hay insultos a los contrarios (cuando a algún aficionado se le escapa alguno, se le expulsa), y las dos aficiones están mezcladas sin que exista ninguna precaución para separar una de otra, ni siquiera a sus grupúsculos más fanáticos. Mi cicerone en la experiencia, el profesor Stewart King, de la universidad de Monash en Melbourne, y fiel seguidor del St Kilda, estaba rodeado de



fans de Richmond que no sólo lo trataron con exquisito respeto, sino hasta con un punto de piedad cuando en el tercer cuarto los Tigres (ésa es la mascota de Richmond) empezaron a fusilar una y otra vez los cuatro palos de su infortunado equipo.



Hay cánticos, ruidosas celebraciones de los goles (puede haber 40 o 50 por partido, entre *goals* y *behinds*) pero todo en un ambiente pacífico y de festejo que convierte el *footy* en un espectáculo básicamente familiar, lleno de matrimonios que acuden con todos los niños (y no es raro que los australianos, merced a los incentivos públicos a la natalidad, tengan tres o cuatro hijos). Este carácter lo ilustra bien lo que sucede en el descanso entre el segundo y tercer cuarto del partido, en que el campo se llena de chiquillos que entrenan supervisados por sus monitores sobre el mismo terreno de juego (en esta ocasión, todas eran niñas).

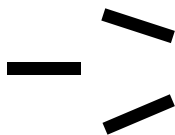


No quiero acordarme de lo que vi y escuché la única vez que he ido en mi vida a un estadio de nuestra Liga de las Estrellas, experiencia que en numerosos momentos de aquellos 90 minutos me hizo avergonzarme de pertenecer al género humano. Por no hablar del formidable gasto en antidisturbios para controlar el asunto y apacentar a los ultras que nosotros nos vemos obligados a hacer y que los australianos, con su envidiable concepto de la confrontación deportiva encarnado en el alegre y deslavazado *footy*, se ahorran para gastar en otros menesteres más provechosos.

De lo dicho, puede sacarse una conclusión: dime cuál y cómo es tu deporte rey y te diré qué clase de país eres. ¿O nos sublevamos contra esa idea y, o bien cambiamos las pésimas reglas de etiqueta de nuestro fútbol, o dejamos de darle la importancia abusiva y a ratos delirante que ha alcanzado, como acontecimiento cuasicentral de nuestra sociedad?

Quizá no sea mal momento, este de luto tras el Maracazo¹, para sopesarlo.

1 Referencia a la eliminación de la selección española en el Mundial de Brasil de 2014, acontecida en el histórico estadio de Maracanã.



Two Images of Australia

**Lorenzo Silva
(2014)**

RIVALRIES

A week divided between Melbourne and Sydney is enough to understand that rivalry between two similar entities is not only universal, but also tends to be more intense the closer they are to each other – ‘closer’ in every meaning of that word. Moreover, this type of duel universally conforms to the same overwrought and comical logic. Sydney and Melbourne are rivals in the same way that Madrid and Barcelona, or Getafe and Leganés are, to mention two Spanish examples that I know firsthand. They have so much in common, and each compares itself with the other to such an extent that this drives their respective inhabitants to exaggerate furiously the differences between them.



I've been told numerous amusing things about Sydney-siders in Melbourne: Sydney is beautiful; Melbourne is intelligent; a Melburnian attending a festival of ideas in Sydney says that what Sydneysiders call a festival is a mere conversation in Melbourne; Sydney is the film, Melbourne is the book... etc. etc.

But Sydneysiders talk about Melbourne in the same way: Melburnians consider themselves Europeans when they are no more European than any other Australian, that is, less and less; they consider themselves to be the city of culture when there's far more culture in Sydney; they consider themselves to be more authentic only because their city is uglier. And so on.



As for me, what can I say? I like both cities, and I've been able to enjoy both of them with no qualms or mental reservations of any kind. That's the advantage of being a foreigner, and with each passing day I'm becoming more and more convinced that this is a status we should all claim permanently, in order to free ourselves of identities and jingoism, and their maddening advocates.



I'm not suggesting that I haven't appreciated differences between the two, nor will I deny that the emotional impact they have had on me is different. I spent more time in Melbourne, where my accommodation was located in an actual suburb, South Yarra, in my own little apartment, in which I was even able to work and simulate life as an Australian. This may mean that Melbourne is more firmly installed in my heart than Sydney, where I spent only two days. But if I said that I took away anything other than a first-class memory of Sydney, it would be unfair both to that city and to the warm reception I received from its inhabitants, starting with the team at the University of Sydney, and the Cervantes Institute, who were my co-hosts, and continuing with Michael Duffy, a wonderful Australian crime fiction writer with whom I had the opportunity to share an interesting public conversation.



I've been inserting a mix of photographs up to this point, and the reader might like to play at guessing if they are of Sydney or of Melbourne – a game where those in the know clearly have an advantage. I don't deem one city to be more seductive than the other. Sydney is better placed and has more spectacular architecture, but Melbourne charms with its seclusion and its ambience. Sydney is more Asian; Melbourne, despite the doubts expressed by Sydneysiders, definitely has more of a European character, mixed with some North American flourishes – the latter also being true of Sydney, it has to be said.

In any event, Australia is a country worth visiting, because of the civilisation and originality it offers the visitor, among other things. Here are some examples, by way of illustration:

A sign at the entrance to Sydney's Royal Botanic Gardens. It asks the visitor to please walk on the grass – and smell the roses, talk to the birds, hug the trees...



The old barracks where convicts were housed on arrival in Sydney. It's a well-known fact that Australia was originally established as a penal colony with a direct contribution from prisoners sent from the mother country, who are now honoured as true founding fathers. The barracks have been converted into an excellent museum which bears witness to their hard life.



Lovers' Walk in South Yarra, my temporary suburb in Melbourne. It's actually a cement path which runs next to the train tracks and serves as a shortcut. But someone decided to add some poetry. I walked that way every day on my way to the station.



And another photo of South Yarra, with a little park and, in the background, the spire of a church in St Kilda. It took me only five days to become attached to that park. A community that concerns itself with opening up such small useless spaces in the middle of a city suburb knows what life is about.



In conclusion, since I am a foreigner, I'll keep both cities. Why choose? I leave that to the poor souls who have no choice but to allow themselves to be carried along by the despotism of belonging.

FOOTY



Any detail contains the universe; any seemingly insignificant, anecdotal or marginal reality provides a message about the whole. As an example, let's take footy, as Australian Rules Football is affectionately called. The photo which heads this entry captures one such encounter between two Melbourne teams. St Kilda and Richmond – St Kilda was given a humiliating thrashing, by the way (119-55).

At first sight, let's not kid ourselves, footy seems a somewhat extravagant sport. For starters, it's played on a cricket ground, and while it might resemble rugby, it differs in two fairly evident ways: (i) the ball can't be thrown from one player to another; it has to be punched with one hand while being held by the other. (ii) The ball is advanced primarily through long kicks, ideally to be caught by a team mate before it touches the ground, thereby allowing him a free kick which, depending on how close that player is to the goal posts, might end up in a goal. The ball passes between the two inner posts for a goal, worth 6 points, and between the inner and outer posts for a single point or behind.

The game is quite physical, with tackles that result in constant contact between the players, but it is much faster, chaotic and thus more entertaining than rugby or American football. Something's happening all the time, given there are thirty-six players on the field all up, and it calls for no fewer than seven umpires on the ground.



An example of a fundamental difference between footy and what we call football is the disposition of the players and the spectators. Rival spectators observe an exquisite politeness towards each other, despite the constant contact between the players, who periodically bump each other with considerable force, and even do so repeatedly. This produces a strangely passive reaction from the umpires which, they tell me, is justified by a curious post-match penalisation process based on reports from the umpires and the screening of match videos that never lie. Insults are not traded between opposing supporters (any fan who lets loose with one is often ejected) and the supporters of the two teams sit together without any need for preventive measures to separate them, even between the most fanatical groups of supporters. My guide for this experience, Dr Stewart King of Monash University in Melbourne, a faithful St Kilda supporter, was surrounded by Richmond fans who not only treated



him with perfect respect, but even with a degree of compassion when, in the third quarter, the Richmond Tigers (they have a tiger as their mascot) began to pepper his unfortunate team's goal posts again and again.



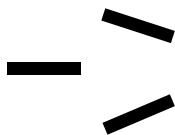
There are chants, and noisy celebrations of goals (there can be up to 40 or 50 goals and behinds in a game), but it all takes place in a peaceful and festive atmosphere which converts footy into a family show, packed with couples who attend with all their children – and it's not so unusual for Australians to have three or four children, thanks to government child incentives. This family atmosphere is well-illustrated by what happens at half-time when the ground is invaded by young children – all girls on this occasion – who take part in supervised practice matches on the same playing surface.



I'd rather forget what I saw and heard the only time I went to a stadium to watch a *La Liga* game in Spain. It was an experience which, on numerous occasions during those 90 minutes, made me ashamed to belong to the human race. Never mind the enormous anti-riot resources for which we are obliged to fork out to keep the game under control and gratify the fanatics, an expense the Australians, with their enviable concept of sporting confrontations brought to life in their cheerful and anodyne footy, don't require, allowing them to spend a great amount of money on more useful matters.

You can reach one conclusion from the above: tell me what your national sport is, and how it is played, and I'll tell you what sort of country you are. Will we Spaniards rise up against our approach, and either change the awful behaviour at our football games or stop giving them the excessive and at times outrageous importance they have attained as quasi-central events in our society?

The time of mourning after the elimination of the Spanish side in historic Maracaná Stadium during the 2014 World Cup in Brazil might not be a bad moment to consider this.



Milenio Carvalho. II. En las antípodas.¹

Manuel Vázquez Montalbán
(2003)

Darwin fue un anticipo modesto de lo que iban a ver en Australia: intentos de conservación de mansiones estilo georgiano, modernidades que presagiaban las futuras obras monumentales de un país rico y poco poblado, la irrupción de una naturaleza difícilmente domesticable e indígenas, muy pocos, tratados como especie protegida, a ser posible pintada de blanco para demostrar su religiosidad ancestral y su alegría por haber llegado a la condición de muestrario antropológico. Como principal atracción del aborigen libre en la naturaleza libre disponían del parque de Kakadu, tan bien descrito por Paganel como centro religioso, y podían acercarse a él si decidían hacer el viaje por carretera, casi cuatro mil kilómetros de buena carretera separaban Darwin de la costa del sudeste donde Australia tenía la cabeza en sus pies, en Sydney y todo lo demás. De momento se hospedaron en un motel situado casi en el centro de la ciudad, construcción que parecía haber sido realizada por algún decorador de Hollywood. No había que tocarlo más. Era el motel. Fuera estaba el mundo, es decir, las calles y los establecimientos llenos de chinos, tailandeses y malayos, confirmación del eslogan de que Darwin era la puerta de Asia, pero ¿en qué sentido se abría? Los australianos son los ricos, los verdaderos ricos del Pacífico sur y se gastaban el dinero como turistas en el sudeste asiático, en Indonesia, en Bali, al precio de ser repatriados como cadáveres víctimas de un terrorismo que odiaba el turismo. A cambio de exportación de turistas, Darwin y Australia entera importaban mano de obra y las ofertas de trabajo llenaban páginas y páginas de los diarios locales, así como artículos que denunciaban la inmigración ilegal desde todas las Asias y Polinesias pobres que Australia llevaba sobre su cabeza como una corona de vacaciones y mano de obra baratas.

¹ Fragmento de *Milenio Carvalho. II. En las antípodas*. (Planeta, 2004, pp. 111-116).
© Manuel Vázquez Montalbán, 2004, y herederos de Manuel Vázquez Montalbán.

—Darwin es famosa por sus casinos —les avisó el recepcionista del motel, incitándoles a cumplir con el rito de vaciarse los bolsillos en las ruletas, pero prefirieron irse a la playa a proseguir la conquista del bronceado interrumpido en Bali.

Fue una inútil batalla con las medusas, tantas vivas en el mar como muertas y amontonadas sobre la playa de Mindil. Así que reservaron el cupo de sol para cuando volvieran al motel y su piscina y callejearon por un mercadillo antes de comer en un restaurante italiano, ilusionados por salir del círculo cerrado de la cocina indonesia del cacahuete. Tras la *saltimbocca*, preguntaron a un camarero si era fácil encontrar trabajo en Australia como cocinero o como guardaespaldas.

—Son los dos oficios con más porvenir. Pero les aconsejo que se acerquen a la tabla de anuncios del Youth Hostel, siempre hay ofertas de trabajo sorprendentes.

No sólo había ofertas de trabajo sorprendentes, sino también campañas de descrédito contra determinados establecimientos o productos, algo así como un *dazi bao* maoísta al servicio de la buena salud del capitalismo optimista y de su mejor sujeto histórico de cambio, el hombre fugitivo. También había anuncios de citas y declaraciones de amor, por lo que Carvalho opinó que hay muchas variantes del sistema de mensajes de la botella del naufrago. Y de pronto sus cuatro ojos se concentraron en un aviso en inglés, castellano y vasco en el que un tal Severo Oñate decía: «Navegante solitario vasco necesitaría dos o tres compañeros de viaje para la travesía del Pacífico de Sydney a Valparaíso. Velero en muy buenas condiciones y larga experiencia como navegante solitario. No se demandan conocimientos expresos de navegación, pero sí mucha paciencia y capacidad de resistir al sueño. Imprescindible partir de Sydney a comienzos de octubre, no más tarde del día 15. Razón en Taberna Dimitrios, junto al Sydney Casino. Por las mañanas preguntar por Ritzos».

No se dijeron nada, pero Biscuter tomó nota del escrito y cuando se sentaron en el bar del Youth Hostel comprobaron que también allí se intercambiaban informaciones, avisos, compromisos a veces de mesa a mesa y en voz alta. Los viajeros empedernidos competían con el pregón maximalista de sus expediciones por Australia.

—Jefe, estamos viviendo un fragmento de un libro, *Boomerang*, de Xavier Moret. Fui leyendo libros de viajes antes de salir y en mi bolsa llevo alguno. Entre los que leí estaba el que le he citado y habla de esto, del Youth Hostel, y del tipo de conversaciones que estamos escuchando.

—Libros. Hace tiempo que no quemo ningún libro. Tampoco cocino. Tú has podido hacerlo en el barco *Kruiser*. Un día voy a quemar un libro de esos cínicamente considerados fundamentales.

Tras las cervezas, Carvalho secundó a Biscuter en su proyecto de visitar la tienda llamada nada menos que Northern Territory General Store, donde se vendía todo lo necesario para disfrazarse de explorador o para serlo.

—¡Desde un alfiler a un elefante! —exclamó Biscuter al abarcar el muestrario de aquel negocio dedicado a la ensoñación de la aventura.

Se refería al anuncio de un antiguo bazar barcelonés en el que no podías comprar ni un alfiler ni un elefante, pero casi todo lo que superara al uno sin llegar al otro. De aquel bazar de Darwin podías salir montado en tu jeep de segunda o tercera mano, vestido como un cazador de cocodrilos, imprescindible un sombrero Akubra, marca australiana de más de ochenta años que ya se ha paseado por todo el mundo subida a la cabeza de cuantos actores australianos han poblado las pantallas cinematográficas, desde Mel Gibson, el intérprete de *Mad Max*, hasta Paul Hogan, el de *Cocodrilo Dundee*. Se compraron sombreros y posaban con ellos en la cabeza ante todos los cristales de los aparadores de aquel barrio comercial.

—Realmente, jefe, sería de puta madre y barato.

—¿El qué?

—Atravesar el Pacífico con ese vasco y con este sombrero. Entonces sí que de turismo nada de nada. Somos viajeros y nos pondrán un anuncio en el pecho: «Carvalho y Biscuter, viajeros infinitos».

—Parece el nombre de una campaña de guerra norteamericana. ¿Cómo vamos a atravesar el Pacífico como auxiliares de navegante solitario, vasco por más señas? Para empezar ¿Tú sabes nadar?

—Malamente, jefe, pero me defiendo.

—Te defiendes, claro. ¿Y si se te echa encima una ola de diez metros? ¿Tú sabes lo que es nadar entre olas de diez metros? Además, ¿cómo conservaríamos estos preciosos sombreros en la cabeza con los vientos que soplan?

—También es mucha chamba que te toque un mar de esos. Pero reflexione: ¿qué otra oportunidad le queda de recibir una oferta semejante? ¿Cuándo llegará a Valparaíso sobre un velero conducido por un capitán vasco que se llama Oñate?

—Tampoco aprovecharía la de ir a la Antártida o al Ártico, al Polo Norte. Este viaje sólo lo planeé a medias y sé por

ejemplo que no iré a Nueva York ni a Pekín y, sin embargo, me encantaría bajar hasta Tierra del Fuego, hasta un lugar que se llama Ushuaia, construido por presidiarios. Me quedé con las ganas cuando estuve por Buenos Aires.

—Valparaíso, Buenos Aires, Ushuaia.

— Tú lo tienes fácil para llegar a los sitios. Ni se llega a los sitios simplemente enunciándolos, ni se poseen las cosas llamándolas por su nombre.

Permaneció taciturno Carvalho tres manzanas y propuso ir a ver la puesta de sol en East Point, «la más hermosa puesta del sol del mundo», decían los letreros distribuidos por los tabloneros de anuncios callejeros. A veces el aviso no era tan contundente o excluyente: «Tal vez las dos más hermosas puestas del Sol sean Cap Sunion en Grecia y East Point en Australia. East Point la tiene más cerca».

— ¿Dejamos de ejercer como corresponsales de *El Meridional Intransigente*? Gracias a eso nos han traído a Darwin.

— ¿Qué quiere hacer? ¿Contar los cadáveres de los turistas australianos repatriados?

—Lo que hemos hecho es una pillería. Tampoco quisiera que esta experiencia viajera, tan lejana ya de *La vuelta al mundo en ochenta días* como de *Don Quijote* o de *Bouvard et Pécuchet*, se convirtiera en *La vuelta al mundo de dos pilletes*, uno de los libros que más me han gustado en toda mi vida.

Sobre el mar el sol se puso malva mientras se iba hacia el océano Índico y más allá, mucho más allá, España.

—Estamos en las Antípodas, Biscuter. Realmente las antípodas, mejor dicho: la Antípoda, existe. Y si hemos llegado a la Antípoda, tienes razón ¿por qué no atravesar el Pacífico en un barco de vela?

—Tal como se lo plantea tiene lógica, pero no la tiene. No quisiera yo que nos ahogáramos y luego viniera usted con reclamaciones.

De vuelta al motel, pidieron al recepcionista un plano de Australia y recibieron el más adecuado, el que describía todos los puntos de interés turístico que reunía el continente y muy especialmente los considerados patrimonio de la humanidad, el Kakadu National Park; la Gran Barrera de los Arrecifes; el Shark Bay o cobijo de grandes mamíferos marinos; el parque de Uluru-Kata Tjuta, lleno de aborígenes y dotado del monolito más grande del mundo; la isla de Tasmania; los yacimientos arqueológicos de Willandra Lakes; los trópicos húmedos de Queensland. El dedo de Biscuter saltaba de objetivo en objetivo y se detenía especialmente allí donde había animales. El koala

le atraía especialmente, pero a Carvalho le parecía un animal tristísimo.

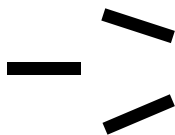
—Es de esos animales que ponen cara de haber comprendido lo brutal que puede ser el llamado Rey de la Creación. Biscuter, nunca volveremos a Australia.

—Nunca más podremos atravesar el Pacífico como navegantes solitarios.

—Vistos los plazos que nos concede el vasco, deberíamos ir a Sydney en avión y me da rabia dejar tantas cosas sin ver allí debajo.

Parecía impactado Biscuter por el último argumento y nada más dijo hasta que al día siguiente Carvalho se presentó con dos billetes de avión para Sydney. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, jefe. Nunca he sido navegante solitario. Nunca atravesé el Pacífico en un barco de broma, supongo. Será como volver a nacer, pero yo le prometo que algún día, no tan lejano como usted pueda suponer, yo le proporcionaré una resurrección todavía más espectacular.



Millennium Carvalho. II. In the Antipodes.¹

Manuel Vázquez Montalbán
(2003)

Darwin was a modest foretaste of what they were going to see in Australia: attempts at conservation of Georgian-style mansions, together with structures of a modernity that foreshadowed the monumental works of a rich and sparsely populated nation, the outbreak of a nature hard to domesticate, and indigenous people, very few of them, treated almost like a protected species, ideally painted with white pigment to demonstrate their ancestral religiosity and their delight at having attained the status of an anthropological collection. The travellers had at their disposal Kakadu National Park, the main tourist attraction with free Aboriginal people in a natural landscape, so well described by Paganel, [their French geographer “friend”], as a religious centre. They could get there if they decided to travel to Sydney by road. About four thousand kilometres of highway separated Darwin from the south-east coast where Australia had its head at its feet—in Sydney and thereabouts. For the time being, they took up residence in a motel almost in the city centre. The building seemed to have been put together by some Hollywood set designer; it needed nothing more. It was the motel. Outside was the world, in other words, streets and establishments full of Chinese, Thais and Malaysians, confirmation of the saying that Darwin was the gateway to Asia, but – which way did it open? Australians were rich, the genuinely rich people of the South Pacific. In return for spending their tourist dollars in Southeast Asia – Indonesia, Bali – they were repatriated as corpses, victims of a terrorism which detested tourism. In return for the export of tourists, Darwin and the whole of Australia imported cheap labour. The local papers were full of offers of work accompanied by articles denouncing illegal immigration from all the poor Asian and Polynesian countries which crowned the Top End of Australia with cheap holidays and labour.

1 An extract from *Milenio Carvalho. II. En las antípodas* (Planeta, 2004, pp. 111-116). © Manuel Vázquez Montalbán, 2004, y herederos de Manuel Vázquez Montalbán.

“Darwin is famous for its casino,” the motel receptionist told them, urging them to honour the ritual of emptying their pockets at the roulette tables, but they preferred to go to the beach to resume their quest for suntans, interrupted in Bali.

It was a hopeless battle with jellyfish, both living ones in the sea and dead ones piled up on Mindil Beach. So they saved their quota of sun for their return to the motel with its swimming pool, and roamed through a small market before having a meal in an Italian restaurant, delighted that they were finally stepping out of the never-ending loop of peanut-based Indonesian cooking. When they’d finished their *saltimbocca*, they asked the waiter if it was easy to find work in Australia as a cook or a bodyguard.

“They’re the two professions with the best prospects. But I’d advise you to head for the noticeboard in the Youth Hostel; there are always surprising job offers there.”

There were not only surprising job offers, but also campaigns – a bit like the Maoist political posters or *dazi bao* in China – to discredit certain establishments and products and preserve the good health of optimistic capitalism and its best change-inspiring figure historically, the bushranger. There were also notices about get-togethers, and declarations of love, which led Carvalho to opine that there were many variations on the castaway’s message-in-a-bottle. Suddenly, both pairs of eyes locked onto a message in English, Spanish and Basque in which a certain Severo Oñate stated: “Solo Basque yachtsman requires two or three travelling companions for a crossing of the Pacific from Sydney to Valparaíso. Yacht in excellent condition; protracted experience as a solo sailor. Specific sailing knowledge not required but must have a great deal of patience and an ability to do without sleep. Must depart Sydney early October, no later than the 15th. Inquiries: Dimitrios Tavern, near the Sydney Casino. Mornings only, ask for Ritzos.”

They didn’t exchange a word, but Biscuter wrote down the details and when they sat down at the Youth Hostel bar, they recognised that information, notices and appointments were also exchanged there, sometimes from table to table and out loud. Hardened travellers competed to make the loudest pronouncements about their expeditions throughout Australia.

“Boss, we’re living out a fragment of a book – *Boomerang* by Xavier Moret. I was reading travel books before we left and still have the odd one in my bag. The one I mentioned before was among those I read, and he talks about this, about Youth Hostels, and the sorts of conversations we’re listening to.”

“Books. It’s been a while since I burnt one. Or since I cooked. You were able to cook on the cruise ship. One of these

days I'll go back to burning books that are cynically considered fundamental."

After their beers, Carvalho went along with Biscuter's plan to visit a shop called nothing less than The Northern Territory General Store, where they sold everything you might need to be, or to disguise yourself as, an explorer.

"From a pin to an elephant!" exclaimed Biscuter when he saw the products that the business dedicated to adventure fantasies.

He was referring to the advertisement for an old bazaar in Barcelona where you couldn't buy either a pin or an elephant, but just about everything in between. You could head out from that shop in Darwin mounted on your second- or third-hand jeep, dressed like a crocodile hunter, and wearing the indispensable Akubra – an Australian brand of hat, that has been around for more than eighty years, and has already travelled the entire world on the heads of the many Australian actors who have populated cinema screens, from Mel Gibson of *Mad Max* fame to Paul Hogan from *Crocodile Dundee*. Carvalho and Biscuter purchased the hats and posed wearing them in front of all the shop windows of the business district.

"Honestly, boss, it would be fucking great, and cheap."

"What would?"

"Crossing the Pacific with that Basque and this hat. Then it really would have absolutely nothing to do with tourism. We'll be travellers, and they'll put a sticker on our chests: 'Carvalho and Biscuter, eternal voyagers'."

"It sounds like the name of a North American military campaign. How are we going to cross the Pacific as assistants to a solo yachtsman, and a Basque to boot? For starters, can you swim?"

"Poorly, boss, but I can get by."

"You can hold your own, no question. But if a ten-metre wave washes over you? Do you have any idea what it's like to swim in ten-metre waves? And on top of that, how would we keep these precious hats on our heads in the winds that blow?"

"It would be a sheer fluke to encounter seas like that. But think about it: what other chance do you have of getting such an offer? Making it to Valparaíso on board a yacht captained by a Basque called Oñate?"

"I wouldn't accept an offer to go to the Antarctic or the Arctic, to the North Pole, either. I only half-planned this voyage, and I know, for instance, that I won't go to New York or to Beijing. Nevertheless, I'd love to go down as far south as Tierra del

Fuego, to a place called Ushuaia, built by prisoners. I really felt like doing it when I was in Buenos Aires.”

“Valparaíso, Buenos Aires, Ushuaia.”

“It seems easy for you to get to those places. But you can’t get there just by saying their names out loud, and you don’t possess things simply by naming them.”

Carvalho remained taciturn for three blocks and then proposed going to East Point to see the sunset – ‘the most beautiful sunset in the world,’ according to posters stuck on street noticeboards. Sometimes the advertisement was neither as forceful nor as exclusive: ‘Perhaps the two most beautiful sunsets are Cape Sounion in Greece and East Point in Australia. East Point is closer.’

“Are we going to stop posing as correspondents for *El Meridional Intransigente*? It was thanks to that ruse that the Australians transported us to Darwin.”

“What do you want to do, boss? Count the bodies of the repatriated Australian tourists?”

“What we’ve done is a dirty trick. I wouldn’t want this travel experience—already as far removed from Jules Verne’s *Around the World in Eighty Days* as is Cervantes’ *Don Quixote* or Flaubert’s *Bouvard and Pécuchet*—to turn into de la Vaulx and Galopin’s *Around the World with Two Brats*, one of the most enjoyable books I’ve ever read.”

The sun above the sea turned mauve as it headed towards the Indian Ocean and farther, much farther, to Spain.

“We’re in the Antipodes, Biscuter. Actually, it would be more accurate to say in the antipode: the opposite side of the world from Spain. And if we’ve reached the antipode, then you’re right, why not cross the Pacific in a yacht?”

“The way you formulate it has logic, but it isn’t logical. I wouldn’t want us to drown and then have you coming after me with complaints.”

Back in the motel, they asked the receptionist for a map of Australia and were given the most relevant one, which described all the tourist points of interest on the continent and in particular, those that were World Heritage sites – Kakadu National Park; the Great Barrier Reef; Shark Bay, the refuge of huge marine mammals; Uluru-Kata Tjuta, full of Aboriginals and graced with the world’s biggest monolith; Tasmania; the Willandra Lakes archaeological site; the rainforests of Queensland. Biscuter’s finger jumped from one location to the next, pausing especially wherever there were animals. He was particularly taken with koalas, although to Carvalho, the koala seemed a very sad animal.

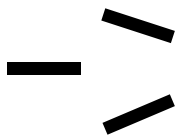
“It’s one of those animals which look as if they’ve understood how brutal the so-called King of Creation can be. Biscuter, we’ll never return to Australia.”

“We’ll never again cross the Pacific as solo sailors.”

“Given the time frame allowed by the Basque, we should fly to Sydney. It infuriates me to leave so many sights unseen Down Under.

The latter argument seemed to have an impact on Biscuter, who said nothing more until the next day when Carvalho turned up with two plane tickets to Sydney. His eyes filled with tears.

“Thanks, boss. I’ve never been a solo sailor. I guess I never sailed the Pacific in a pretend ship. It will be like being born again, but I promise you that one day, not as far into the future as you might suppose, I’ll provide you with an even more spectacular resurrection.”



Los autores/The authors

Guillermo Altares (Madrid, 1968)

Es periodista, actualmente trabaja como editorialista en el diario español *El País*, y autor de un libro recién publicado, *Una lección olvidada: Viajes por la historia de Europa* (Tusquets). En este periódico ha ejercido como redactor jefe del suplemento cultural *Babelia*, de la edición digital y de la sección de Internacional, además de haber viajado como enviado especial a numerosos acontecimientos internacionales, como la caída de los talibanes en 2001, la posguerra de Irak en 2003, la guerra de Israel contra Líbano en 2006 o los atentados contra París en enero y noviembre de 2015. Escribió el libro *Esto es un infierno: Los personajes del cine bélico* (Alianza). También trabajó en el desaparecido diario *El Sol* y en la agencia France Presse. Es Caballero de las Artes y las Letras de la República Francesa.

Guillermo Altares currently works as an editor for the Spanish newspaper *El País*, and is the author of the recently published book *Una lección olvidada: Viajes por la historia de Europa* (Tusquets, 2018) and also of *Esto es un infierno: Los personajes del cine bélico* (Alianza, 1999). At *El País*, he has served as editor-in-chief of its cultural supplement, *Babelia*, of the International section, and of the electronic version of the paper. He was sent by the paper as a special correspondent to cover international events such as the fall of the Taliban in 2001, post-war Iraq in 2003, the war between Israel and Lebanon in 2006, and the Paris terrorism attacks in January and November 2015. He also worked for the now-defunct paper *El Sol* and for Agence France Presse. He is a Chevalier of the Order of Arts and Letters of the French Republic.

Elia Barceló (Elda, Alicante, 1957)

Estudió Filología Anglogermánica en la Universidad de Valencia (1979) y Filología Hispánica en la Universidad de Alicante (1981). Se doctoró en literatura hispánica por la Universidad de Innsbruck, Austria (1995).

Ha recibido el Premio Ignotus de relato fantástico de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción (1991), el Premio Internacional de Novela Corta de Ciencia Ficción de la Universidad Politécnica de Catalunya (1994) y el Premio EDEBÉ de literatura juvenil (1997, 2006).

Es considerada como una de las tres grandes escritoras de género fantástico en lengua española junto con la cubana Daína Chaviano y la argentina Angélica Gorodischer. Aparte del género fantástico, el que la hizo popular y con el que ganó diversos premios, ha cultivado también la novela juvenil, lo que le ha valido grandes reconocimientos y la concesión de dos premios Edebé en 1997 y 2006. En 2007 fue reconocida por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror con el Premio Gabriel, galardón honorífico reservado para las más importantes personalidades del género fantástico en España, siendo la primera mujer en conseguirlo.

Ha publicado novelas, ensayo y más de veinte relatos en revistas españolas y extranjeras, más novelas juveniles. Su obra ha sido traducida a más de 18 lenguas, entre ellas, al francés, italiano, catalán y esperanto. En 1994 y 1995 colaboró en *El País de las Tentaciones* con artículos de opinión. Su obra más reciente es *El eco de la piel*.

Más información sobre la autora se encuentra en: <http://escritoras.com/escritoras/Elia-Barcelo>

Elia Barceló is both an academic specialising in Hispanic and Germanic literatures and a writer. She has written science fiction, fantastic and horror fiction, crime and historical novels, essays, and fiction for young adults. She has been recognised with many literary prizes, including the UPC de Novela Corta, the Ignotus and 2 Edebé prizes.

In 2007 she was the first woman to be awarded the Premio Gabriel by the Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, an honour awarded to outstanding Spanish writers of fantastic fiction. Her most recent novel is *El eco de la piel*.

Her work has been translated into 18 languages including French, Italian, Catalan and Esperanto. Her fiction available

in English includes the novels *The Goldsmith's Secret* and *Heart of Tango*.

Additional information about the author is available at:
<http://escritoras.com/escritoras/Elia-Barcelo>

Esteban Bedoya (Asunción, Paraguay, 1958)

Siendo niño, Bedoya viajó a Buenos Aires con su familia, allí creció, comenzó a escribir, estudió, se recibió de arquitecto. Durante los años de la dictadura de Stroessner, compartió parte de su tiempo entre actividades políticas con los exiliados paraguayos, y la práctica de la escritura en talleres literarios, habiendo ganado premios de la Asociación Latinoamericana de Poetas (1982) y de la Editorial Helguero (1983).

Su libro, *La fosa de los osos* (2003) y su novela *El coleccionista de orejas* (2013) han sido traducidos al francés, y ésta última se está traduciendo al italiano. *El Apocalipsis según Benedicto*, recibió el premio PEN American Center/Lily Tuck, 2010, fue traducida al inglés y se presentó en abril 2013 en Australia. *Las ensaladas de la señorita Giselle*, fue presentada en Paraguay en el 2016, y una edición bilingüe castellano-inglés está disponible en versión ebook.

Sus textos son obras en las que el autor describe la realidad a través de personajes paraguayos - muy latinoamericanos -, o por medio de la “manipulación” de personajes cuasi históricos, fórmula que se repite en sus dos últimos libros, ambientados en Australia: *La buena suerte de Olivo Monguto y otros relatos australianos* (2017) y *!Aguante Arzamendia!* (2018); ambos libros son el resultado de años de trabajo durante su estadía en Melbourne y Canberra.

Bedoya fue candidato al Premio Nobel de Literatura en el año 2017, propuesto por el PEN Paraguay.

Más información sobre el autor se encuentra en: www.estebanbedoya.com.au

As a child, **Esteban Bedoya** travelled with his family to Buenos Aires, where he grew up, began to write, studied, and received a degree in architecture. During the years of the Stroessner dictatorship, he shared his time between political activities with the Paraguayan exiles and the practice of writing in literary workshops. He won prizes from the Latin American Association of Poets (1982) and the Editorial Helguero. (1983).

His book, *The Pit of the Bears* (2003) and his novel *The Ear Collector* (2013) have been translated into French, and the latter is being translated into Italian. *The Apocalypse according to Benedict*, received the PEN American Center Lily Tuck Prize, 2010, was translated into English and presented in Australia in April 2013. *The Salad Girl* is a novella presented in Paraguay in 2016, and is available as a bilingual Spanish-English ebook.

His texts are works in which the author describes reality through Paraguayan characters – very Latin American characters – or through the “manipulation” of quasi-historical characters, a formula that is repeated in his last two books, both set in Australia: *The Good Luck of Olivo Monguto and Other Australian Tales* (2017, Arandura Editorial) and *¡Aguante Arzamendia!* (2018, Arandura Editorial). Both books are the result of years of work during his time in Melbourne and Canberra.

Bedoya was a candidate for the Nobel Prize in Literature in 2017, proposed by PEN Paraguay.

Additional information about the author is available at: www.estebanbedoya.com.au

Jorge Carrión (Tarragona, 1976)

Nació en Tarragona en 1976 pero ha pasado la mayor parte de su vida en Mataró y Barcelona. Es doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y director de su Máster en Creación Literaria. Ha vivido en Buenos Aires, Rosario y Chicago. Publica regularmente en diversos medios, entre ellos *The New York Times en Español*, *El País*, *La Vanguardia* y *Letras Libres*. Es autor de la tetralogía de ficción *Las huellas* (conformada por *Los muertos*, *Los huérfanos*, *Los turistas* y *Los difuntos*) y de varios libros de no ficción, entre los que destacan *Australia. Un viaje*, *Teleshakespeare*, *Librerías* y *Barcelona. Libro de los pasajes*.

Fue comisario de la exposición *Las variaciones Sebald* del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Ha sido traducido a diez idiomas.

Más información sobre el autor se encuentra en: www.jorgecarrion.me

Jorge Carrión was born in Tarragona in 1976, but he has lived in Mataró and Barcelona most of his life. He has a PhD in Humanities from the Pompeu Fabra University, Barcelo-

na, and directs the Master in Creative Writing at the same institution. He has lived in Buenos Aires, Rosario and Chicago. He publishes regularly in several journals and magazines such as *El País*, *La Vanguardia* and *Letras Libres*. He is the author of a tetralogy of fiction (*Los muertos*, *Los huérfanos*, *Los turistas* and *Los difuntos*) and is also the author of various non-fiction books, such as *Australia. Un viaje*, *Teleshakespeare* and *Librerías*.

He was the curator of the exhibition “Las variaciones Sebald”, in the Contemporary Culture Center of Barcelona (CCCB). His work has been translated into 10 languages, including Chinese, Portuguese, Italian, German, French, Polish and English. His most recent translation into English is *Bookshops*.

Additional information about the author is available at: www.jorgecarrion.me

Nicolás Casariego (Madrid, 1970)

Escritor y guionista, es autor de varias novelas, entre ellas *Cazadores de luz* (finalista Premio Nadal 2005), *Antón Mallick quiere ser feliz* (traducida al inglés por Hispabooks) y *Carahueca*, la novelización de su guión *Intruders*, coescrito con Jaime Marques, dirigido por Juan Carlos Fresnadillo y protagonizado por Clive Owen.

Ha publicado los libros de relatos *La noche de las doscientas estrellas* y *Lo siento, la suma de los colores da negro*, y el ensayo *Héroes y antihéroes en la literatura*. Es autor también de los cinco libros infantiles de la serie *Marquitos* y de numerosos artículos de viajes y colaboraciones en periódicos como *El País*, *El Mundo* y *ABC*, y en revistas como *Sibila*, *Letras Libres* o *Words Without Borders*.

Ha impartido talleres de escritura y conferencias. Ha escrito y dirigido la obra teatral *Amor casual*. Ha sido escritor residente en Ledig House, Nueva York. Ha sido autor invitado en festivales literarios de Londres, Nueva York, Melbourne, Dublín y Toronto, entre otros.

Nicolás Casariego, writer and scriptwriter, is the author of several novels, among them *Cazadores de luz* (finalist Premio Nadal 2005), *Antón Mallick quiere ser feliz* (*Antón Mallick Wants to be Happy*, Hispabooks) and *Carahueca*, a novelised version of his film script *Intruders*, co-written with Jaime Marques, directed by Juan Carlos Fresnadillo, starring Clive Owen.

Casariego has also published several collections of short stories and an essay about literature's heroes and antiheroes titled *Héroes y antihéroes*. He has also written *Marquitos*, a series of 5 books for children. He is the author of numerous travel pieces and has collaborated with several newspapers and literary magazines including *El País*, *El Mundo y ABC*, and *Words Without Borders* and *Letras Libres*.

He has directed creative writing workshops and given lectures on his work in Spain and abroad, and written and directed the stage play *Amor casual*. He has been a writer in residence at Ledig House, New York and an invited guest at literary festivals in London, New York, Melbourne, Dublin and Toronto. Several of his books have been translated into English.

Víctor del Árbol (Barcelona, 1968)

Fue seminarista durante cinco años antes de cursar estudios en Historia en la Universidad de Barcelona y trabajó como funcionario de la Generalidad de Cataluña entre los años 1992 y 2012 (Mosso d'escuadra).

Participó dos años como locutor y colaborador con el programa radiofónico de realidad social "Catalunya sense barreres" (Radio Estel, ONCE).

Fue finalista del Premio Fernando Lara en 2008 y ganó el Premio Tiflos de Novela, organizado por la ONCE, en 2006 con *El peso de los muertos*. En 2011 publicó *La tristeza del samurái* (Editorial Alrevés). Cuenta con numerosos premios, entre ellos, Le Prix du Polar Européen 2012 a la mejor novela negra europea que otorga la publicación francesa *Le Point* en el festival de Novela Negra de Lyon, le Prix Quercy Noir 2013, de Cahors, y el Premio Tormo Negro, otorgado por el Club de Novela Criminal de la Biblioteca Fermín Caballero, de Cuenca, en 2013. Su obra más reciente es *Antes de los años terribles* (Destino, 2019).

Víctor del Árbol holds a degree in History from the University of Barcelona. He worked as a civil servant (*mosso d'escuadra*) from 1992 until 2011.

He was the runner-up for the VIII Fernando Lara Award with *El abismo de los sueños* (2003), and won the Tiflos de Novela Award with *El peso de los muertos* (2006). *La tristeza del samurai* (Alrevés, 2011; *The Sadness of the Samurai*, Henry Holt, 2012) was translated into 10 languages and received Le Prix du

Polar Européen 2012 and was runner-up for the Prix Polar SNCF 2013 in France. This was followed by *Respirar por la herida* (Alrevés 2013; *The Heart Tastes Bitter*, Scribe, 2016), and *Un millón de gotas* (2014) winner of the Grand Prix de Littérature Policière 2015 and best foreign noir novel (Magazine Lire). *La víspera de casi todo* (*The Eve of Almost Everything*), was awarded the 2016 Nadal Prize. His most recent novel is *Antes de los años terribles* (Destino, 2019).

Luisa Etxenike (San Sebastián, 1957)

Es autora de las novelas *Aves del paraíso* (2019), *Aboluta presencia*, *El detective de sonidos*, *El ángulo ciego* (Premio Euskadi de Literatura), *Los peces negros*, *Vino*, *El mal más grave* y *Efectos secundarios*; de las obras teatrales *La herencia* (Premio Buero Vallejo), *Gernika es ahora* y *La entrevista*; del poemario *El arte de la pesca*, y de varias colecciones de relatos.

Es directora del espacio cultural digital *Canal Europa* y del festival literario *Un mundo de escritoras*. Colabora habitualmente en distintos medios de prensa escrita y radio; y dirige un taller de escritura creativa. Es traductora de obras de varios autores franceses. Varias obras suyas se han traducido al francés y al italiano.

En 2007 recibió del gobierno francés la distinción de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

Más información sobre la autora se encuentra en: www.luisaetxenike.net

Luisa Etxenike is a highly regarded, award-winning author and translator (into French) from the Basque Country, whose works have been read and studied widely. She has a legal background, is fluent in French and English (as well as Basque and Spanish), and regularly contributes opinion pieces, essays and reviews to various sectors of the media, including print and radio (Cadena Ser-Euskadi). She organises writing workshops, teaches courses on gender studies and narrative theory, and has been a Visiting Scholar at several US universities. She was one of four teams of writers and translators selected to take part in the 2014 OMI Translation Lab 10-day residency in Ghent, NY, and a participant in several writers' residencies. She is the author of 8 novels, 3 plays, a book of poems, and several collections of short stories.

Several of her works have received prizes, and her work has been translated into French and Italian. The only English translation of her work available to date is her play *La entrevista/ The Interview* (El Gallo, 2016).

In 2007 she was awarded the Chevalier of the Order of Arts and Letters of the French Republic.

Additional information about the author is available at: www.luisaetxenike.net

Gabi Martínez (Barcelona, 1971)

Es un escritor español conocido principalmente por sus libros de viajes. De entre sus obras destacan títulos como *Los mares de Wang* (2008) donde relata la evolución de una China tradicional hacia un país ultramoderno, o *Sólo para gigantes* (2011), un apasionante relato sobre la búsqueda del legendario Yeti. Sus novelas han sido seleccionadas como libros del año por la revista literaria española *Qué Leer* y el periódico *La Vanguardia*. Martínez fue incluido en la lista de Palgrave/Macmillan como uno de los cinco mejores escritores del vanguardismo español en los últimos 20 años. Su libro *Sólo para gigantes* ha sido traducido al portugués, francés e inglés.

Colabora con medios como *National Geographic*, *Altair*, *El País*, *La Vanguardia*, *El Periódico*, *Cadena SER* o *Televisión Española*. También ha participado en el guión de las documentales *Ordinary boys* (Alea Docs & Films) y *Angels & Dust* (Attika).

Dirige el proyecto *Animales invisibles* junto al arqueólogo Jordi Serrallonga. Se trata de una serie multimedia en la que, siguiendo la pista de distintos animales, se da a conocer el territorio y el universo de las personas, las sociedades, que más han pensado en ellos.

Gabi Martínez has published eleven fiction and non-fiction books. He is known primarily for his travel books, which include *Los mares de Wang* (2008) and *Sólo para gigantes*, translated into English as *In the Land of Giants: Hunting Monsters in the Hindu Kush* (Scribe 2017). His novels have been selected as Book of the Year by the Spanish literary magazine *Qué Leer* and the newspaper *La Vanguardia*. Palgrave/Macmillan selected Gabi Martínez among the five most representative writers of Spanish vanguardism in the last twenty years. His work has been translated into Portuguese, French, Catalan and English.

His journalistic work has appeared in publications such as *National Geographic*, *Altaïr*, *El País*, *La Vanguardia*, *El Periódico*; on radio, such as *Cadena SER*; and on Spanish National TV (*RTVE*).

He was a consultant on the script writing of the documentaries *Ordinary Boys* (Alea Docs & Films) and *Angels & Dust* (Attika).

He is currently working on *Animales invisibles (Invisible Animals)* in collaboration with the archaeologist Jordi Serrallonga, a multimedia and global audiovisual series following the tracks of elusive real and imaginary animals, that will show the geography and the universe of the people, and the societies, which have shown most awareness of these animals.

Andrés Neuman (Buenos Aires, 1977)

Nació y pasó su infancia en Buenos Aires. Hijo de músicos argentinos exiliados, terminó de crecer en Granada, en cuya universidad fue profesor de literatura latinoamericana. Es autor de las novelas *Bariloche*, *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina*, *El viajero del siglo*, *Hablar solos* y *Fractura*; los libros de cuentos *El que espera*, *El último minuto*, *Alumbramiento* y *Hacerse el muerto*; los poemarios *Métodos de la noche*, *El jugador de billar*, *El tobogán*, *La canción del antílope*, *Mística abajo*, *No sé por qué*, *Patio de locos* y *Vivir de oído*; los aforismos de *El equilibrista* y *Caso de duda*; el diccionario satírico *Barbarismos*; y el libro de viajes por Latinoamérica *Cómo viajar sin ver*.

Formó parte de la lista Bogotá 39 y fue seleccionado por la revista británica *Granta* entre los mejores nuevos narradores en castellano. Recibió el Premio de la Crítica, el Premio Hiperión, el Premio Alfaguara y el Firecracker Award, concedido por la comunidad de revistas, editoriales independientes y libreros de EEUU. Fue Finalista del Premio Herralde, alcanzó la shortlist del IMPAC Dublin Literary Award y obtuvo una Mención Especial del jurado del Independent Foreign Fiction Prize. Sus libros están traducidos a más de veinte lenguas.

Más información sobre el autor se encuentra en: <http://www.andresneuman.com/>

Andrés Neuman spent his childhood in Buenos Aires. The son of exiled Argentinian musicians, he grew up and studied in Granada, and taught as a professor of Latin American litera-

ture at the University of Granada. He is the author of numerous novels: *Bariloche*, *La vida en las ventanas*, *Una vez Argentina*, *El viajero del siglo*, *Hablar solos* and *Fractura*; collections of short stories: *El que espera*, *El último minuto*, *Alumbramiento* and *Hacerse el muerto*; books of poetry: *Métodos de la noche*, *El jugador de billar*, *El tobogán*, *La canción del antílope*, *Mística abajo*, *No sé por qué*, *Patio de locos* and *Vivir de oído*; collections of aphorisms: *El equilibrista* and *Caso de duda*; a satirical dictionary: *Barbarismos*; and a book of travels around Latin America: *Cómo viajar sin ver*.

He was one of the young writers included in Bogotá 39 and was also selected by the British magazine *Granta* as one of the best new prose writers writing in Spanish. He has been awarded the Premio de la Crítica, the Premio Hiperión, the Premio Alfaguara and the Firecracker Award, awarded by US bookstore owners, independent publishers and literary magazines. He was a finalist for the Premio Herralde, shortlisted for the IMPAC Dublin Literary Award and received a special mention from the jury of the Independent Foreign Fiction Prize. His books have been translated into more than twenty languages.

Additional information about the author is available at: <http://www.andresneuman.com/>

José Ovejero (Madrid 1958)

Ha publicado novelas, libros de cuentos, poesía, teatro, libros de viajes y ensayos, por los que ha recibido premios como el Ciudad de Irún de poesía por *Biografía del Explorador* (1993), Grandes Viajeros de libros de viajes por *China para hipocondríacos* (1998), Primavera de Novela por *Las vidas ajenas* (2005), Gómez de la Serna por *La comedia salvaje* (2011), Anagrama de Ensayo por *La ética de la crueldad* (2012) y Alfaguara por *La invención del amor* (2013). Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. Otras obras suyas son *Mujer lenta* (poesía), y *Mundo extraño* (cuentos).

Sus artículos y relatos se publican en diferentes periódicos, revistas y antologías, tanto en España como en el extranjero. Imparte regularmente talleres de escritura creativa en numerosas instituciones culturales y universidades. Desde febrero de 2015 ha comenzado a representar sus cuentos en el escenario.

Más información sobre el autor se encuentra en: www.joseovejero.com

José Ovejero has published novels, collections of short stories, travel books, poetry and drama. He has been awarded a variety of prizes such as the Ciudad de Irún prize for his poetry book *Biografía del explorador* (1994); the Grandes Viajeros prize for the travel book *China para hipondríacos* (1998); the Primavera prize for the novel *Las vidas ajenas* (2005); the Ramón Gómez de la Serna prize for *La comedia Salvaje* (2011); the Anagrama prize for his essay *La ética de la crueldad* (2012); and the Alfaguara Prize for the novel *La invención del amor* (2013) (*Inventing Love*, 2018). He has also published *Mujer lenta* (poetry) and *Mundo extraño* (short stories).

His books have been translated into several languages. His articles and short stories have been published in many journals, magazines, and anthologies in Spain and abroad. He has given lectures and directed creative writing workshops in many universities and cultural institutions. Since February 2015 he has been performing his own short stories on stage.

Additional information about the author is available at: www.joseovejero.com

Dolores Redondo (San Sebastián, 1969)

Escribe desde los catorce años y es la autora de la *Trilogía del Baztán*, el fenómeno literario en castellano más importante de los últimos años. Las tres entregas de esta trilogía, *El guardián invisible*, *Legado en los huesos* y *Ofrenda a la tormenta*, han llegado a cientos de miles de lectores fieles. Además, hoy ya son más de 30 editoriales de todo el mundo que han publicado su obra. Tras la aparición de *El guardián invisible*, la crítica la saludó como una de las propuestas más originales y contundentes del noir en nuestro país, y ha seguido elogiándola por cada nueva obra. La versión cinematográfica de la primera novela de la trilogía se estrenó en 2017.

En 2016, Dolores Redondo gana el Premio Planeta con *Todo esto te daré*.

Más información sobre la autora se encuentra en: www.doloresredondo.com

Dolores Redondo studied Law and Culinary Arts and worked in business for a few years. She started writing at the age of 14 and is the author of *The Baztán Trilogy* (*The Invis-*

ible Guardian, The Legacy of the Bones, and Offering to the Storm), a gripping crime series set in the Basque Pyrenees. With more than 1 million copies sold in Spain and being translations into more than 30 languages, *The Baztan Trilogy* is one of the most successful series in recent years. The first novel in the series was recently made into a film by the Spanish director Fernando González Molina.

In 2016, Dolores Redondo won the Premio Planeta for her stand-alone novel *All This I Will Give You*.

Additional information about the author is available at: www.doloresredondo.com

Emili Rosales (Sant Carles de la Ràpita, 1968)

Se dio a conocer en el mundo de las letras catalanas con los libros de poemas *Ciutats i mar* y *Els dies i tu* (ganador del Premio Salvador Espriu). Las tres novelas que publicó durante los años noventa llamaron la atención de la crítica, que lo señaló como uno de los autores más destacables de la nueva generación. Ya en 2005, *La ciutat invisible*, que le hizo ganar el premio Sant Jordi, se convirtió en una de las novelas catalanas más traducidas del mundo.

Emili Rosales escribe en los diarios *Avui* y *La Vanguardia*, y durante un año realizó desde Londres una serie de entrevistas a los novelistas europeos y americanos más influyentes del último tercio del siglo XX. También es editor en la editorial Planeta.

Más información sobre el autor se encuentra en: <http://www.agenciabalcels.com/autores/autor/emili-rosales/>

Emili Rosales gained recognition in the Catalan literary world with his collections of poems *Ciutats i mar* and *Els dies i tu* (winner of the Premio Salvador Espriu). The three novels he published during the 1990s created a stir among critics, who hailed Rosales as one of the most interesting authors of the new generation. By 2005, his fourth novel, *La ciutat invisible*, which had earned him the Premio Sant Jordi, had become one of the most widely translated Catalan novels in the world. It was translated into English (*The Invisible City*, Alma Books) in 2012.

Emili Rosales writes for the newspapers *Avui* and *La Vanguardia*. He also spent a year carrying out a series of interviews with the most influential European and American novelists

of the last thirty years of the 20th century. He works as an editor at Editorial Planeta.

Additional information about the author is available at <http://www.agenciabalcels.com/autores/autor/emili-rosales/>

Juana Salabert (Paris, 1962)

Nació y se educó en Francia, donde su familia vivía exiliada por el franquismo. Su padre era Miguel Salabert, periodista, traductor y autor de la novela *El exilio interior*. Licenciada en Letras Modernas por la Universidad de Toulouse-Le Mirail, Juana Salabert ha colaborado en diversos periódicos y ha ejercido la crítica literaria y la traducción.

En 1996, sus novelas *Varadero* y *Arde lo que será* quedaron finalistas del Premio Nadal. En 2001 obtuvo el Premio Biblioteca Breve con *Velódromo de invierno*. Sus novelas y sus cuentos han sido muy celebradas por la crítica y se han traducido a varios idiomas. Sus relatos y sus cuentos infantiles han sido recogidos en diversas antologías.

Más información sobre la autora se encuentra en: <http://www.agenciabalcels.com/en/authors/author/juana-salabert/>

Juana Salabert was born and educated in France, where her family were exiles from Franco's regime. Her father was Miguel Salabert, journalist, translator and author of the novel *El exilio interior*. A graduate in Modern Literature from the University of Toulouse-Le Mirail, Juana Salabert has contributed to several newspapers and magazines and worked as a translator and literary critic.

In 1996, her novels *Varadero* and *Arde lo que será* were short listed for the Premio Nadal. In 2001, she won the Premio Biblioteca Breve for *Velódromo de invierno*. Her novels and short stories have been highly praised by the critics and translated into several languages. Her tales and short stories for children have been included in several anthologies. She has also written a travel book, and a work of non-fiction which reflects her own experiences as a child born in exile because of the Spanish Civil War, *Hijas de la ira: vidas rotas por la Guerra Civil* (2005).

Additional information about the author is available at <http://www.agenciabalcels.com/en/authors/author/juana-salabert/>

Lorenzo Silva (Madrid, 1966)

Inició su carrera como auditor de cuentas y ejerció la abogacía durante doce años. Como novelista, quedó finalista del Premio Nadal en el año 1997 (con *La flaqueza del bolchevique*) y ha recibido el Premio Ojo Crítico en 1998 (por *El lejano país de los estanques*, primera de la saga de los guardias civiles Chamorro y Bevilacqua), el Nadal en 2000 (por *El alquimista impaciente*), el Primavera en 2004 (por *Carta blanca*) y el Planeta en 2012 (por *La marca del meridiano*, también distinguido con el Premio de la Crítica de la Comunidad de Madrid).

Como autor de literatura infantil y juvenil ha obtenido varios premios, entre ellos el Premio La Brújula 2013 por la novela *Suad* (coescrita con Noemí Trujillo). Como ensayista obtuvo el Premio Algaba 2010 (por *Sereno en el peligro. La aventura histórica de la Guardia Civil*) y es autor de un estudio sobre el Derecho en la obra de Kafka, dos libros sobre el antiguo Marruecos español y coautor de un libro sobre la intervención española en Irak y otro sobre la lucha de la Guardia Civil contra ETA.

Varios de sus 68 libros publicados han sido traducidos a doce idiomas. Colabora en prensa y radio con reportajes, artículos literarios y columnas de opinión. Como guionista de cine fue nominado al Goya 2004 por *La flaqueza del bolchevique* y como guionista de televisión es coautor de *20-N. Los últimos días de Franco*, premiada por la Academia de Televisión de España como la mejor TV-movie del año 2009. Desde 2008 es comisario del festival Getafe Negro.

Desde 2010 es guardia civil honorario y desde 2014 cronista de la Villa de Getafe. En 2014 recibió el Premio de Cultura, en la modalidad de Literatura, de la Comunidad de Madrid, y en 2017 la Gran Cruz de la Orden del 2 de Mayo, también concedida por la Comunidad de Madrid.

Más información sobre el autor se encuentra en: www.lorenzo-silva.com/

Lorenzo Silva is a Spanish award-winning writer. After earning his law degree, he worked as a lawyer for 12 years.

He has written stories, articles, literary essays and fiction for children and young adults, but he is perhaps best known as a novelist, and in particular, the author of the crime fiction series featuring two Civil Guard agents, Bevilacqua and Chamorro.

Several of his 68 books have been translated into twelve languages including English. He writes opinion pieces for the

press and for radio, and has written several prize-winning film and TV scripts, including for the film adaptation of his novel *The Faint-Hearted Bolshevik*. He has been the Director of the Getafe Negro [crime] Festival since 2008.

He has been an Honorary Civil Guard since 2010, and the chronicler of the City of Getafe since 2014. The Comunidad de Madrid awarded him the Premio de Cultura (Literature) in 2014 and Gran Cruz de la Orden del Dos de Mayo in 2017.

Additional information about the author is available at www.lorenzo-silva.com/

Manuel Vázquez Montalbán (Barcelona, 1939 – Bangkok, 2003)

Novelista, ensayista y poeta, Manuel Vázquez Montalbán fue uno de los escritores más queridos y admirados del panorama literario español en la segunda mitad del siglo XX. Licenciado en Filosofía y Letras y en Periodismo, empezó a colaborar en prensa desde muy joven. Como poeta, fue incluido en la reputada antología *Nueve novísimos poetas españoles*, compilada por Josep Maria Castellet. En 1972 inició un ciclo de novelas protagonizadas por el detective Pepe Carvalho, que se convirtió en un fenómeno literario internacional.

Personalidad inabarcable, es autor de una ingente cantidad de obras y de una gran cantidad de inclasificables textos experimentales. Todos sus trabajos se caracterizan por una demoledora visión de la realidad social.

En 1997 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Barcelona.

Más información sobre el autor se encuentra en: <http://www.agenciabalcells.com/autores/autor/manuel-vazquez-montalban/>

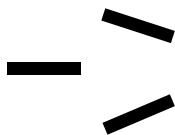
Novelist, essayist and poet, **Manuel Vázquez Montalbán** was one of the most admired and loved writers of the Spanish literary scene in the second half of the 20th century. With degrees in Journalism and Philosophy and Literature, he started working as a journalist at a very young age. As a poet, he was included in the renowned anthology *Nueve novísimos poetas españoles*, compiled by Josep Maria Castellet. In 1972, he started writing a series of novels about a private detective, Pepe Carvalho. The series became an international literary phenome-

non, something recognized by the Italian writer Andrea Camilleri who named his famous police inspector Montalbano in honour of Vázquez Montalbán.

Vázquez Montalbán wrote a vast number of books and essays and a large number of unclassifiable experimental texts. All his work is characterized by a devastating vision of social reality. Much of his output has been translated into many languages; sadly, English does not feature as prominently as this remarkable author's work deserves.

In 1997 he was granted a Doctor Honoris Causa by the Universidad Autónoma de Barcelona.

Additional information about the author is available at <http://www.agenciabalcels.com/autores/autor/manuel-vazquez-montalban/>



Índice

Prólogo (César Espada)	7
Foreword	9
A word from the translator and co-editor (Lilit Thwaites)	11
Unas palabras de parte de la traductora y co-editora	12
Guillermo Altares	
El bumerán perdido	
Una historia australiana que empieza en 1945	15
The Lost Boomerang	
An Australian Story That Begins in 1945	25
Elia Barceló	
Regreso a Hanging Rock	35
Return to Hanging Rock	49
Esteban Bedoya	
Los artesanos y otras curiosidades	
Diario de un viaje a Braidwood	63
The Artisans and Other Curiosities	
(Chronicle of a Trip to Braidwood)	75
Jorge Carrión	
Los monjes perdidos de Australia	87
Spanish Monks, Lost in Australia	95
Nicolás Casariego	
El mapa en blanco	103
The Blank Map	119
Víctor del Árbol	
<i>Nunc et Semper</i>	135
<i>Nunc et Semper</i> [English]	141
Luisa Etxenike	
Pinot Noir	147
Pinot Noir [English]	155
Gabi Martínez	
En la barrera	163
On the Edge	169
Andrés Neuman	
Hogar, dulce antípoda	175
Home, Sweet Antipodean Home	179

José Ovejero

<i>Leipoa Ocellata</i>	183
<i>Leipoa ocellata</i> , The Malleefowl	191

Dolores Redondo

Australia vista por la escritora donostiarra Dolores Redondo, autora de 'La Trilogía del Baztán'	199
Australia, as Seen by Dolores Redondo, the Donostian Author of the Baztán Trilogy	203

Emili Rosales

Tot ho esborrarà	208
All Will Be Erased by Time	209

Juana Salabert

Un sueño dentro del sueño	211
A Dream Within a Dream	227

Lorenzo Silva

Dos estampas australianas	243
Two Images of Australia	253

Manuel Vázquez Montalbán

Milenio Carvalho. II. En las antípodas.	263
Millennium Carvalho. II. In the Antipodes.	269

Los autores/The authors	275
--------------------------------------	-----

Se podría decir que la fascinación en España por Australia es similar a la de muchos otros países alejados de ella, es decir, inversamente proporcional al conocimiento e interés real por el país. Quizás uno no recuerde ni cuando fue la última vez que leyó una noticia sobre Australia en la prensa española, y si lo recuerda, a lo mejor es porque un tiburón mordió a un surfista o algo tan similarmente noticiable.

Australia, a pesar de esta falta de presencia en nuestros medios de comunicación, ocupa sin embargo un lugar especialmente vivo en nuestro imaginario colectivo. Cuando le propones a alguien en España la posibilidad de viajar a Australia, se les despierta inmediatamente la imaginación, casi como si les estuvieras ofreciendo la posibilidad de viajar a Marte.

Esta misma sensación de inevitable atracción es la que debieron sentir los escritores españoles que año tras año han venido siendo invitados por universidades y por los numerosos festivales de literatura que se celebran en Australia.

Desde la Embajada de España en Canberra se propuso a todos estos escritores que habían pasado por Australia en algún momento, que escribieran algo para contar lo que habían visto y experimentado al otro lado del espejo. Los escritores, muy distintos unos de otros, solo tienen en común el hecho de haber viajado a Australia y haberlo contado. De ahí el título, *Australian Connection*, una colección de heterogéneos relatos e historias que conectan a los escritores entre ellos y a nosotros con ese otro lado del mundo.

It could be said that Spain's fascination with Australia is similar to the general fascination that many nations have for countries far removed from them. This is frequently inversely proportional to the actual knowledge of and genuine interest in that country. A reader might not even remember the last time he or she read news about Australia in the Spanish press, and if they did, it might well be because a shark had bitten a surfer or something similarly newsworthy.

Australia, despite its lack of presence in Spain's media nevertheless occupies a particularly vivid place in its collective imagination. When you offer someone in Spain the possibility of travelling to Australia, their imagination immediately engages, almost as if you were offering them the chance of a trip to Mars.

That same sense of inescapable attraction must have been felt by the Spanish writers who, year after year, have been invited as guests by universities and the numerous literary festivals held in Australia.

The Embassy of Spain in Canberra suggested to all those writers who had, at some stage, passed through Australia that they write something which told of what they had seen and experienced on the other side of the mirror. The only thing these writers, so different from each other, have in common is the fact that they travelled to Australia and wrote about it. Hence the title, *Australian Connection*, a collection of diverse tales and stories which connect these writers to each other and Spaniards to this other side of the world.